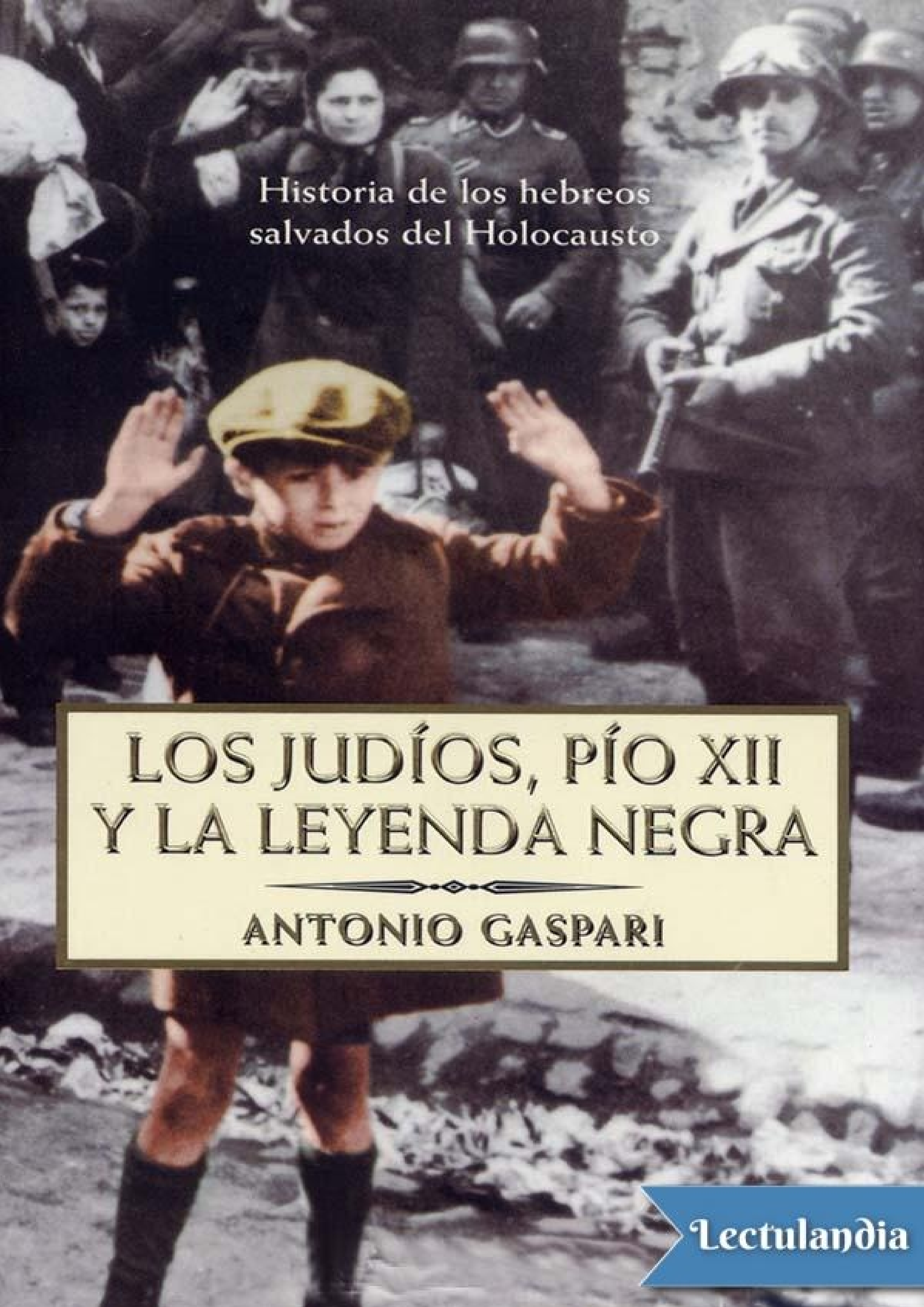

Historia de los hebreos
salvados del Holocausto
LOS JUDÍOS, PÍO XII
Y LA LEYENDA NEGRA
ANTONIO GASPARI
Lectulandia

Albert Einstein, Golda Meir, el rabino de Jerusalén Isaak Herzog y centenares de judíos supervivientes de los campos de exterminio han agradecido a Pío XII la asistencia ofrecida por la Iglesia católica en uno de los momentos más tristes de la historia, cuando los nazis, cegados por la locura racista, intentaron exterminar al pueblo hebreo. Y sin embargo, todavía hoy, cuarenta años después de su muerte, Pío XII es acusado de haber guardado silencio ante el exterminio de los judíos, de haber impedido la publicación de una encíclica contra el racismo que mandó preparar Pío XI, de haber sido un cobarde que sólo estaba interesado en sus presuntas inversiones en Alemania.

¿Cuál de estos dos puntos de vista es el más cercano a la realidad? ¿Pío XII fue un héroe o un pusilánime? Para responder a esta cuestión ha nacido este libro, fruto de una profunda investigación.

El autor se ha encontrado con aquellos héroes desconocidos que con valentía pusieron en peligro su vida para salvar a los hebreos de los campos de exterminio. Ha hecho decenas de entrevistas. Ha recogido testimonios originales e inéditos de personas por lo demás esquivas y reservadas. Ha conocido a ciudadanos israelíes que no habrían sobrevivido de no ser por estos «ángeles de la caridad».

Lectulandia

Antonio Gaspari

Los judíos, Pío XII y la Leyenda Negra

Historia de los hebreos salvados del Holocausto

ePub r1.0
Titivillus 12.01.2017

Título original: *Gli ebrei, Pio XII e la leggenda negra*
Antonio Gaspari, 1998
Traducción: Justo Amado
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi más sincero agradecimiento a todos aquellos que me han ayudado en la realización de este libro. Estoy en deuda, sobre todo, con Roberto Righetto, responsable de las páginas de Agora *en el* Avvenire*, que fue el primero en creer en la importancia de esta investigación y me animó a llevarla adelante. Agradezco su ayuda a sor Ferdinanda, sor Liliana, sor Lodovica Bonatti, don Claudio Pontiroli, monseñor Elio Venier, monseñor Aldo Brunacci, Vittorio Orefice, Gastone Ortona, Emanuele Pacifici, sor Dora Rutar, sor Luisa Girelli, cardenal Vincenzo Fagiolo, don Andrea Damino, monseñor Luigi Bonazzi, Giuliana Lestini, Gilberto Finzi, don Lanza, monseñor Milan Simcic, don Francesco Motto, Giovanni Cerrone, sor Giuseppina, sor Annamaria Giuliani, monseñor Rino Fisichella, padre Remi Hoeckman, Wally Debach del Centro Cultural Judío y a sor Margaret del SIDIC (Service International de Documentation Judéo-Chretienne).*

Hago una mención especial de los padres jesuitas Peter Gumpel y Pierre Blet, por su disponibilidad y por sus preciosas sugerencias.

Un agradecimiento particular para mi mujer, Maria Cristina Fiocchi, por la paciencia con la que me ha soportado y por sus observaciones puntuales en algunos capítulos.

INTRODUCCIÓN

Aquel lunes 16 de marzo de 1998, la sala de prensa vaticana estaba llena como sólo ocurre en las grandes ocasiones. Estaban presentes periodistas de todo el mundo, los pasillos laterales estaban ocupados por cámaras de televisión y los fotógrafos estaban listos para descargar ráfagas de flash sobre los ponentes. La ocasión era una de aquellas que se recuerdan. En 1987, Juan Pablo II había anunciado que la Iglesia estaba preparando un documento sobre la *Shoah*. Ahora, después de once años, ese documento se hacía público.

Al presentar el escrito titulado *Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah*, el cardenal Edward Idris Cassidy, presidente del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos y de la Comisión para las Relaciones con el Judaísmo, explicó que «este documento se ha de considerar un paso más a lo largo del camino trazado por el Concilio Vaticano II en nuestras relaciones con el pueblo judío. En la carta que el Santo Padre me envió el 12 de marzo para que acompañara la publicación, Su Santidad expresó su ferviente esperanza de que este escrito “ayudara verdaderamente a curar las heridas de las incomprensiones e injusticias del pasado”».

Esta precisión parecía necesaria considerando la actitud de los cristianos de cara al pueblo judío durante siglos. El cardenal Cassidy recordó «lo negativo que era el balance de estas relaciones durante dos mil años».

«La Iglesia católica —afirmaba el presidente de la Comisión para las Relaciones con el Judaísmo— espera ayudar a católicos y judíos a llevar a cabo los fines universales que tienen su fundamento en raíces comunes. De hecho, donde haya habido culpa por parte de los cristianos, ese peso ha de inspirar arrepentimiento. Abrigamos la confianza de que este documento ayudará a todos los fieles católicos de cualquier parte del mundo a descubrir en sus relaciones con el pueblo judío “el coraje de la fraternidad”».

En efecto, la historia de las relaciones entre la Iglesia católica y el judaísmo ha atravesado momentos difíciles, de controversia, con frecuencia de conflicto, con acusaciones y ofensas recíprocas. Si bien, fue precisamente durante la difusión de las tesis racistas y de la intolerancia antijudía cuando la Iglesia se acercó más a aquellos que Juan Pablo II llamó, durante su famosa visita a la sinagoga de Roma, «nuestros hermanos mayores».

La Iglesia opuso una dura resistencia y condenó el racismo que se extendió por Europa y Estados Unidos durante los años veinte y treinta. Denunció desde el primer momento el régimen nazi, como muestra la encíclica *Mit brennender Sorge*, publicada por Pío XI en 1937, pero es necesario esperar al Concilio Vaticano II para que los pasos de reconciliación entre judíos y católicos lleguen a concretarse. El signo del cambio fue la declaración *Nostra Aetate* que por primera vez se opuso de manera definitiva a la acusación de deicidio que algunos cristianos atribuían a los judíos. A la declaración *Nostra Aetate* han seguido otros dos documentos: las

Orientaciones y sugerencias de 1974 y las *Notas para una correcta presentación de los judíos y del judaísmo en la predicación y en la catequesis de la Iglesia católica* de 1985.

En 1986, por primera vez en la historia, un papa visitó la sinagoga de Roma. Un hecho histórico que estableció un clima de confianza entre ambas comunidades. El cardenal Johannes Willebrands anunció su intención de escribir un documento sobre la *Shoah* del 31 de agosto de 1987, durante un encuentro con el Comité Judío Internacional. Al día siguiente, Juan Pablo II se mostró convencido de la importancia del texto y dio su aprobación para que comenzara la redacción.

No obstante los buenos propósitos y la indudable honestidad intelectual e histórica que dimanan del documento sobre la *Shoah*, su publicación desencadenó un alboroto. Entre las reacciones negativas: el rabino jefe asquenazi de Israel, Meir Lau, tildó de «inaceptable» el documento y acusó al Vaticano de «no haber hecho bastante[1]». Para el premio Nobel de la paz, Elie Wiesel: «El genocidio nació en el corazón de la cristiandad[2]». El rabino David Rosen de la Anti Defamation League declaró: «La Iglesia enseñó a despreciarnos[3]». El historiador George Mosse, refiriéndose a Pío XII, afirmaba: «El silencio fue su culpa[4]». El director del centro Wiesenthal de Israel, Efraim Zuroff, sostiene que el antijudaísmo de la Iglesia «preparó el terreno al Holocausto[5]». También ha habido muchísimas reacciones positivas. Tullia Zevi, presidenta de la Unión de Comunidades Judías Italianas, afirmó: «Este documento corona cincuenta años de diálogo[6]» y «demuestra el coraje de Juan Pablo II, que más que cualquier otro papa ha encontrado palabras de fuego para condenar el antisemitismo[7]». Zevi añadía: «La Iglesia ha dado pasos de gigante en su reflexión sobre el judaísmo en estos cincuenta años» y «Pío XII, a pesar de no haber condenado públicamente a los perseguidores, estuvo siempre muy cerca de los perseguidos, judíos o no». Para la premio Nobel Rita Levi Montalcini, que tuvo que abandonar Italia a causa de las leyes raciales, el documento vaticano «es un acto muy hermoso». «Estoy contenta por esta toma de posición de la Iglesia, que creo que favorecerá un nuevo diálogo[8]». Massimo Caviglia, director de *Shalom*, el mensual más difundido y acreditado de la comunidad hebrea italiana, explicaba: «Creo que Pío XII no pudo actuar de otra manera: sabía que si tomaba una posición oficial contra Hitler la persecución se habría vuelto también contra los católicos. Sin embargo, en privado ayudó a los judíos, dándoles asilo en edificios eclesiásticos. También mis padres se salvaron en un convento[9]». Sobre el documento, Caviglia ha afirmado: «Representa un paso adelante».

La diversidad de las valoraciones, así como las interpretaciones contrapuestas sobre el papel ejercido por la Iglesia durante la ocupación nazi de Europa, sugieren una infinidad de preguntas: ¿Habría podido evitar el Holocausto que la Santa Sede hubiera denunciado públicamente las atrocidades nazis? ¿Habría podido la Iglesia católica hacer más por los judíos durante la persecución? ¿Las múltiples iniciativas

de los católicos para salvar a los judíos eran acciones aisladas o formaban parte de un plan general?

Para responder a estos interrogantes es por lo que comencé la investigación de la que ha nacido este libro.

He buscado aquellos «héroes desconocidos» que, animados por un profundo sentido de humanidad y solidaridad, pusieron en peligro su vida valerosamente con tal de salvar a los judíos de los campos de exterminio. He hecho decenas de entrevistas. He recogido testimonios originales e inéditos de personas, por lo demás, esquivas y reservadas, que han aceptado contar sus vivencias sólo a condición de que sirvieran para la búsqueda de la verdad histórica. He encontrado judíos que no habrían sobrevivido sin estos «ángeles de la caridad». He podido conocer los sucesos de aquellos años a través de los testimonios vivos y documentados de estudiosos del calibre del padre Peter Gumpel y del padre Pierre Blet. He consultado los diarios y revistas de la época. He leído decenas de libros que presentan valoraciones históricas diferentes sobre el papel de la Iglesia católica en los años de la guerra. He intentado tener en cuenta todos los puntos de vista, también los más controvertidos, si estaban documentados suficientemente.

De los resultados de la investigación se forma un cuadro del que surgen muchas respuestas satisfactorias.

El libro se desarrolla en siete capítulos subdivididos de la siguiente manera: en los primeros dos capítulos he reconstruido la historia de cuanto hizo la Iglesia por salvar a los judíos de la ciudad de Roma, justo después del 8 de septiembre de 1943 y de la consiguiente ocupación nazi. Sólo en la capital, 155 casas religiosas, instituciones de la Iglesia, parroquias y colegios escondieron, alimentaron y salvaron de la deportación a 4.447 judíos. He recogido diversos testimonios en los que las vivencias humanas se mezclan con la historia. Aventuras de hombres que afrontaron todos los riesgos y desafiaron todos los peligros para imposibilitar la persecución de los judíos.

En el tercer capítulo he trazado las líneas de aquella red de asistencia a los judíos que desde Génova a Florencia se extendía por toda la Italia ocupada por las tropas nazis. La misión de la organización era desarrollar el trabajo clandestino y secreto de proporcionar documentos de identidad y la cobertura de escondites para huir del Holocausto.

El cuarto capítulo está dedicado a la historia de aquellos que Israel honra con el título de Justos entre las Naciones. Se trata del más alto honor concedido por el Estado de Israel a los no judíos. Muchas de estas historias son conmovedoras, puesto que algunos de los protagonistas pagaron con la vida su elección de ayudar a los judíos.

En el quinto capítulo he intentado comprender cómo nació la «leyenda negra» que ha arrojado fango sobre el pontificado de Pío XII, un papa que recibió en vida manifestaciones de afecto, de agradecimiento y de estima por parte de los representantes de la comunidad judía mundial como ningún otro pontífice en la

historia y que, después de su muerte, ha sido objeto de ataques y polémicas por sus presuntos silencios en relación con el régimen nazi y el exterminio de los judíos. Para entender cómo se desarrollaron los hechos, me he dirigido al historiador padre Pierre Blet, que junto a Angelo Martini, Burkhart Schneider y Robert A. Graham, ha preparado la publicación de las *Actas y documentos de la Santa Sede durante la segunda guerra mundial*. Con sus respuestas, el padre Blet aclaró las cuestiones más controvertidas, como las que tienen que ver con las relaciones entre el papa Pacelli y el régimen nazi o la no publicación de la encíclica sobre el nazismo encargada por Pío XI.

En el sexto capítulo he reflejado el testimonio del padre Peter Gumpel, relator para la beatificación del papa Pacelli en la Congregación para las Causas de los Santos. A su excelente preparación y competencia, el padre Gumpel suma su particular experiencia vital. Heredero de una de las más importantes familias alemanas, sufrió muchísimo bajo Hitler por motivos políticos. Muchos de sus familiares fueron asesinados, su madre fue encarcelada y, por dos veces, el padre Gumpel fue enviado al extranjero para no caer víctima de los nazis.

El padre Gumpel traza un cuadro detallado del pontificado de Pío XII con atención particular a los años de la guerra.

El séptimo y último capítulo lo dedico a trazar un análisis de la naturaleza pagana, racista y profundamente antihumana del régimen nazi.

El nazismo es un claro ejemplo de cómo se puede transformar un movimiento político en una religión que predica el genocidio y la selección racial, y en la que se adora al Führer, la raza y la sangre. En este contexto, el nazismo representa la creación de una cultura de la muerte, de la que los judíos han sido las víctimas principales, pero que no ha perdonado a nadie: mujeres, ancianos, niños, gitanos, pobres, marginados, enfermos, incapacitados, etcétera.

Aunque oprimidos por la feroz dictadura, los cristianos han intentado oponerse al nazismo, una resistencia pagada con la sangre de miles de víctimas que sólo hoy comienzan a conocerse.

El volumen concluye con la esperanza de que las historias y testimonios recogidos puedan ser una «contribución» a la memoria pero también un «ejemplo» para las generaciones futuras.

Capítulo primero

LA CARIDAD CRISTIANA FRENTE A LA BARBARIE NAZI

Eran las 5.30 de una lluviosa mañana del 16 de octubre de 1943 cuando el silencio se rompió por el ruido de las botas militares que golpeaban sobre el empedrado, por las órdenes impartidas en voz alta y en alemán, por los gritos de los niños, mujeres y ancianos que fueron sacados de la cama de manera brusca y violenta.

Las tropas nazis se presentaron en el gueto de Roma, en las calles de Turín, Génova, Milán y Trieste, para capturar a los judíos y llevarlos a Auschwitz. La barbarie nazi no perdonó a nadie: enfermos, viejos, hombres, mujeres y niños. El racismo como política de Estado estaba a punto de alcanzar su culmen con la «solución final».

La caída del fascismo y el armisticio firmado el 8 de septiembre deberían haber librado al país de los sufrimientos de la guerra. Por el contrario, Italia fue ocupada por los nazis.

En aquel momento, cuando para los judíos parecía que el destino estaba marcado, aparecieron brazos amigos, se abrieron puertas de par en par. Iglesias, conventos, colegios, universidades pontificias se abrieron para acogerlos y esconderlos como «hermanos».

El árbol de la vida, tan duramente golpeado por las ofensas de la guerra, por la división política y por la intolerancia racial, continuó alimentándose gracias a la valentía y la caridad de miles de «héroes desconocidos».

La obra de asistencia de las instituciones eclesiásticas a los refugiados políticos y a los perseguidos por motivos raciales es poco conocida y, sin embargo, ha tenido una dimensión enorme; fue una obra inmensa. Según el historiador Emilio Pinchas Lapide, en otro tiempo cónsul general de Israel en Milán: «La Santa Sede, los nuncios y la Iglesia católica han salvado de la muerte entre setecientos mil y ochocientos cincuenta mil judíos[10]».

Una labor silenciosa, sin proclamas, que salvó a centenares de miles de vidas humanas y que fue vivo testimonio de caridad cristiana, con la conciencia de que se arriesgaba la propia vida y la de los hermanos. Miles de historias increíbles, casi

todas anónimas, que sólo en estos últimos años están saliendo a la luz.

Si bien hoy la crítica se concentra mucho más sobre los presuntos silencios de Pío XII, la historia no puede borrar cuanto de grande y de audaz hicieron la Santa Sede y los católicos para salvar a los judíos. Según Luciano Tas, representante autorizado de la comunidad judía de Roma: «Si el porcentaje de judíos deportados no es tan alto en Italia como en otros países, se debe sin duda a la ayuda activa de la población italiana y de cada una de las instituciones católicas… Centenares de conventos, siguiendo la orden del Vaticano en tal sentido, acogieron a los judíos, millares de sacerdotes los ayudaron, y otros prelados organizaron una red clandestina para la distribución de documentos falsos[11]».

En aquellos momentos de extremo peligro, en los que la vida humana valía tan poco, sacerdotes, religiosos, párrocos, católicos comprometidos y ciudadanos normales se esforzaron por salvar la vida de aquellas personas de las que les separaba la religión y la ley.

En esta labor, la Iglesia sufrió bajas. En toda Europa, los religiosos deportados a los campos fueron más de 5.500[12]. Según el *Martirologio del clero italiano*[13], fueron 729 los sacerdotes, seminaristas y hermanos laicos que perdieron la vida en el periodo que va de 1940 a 1946. Sólo en la región del Lacio fueron 24 los sacerdotes que pagaron con su vida su compromiso de caridad: 13 párrocos, 5 capellanes militares, 6 de otros oficios y 5 seminaristas[14]. De las 729 víctimas, no menos de 170 sacerdotes fueron asesinados en las represalias durante la ocupación por haber ayudado a antifascistas y judíos. Muchos fueron golpeados, torturados hasta la muerte, fusilados, colgados o degollados por los nazifascistas.

El historiador Renzo de Felice ha escrito que «el auxilio de la Iglesia a los judíos fue muy importante y siempre en aumento, un auxilio prestado no sólo por los católicos particulares sino también por casi todos los institutos católicos y por muchísimos sacerdotes. Un auxilio que, por lo demás, ya se llevaba a cabo en los países ocupados por los nazis —tanto en Francia como en Rumania, en Bélgica como en Hungría— y que, más allá de la mera ayuda material y del socorro a perseguidos concretos, se había hecho público, al menos desde 1941, con algunos pasos dados por el padre Tacchi Venturi y monseñor Borgoncini Duca ante el gobierno fascista a favor de los judíos en los territorios ocupados por las tropas italianas[15]».

La obra pontificia para la emigración de los judíos

Antes del 8 de septiembre, la Santa Sede, a través sobre todo de la Obra de San Rafael, que durante la guerra socorrió a veinticinco mil necesitados, ayudó a unos mil quinientos judíos a emigrar procurándoles los visados necesarios.

Fundada en 1871 para ayudar a los emigrados de diversos países, la Obra de San Rafael era dirigida por los palotinos[16]. A causa de las leyes raciales, desde 1939 la

Obra prestó asistencia a miles de judíos que buscaban ayuda para huir de Europa. El padre Antonio Weber, auxiliado por tres hermanos de su congregación, consiguió que emigraran mil quinientos judíos alemanes, polacos, austriacos y yugoslavos. Un judío que logró salvarse de la persecución describía así esta gran obra de caridad: «Por decenas afluían a San Rafael judíos que hablaban diez lenguas, y que no sabían dónde refugiarse. Había maridos que habían huido mientras sus mujeres se habían quedado en los campos de concentración. Padres que no sabían qué había ocurrido con sus hijos. Allí estaban quienes habían visto su casa destruida y conocido el horror de los campos dé concentración. Familias que habían tenido una vida cómoda y digna se encontraban ahora en la calle, sin nada, sin ni siquiera el dinero necesario para pagar el billete que les llevara a un país donde por lo menos pudieran tener la seguridad de vivir. A todos éstos proveía la Obra de San Rafael, escuchando sus historias, haciendo lo posible para que las mujeres alcanzaran a sus maridos, ocupándose de los pasaportes, de los documentos, de todos los innumerables papeles que era necesario poseer para lograr ser finalmente libres de ir más allá del mar. Cada uno de estos infelices representaba un cúmulo de gestiones por diversas oficinas, de ir y venir por diversos ministerios, de conversaciones no siempre agradables, de aguardar en salas de espera. Pasaban semanas y meses hasta que uno de ellos estaba vivo y a salvo[17]».

Pruebas todavía más evidentes de esta gran obra de asistencia se encuentran en el Museo de la Liberación de Roma, en la Via Tasso, número 145. El museo está instalado simbólicamente en el mismo edificio utilizado por la Gestapo durante la ocupación de Roma para torturar a los prisioneros contrarios al régimen. En las habitaciones que entonces se empleaban como celdas, todavía se conservan los *graffiti* dejados por los infortunados prisioneros. Entre los objetos salvados están las camisas y vestidos ensangrentados de las víctimas de la persecución.

En la celda número diez del tercer piso, pegada a la pared, hay una lista de 155 instituciones entre centros religiosos, instituciones de la Iglesia, parroquias y colegios que, sólo en la ciudad de Roma durante la ocupación nazi, ocultaron, alimentaron y salvaron a 4.447 ciudadanos judíos.

De ellos, 680 fueron hospedados en locales pertenecientes a iglesias e institutos religiosos, por pocos días, a la espera de un lugar más seguro; otros 3.700 encontraron refugio durante meses en cien congregaciones religiosas femeninas y 55 parroquias, institutos, casas y hospederías de religiosos. Solamente los franciscanos de San Bartolomé en la isla Tiberina ocultaron cuatrocientos judíos.

Por los testimonios recogidos por Emilio Pinchas Lapide resulta, además, que: «No menos de tres mil judíos encontraron refugio en la residencia veraniega del papa en Castelgandolfo, sesenta vivieron durante nueve meses en la Universidad Gregoriana, dirigida por los padres jesuitas, y una media docena durmió en el sótano del Pontificio Instituto Bíblico, cuyo rector era entonces Agustín Bea. Los guardias palatinos, que en 1942 constituían una fuerza de trescientos hombres, contaban en diciembre de 1943 con cuatro mil poseedores del precioso pase palatino; al menos

cuatrocientos de ellos eran judíos, de los que 240 residían dentro de los recintos vaticanos[18]».

Judíos y antifascistas en el seminario

Es en este ambiente de hospitalidad donde tienen lugar los hechos del Seminario Mayor Romano, situado junto a la basílica de San Juan de Letrán. Gracias a su prerrogativa de zona extraterritorial, según el artículo 13 del tratado entre la Santa Sede e Italia, se convirtió en centro de refugio no sólo para los judíos, sino también para altos cargos del gobierno Badoglio y para representantes del Comité de Liberación Nacional (CLN).

El Seminario de Letrán se convirtió en centro de asistencia para los perseguidos de todo género, primero de militares en fuga, después de políticos y, por último, de numerosos judíos que llegaban sobre todo después del 16 de octubre de 1943, cuando los nazis deportaron a 1.007 ciudadanos del gueto.

En el edificio se habían preparado tres departamentos para los refugiados, separándolos por categorías y motivaciones: en la planta baja los hombres del gobierno Badoglio, en el primer piso algunos miembros importantes del Comité de Liberación Nacional (CLN) y, en el piso más alto del edificio, los ex oficiales, los judíos y los perseguidos políticos.

Entre los miembros más representativos del CLN que se encontraban allí refugiados: Mauro Scoccimarro del Partido Comunista, Alcide de Gasperi de la Democracia Cristiana, que en la posguerra fue presidente del gobierno ocho veces, Giuseppe Saragat del Partido Socialdemócrata y después presidente de la República, Pietro Nenni del Partido Socialista e Ivanhoe Bonomi, primer presidente del gobierno y presidente del CLN. Entre otros personajes ilustres estaban el futuro ministro de Defensa, Alessandro Casati, el director del Banco de Italia, Giovanni Acanfora, el director general del Ministerio de Asuntos Exteriores, Amedeo Giannini, el futuro ministro del Tesoro, Marcello Soleri, el director del *Giornale d’Italia*, Alberto Bergamini. Entre los judíos estaban el profesor Federico Enriques, famoso matemático, los hermanos Paolo y Pier Ettore Olivetti, el ingeniero Gino Cohen, y miembros de las familias Piperno, Sonnino, Tesoro, Veneziano, etcétera.

Organizando la red de asistencia estaba el rector monseñor Roberto Ronca, un sacerdote romano que se ordenó después de hacer la carrera de ingeniero. Tenía contactos diarios con personalidades políticas confiadas al cuidado de don Pietro Palazzini.

El mismo Palazzini contaba que, un día de septiembre, monseñor Ronca le dijo que fuera a casa de monseñor Pietro Barbieri (un sacerdote empleado en la curia, pero encargado de dirigir los huéspedes al Seminario Mayor). «Me iban a presentar a una persona a la que debía llevar al seminario empleando toda precaución posible. Fui a

la Via Cernaia, número 14, donde me presentaron a la persona en cuestión; dije que no tenía a mi disposición ningún medio de transporte y que, por lo tanto, no quedaba más remedio que coger el tranvía número 16. El desconocido se puso unas gafas de sol y subimos al tranvía. El viaje transcurrió sin incidentes. Llevé al nuevo huésped a la habitación que monseñor Ronca me había indicado. Aquel huésped era Pietro Nenni. También iba a refugiarse en el seminario el honorable Bruno Buozzi, pero fue arrestado la tarde anterior del día acordado para su traslado[19]».

Según los documentos recogidos posteriormente, por lo demás incompletos, los refugiados en el Seminario Mayor fueron alrededor de doscientos, de los cuales cerca de 85 eran judíos. Si se añaden los demás establecimientos de Letrán se alcanza la cifra de 1.068 huéspedes.

El cardenal Palazzini ha contado que «la Secretaría de Estado estaba siempre informada. El 16 de diciembre de 1943 se le entregó una lista a monseñor Giovanni Battista Montini. También Domenico Tardini estaba al corriente del tema, tanto que sus parientes más cercanos estaban todos escondidos en Letrán».

La labor asistencial no careció de riesgos. Monseñor Elio Venier, en un libro en el que narra sus vivencias de aquella época[20], escribió que en febrero de 1944 la Gestapo arrestó a un oficial que bajo tortura confesó tener relación con los refugiados de Letrán. «Fue entonces cuando el fanático fascista Pietro Koch, que ordenó la entrada en el Instituto Oriental, en el Seminario Lombardo y en la basílica de San Pablo, ordenó que se tomaran posiciones. Un día dispuso seguir a monseñor Ronca hasta el patio del Santo Oficio». Surgió entonces el problema de defender el seminario de una posible irrupción que hubiera dejado de lado la extraterritorialidad. Por eso se organizó un plan de emergencia en caso de que llegaran los nazis. Se dispuso una estrecha vigilancia nocturna. Ante una señal de alarma, todos los refugiados debían dirigirse a los escondrijos preparados. Algunos detrás de puertas y paredes falseadas, otros en los subterráneos, y otros en los locales abandonados y escondidos. De Gasperi y Nenni se encontraron en una galería subterránea donde se unían las cloacas. Los nazis no encontraron ni el tiempo ni la ocasión para entrar en el seminario, de manera que todos los refugiados estaban sanos y salvos cuando los aliados llegaron a Roma.

Entre aquellos que vivieron esta experiencia hay que recordar también el testimonio del cardenal Vincenzo Fagiolo, que se encontraba en el seminario en aquella época.

«Estudiaba el quinto año de Teología. Durante mi estancia en el Seminario Romano constaté cómo el rector, a instancias de la Santa Sede, se ocupó de asistir de forma ejemplar a todos aquellos que por un motivo u otro eran perseguidos. La atención no se dirigió solamente a los opositores del régimen nazifascista, sino también hacia los judíos en peligro de muerte por culpa de las persecuciones nazis. Estoy seguro de ello porque yo mismo fui protagonista de un episodio. Un día me llamó monseñor Ronca y me dijo: “Vete a la parada del tranvía número 16, en la

plaza de San Giovanni, y estáte allí sin decir nada. Se acercará a ti una persona que tú no conoces, te dirá una palabra, tú sólo debes responder: Ven conmigo”. Yo no sabía de qué se trataba, por lo que tuve muchas dudas en el trayecto hacia el seminario. La persona temblaba continuamente, estaba pálido, blanco como la cera. A lo largo de la calle estaban los SS alemanes con las armas preparadas, a una distancia de quince a veinte metros unos de otros. La persona que me acompañaba se impresionó y mostraba señales de mucho miedo. Viéndolo tan abatido y tembloroso, intenté bromear un poco con él, quise charlar algo distendidamente, reía también de modo ostentoso para que los alemanes vieran que no teníamos nada que ocultar, quería evitar sospechas y mostrar calma. Por fin, llegué al seminario, el rector lo acogió, y se salvó. Sólo después supe que se trataba de un judío, porque, después de cuarenta años, la embajada de Israel ante el Vaticano me envió una carta invitándome a recibir la medalla de los Justos entre las Naciones[21]».

En 1983, tanto el cardenal Pietro Palazzini como el cardenal Vincenzo Fagiolo recibieron la medalla de los Justos entre las Naciones y se plantó un árbol con sus nombres en la calle del Recuerdo, en la colina al oeste de Jerusalén, donde se levanta el memorial Yad Vashem.

Las Hermanas de Sión

También sor Augustine, superiora de las Hermanas de Nuestra Señora de Sión, fue reconocida con el título de Justos entre las Naciones. En el convento de Via Garibaldi, 28 fueron escondidos y salvados 187 judíos.

Sor Dora Rutar, que se encontraba en Roma como novicia, contaba que «el 16 de octubre de 1943, cuando comenzó la persecución de los judíos, muchas familias se presentaron ante la verja de nuestra casa para pedir asilo. Cada día venían más, por lo que alcanzamos rápidamente el número de 187. El dormitorio y el locutorio se llenaron. La gente dormía en el suelo, en las escaleras, no había un espacio libre. La superiora los acogió a todos porque eso significaba salvarles la vida. Había problemas para hospedar a los hombres, y entonces se prepararon catres y colchones en los sótanos. Al principio se creía que la persecución duraría poco; por el contrario, tuvimos que sobrellevar la situación durante nueve meses. De esta manera comenzaron las dificultades, no teníamos bastante comida y pedimos ayuda al Vaticano. Fue así cómo monseñor Bellando, monseñor Montini y sor Pascalina organizaron el abastecimiento de comida. La madre Pascalina nos ayudó mucho. Una vez vino ella misma con una furgoneta para traernos alimentos. Éramos muchos, las tarjetas de racionamiento eran pocas y por cada una de ellas podíamos tener ochenta gramos de pan al día. Sin la ayuda del Vaticano hubiera sido imposible dar de comer a todos. En un momento dado se creó el problema de impedir eventuales irrupciones de soldados alemanes. La Secretaría de Estado nos dio una hoja en la que estaba

escrito “propiedad del Vaticano”, de manera que se pudiera impedir cualquier injerencia. Pegamos esta hoja en la entrada principal y, a la vez, organizamos un plan de emergencia. En caso de peligro, el portero tenía que hacer sonar un timbre escondido. En mayo de 1944 intentaron entrar. La hermana utilizó la hoja de la Secretaría de Estado para detenerlos, y ellos se fueron, también porque estaban a punto de llegar los aliados».

«Hubo también momentos agradables —añade sor Rutar—. Recuerdo que el 14 de diciembre de 1943, cuando hice la profesión, los judíos asistieron a la misa, la capilla estaba llena, y muchos de ellos cantaron en el coro».

«Fue algo conmovedor», añade sor Luisa Girelli, hermana en religión de sor Rutar, porque «a pesar del riesgo tan grande que corríamos, los judíos celebraron con nosotros una fiesta que no les pertenecía. Lo hicieron para demostrarnos su gratitud».

La iglesia del Buen Pastor en la EUR

Para salvar a los judíos se aprovechó cualquier oportunidad. Don Andrea Damino, un padre paúl, cuenta que «en la casa parroquial del Buen Pastor en Roma se acogió a una veintena de refugiados, entre los que estaban siete judíos que intentaban huir de las deportaciones nazis. Todos vestían sotana y vivían con la esperanza de que los aliados llegasen pronto, aunque durante meses se quedaron bloqueados en los frentes de Cassino y Anzio. Se vivía con estrecheces, comida había poca, también porque los refugiados carecían de tarjeta de racionamiento, pero para muchos el miedo era más fuerte que el hambre. Para defendernos de pesquisas inesperadas, además de proporcionarles una sotana, preparamos a los refugiados para que pudieran responder a un interrogatorio. A los hermanos de fe hebrea les enseñamos las oraciones, el catecismo, la misa. Los habíamos instruido sobre los superiores paúles en el sur, porque ellos tenían que decir que habían escapado del sur de Italia porque subían los americanos.

»El domingo 14 de mayo de 1944 sufrimos un registro —continúa don Damino —. Vimos numerosos soldados que rodeaban la casa y que entraron resueltamente. Teníamos miedo de que alguien se hubiera enterado de que en casa había refugiados y lo hubiera denunciado. En temerosa espera empezamos a rezar el rosario. En una pausa del rosario intenté fortalecer a los refugiados, en especial a los judíos que estaban aterrados. Dije: “Estad tranquilos; sabéis lo que tenéis que decir, no os ocurrirá nada”. A mis palabras un judío respondió: “A vosotros no os ocurrirá nada. A nosotros nos pueden descubrir, estamos circuncidados”. Después de un instante de estupor exclamé: “¡Pero no llegarán a tanto!”. Él, moviendo la cabeza, me dijo: “Han llegado ya otras veces”. Recuerdo que dentro de mí decía: “María, protégenos a todos y especialmente a estos pobrecitos, que después de todo son de tu estirpe y además te están rezando”.

»Finalmente, las cosas se aclararon y pudimos respirar con tranquilidad. Aquel pelotón de soldados no nos buscaba a nosotros sino una imprenta donde se producía material “comunista derrotista[22]”».

La parroquia del Buen Pastor la dirigía don Pier Luigi Occelli, más conocido como don Pedro, el cual contó a monseñor Venier que los judíos escondidos fueron muchos, hasta alcanzar la cantidad de veintitrés. Fueron presentados por párrocos del centro de Roma y por alguno de los primeros huéspedes que intercedían por sus conocidos. El personaje más notorio fue el abogado Romanelli. También había dos jóvenes, Sergio y Aldo Terracini. La mayoría eran comerciantes de tejidos, como Pace y De Benedetti. Aquellos muchachos que fueron salvados no lo olvidaron y, en diciembre de 1956, la comunidad israelita de Roma entregó a don Pedro un certificado de «benemérito y reconocimiento por cuanto hizo a favor de los judíos en el periodo de la persecución racial».

La Providencia en Via di Donna Olimpia

«Hemos hecho caridad, pero ¿qué hay de raro en ello?»[23], dijo una vez Giovanni Battista Franzoni, abad de San Pablo. De hecho, es interesante señalar que muchas de las historias de heroísmo que tuvieron lugar en aquella época han sido divulgadas por los ciudadanos judíos que se beneficiaron de ellas. Los católicos han mantenido su discreción, como muestra el caso de monseñor Elio Venier. Originario de la Alta Carnia, monseñor Elio Venier era el segundo de cuatro hermanos. Uno de ellos murió en Rusia, otro, Walter, fue uno de los dirigentes de la «Brigada Osoppo» en Carnia. Ordenado sacerdote en febrero de 1940, comenzó su misión en la parroquia de Santa María Madre de la Providencia en la Via di Donna Olimpia, parroquia dirigida por don Ferdinando Volpino, ayudado por don Angelo Vallegiani, un friulano que posteriormente dirigiría el Seminario Romano.

Fue en septiembre de 1943 cuando don Elio llevó a cabo, junto a don Volpino y a don Vallegiani, la obra de ayuda a 65 judíos que huían de la persecución. Familias judías enteras se refugiaron en la iglesia de la Via di Donna Olimpia, y allí permanecieron hasta la llegada de los aliados. La labor de asistencia de los tres sacerdotes era tan conocida que el mismo rabino de Roma, Elio Toaff, que se encontraba en Ancona, pensó en trasladarse y esconderse allí, aunque después cambió de idea. Toaff recuerda que «mis amigos me dijeron: “te indicaremos un lugar seguro y simpático”, y me dieron la dirección de la Divina Providencia».

Al volver a recordar aquellos días, monseñor Elio todavía se conmueve. Entre las muchas poesías que ha compuesto hay una dedicada a la Virgen de la iglesia de Santa María del Milagro que dice así:

César, Mario, el Duque, David, Septimio,

Rina, Constanza, Fiorella,
amigos míos y de la pequeña iglesia de Donna Olimpia,
que fue casa y templo
a lo largo de nueve interminables meses,
oponiendo al odio
la única riqueza del respeto y del amor,
aquí os veo pasar en imagen,
iluminados por esta consanguínea judía,
cargada con vuestro pasado,
pródiga con vuestras esperanzas,
por el misterio soberano de la confianza.
Es aquí en su primera misa,
donde el padre Kolbe aprendió el arte
del amor que se sacrifica.
Podéis tener confianza, amigos,
¡es siempre una Madre[24]*!*

Al recordar aquel periodo, monseñor Venier ha hecho notar que fue de gran importancia la solidaridad que se estableció entre todas las personas que frecuentaban la parroquia. Los nazifascistas pagaban mil liras por cada una de las personas que se denunciaran. Por una familia de cuatro judíos la recompensa era de cinco mil liras. Sumas considerables si pensamos que pocos años antes una de las canciones más populares decía: «Si pudiera tener mil liras al mes…». Y sin embargo «nadie nos traicionó nunca», afirmó monseñor Venier.

En la iglesia Nueva, habitaciones cegadas y universidades falsas para salvar a los judíos

Una mañana de octubre de 1943, el padre Paolo Caresana, párroco de la iglesia Nueva, Santa María in Vallicella de Roma, se dirigía hacia la puerta de salida de la iglesia. Vio a un hombre atemorizado esconderse detrás de la puerta. Comprendió que aquel hombre huía de los alemanes que estaban registrando el Corso Vittorio. Aquel hombre era judío y estaba en juego su vida, si lo hubieran cogido habría sido su fin. Se trataba del doctor Calò, médico judío que trabajaba en la cárcel de Regina Coeli. «Venga conmigo», le dijo el padre Caresana. Todavía aterrorizado, el doctor Calò siguió al sacerdote que, después de haber recorrido un pasillo y doblado hacia la sacristía, lo introdujo en su habitación, situada en el primer piso de la casa, y le dijo: «Desde este momento usted es mi huésped[25]». El doctor Calò permaneció allí hasta la llegada de los aliados. No fue el único judío escondido en la iglesia Nueva ni aquélla la primera vez que se hacía el bien a los judíos. La familia de los hermanos

Bondi fue escondida en una habitación tapiada. Por una trampilla se les pasaba todo lo necesario para alimentarse y vestirse. Al final de la guerra dijeron que nunca habían estado tan tranquilos como en aquellos seis meses en que permanecieron tapiados.

Más detalles sobre cuanto ocurrió en la iglesia Nueva los ha recogido el padre Carlo Gasbarri: «En los momentos críticos, los refugiados llegaron a ser setenta, pero no todos permanecieron durante todo el periodo de la ocupación[26]». El problema más grave que había que resolver era el de los documentos falsos y las correspondientes tarjetas de racionamiento. Por este motivo, el padre Caresana y el padre Gasbarri se inventaron una universidad. «Hacia los primeros meses del año 1944 —recuerda el padre Gasbarri— tuvo lugar en Roma una especie de censo. Las autoridades enviaron a los cabezas de familia y a los institutos un módulo con muchas casillas para cumplimentar, combinadas de tal manera que si uno no decía la verdad terminaba por delatarse». Fue así cómo para justificar la presencia de tanta gente en la iglesia, los padres concibieron la idea de un «Colegio Superior de Estudios Filipinos», donde los jóvenes transformados en clérigos serían los alumnos y los más ancianos los profesores. Como es lógico, existiría una secretaría y unos bedeles. De esta manera fue posible presentar una plantilla de unas cuarenta personas. Según la acreditación de esta universidad fantasma, se solicitaron las tarjetas de racionamiento, con sus respectivas fotografías pero con los datos personales inventados. Para evitar ser descubiertos, al pasar por los pasillos, con frecuencia los padres preguntaban a quemarropa generalidades a los jóvenes para ver si estaban preparados para responder.

Y por vestido un hábito de monja

«Ha habido mártires de la fe, que haya mártires de la caridad[27]», con estas palabras sor María Goglia, ayudada por sus hermanas en religión, de manera especial por sor Valeria Bortone, comenzó su actividad de ayuda a los judíos en el mes de septiembre de 1943. Las Hermanas Compasionistas Siervas de María, respondiendo a la invitación del papa Pío XII, abrieron su casa de Roma, en la Via Alessandro Torlonia, 14, y allí acogieron a sesenta mujeres judías con sus hijas y a veinte familiares de oficiales italianos. Acoger a tantas personas no fue tarea fácil puesto que la escuela, por motivos obvios, debía funcionar con regularidad. Se llenó todo el espacio y así, entre habitaciones y salones, se podría decir que se ocupó cada hueco. «Nuestras huéspedes —recuerda sor Valeria— eran inscritas con regularidad en el registro de la comunidad con el título de hermanas y tenían su hábito religioso para vestirlo en caso de alguna visita no deseada. Ésta tuvo lugar, pero sor María Goglia, reconociendo en el grupo de soldados a un joven de Castellammare, logró que los alemanes sólo requisaran un coche de una familia milanesa, huéspedes nuestros, y no

a la señora judía que querían llevarse. Algunos nombres, verdaderos o falsos, eran Ottolenghi, Fiorentino, Di Nepi. Muchos recibían nombres convencionales, como Nueva Italia, porque tenían un negocio con ese nombre, o indicaban a los huéspedes con la habitación ocupada por ellos».

Después de algunos meses, las familias de los oficiales encontraron otro alojamiento; los judíos adultos, sobre todo los maridos de las mujeres huéspedes de la comunidad de las hermanas compasionistas, fueron acogidos por varias congregaciones eclesiásticas y por los padres Siervos de María de la Piazza Salerno y de San Marcello.

Monseñor Emilio Ruffini, canónigo de San Pedro, ahora con noventa y cinco años, era en 1943 párroco de la Natividad. «En aquel periodo —cuenta monseñor Ruffini— conocí a un comerciante de tejidos judío, un cierto Sonnino, al que le había aconsejado que se viniera a esconder en la Natividad, pero dudó en hacerlo, fue apresado por los alemanes y deportado a Alemania con su familia. Más afortunado fue otro comerciante de telas de Rocca Priora, de quien recuerdo el nombre, Marco, que se presentó con lágrimas en los ojos, suplicándome que le escondiera a él y a su familia. Después se le unieron otros quince judíos, que alojamos en las pequeñas habitaciones sobre la parroquia[28]».

Para defender a sus huéspedes, monseñor Ruffini había hecho fijar en su puerta un letrero que decía: «Ésta es la casa del papa». Si los nazis hubieran descubierto cuánta gente se escondía en aquel lugar, los habrían fusilado allí mismo.

La poco conocida historia de Villa Giorgina

Al final de la guerra hubo innumerables manifestaciones de agradecimiento por parte de los judíos que se habían salvado gracias a la obra de asistencia de las instituciones eclesiásticas. Una de las historias más relevantes es la de Abraham Jacob Isaia Levi, hombre ilustre y de ética elevada, senador del reino hasta la promulgación de las leyes raciales. Durante la ocupación nazi fue escondido por las hermanas de María Niña en la casa que tienen al lado del Augustinianum, en la parte derecha de la plaza de San Pedro y, como reconocimiento, donó al pontífice Pío XII la Villa Giorgina, actual sede de la Nunciatura Apostólica en Italia.

El hecho me fue narrado por su excelencia monseñor Andrea Cordero Lanza di Montezemolo, nuncio apostólico en Italia. Monseñor Di Montezemolo ha sido testigo ocular, además de víctima, de aquellos años terribles por cuanto que su padre, el coronel Giuseppe di Montezemolo, medalla de oro al Valor Militar, fue asesinado por los SS alemanes en la masacre de las Fosas Ardeatinas[29].

La Nunciatura Apostólica en Italia nació el 11 de febrero de 1929, cuando, gracias a los Pactos Lateranenses, fue posible instituirla. Su primera sede estuvo en la Via Nomentana, número 365, donde ahora está la embajada de Libia. En 1959, la

Nunciatura Apostólica se trasladó a la actual sede de Villa Giorgina, en la Via Po, número 27. Es un bellísimo edificio situado en el centro de Roma y rodeado por un amplio parque, con un espléndido jardín. Cuenta el nuncio: «El propietario era el senador del reino (Abraham Jacob) Isaia Levi, que hizo construir la villa en los años veinte con el nombre de Villa Levi. Se convirtió después en Villa Giorgina en memoria de la joven hija desaparecida prematuramente. La mujer del senador se llamaba Nella Coen».

El senador Levi murió el 6 de mayo de 1949. Su testamento se leyó el 9 de mayo de 1949 y, entre otras cosas, dice: «Dejo al pontífice reinante, Pío XII, Villa Levi, actualmente Villa Giorgina, en recuerdo de mi amada niña. Veinte mil metros cuadrados de superficie y un jardín con plantas de valor. En la villa hay restos antiguos, y cuanto de mejor existe en nuestra época. La arquitectura es de estilo neoclásico con suntuosos artesonados traídos de villas romanas del 500 y 600».

En el acta de donación, el senador Levi sugirió también la finalidad de uso y propuso utilizarla como sede de la Pontificia Academia de las Ciencias o como Nunciatura Apostólica. Voluntad llevada a cabo por Juan XXIII, quien en 1959 decidió que la villa se convirtiera en sede de la Nunciatura en Roma.

De acuerdo con sus mismas palabras, el senador Levi donó esta villa por «haber sido preservado de los peligros de la inicua persecución racial, subversiva de toda relación con la vida humana, y agradecido por la protección que le concedieron en aquel tormentoso periodo las hermanas de María Niña», donde encontró hospitalidad en los momentos de mayor peligro de las persecuciones raciales.

El senador Levi era una persona de notable estatura moral. Antes de que las leyes raciales le obligaran a esconderse, había creado la Fundación Pan y Casa para Todos. El programa «pan para todos» funcionó hasta que llegaron los nazis, mientras que la parte relativa a «casas para todos» no tuvo tiempo de llegar a ser operativa. Dejó una parte considerable de su fortuna al hospital Mauriziano de Turín. Era muy sensible a los problemas de la juventud y luchó para que se adoptaran medidas para la protección de la infancia que hubieran llevado a una mejora social y moral de la sociedad. Al final de la guerra, con el amoroso apoyo de su mujer, el senador Levi se convirtió a la religión cristiana pero no se olvidó nunca de sus compañeros. Donó una gran suma de dinero a los judíos ancianos, incapacitados y que vivían en estado de pobreza.

La estatua de «María Salus Populi Romani» esculpida por un artista judío

El famoso escultor judío Arrigo Minerbi se salvó junto con su familia gracias a la Obra de don Orione. Como ha contado él mismo: «Bajo un diluvio de agua, un coche me dejó en Roma el 7 de diciembre de 1943». Fugitivo con el nombre falso de Arrigo della Porta, fue acogido en el Instituto de San Filippo. Mientras los alemanes

rastreaban Roma, Arrigo Minerbi, junto a otros compañeros militares y antifascistas, fueron ocultados por la labor de sublime caridad de aquellos sacerdotes que arriesgaban la vida. En el instituto había un gran número de profesores y maestros: eran perseguidos camuflados. Un magnífico ejemplo de discreción prohibía a todos, laicos, religiosos y seminaristas, incluso la más pequeña petición de información. Sólo el director sabía y velaba por todos.

«Mi admiración aumentaba al ver que los sacerdotes no tenían descanso —recuerda Minerbi—, ninguna comodidad ni descanso. Se privaban de todo sin dudarlo a una indicación del superior; ninguna labor, ningún oficio, ni el más vil, rechazaban».

Para agradecer todo cuanto la Obra de don Orione había hecho por él, el escultor Arrigo Minerbi forjó *El don Orione agonizando* y la más famosa *Maña Salus Populi Romani*, una estatua de once metros de altura, situada en el monte Mario, uno de los puntos más elevados de la ciudad.

Una copia de esta Virgen, *The Queen of the Universe*, fue colocada en Boston, Estados Unidos. Fue así cómo este escultor judío se convirtió en el autor de dos estatuas de María que son objeto de una gran devoción popular.

La idea de dedicar una estatua a María nació de un grupo de «amigos de don Orione» que, reunidos en un domicilio particular, hicieron el voto de que si la ciudad de Roma se salvaba de las atrocidades de la guerra y de la violencia de las bombas, encontrarían el modo de levantar un monumento a la Virgen. El voto se dio a conocer a otras personas y, en poco tiempo, se recogió la adhesión de más de un millón de fieles. Al final de la guerra, todos los jóvenes de don Orione y las personas que habían formulado el voto se ocuparon de reunir restos de bronce. Minerbi hizo el boceto copiando los rasgos de la Sábana Santa, con la idea de que el rostro de la Virgen debería tener de alguna manera los rasgos de Jesús. El trabajo de pasar el modelo original esculpido por Minerbi al modelo en yeso, y la ejecución en bronce repujado, lo llevó a cabo una firma de Milán, la misma que había hecho la puerta oriental del Duomo, modelada por el mismo Minerbi.

La estatua fundida en Milán llegó a Roma en abril de 1953. Había salido discretamente de la capital lombarda evitando todo tipo de publicidad. El 5 de abril de 1953, apareció en Roma *Maria Salus Populi Romani*, la estatua de la Virgen que desde la altura del monte Mario domina la ciudad.

El rabino amigo del papa

Israele Zolli, rabino jefe de la comunidad judía romana, fue uno de los protagonistas de aquellos años terribles y trágicos. Hombre de cualidades elevadas, advirtió con antelación el peligro nazi, y luchó para que todos los judíos se escondieran a tiempo, y sería recordado como un héroe si no se hubiera convertido al

catolicismo. Se bautizó el 13 de febrero de 1945, tomando el nombre de Eugenio, en reconocimiento a cuanto el papa Pacelli había hecho por salvar a sus hermanos de raza. Fue un acto que hirió profundamente a la comunidad judía mundial. Todavía hoy, 42 años después de la muerte de Zolli, es difícil hablar de aquel suceso sin herir el orgullo judío, pero no se puede hacer un cuadro completo de la realidad de aquellos años y, sobre todo, no se puede conocer a fondo el debate que se desarrolló dentro de la comunidad judía sin recordar la figura de Zolli.

Israele Zoller, su verdadero nombre de nacimiento, era de origen polaco. La madre, perteneciente a una familia de rabinos con más de cuatro siglos, deseaba ardientemente que uno de sus cinco hijos llegara a ser rabino; y su deseo se cumplió, aunque la muerte la alcanzó antes de que el más joven de sus hijos, Israele, fuera nombrado rabino. El joven Israele frecuentó primero la Universidad de Viena, después la de Florencia, donde se doctoró en Filosofía, estudiando a la vez en el Colegio Rabínico. En 1920 se convirtió en rabino jefe de Trieste. En 1933 logró la nacionalidad italiana y, a causa de las leyes fascistas, tuvo que cambiar su apellido de Zoller a Zolli. Obtuvo la cátedra de Lengua y Literatura Hebreas en la Universidad de Padua, pero con la aplicación de las leyes raciales tuvo que abandonar la enseñanza. En 1940 fue nombrado gran rabino de Roma, donde desarrolló una misión de paz en la comunidad judía, dividida entre aquellos que se declaraban antifascistas y aquellos que, por el contrario, esperaban evitar males mayores ofreciendo una cierta colaboración. Zolli no se fiaba de los fascistas y, por eso, propuso a los líderes de la comunidad que se quemaran los registros y se hiciera huir a la gente. No le creyeron, porque en aquel momento el jefe de la policía, Carmine Senise, daba noticias tranquilizadoras[30].

Después del 8 de septiembre de 1943, la situación empeoró rápidamente para los judíos. El 27 de septiembre, el teniente coronel Kappler, jefe de la policía alemana en Roma, exigió que los responsables de la comunidad judía le entregaran en veinticuatro horas cincuenta kilos de oro, con la amenaza, en caso contrario, de deportar a todos los hombres de fe hebrea residentes en Roma. La noche de aquel día los judíos habían podido recoger treinta y cinco kilos; faltaban quince. Zolli fue al Vaticano para pedir ayuda al papa. Pío XII lo tranquilizó, la Santa Sede proporcionaría el oro que faltaba. El 29 de septiembre, el comendador Nogara, delegado de la Administración Especial de la Santa Sede, escribía al cardenal Maglio, secretario de Estado: «El doctor Zolli vino ayer a las 14 horas a decirme que habían encontrado los quince kilos en la comunidad católica y que, por lo tanto, no habían tenido necesidad de nuestra ayuda. Sin embargo, rogaba que no se le cerrase la puerta en el futuro[31]».

Pero el oro no aplacó la ferocidad de los nazis. La barbarie racista tenía necesidad de la sangre de los judíos; así, el 16 de octubre comenzaron las deportaciones. Zolli fue acogido por dos jóvenes esposos cristianos, de condición obrera, que habían perdido a sus padres, y lo asistieron como a un padre hasta la liberación de Roma. Su

mujer, Emma Majonica, y su hija Miryam fueron escondidas en lugar seguro. Tras la llegada de los aliados, Zolli volvió a su puesto de gran rabino, y en julio de 1944 celebró en la sinagoga una solemne ceremonia, que fue transmitida por radio, para expresar públicamente el reconocimiento de los judíos al Sumo Pontífice, además de al presidente de Estados Unidos, por la ayuda prestada a la comunidad judía durante la ocupación nazi. El 25 de julio pidió y obtuvo una audiencia con Pío XII para agradecerle oficialmente todo cuanto él, personalmente y por medio de los católicos romanos, había hecho a favor de los judíos, abriéndoles conventos y monasterios, dispensando de la ley canónica de la clausura papal a muchos monasterios femeninos, para que los judíos pudieran ser acogidos y librados del furor de los nazis[32].

Tras haber compartido con sus hermanos de raza los sufrimientos de la persecución, a finales de julio de 1944 Zolli escribió al presidente de la comunidad judía presentando su dimisión como gran rabino. La petición llegó de manera inesperada y causó gran extrañeza. El presidente de la comunidad tomó nota con disgusto de la dimisión, pero pidió a Zolli que aceptase el cargo de director del Colegio Rabínico, puesto que «no dudaba en afirmar que en la comunidad judía no había una persona más competente y preparada para tan delicado oficio y, a la vez, tan estimada y apreciada por su honestidad y doctrina[33]». La carta del presidente de la comunidad concluía diciendo que, si el motivo del rechazo era de naturaleza económica, estaba dispuesto a tratar el asunto del mejor modo, con tal de que aceptase la invitación. De manera cortés y decidida Zolli rehusó todo cargo.

El 15 de agosto de 1944, Zolli manifestó al rector de la Pontificia Universidad Gregoriana, el jesuita Paolo Dezza, su intención de convertirse al cristianismo. Recuerda el cardenal Dezza, ya con noventa y siete años de edad, que Zolli se presentó con gran humildad y sinceridad diciendo: «Padre, mi petición de bautismo no es un *do ut des*. Pido el agua del bautismo y nada más. Soy pobre, los nazis me lo han quitado todo; no importa, viviré pobre, moriré pobre, tengo confianza en la Providencia».

El 13 de febrero de 1945, en la capilla contigua a la sacristía de Santa María de los Ángeles, con la presencia de unas quince personas, Zolli fue bautizado por su excelencia monseñor Traglia, vicegerente de la diócesis de Roma. Israele Zolli tomó el nombre de Eugenio, en reconocimiento a Pío XII, que tanto se había prodigado a favor de los judíos, y su mujer añadió a su nombre de Emma el de María.

La conversión levantó un enorme escándalo. El cardenal Dezza cuenta que «el nombre de Zolli fue incluso borrado de la lista de los rabinos de Roma, el semanal judío salió rayado de luto y la familia fue objeto de llamadas telefónicas cargadas de insultos». Hospedado en la Gregoriana, Zolli recibió numerosas visitas de amigos y enemigos. Vinieron algunos judíos americanos a convencerlo para que volviera al judaísmo, ofreciéndole la suma que él quisiera, pero Zolli permaneció firme en su propósito.

Hacia mediados de febrero, Zolli fue recibido en audiencia privada por Pío XII.

La conversación se desarrolló en alemán. En aquella ocasión, el ex rabino pidió al papa si no era posible quitar de la liturgia del Viernes Santo el adjetivo «pérfidos» atribuido a los judíos[34]. El papa respondió con una declaración en la que explicaba que el adjetivo «pérfidos» quería decir incrédulos, sin las connotaciones peyorativas que el término tiene en el lenguaje común.

Todavía no estaban maduros los tiempos para las modificaciones litúrgicas que se llevaron a cabo sólo tras el Concilio Vaticano II.

Hombre de estudio, Zolli volvió a su trabajo docente. Fue profesor de Lengua y Literatura Hebreas en el Instituto Bíblico de la Gregoriana, e impartió cursos y conferencias no sólo en Roma; en 1953 fue a Estados Unidos invitado por la Universidad de Notre Dame de Indiana para un ciclo de conferencias.

A quien le acusaba de traición, Zolli respondía: «No he renegado de nada; tengo la conciencia tranquila. El Dios de Jesucristo, de Pablo, ¿no es acaso el mismo Dios de Abraham, Isaac, Jacob? Pablo es un convertido. ¿Acaso abandonó al Dios de Israel? ¿Dejó de amar a Israel? Sólo pensarlo es absurdo».

Antes de que las fuerzas lo abandonaran, a la edad de setenta y cinco años, Zolli escribió numerosos artículos y también un libro, *Before the Dawn* («Antes del alba»).

Capítulo segundo

ESCONDIDOS EN LAS CATACUMBAS COMO LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Con la ocupación nazi de Italia, que tuvo lugar el 8 de septiembre de 1943, las catacumbas dejaron de ser meta de visitantes para volver a ser refugio de perseguidos. Después de casi dos mil años, donde antes se escondieron los primeros cristianos, se ocultaban los judíos.

Las catacumbas de San Calixto, situadas en una área de sesenta mil metros cuadrados de terreno con 235 locales subterráneos, propiedad de la Santa Sede, se convirtieron en centro de acogida para todos los adversarios del régimen.

A este propósito, don Virginio Battezzati, director de la comunidad salesiana de San Calixto, escribió: «Casi al mismo tiempo que los salesianos, se refugian en esta propiedad de la Santa Sede hombres de diversas categorías, que por las particulares condiciones políticas no están seguros en su casa, o por huir de represalias y redadas. No es oportuno citar los nombres e indicar los varios colores de los partidos a los que pertenecían. Se practicó la caridad cristiana[35]».

En la extensión de la propiedad pontificia de las catacumbas, había dos comunidades salesianas distintas, la de San Calixto, casa de los guías y de formación y, a trescientos metros de distancia, la de San Tarsicio, que comprendía una escuela de iniciación agraria, una pequeña escuela elemental y un oratorio Don Bosco[36]. Don Michele Valentini y don Ferdinando Giorgi se encargaron de coordinar las actividades de asistencia.

Don Giorgi, un estudiante de conservatorio de veintinueve años, con espíritu alegre, extravertido, emprendedor y generoso, era el «brazo», mientras que don Valentini, licenciado en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana, y en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico, era la «mente». Diplomático y reservado, don Valentini mantenía el contacto con la procura salesiana, con el vicariato de Roma y con el Vaticano.

Desde el principio, se refirieron a las catacumbas de San Calixto los militares que no querían adherirse a la República de Saló[37], los políticos antifascistas y también algunos judíos.

Ha sido difícil encontrar documentación de cuanto ocurrió en aquellos años y en

aquellos lugares. Las razones son obvias: el carácter totalmente excepcional, contingente y discontinuo de la actividad asistencial, el tiempo y el lugar donde se desarrolló. Las circunstancias requerían que no quedara prueba alguna de la acción clandestina, confiando la difusión de las noticias sólo a la comunicación oral. Algo que en tiempos normales hubiera sido transcrito. Bajo tal óptica no debe asombrar que de tal actividad sólo se encuentren crónicas personales y recuerdos orales.

La reserva sobre la actividad asistencial, especialmente a favor de los judíos, se mantiene aún entre los protagonistas de aquellos momentos. Para demostrarlo basta con leer lo escrito en 1989 por monseñor Camillo Faresin, obispo de Guiratinga (Mato Grosso, en Brasil), a su hermano don Santo Cornelio, con ocasión de la distinción otorgada por la comunidad judía de Belo Horizonte en Brasil: «Sabes cuánto he intentado ayudar durante la guerra y no quería que se hablase de ello, pero, cuando menos me lo esperaba, ha salido a la luz la historia y así sea glorificado el Señor: hemos acogido la orden de Pío XII: "salvad a los judíos", incluso con sacrificios y peligros. No es oportuno hacer propaganda[38]».

Entre los judíos refugiados en las catacumbas estaba el anciano Giuseppe Sornaga, que se hacía llamar Giuseppe Rossi para no levantar sospechas.

Junto a él, Sergio Morpurgo, de dieciocho años, hijo de Luciano, originario de Spalato. Luciano Morpurgo fue editor, escritor, fotógrafo, y estaba casado con la vienesa Nelly Fritsch. Sergio Morpurgo vive en la actualidad en el extranjero, mientras su hermana Silvana vive en Roma.

Sergio Morpurgo escribió, en una carta enviada a su padre, una relación detallada sobre su experiencia en las catacumbas:

«Una escalera oscura y empinada, un breve pasillo, más escalones, otro pasillo, una capilla. Estoy en las catacumbas, un cementerio subterráneo que se extiende a través de un complicado laberinto de galerías y pasadizos, en ocasiones acrobáticos. Es una pequeña ciudad escondida y desconocida, una ciudad sin nombres de calles y sin luz, con tumbas en lugar de casas, calaveras y huesos en lugar de monumentos. Se pueden recorrer kilómetros sin encontrar una persona, sin oír un sonido, atentos siempre a los desprendimientos, yendo tras las piedras puestas para guiarnos en el camino de vuelta, y que, si nos perdiésemos, permitirían a alguien encontrarnos.

»Hay humedad en las catacumbas y el aire que se respira no es ciertamente sano, pero tenemos necesidad de conocer a fondo, de explorar todos los meandros porque no sabemos qué va a ocurrir en estos tiempos en que vivimos. Quizá tengamos necesidad de escondernos, y no hay lugar que ofrezca escondites más seguros que estas catacumbas oscuras, donde un hombre inexperto no se puede aventurar sin guía. Y guías no hay, porque las catacumbas, al menos en algunos puntos, han estado siempre cerradas al público. Sólo los curas las conocen y ellos, más preocupados que nosotros por nuestra suerte, nos acompañan, nos guían y nos aconsejan.

»En las catacumbas tenemos toda nuestra pequeña organización: velas, algunos víveres, agua, jergones de paja con mantas, algún arma, y aquí, en la espera y en el

temor, en la esperanza y en el sufrimiento, vemos surgir ante nosotros los espectros de miles de peligros sin nombre[39]».

La carta del joven Morpurgo continúa presentando un cuadro detallado del choque entre las tropas nazis y las fuerzas aliadas.

«No lejos de aquí, los alemanes, en su desatada crueldad, han cometido la horrenda masacre de las Fosas Ardeatinas: ¿de qué otras infamias se mancharán, antes de ahogarse en la sangre inocente que han esparcido?

»Roma, tan cercana, nos parece una ciudad muerta, más muerta que las catacumbas que están debajo de nosotros; aquella que un día era nuestra vida cotidiana, alegre o triste, parece un lejano sueño que no podrá revivir. Todo lo que era bello ya no es la realidad. La realidad es la de los alemanes que desfilan orgullosos por las vías consulares, de los alemanes que depredan, torturan, matan. La batalla está cercana, pero sólo en el espacio, el cañón gruñe sordo y los días pasan… 11 de mayo. La noticia que todos esperábamos. El V y VIII ejércitos han atacado desde Cassino hasta el mar… La marea liberadora avanza irresistiblemente, nuestra moral sube, se prepara al entusiasmo del día tan esperado y puede que cercano. Nuestra mente todavía está llena de aprensiones y de temores: la guerra, la batalla que traerá la liberación se acerca cada vez más. ¿Qué harán los alemanes, derrotados por un enemigo implacable que no concede tregua? ¿Desfogarán su ira bestial sobre la población inerme, sobre la ciudad tan duramente golpeada? ¿Nuevas deportaciones, nuevas masacres, nuevas devastaciones?

»Llegan los prófugos, cansados, postrados, describen sus vicisitudes: son de Lanuvio, de Cecchina, de Padua, de Pomezia, alegres pueblos que la furia inexorable de la guerra ha desencantado.

»¿Por qué no iba a suceder en Roma? ¿Por qué los alemanes, que no respetan ni hombre ni Dios, iban a respetar la ciudad sagrada para la religión y para la historia? Ni siquiera sabemos formular las respuestas a estas preguntas y nos preparamos; la tempestad se acerca, pero hemos durado hasta ahora, duraremos para entonces.

»Tres noches frías de catacumbas, en nuestros lechos húmedos, hechos de paja, puestos en las tumbas de los primeros papas o de los primeros obispos, tres noches largas, porque la noche es igual al día: la misma oscuridad, el mismo frío, la misma ansia.

»Noche del 3 de junio, tan bella, tan distinta de todas las demás. La última línea de defensa alemana al sur de Roma se ha venido abajo. Los aliados avanzan irresistiblemente, la liberación está cerca. Por la Via Appia vemos los miserables restos de aquel que había sido el ejército que llegó hasta Estalingrado, hasta el Elbrus, hasta el cabo Norte, hasta Alejandría. Caballos y hombres, carros y cañones, todo está cansado, destrozado, desesperado.

»Roma es nuestra, todos sabemos que será un gran día.

»Es el 4 de junio, parece un día como cualquier otro, y, sin embargo, es tan distinto. El cañón calla, y ni siquiera un aparato surca el cielo: parece una tregua de

armas, una tregua para salvar Roma. Desde todas direcciones se oye un único rumor: el de las minas. Son las 18.00; una explosión formidable, imprevista. Los alemanes, los últimos gastadores, han hecho saltar el puente de la Marrana, un pequeño puente sobre un foso, cercano al lugar del *Quo vadis* donde Jesús se encontró con san Pedro. Cuatro tanques aparecen de improviso en la Ardeatina, alguien los ve. Nos llama. ¿Serán alemanes? Extraño, pero no, tienen las estrellas. Son americanos. ¡Viva! Como un loco corro, corro, los veo cerca de mí, los puedo tocar, no es un sueño… He estudiado el inglés durante meses, esperando este momento, y ahora no soy capaz de balbucear una palabra. Pero entiendo que se ha terminado, que finalmente se ha terminado, no importa lo que digo o balbuceo. Somos libres: el gran momento que hemos esperado tanto ha llegado. Finalmente[40]».

En la casa de San Tarsicio, junto a Morpurgo y Sornaga, estaba refugiada toda una familia judía, compuesta por cuatro personas. El mayor de los hijos se refugió en San Tarsicio sólo en enero de 1944, después de un periodo de rebeldía pasado con Sergio Morpurgo en Velletri. El padre, con el falso nombre de Terzagora, daba clases a los muchachos del instituto. El hijo mayor tomó el nombre de Emilio Guidotti con un certificado falso y con la tarjeta de la TODT (organización fascista del trabajo).

Un día, la madre vio al marido caminar entre dos oficiales alemanes en el camino central de la propiedad. Pensó en lo peor y, en cambio, el marido simplemente hacía de guía turístico religioso a sus acompañantes gracias a su conocimiento de la lengua alemana. La misma lengua que lo había salvado a él y a su mujer, cuando por un instante logró huir de la redada del 16 de octubre de 1943. La familia judía permaneció con los salesianos hasta la llegada de los americanos.

Entre los muchos que se refugiaron en las catacumbas estaba también el general Ezio Garibaldi, nieto del famoso Giuseppe[41]. Diputado a la Cámara de los fascios y de las corporaciones, cayó en desgracia durante el fascismo sobre todo por sus intervenciones a favor de los judíos y por su hostilidad a la alianza con los alemanes. Muy dura fue su toma de posición contra el racismo «a la alemana», definido por él como una «estupidez[42]». Después, logró entrevistarse con Pío XII y se hizo católico junto con su esposa americana y su hija Anita.

También el subteniente Maurizio Giglio, agente del Office of Strategic Service (OSS) al servicio del V Ejército, estaba en comunicación con los salesianos que llevaban la red de asistencia. Era el único oficial en contacto con Peter Tompkins, jefe operativo del OSS llegado a Roma en enero de 1944. Delatado, Giglio fue capturado en marzo de 1944 por la banda de Koch. Fue torturado pero no habló. Murió en la matanza de las Fosas Ardeatinas.

La organización vaticana para la asistencia a los perseguidos

Al tratarse de una propiedad de la Santa Sede, se suponía que el espacio ocupado

por las catacumbas sería inviolable. En realidad, los milicianos nazifascistas violaron en muchas ocasiones la extraterritorialidad. Tuvo lugar antes de la Navidad de 1943, con la incursión en el Colegio Lombardo y el arresto de numerosos elementos de izquierda ocultos en él, y la irrupción en la abadía de San Pablo extramuros con el arresto de más de sesenta refugiados, además de requisar vehículos, armas y combustible. También el Pontificio Instituto Oriental fue visitado por la banda del fascista Koch. El mayor de las SS Herber Kappler, jefe de seguridad en Roma, justificó las intervenciones con la tesis según la cual «el abuso del derecho de asilo… podría llevar a los alemanes a no respetar más los derechos extraterritoriales de los edificios pontificios[43]».

Los religiosos y los sacerdotes no gozaban de inmunidad alguna aunque tenían su tarjeta de identificación. Se arriesgó y se salvó el irlandés de la congregación del Santo Oficio, monseñor Hugh O’Flaherty, conocido como la «primavera roja del Vaticano». Como se mostró en una famosa película, monseñor O’Flaherty creó una organización clandestina para esconder a los prisioneros evadidos, opositores al régimen, y conseguir disfraces y documentos de identidad falsos[44]. También lograron trabajar sin especiales problemas monseñor Pietro Barbieri, monseñor Pietro Palazzini, monseñor Roberto Ronca y muchos otros. De Palazzini y Ronca hemos hablado en la primera parte del libro, pero es necesario conocer la gesta de Barbieri.

Durante todo el periodo de la ocupación nazi de Italia, monseñor Barbieri, desde su central de la Via Cernaia, 14, tendió una formidable tela de araña de solidaridad humana. Innumerables son los testimonios a su favor de senadores como Bonomi, Cadorna, Nenni, De Gasperi, Andreotti, Merzagora, Sparato, Saragat, Casati, Soleri, Gronchi, Ruini.

Si alguien volviese a levantar hoy la red de asistencia a los perseguidos en la ciudad de Roma, señalaría al número 14 de la Via Cernaia. Se trataba de un pequeño portón situado en el barrio umbertino. Dos o tres series de escalones llevaban al apartamento de monseñor Pietro Barbieri, donde entre sillones y librerías se acomodaron hasta quince camas. Otras tantas se colocaron en las demás habitaciones. En ellas comieron y durmieron muchos de los hombres que en la posguerra llegaron a ser presidentes del gobierno, ministros y secretarios de Estado. El número total de estos personajes podría formar por lo menos tres gobiernos[45]. En el otoño y en el invierno de 1943, así como en la primavera de 1944, nadie llamó a la puerta de la Via Cernaia sin recibir ayuda: con frecuencia se trataba de asilo. Monseñor Barbieri estaba dispuesto a ceder, si era necesario, su misma habitación y retirarse al convento cercano; o también tenía siempre a mano una dirección de alguna casa religiosa donde el perseguido podía encontrar refugio. Muchas veces se trataba de ayuda en dinero, alimentos o vestido. Políticos, oprimidos por el fascismo o por el nazismo, judíos escapados de las feroces redadas de Roma, periodistas de cualquier tendencia y opinión, todos encontraron refugio en la Via Cernaia.

Las entradas al refugio eran tres: los judíos debían entrar por una, los militares

por otra, y los políticos por la tercera.

El senador Pietro Nenni, líder del Partido Socialista Italiano, ha escrito que fue monseñor Barbieri «quien le encontró refugio en Letrán en un momento de gran peligro. Recuerdo su generosidad y su coraje en la época de la ocupación nazi de Roma». Monseñor Barbieri casó a Luciana, hija de Pietro Nenni, y fueron Mariolina y Mafalda, las gobernantas del monseñor, quienes prepararon el ajuar proporcionado por los. Coen, amigos judíos que tenían un comercio en la Via del Tritone. Puesto que el matrimonio Nenni había perdido todo en la época de la deportación alemana, prepararon la recepción en el mismo apartamento de monseñor Barbieri[46].

El presidente del Senado, César Merzagora, escribió de monseñor Barbieri en el periódico *Idea*, en diciembre de 1963: «Guardo de él el recuerdo de su valiosa labor desarrollada en el trabajoso, y sin embargo luminoso, periodo de la Resistencia. La fe en la libertad, en la democracia, en la capacidad de reacción de la patria oprimida, fueron entonces la raíz y el sostén de cada una de sus iniciativas. Fue reacio a los honores, nunca pidió sino para dar y no tuvo otro fin en su vida que el de difundir a su alrededor el don de un amor que no conoce límites y que le mereció el agradecimiento de cuantos lograron por él la salvación, la protección y el consuelo».

El testimonio del padre Merlino

Uno de los más fieles colaboradores de la labor caritativa de monseñor Barbieri fue el padre Francesco Merlino, quien contaba que «monseñor Barbieri ha sido para mí un auténtico benefactor. Empezó a hospedar perseguidos de todo tipo en el último piso del edificio de la Via Cernaia, 14, donde había instalado las oficinas de la Enciclopedia Católica Italiana[47]». El padre Merlino era el ecónomo de la Casa de la Sociedad de María (maristas), que se encontraba cerca y debía conseguir provisiones. Recuerda que salía con un camión destartalado, junto con el hermano Angelo, hacia la zona de Viterbo y precisamente hacia San Lorenzo Nuovo, donde vivían los familiares del hermano Angelo, y allí se cargaba todo bien de Dios, alubias, patatas, aceite, siempre con el permiso de los alemanes, que no imaginaban a quién iban destinados aquellos víveres.

Entre las muchas cualidades de monseñor Barbieri, la más apreciada era su increíble capacidad de multiplicar carnets de identidad falsos, tarjetas de racionamiento y documentos de todo tipo.

El padre Merlino tenía un sobrino inspector en el Poligráfico del Estado, del cual logró obtener, a partir del 25 de julio de 1943, un gran número de módulos de tarjetas que se rellenaban con falsos nombres y falsos lugares de origen, por lo demás devastados por los bombardeos. Se instaló una imprenta clandestina en la biblioteca de los padres maristas, en el primer piso, sobre la sacristía; un dentista polaco llamado Giulio era el encargado; sus colaboradores eran el general Raffaele Cadorna,

el padre Merlino y el hermano Aldo Gori. Mientras, un cierto Gino Francia se encargaba de añadir a los ficheros romanos los nombres. Los carnets de identidad que llegaron del Poligráfíco fueron treinta y siete mil, de los que se utilizaron unos veinte mil. También los sellos se editaban clandestinamente.

Fue quizá por esta capacidad por lo que monseñor Barbieri era llamado «el más grande falsificador del mundo». La capacidad organizativa de monseñor Barbieri era impresionante. Cuenta el padre Merlino que una vez consiguió una gran cantidad de telas de hizo que se confeccionaran una multitud de vestidos que después distribuía, o para disfrazar a los refugiados y huidos, o para vestir mejor a los prófugos de la zona de Cassino y de Valmontone. Monseñor Barbieri entregaba todo, incluso sus pantalones y su sotana, a los sacerdotes que huían de las zonas ocupadas. «Un día —recuerda el padre Merlino—, monseñor Barbieri compró a los alemanes un camión entero de arroz y pasta que habían robado de nuestros cuarteles. Eran quince quintales, que yo mismo pagué, tomando el dinero del Banco de Sicilia en la Via del Corso. La cantidad fue proporcionada por el doctor Gualdi, director del Instituto Inmobiliario». Para ayudar a los necesitados en tiempo de guerra, en un patio de la Via Castelfidardo, donde estaban las monjas, se instaló una gran cocina en la que se distribuían más de seis mil comidas al día. El servicio lo garantizaba el Instituto Inmobiliario, y de ello se ocupaban cinco o seis monjas y un cierto número de chicas y peones.

Por allí pasaban con su tarjeta y su puchero incluso familias normalmente acomodadas. Muchas veces, él mismo o el sacristán cogían las raciones para las más conocidas y las distribuían separadamente.

Un capítulo aparte se debería dedicar a la asistencia que monseñor Barbieri prestó a los niños abandonados y, sobre todo, a los huérfanos y a los que eran víctimas de la guerra. Comenzó esta actividad caritativa con seis chicos, cuyos padres habían sido asesinados en las Fosas Ardeatinas. Puso a disposición de un grupo de señoras caritativas 260.000 liras para que pudieran alojarlos, vestirlos y alimentarlos. Nació así la Obra de la Infancia Abandonada (OIA), que desde 1943 en adelante asistió de quinientos a seiscientos huérfanos, garantizándoles, además de las necesidades vitales, también una educación humana y cristiana.

Debido a sus actividades, monseñor Barbieri corría muchos peligros, como cuando los cuatro hermanos judíos Sabatini tuvieron que ser salvados de manera precipitada, y solamente sorprendieron al anciano abuelo, para después desaparecer en los campos de la muerte, sólo porque se había retrasado en el baño. «Eran momentos peligrosos —recuerda el padre Merlino—. Si hubiésemos sido descubiertos, nos habrían fusilado. Por suerte, nosotros no escondíamos armas, sino sólo cristianos. No hemos querido tener nada que ver con armas, incluso cuando los partisanos insistían para encontrarles un escondite».

A pesar de sus muchas responsabilidades, monseñor Barbieri no dejó de lado su misión sacerdotal, y así casó al senador Ivanhoe Bonomi, que no era practicante,

después de años de convivencia con su esposa.

El padre Merlino ha resumido el pensamiento de monseñor Barbieri con las siguientes palabras: «Era un hombre de gran caridad. Yo hacía grandes sacrificios, y debía hacer un gran esfuerzo para reunir de diversos sitios, de varios conventos, alguna cosa, sobre todo aceite, que era considerado como algo precioso y peligroso porque estaba prohibido transportarlo, y él lo daba todo… Era de manga ancha: de ideas liberales, no había medidas en los deberes humanitarios. Sin embargo, era recto y profundamente enraizado en los principios religiosos. Era un verdadero sacerdote[48]».

Los falsificadores del Trastevere

Cuando Roma cayó en manos de los nazis, monseñor Umberto Dionisi era capellán militar y prestaba asistencia espiritual a más de tres mil quinientos aviadores. «Apenas comenzó la ocupación alemana —cuenta monseñor Dionisi— se creó en la zona del Trastevere el problema de los prófugos». Las cada vez más constantes alarmas, el pánico de las personas, el temor ante un futuro que se presentaba cada vez más negro, motivaron a un grupo de trabajadores del barrio, con don Umberto a la cabeza, a excavar un lugar de refugio bajo los locales de Santa Cecilia: un amplio refugio antiaéreo en el que no faltaba nada, y entre una broma y otra, una oración y otra, se hacían menos tensas las horas que estaban marcando con sangre otros barrios de Roma, como el de San Lorenzo. Fueron momentos terribles. Cuando los alemanes se hicieron amos de la ciudad comenzó la caza de judíos. «Me preocupé —recuerda don Umberto— por salvar como pudiera a aquellas pobres criaturas. Me advertían de cuándo iba a tener lugar una nueva redada: la voz pasaba de boca en boca inmediatamente. Gracias a Dios estábamos muy unidos entonces en el Trastevere. Hacíamos rondas por turnos». Y en la Via dei Salumi defendió abiertamente a algunos judíos contra una patrulla de alemanes armados de ametralladoras: amenazando con denunciarles al Vaticano. Ellos gritaron: «¡Siempre Faticano! ¡Siempre Faticano! *Rausch*». Y no pudieron dispararle, dispararon contra las ventanas de las viviendas de los judíos, que, avisados, mientras los alemanes vigilaban la puerta de entrada, habían desaparecido en el edificio de atrás a través de una puerta secreta.

La acción de don Umberto se dirigió en aquel periodo a cuantos no quisieron servir a la República de Saló. Generales, altos oficiales de la Marina, embajadores y varios judíos pasaron por un dormitorio que don Umberto había preparado cerca de su vivienda en Santa Cecilia, precisamente en la buhardilla de las monjas. Se trataba de monjas de clausura estricta, pero los superiores le dieron permiso para derribar un muro, en cuya entrada, para hacerla irreconocible, había preparado un altar móvil con muchos candelabros y objetos sagrados. Al otro lado pasaron nueve meses de

martirio una treintena de personas. El reclutamiento de los necesitados se hacía en el vicariato, donde muchos iban a pedir ayuda. Don Umberto había preparado dos refugios: uno en el convento y otro, de emergencia, en un estrecho rincón, entre una buhardilla y otra.

Al ingenio humano se unía, como siempre, una buena dosis de Providencia. El problema más grave para don Umberto fue la búsqueda de alimento. Todo estaba racionado y por este motivo se organizó en el Trastevere una fábrica de tarjetas falsas. Don Umberto se puso en contacto con los falsificadores y logró resolver el problema, multiplicando los documentos de identidad para judíos y apátridas. Miles de atestados fueron firmados y sellados con los tristes «certificados de arianidad». Cuenta don Umberto que esta actividad se desarrolló gracias a un cierto Schwartz, «un judío inteligentísimo, agregado en la Cruz Roja y que bajo esta identidad gestionaba una red muy amplia de relaciones y beneficencias». En la posguerra, Schwartz trabajó para la FAO.

Las Hermanas de la Caridad

Las Hermanas de la Caridad, más conocidas como Hermanas de María Niña, tienen una casa en la Via di Sant'Uffizio, justo al lado izquierdo de la columnata de la plaza de San Pedro. El edificio tiene un origen noble y antiguo, y lleva esculpido en muchos lugares el escudo del papa Urbano VIII de los Barberini, que lo hizo construir como villa propia hacia el 1600. Utilizado como edificio escolar, dispone de una hermosa terraza que domina la plaza de San Pedro. También para ellas fueron años terribles, pero no dejaron de desempeñar la caridad que es parte de su carisma. Sor Eugenia Lorenzi, que ha recogido los testimonios de las hermanas de su comunidad, refiere[49] que, a pesar de las garantías de los aliados, los años de la segunda guerra mundial se caracterizaron también en Roma por momentos terribles en los que el miedo, la angustia, el hambre, los peligros y las tensiones marcaban la vida de la escuela. La situación empeoró en 1943, porque tanto las alumnas como las maestras intentaron aliviar el inmenso dolor de los refugiados y prófugos que se presentaban en la puerta del convento.

Resumiendo del diario de guerra de sor Eugenia: «En el primer trienio 1940-1943, ningún peligro parecía amenazar la ciudad… Todos estaban convencidos de que los horrores de la guerra no llegarían a la sede del Vicario de Cristo, cuna de la civilización europea. Pero el 19 de julio de 1943, fiesta de San Vicente de Paula, la situación cambió: un terrible bombardeo se abatió sobre Roma, quedando dañados el barrio de San Lorenzo y el aeropuerto, provocando víctimas, muertos y heridos, y dejando a unas cuarenta y cinco mil personas sin techo… Multitudes de afectados llaman a nuestra puerta, entre ellos veintidós monjas españolas, pidiendo ayuda. Pronto las aulas se convierten en dormitorios, el salón en comedor, la cocina en el

centro de gravedad de la casa… Después del bombardeo se han establecido 120 personas en la escuela; entre ellas, judíos perseguidos, personas de alto rango, recomendadas por la Santa Sede, por la misma Secretaría de Estado que, en nombre del papa Pío XII, pedía que acogiésemos a familias o políticos perseguidos…

»Cuando el espacio se llenó, se pensó en abrir una casa en la Via della Camilluccia, donde encontraron asilo más de treinta personas… Dar refugio a judíos significaba exponerse a durísimas penas impuestas por las leyes alemanas y al peligro de una pesquisa por parte de la policía alemana o fascista, cosa que tuvo lugar el 22 de octubre: ocho soldados alemanes con un oficial y un fascista se presentaron en nuestra puerta pero, gracias a la protección de san José, una vez que vieron el documento que declaraba al Colegio de María Niña propiedad extraterritorial de la Santa Sede, debidamente regularizado por el Vaticano y por el alto mando alemán, se retiraron sin oposición. ¡Los refugiados están salvados! Pero con qué miedo…

»El inicio del año escolar 1943-1944 —continúa sor Eugenia— encuentra las aulas ocupadas y los refugiados no piensan buscar otro alojamiento… Por otro lado, no es posible dejar de abrir la escuela… se incumplirían los derechos de equiparación, declarados hace poco. Se ponen en marcha los medios más ingeniosos para llevar adelante las dos tareas: las clases se imparten en horario doble; el gimnasio se transforma en tres aulas cuyo muro de división lo constituyen bañeras alineadas… con qué molestia y… humorismo, se intuye. La situación de Roma se hace más grave en 1944: opresión alemana, falta de recursos, el espectro del hambre, los registros y vigilancias hacen que se piense en pedir a los refugiados que busquen un lugar más seguro… pero de la Secretaría de Estado llega una invitación a abandonar tal decisión, enviando un destacamento de guardias palatinos que se turnan día y noche para defender la casa. Un letrero bilingüe, firmado por el coronel alemán Stahel y por las autoridades vaticanas, indica la extraterritorialidad, lo que implica la exención jurídica de registros y embargos. Un tercer bombardeo, el 1 de marzo de 1944, deja caer seis bombas cerca de la casa, intentando golpear al Vaticano. También en esta ocasión nos protege san José. Ninguna víctima… sólo el ruido de cristales hechos pedazos y tejas que vuelan por los techos… Finalmente, el 2-4 de junio, a través de la Via di Sant’Uffizio, un ininterrumpido ejército de soldados, de cañones, de tanques abandona el Vaticano. El ejército alemán se retira de Roma sin disparar un tiro, mientras entran las tropas aliadas, que son acogidas con un entusiasmo arrebatador. La misma tarde del 4 de junio, desde la terraza, monjas, refugiados y alumnas asisten a un espectáculo inolvidable: un río de gente se dirige a la plaza de San Pedro, aclamando al papa —Pío XII—, que aparece en la ventana bendiciendo y agradeciéndole todo a la Virgen del Divino Amor, la Virgen de los romanos. Después de algunos meses, los queridos huéspedes dejan la casa, tras haber rezado y agradecido a María Niña el haberles protegido y bendecido. Sin embargo, para la comunidad comienza otra época de actividad caritativa, confiada por la Santa Sede: todas las semanas se envían prendas de vestir desde el Vaticano para preparar y

enviar a los afectados de las distintas parroquias. Las monjas le echan una mano a la Oficina de Información del Vaticano, preparando miles de mensajes para los prisioneros y pasando a máquina las peticiones de las diócesis de subvenciones para edificios religiosos dañados por los bombardeos. Algunos judíos que han sido huéspedes de nuestra casa y mantenido contacto con la religión católica, sobre todo por la caridad manifestada por ella también a través del papa, dejan ofrendas para la nueva capilla y para el santuario dedicado a María Niña, en Milán, completamente destruido por el bombardeo del 15 de agosto de 1943. Entre ellos está el senador Isaia Levi[50] y su esposa, de religión judía, como confirma una carta del cardenal Gustavo Testa, que se acercan a los sacramentos y desean participar económicamente en la reedificación de la capilla».

Entre las muchas cartas de agradecimiento por cuanto hicieron las Hermanas de María Niña, impresiona el testimonio de Giacomo Terracina, un judío que perdió a su familia en Auschwitz. Con ocasión del centenario de la fundación de las Hermanas de María Niña, en 1995 Terracina escribió:

«Me alegro al recordar con gratitud la hospitalidad afectuosa que recibí en el terrible invierno 1943-1944, cuando se cerraban tantas puertas para los perseguidos.

»También recuerdo a mis pobres abuelos y a otros familiares arrestados por los nazis en la redada del 16 de octubre de 1943 en Roma y deportados, sin retorno, al campo de exterminio de Auschwitz.

»Recemos por las víctimas y por los verdugos.

»La Biblia nos enseña que es necesario perdonar, pero no absolver.

»¿Qué quiere decir esta sólo aparente contradicción?

»Quiere decir que se debe hacer justicia, pero sin odio. En recuerdo de todos los Justos».

Sor Margherita Marchione y las Pías Maestras Filipinas

Sor Margherita Marchione, religiosa norteamericana de origen italiano, que lleva a cabo desde hace años un apasionante estudio histórico sobre la figura y la obra del papa Pacelli en el periodo de la segunda guerra mundial, ha documentado los sucesos de las Pías Maestras Filipinas, que durante dicha guerra hospedaron en la Via delle Botteghe Oscure a muchísimos refugiados[51].

«La Congregación de las Pías Maestras Filipinas, a la cual pertenezco —ha dicho sor Margherita—, ha permanecido desde hace trescientos años como "hija de la Santa Sede". En 1707 Clemente XI nos llamó de Montefiascone a Roma para abrir escuelas para la juventud y, desde entonces, nos sentimos especialmente unidas al papa». Haciendo algunas investigaciones sobre la historia de la congregación, sor Margherita llegó a conocer los sucesos del convento en la Via delle Botteghe Oscure en Roma, durante la segunda guerra mundial. «Quedé sorprendida, impactada», confía. Tuvo la

oportunidad de recoger los testimonios directos de sus hermanas más ancianas que habían vivido los dramáticos días de la ocupación de Roma. Algunas de estas hermanas viven todavía. Surge así la heroica solicitud cristiana, que desprecia todo peligro, con la que las «hermanitas» tuvieron escondidas a muchísimas personas perseguidas, no sólo a los judíos del gueto vecino. «Testigos directos —cuenta sor Margherita— me han confirmado cómo, siguiendo la voluntad del papa, los conventos romanos abrieron sus puertas a quien tuviera necesidad, sin distinción de religión o de ideas políticas. Así lo hicieron mis hermanas de la Via delle Botteghe Oscure. Fue un riesgo enorme esconder durante más de un año a 114 personas, hombres y mujeres, adultos y niños. Pero las hermanas no abrigaron nunca ninguna duda». Las hermanas acogieron a los romanos perseguidos en tres conventos: en la Via delle Botteghe Oscure, en la Via Caboto y en la Via delle Fornaci. En el primero, sesenta personas fueron alojadas cómodamente en apartamentos con dormitorio, lavandería y servicios. Durante los bombardeos, todos, hermanas y huéspedes, se refugiaban en el sótano que, como refiere sor Margherita, «todavía hoy parece una catacumba». Narra sor Maria Pucci, una de las protagonistas: «En nuestra casa de la Via Caboto se acogió a veinticinco personas: algún anciano, jóvenes esposos y también niños. Unos quince estaban en el hueco de la escalera con todo lo que se había podido salvar, incluso el género de sus negocios. Los demás estaban en los locales del asilo, donde se habían acondicionado dos habitaciones…». Sor Domenica Mitaritonna añade que: «Las Pías Maestras Filipinas enseñaban durante el día mientras por la tarde, en turnos, hacían guardia para proteger a sus huéspedes. Una noche un camión paró delante del convento. Mientras los soldados alemanes se preparaban para entrar, pensando que había un refugio o un escondite de armas, un señor les advirtió desde la ventana que sólo se trataba de una escuela primaria. Los alemanes se fueron…». Sor Lucia Mangone iba todos los días al mercado para poder alimentar a las personas refugiadas, pero no era fácil encontrar siempre el alimento necesario para quitar el hambre a todos. A las monjas no les faltaba valor. Sor Lucia se presentó ante un general alemán y consiguió el permiso de comprar un camión de arroz. Naturalmente no dijo quiénes se lo iban a comer… Sor Asunta Crocenzi hablaba alemán y podía dirigirse a los soldados con facilidad. Para evitar la sospecha de que en el convento se habían refugiado judíos, decidió invitar a algunos alemanes a comer. En vez de llamar al número 20 de la Via delle Botteghe Oscure, los soldados llamaron al número 19 donde, precisamente, estaban hospedados los judíos. La hermana que hacía guardia no hablaba alemán y, con gestos, les hizo entender que no podía abrir la puerta porque aquel lugar era de clausura. Gracias al cielo, los soldados lo entendieron y llamaron a la siguiente puerta.

Al final de la guerra, un grupo de mujeres judías, hospedadas por las monjas en la Via delle Botteghe Oscure, quiso dejar una señal de su gratitud. Revela sor Margherita que «su regalo fue una estatua de la Virgen que todavía hoy se puede admirar en los locales del convento, donde los judíos fueron acogidos».

El testimonio de sor Gertrude

Singular es la historia de sor Gertrude, que cuenta: «Algunos se lamentan de la falta de documentos que certifiquen la ayuda que la Iglesia, a través de los obispos, habría dado a los judíos. Por eso me siento en el deber de contar la historia de mi familia. Éramos cuatro: mi padre, mi madre, mi hermano y yo. Habíamos tenido que huir de la Alemania nazi y vivíamos, desde marzo de 1937, en Florencia. Mi padre era pintor y mi madre también era artista y, como tales, fascinados por la cultura cristiana italiana desde su juventud, pensaron que no se podía vivir en Italia sin ser católicos y, por eso, en la Navidad de 1938 fuimos bautizados los cuatro en el baptisterio de San Juan de Dante[52].

»En 1939, durante la visita de Hitler a Italia —continúa sor Gertrude—, mi padre fue encarcelado como judío alemán, pero sólo durante unos días: en efecto, el bautismo no nos quitaba la "raza", de lo que éramos conscientes, pero no nos habíamos hecho cristianos para escapar a nuestro destino, especialmente yo, por la profunda convicción de que sólo en Cristo la vida humana se sumerge en Dios. Con la ocupación de Italia por los alemanes, justo después del 8 de septiembre de 1943, nos vimos obligados a escondernos. ¿Dónde? Mi padre encontró refugio con una familia modesta conocida: de los dos esposos, él era artesano y ella lavandera, pero de una humanidad y una valentía realmente increíbles. Mi madre pidió ayuda a la curia florentina y el secretario del arzobispo, Elia della Costa, la alojó en un monasterio de benedictinas, puesto que el arzobispo había ordenado a las monjas que abrieran la clausura. Mi hermano era amigo de un seminarista, tenía diecinueve años y el rector del seminario mayor lo escondió en el seminario menor de Florencia, donde permaneció hasta la liberación de Roma. Después, atravesó el frente, y en Roma trabajó en el Vaticano en las oficinas que buscaban a los desaparecidos de guerra, dirigidas por monseñor Montini. Yo, que tenía veintiún años, ya había entrado en el convento en el que todavía vivo hoy, pero sólo era postulante. Pedí a la superiora que me buscara un refugio fuera del convento, porque en el pueblo se sabía que yo era judía y no quería poner a mis hermanas en peligro. La superiora pidió consejo al vicario para las religiosas y él, siempre por orden del arzobispo, me envió primero a un monasterio, pero como no estaba garantizada la seguridad porque se encontraba en plena ciudad, me mandó al mismo monasterio donde estaba alojada mi madre y allí pasamos juntas cerca de diez meses, sintiéndonos atemorizadas y siempre con angustia por nuestros "hombres", el padre y el hermano, de quienes nos llegaban algunas pocas noticias por medio de amigos».

Cuenta sor Gertrude que «las monjas benedictinas tuvieron una gentileza inmensa. Repartían la poca comida de las tarjetas de racionamiento con nosotras, que no teníamos. La abadesa, consciente del peligro, no nos dejó irnos ni siquiera cuando los alemanes irrumpieron en un convento y deportaron a todas las judías escondidas

en él. Nosotras nos podríamos haber refugiado en los bosques, aunque era invierno, para no poner en peligro a las monjas, pero ellas no quisieron ni oír hablar de la idea.

»Si mi familia, después de que los alemanes dejaron atrás Florencia, pudo volverse a reunir, fue gracias a todas estas personas, y es verdad lo que se dice: los fascistas persiguieron a los judíos y los italianos los salvaron; yo añado: la Iglesia los salvó».

Como prueba de la gran ayuda de la Iglesia, sor Gertrude cuenta que, «en los años cincuenta, cuando mi hermano recurrió para conseguir en Alemania una compensación patrimonial, como se prometía a los judíos, se necesitaba un testimonio de nuestras peripecias. Entonces los tres monseñores que nos habían escondido, el secretario del arzobispo, monseñor Meneghello, que ayudó a muchísimas personas, el vicario y el rector del seminario vinieron con nosotros al juzgado para suscribir un testimonio. De mi familia sólo estoy viva yo, pero puedo asegurar que nuestra gratitud jamás ha decaído…».

Capítulo tercero

UNA RED DE ASISTENCIA JUDEOCRISTIANA

A pesar de los centenares de testimonios sobre la extensa y capilar labor de asistencia que las instituciones católicas ofrecieron a los judíos perseguidos, todavía son muchos los que sostienen la tesis según la cual «curas, frailes y monjas arriesgaron la vida y, a veces la perdieron, para ayudar a los judíos, independientemente del Vaticano y sin su respaldo[53]».

Aunque resulte sugerente, esta afirmación no está confirmada por los hechos. Los testimonios de los supervivientes muestran una realidad bastante diferente.

Cuando Pío XII murió, el rabino jefe de Roma, Elio Toaff, dijo: «Más que ninguna otra persona, hemos tenido ocasión de experimentar la gran bondad y magnanimidad del papa durante los infelices años de la persecución y del terror, cuando parecía que para nosotros no habría ninguna salvación. La comunidad israelí de Roma, donde siempre ha sido muy vivo el sentimiento de gratitud por lo que la Santa Sede ha hecho a favor de los judíos romanos, nos autoriza a referir de manera explícita la convicción de que cuanto hizo el clero, los institutos religiosos y las asociaciones católicas para proteger a los perseguidos, no puede haber tenido lugar sino con la expresa aprobación de Pío XII[54]».

Por otro lado, ¿cómo hubiera sido posible que cada sacerdote y religioso organizara una estructura de salvamento tan eficiente, capaz de proporcionar sustento, alojamiento, documentos falsos y vías de escape a miles de judíos sin una clara indicación por parte del pontífice? Con los nazis que rastreaban la ciudades a la caza de judíos, ¿qué convento, iglesia o colegio habría abierto sus puertas y puesto en peligro a la propia comunidad sin que el papa hubiera tenido conocimiento y hubiera autorizado la acción? ¿Y quién dio la orden a los monasterios de clausura, donde incluso para los confesores resultaba difícil llegar a las monjas, de abrir las puertas a las familias de los perseguidos?

Además, muchos de los que han escondido a judíos y varios de los mismos judíos que escaparon al Holocausto, han recordado las precisas disposiciones que provenían de Pío XII. Algunos han afirmado haber visto las cartas de la Secretaría de Estado que invitaban a los obispos a abrir las puertas a los perseguidos.

En efecto, la Iglesia era la única institución que en el periodo de la guerra había

mantenido una estructura eficiente, extendida de manera capilar por todo el territorio. En un periodo donde la delación estaba al orden del día, los sacerdotes estaban entre los pocos en los que se podía confiar. Y además, los prelados podían contar con la solidaria complicidad de los fieles.

Pero la labor de protección y salvamento de los judíos por parte de la Iglesia no habría sido posible sin la existencia de la organización de asistencia judía que se llamaba Delasem[55]. Sin este lazo habría sido difícil para la Iglesia católica haber entrado en contacto con todos los judíos que tenían necesidad de ayuda.

Las leyes raciales y la Delasem

El 15 de julio de 1938, todas las primeras páginas de los periódicos italianos presentaron el «Manifiesto de la raza». Era la nefasta señal de que también Italia adoptaba la criminal política del racismo nazi. Sustentada por absurdas y locas teorías seudocientíficas, la intolerancia racial fue para los judíos el comienzo de la persecución que les habría de conducir al exterminio.

En un clima de propaganda antisemita, se pusieron en marcha las leyes raciales. Por esta legislación, los judíos debían desaparecer: no podían trabajar en bancos o en la administración pública, no podían enseñar y sus hijos no podían estudiar en las escuelas públicas. Se les prohibió ejercer toda actividad profesional: notario, periodista, médico, farmacéutico, veterinario, abogado, contable, ingeniero, arquitecto, químico, agrónomo y matemático. Podían ejercer su profesión sólo entre judíos. Además, el 22 de diciembre de 1938, las autoridades militares decidieron, por iniciativa propia, licenciar a todos los oficiales judíos en servicio. No se les permitía ninguna actividad económica. Las leyes raciales prohibían a los judíos ser titulares de actividades en los siguientes sectores: agencias financieras, despachos, comercio de joyas, ejercicio de la fotografía, de la imprenta, vender objetos antiguos y de arte, comercio de libros, venta de objetos usados, venta de artículos para niños, venta de loterías, actividades comerciales relacionadas con la óptica, venta o producción de alcoholes, recogida de metales para desguace, recogida de desechos, recogida y venta de papel, escuelas de baile, escuelas de corte y confección, ejercicio y rodaje de películas, agencias de viaje y turismo. A los judíos se les prohibió ser administradores o porteros en casas habitadas por «arios», no podían tener permisos de pesca ni de conducir. Sus nombres fueron borrados de las listas de teléfonos. Los nombres judíos de las calles se sustituyeron, se quitaron las placas conmemorativas donde había nombres judíos, se les prohibió acceder a las bibliotecas públicas, formar parte de asociaciones culturales o deportivas, criar palomas mensajeras, hacer de guías o intérpretes[56], prácticamente no podían desarrollar ninguna actividad.

En el curso de unas pocas semanas, millares de judíos perdieron su trabajo. La comunidad científica quedó devastada por las leyes raciales. Rita Levi Montalcini[57]

tuvo que dejar su trabajo en un instituto de investigación, y Enrico Fermi[58] se vio obligado a emigrar porque su mujer era judía.

Entre los físicos que tuvieron que abandonar la universidad estaban: Sergio de Benedetti, Ugo Fano, Eugenio Fubini, Leo Pincherle, Giulio Racah, Bruno Rossi, Emilio Segrè. La emigración a Estados Unidos de Fermi, Segrè y Rossi marcó la disolución definitiva de la famosa «escuela de la Via Panisperna», y el traslado de los estudios de física teórica, física nuclear y física de partículas al extranjero[59].

Lo mismo ocurrió con la escuela de matemáticas, también considerada como una de las más brillantes de Occidente. En 1938 fueron expulsados de la universidad matemáticos como Guido Ascoli, Alberto Maria Bedarida, Azeglio e Giulio Bemporad, Guido Castelnuovo, Federico Enriques, Gino Fano, Guido Fubini, Beppo Levi, Tullio Levi-Civita, Gino Loria, Beniamino Segre, Alessandro Terracini, Giulio Vivanti, Vito Volterra.

Volteira estaba considerado como uno de los más ilustres matemáticos del mundo. Federico Enriques y Guido Castelnuovo habían sido los fundadores de la «escuela italiana de geometría algebraica». Tullio Levi-Civita era el más prestigioso matemático italiano de entonces; el mismo Einstein reconoció que su contribución a la estructura matemática de la teoría de la relatividad había sido de una importancia crucial[60].

Pero los judíos no se dejaron hundir por el desaliento. Para responder al golpe de las leyes raciales que entraron en vigor el 17 de noviembre de 1939 y, sobre todo, para buscar ayuda a los cerca de diez mil judíos extranjeros refugiados en Italia, se creó la Delegación de Asistencia a Emigrantes Judíos, mejor conocida como Delasem.

Dante Almansi, presidente de la Unión de las Comunidades Judías Italianas, que antes de la entrada en vigor de las leyes raciales había formado parte del Partido Fascista y había sido subjefe de la policía, logró obtener del gobierno, en 1939, el permiso para la fundación y la puesta en marcha de la Delasem[61].

Hasta el 8 de septiembre, la Delasem desempeñó una intensa actividad de socorro, después de lo cual pasó a la clandestinidad. Fue en ese momento cuando la Iglesia sustituyó a los dirigentes judíos, expandiendo la labor de socorro entre crecientes peligros y dificultades.

El fraile capuchino «padre de los judíos»

El encargado de tomar las riendas de la Delasem fue el padre Maria Benedetto du Borg d'Irè, un capuchino francés descrito por sus contemporáneos como «el hombre de las misiones imposibles», «el padre de los judíos», «el heroico y legendario personaje que desafió muchas veces a la muerte para salvar a los judíos de la furia nazi», «un ejemplo para todos». Al final de la guerra, el padre Marie Benoit, más

conocido como padre Benedetto, pudo declarar que: «En septiembre de 1943, sólo en la ciudad de Roma, la red de asistencia había ayudado a poco más de cien judíos extranjeros. En junio de 1944 el número había subido a cuatro mil: mil quinientos extranjeros y dos mil quinientos italianos».

Nacido en Francia, el padre Benedetto conocía bien a la comunidad judía. Cuando era estudiante en Roma logró un reconocimiento como el mejor estudiante de hebreo y de judaísmo. Antes del estallido de la segunda guerra mundial había sido profesor de Teología y de Hebreo en el seminario de los capuchinos de Marsella. Se encontraba en el convento de los capuchinos, en el número 51 de la rue Croix de Repnier, cuando el gobierno de Vichy publicó el triste «Estatuto de los judíos». Fue entonces cuando transformó su convento en un centro de ayuda para centenares de fugitivos judíos y antinazis. Preparó documentos de identidad y salvoconductos falsos para dirigir a los fugitivos hacia España y Suiza[62]. Pero cuando Marsella y el sur de Francia fueron ocupados por los alemanes, las esperanzas de una evasión española o suiza se vinieron abajo. Como alternativa quedaba Italia y las zonas ocupadas por ella.

El padre Benedetto se puso en contacto con Angelo Donati, director del Banco de Crédito Ítalo-Francés, un judío volcado enteramente en la defensa de sus hermanos. Donati puso en conocimiento del padre Benedetto un proyecto para transferir de treinta mil a cincuenta mil judíos de Francia a Italia y de allí a Marruecos, Argelia y Túnez. La idea era que Pío XII les recibiera en audiencia y, a través de la Santa Sede, hacer presión a Mussolini. Para decidir qué temas proponer al pontífice, el padre Benedetto se encontró con las mayores autoridades judías francesas: el presidente de la comunidad, señor Heilbroner, el gran rabino de Francia, Schwartz, junto al rabino Kaplan. El padre Benedetto se encontró también con el gran rabino de Lylle, Berman, el rabino de Estrasburgo, Hirschler, el rabino de Marsella, Salze, el presidente de la Unión General de los Israelitas de Francia, Raoul Lambert, y Edmond Fleg, presidente de los Exploradores Israelitas. El capuchino francés cuenta que «todos tuvieron palabras de respeto y admiración para el pontífice Pío XII[63]».

El padre Benedetto fue recibido en audiencia por el papa Pacelli el 16 de julio de 1943, y los cuatro puntos de su relación fueron tomados en consideración por el Santo Padre. Se trataba de tener noticias de más de cincuenta mil judíos franceses, deportados a Alemania; conseguir un trato más humano para los judíos internados en los campos de concentración franceses; facilitar la repatriación de los judíos de nacionalidad española, y ayudar en el proyecto de transferir a Italia, y luego a África del norte, algunos judíos refugiados en las zonas de Francia ocupadas por los italianos. Desde la capitulación de Francia en 1940, el ejército italiano ocupaba una parte importante del territorio francés y había elegido algunas pequeñas localidades como zonas de residencia forzada para los judíos. Como consecuencia de ello, la zona italiana se había convertido en un refugio para millares de ellos, que huían de la zona de Francia ocupada por Alemania. En contraste, las condiciones bajo la

administración italiana eran «aceptables». Naturalmente, los judíos refugiados en estas zonas no podían abandonar el pueblo, a no ser por problemas de salud graves, y debían firmar todos los días en el puesto de policía italiana, pero por lo demás no había persecuciones ni, por supuesto, deportaciones. Después del 8 de septiembre de 1943, las unidades italianas recibieron la orden de volver a casa y los alemanes se apresuraron a tomar el control de las zonas donde estaban concentrados los judíos. Justo después del encuentro con el papa y con la aprobación de los ingleses y de los americanos, el padre Benedetto envió una carta al Comité Judío de Lisboa, en la que expresaba su esperanza de salvar cincuenta mil judíos de Francia y, con este propósito, había ya preparado cuatro barcos que debían llevarlos a las costas africanas. La carta es del 8 de septiembre de 1943. La firma del armisticio italiano bloqueó todo el proyecto. Los judíos franceses que no fueron capaces de huir, acabaron bajo el control de la Gestapo mientras las tropas nazis ocupaban Italia.

La obra de la Delasem en Italia

El apostolado del padre Benedetto en Roma comenzó con un encuentro en la sede de la Delasem con un grupo de judíos que huían de Francia. El comienzo de las deportaciones convenció a Settimio Sorani y a otros cargos de la Delasem de que debían esconderse. Desde ese momento toda la responsabilidad de la organización se confió al padre Benedetto. El archivo de la Delasem, con los nombres, se trasladó al convento de los capuchinos en la Via Sicilia, 159. El padre Benedetto despachaba a los fugitivos y los dirigía a los diversos escondites diseminados por toda la ciudad. Muchos de los judíos que llegaban al convento preguntaban al portero si estaba el «padre de los judíos». Otros importantes centros, a través de los cuales se desarrolló la asistencia de la Delasem, fueron la casa de las clarisas franciscanas en la Via Vicenza, la parroquia del Sacro Cuore en la Via Marsala y la de Santa Maria degli Angeli. El número de judíos que pedían ayuda crecía por miles. El padre Benedetto se encargaba de todo, proporcionaba documentos falsos, dinero para alimentos, ropa y apoyo moral.

El rabino jefe de Roma, Elio Toaff, cuenta que al final de la guerra, «cuando los aliados habían entrado en Roma y la multitud de judíos estaba enfrente del Templo, no se lograba encontrar la llave; la gente se había dispersado mucho, el Templo había sido saqueado por los alemanes; quién sabe dónde estaría. Entonces, en medio de la multitud, apareció el padre Benedetto quien reveló, y él era el único que lo sabía, dónde se encontraba la llave. De esta manera, fue el primero que puso el pie en el Templo de Roma y asistió a su consagración después de la profanación de los soldados alemanes. Este episodio trasciende toda otra obra suya por excelsa que sea, porque se trata de una participación espiritual[64]». El 26 de abril de 1964, la Comisión del Instituto Yad Vashem reconoció al padre Benedetto como Justo entre

las Naciones. Lyndon B. Johnson, presidente de los Estados Unidos, con motivo de la inauguración en Nueva York de un busto en honor del padre Benedetto, escribió el siguiente mensaje: «Los actos heroicos y fabulosos del padre Marie Benoit al salvar de la Gestapo a judíos durante la ocupación nazi de Roma deben ser para nosotros estadounidenses un ejemplo de protección y respeto de los derechos civiles de los hombres sin discriminación de raza, color o religión. El padre Benedetto vio la dignidad del hombre en los judíos perseguidos y arriesgó muchas veces su vida para salvarles de la Gestapo y de los campos de exterminio que les esperaban. Él nos ha indicado a todos nosotros el camino a seguir para proteger los derechos civiles y humanos de nuestros compatriotas y respetar su dignidad de seres humanos como nosotros[65]».

El doctor Joseph Lichten, de la Anti Defamation League B'nai B'rith, ha afirmado: «El padre Marie Benoit es una de las figuras legendarias de nuestro tiempo». Lewis Webster Jones, presidente de la Conferencia nacional de judíos y cristianos, ha declarado que: «Las dimensiones y la perseverancia del padre Marie Benoit, que ha ayudado, arriesgando la vida, a los judíos a huir de las garras de los nazis en Francia y en Italia, hacen de él una figura excepcional, en quien todos nosotros debemos inspirarnos para actuar a favor de los oprimidos de todas las razas y de todos los países».

La red de asistencia se extendió a toda la península

Como ha escrito Susan Zuccotti: «En las ciudades de la Italia septentrional la ocupación alemana duró el doble que en Roma y, en cierto sentido, se duplicaron los riesgos de las operaciones de socorro. Muchas de esas ciudades tuvieron su padre Benedetto».

Uno de los centros principales de la red de asistencia pasaba por la ciudad de Génova, donde el cardenal arzobispo Pietro Boetto y su secretario don Francesco Repetto, que habían trabajado ya con la Delasem antes de la ocupación, proporcionaron dinero, ayudas, escondites y cartas de recomendación para mostrar a otros prelados. El cardenal Boetto quiso que el seminario se convirtiera en un centro donde esconder a los perseguidos. Fue así cómo bastantes judíos fueron acogidos allí durante muchos meses.

Al contar las vivencias de aquellos años, Salvatore Jona escribió en el diario católico de Génova: «El cardenal hizo todo cuanto humanamente era posible por salvar la vida de los judíos. Comenzó por ofrecer refugio al rabino… después se prodigó creando una organización que pudiera socorrer convenientemente a los perseguidos. Con la ayuda de algunos judíos valerosos, a la sombra de su curia se constituyó una verdadera oficina, cuyas extremidades se extendían hasta la administración pública y las cárceles. Se escondía y se alimentaba a los judíos

fugitivos, se administraban sus bienes, se cuidaban los lazos con el mundo. Y pocos saben el amplio y vasto organismo que latía bajo el impulso directo del cardenal para cumplir una obra de bondad tan extraordinaria». Mientras el cardenal organizaba la red de asistencia, don Repetto, con la ayuda de decenas de fieles, llevaba los mensajes del arzobispo a los sacerdotes de las regiones limítrofes para alojar a los perseguidos. Ni siquiera las SS lograron parar esta actividad incesante. Después de haber sido casi arrestado, don Repetto tuvo que esconderse el resto de la guerra y su actividad fue proseguida por don Carlo Salvi.

Louis Goldman y el camino de la salvación

Louis Goldman era solamente un muchacho cuando el horror nazi despedazó Europa. Llegado a Italia en 1943, se salvó gracias a la red de asistencia judeo-católica. Hoy vive en Nueva York, es un fotógrafo de fama, está casado y tiene tres hijos.

La familia Goldman vivía en Alemania y con la llegada del nazismo se refugió en Francia. Apenas las tropas alemanas se prepararon para sustituir a las italianas en Francia, Louis, su familia y otros quinientos judíos escaparon a Italia.

Durante algunos meses se refugiaron en la montaña. Su suerte hubiera quedado marcada si no hubieran encontrado al contable Raffaele Cantoni, que trabajaba en los comités judíos de Florencia y Roma.

Después de llevarlos a Génova y esconderlos en un convento, Cantoni logró que Goldman y otros judíos llegasen a Florencia, donde el arzobispo, el cardenal Elia della Costa, desarrollaba un trabajo de coordinación similar al de Boetto. La operación no estaba libre de riesgos, ya que los alemanes rastreaban la ciudad del norte de Italia en busca de judíos y partisanos. Louis y su hermano Harry huyeron milagrosamente de un tren de la muerte que llevaba a Auschwitz, mientras el padre, todavía convaleciente de una operación de hernia, fue hecho prisionero y conducido al exterminio.

En Florencia existía un comité secreto compuesto por judíos y católicos que gestionaba las labores de socorro. Formaban parte de él el doctor Nathan Cassuto, rabino de Florencia y brillante oculista; don Leto Casini, párroco y responsable del monasterio de clausura del Espíritu Santo en Varlungo; Matilde Cassin, que ya había trabajado con la Delasem y que, junto al padre dominico Cipriano Ricotti, escondía familias judías en los institutos católicos; Giuseppe Ziegler, un rico comerciante de pieles que provenía de Bruselas; el contable Raffaele Cantoni y cierto señor Kahlberg[66].

Todo había comenzado cuando el señor Ziegler, por indicación de Angelo Donati (el mismo que se había puesto en contacto con el padre Benedetto), decidió huir de Francia a Italia. La idea era alcanzar Roma, pero el bombardeo de un puente lo obligó

a permanecer en Florencia. Ziegler fue recibido primero por Cassuto y, posteriormente, por el cardenal Elia della Costa.

Después de haber discutido con Cassuto, el cardenal decidió no poner demasiado en evidencia a la diócesis y encargó a don Leto Casini la obra de asistencia a los judíos.

Por causa de la traición de Marco Ischio, un ayudante de Ziegler, el 26 de noviembre de 1943 las SS capturaron a parte del comité. Los miembros judíos del comité fueron enviados a San Vittore en Milán y de allí, el 30 de enero de 1944, a Auschwitz. Anna, la esposa de Cassuto, negó ser la mujer del rabino porque temía por sus hijos y padres escondidos en Florencia. Cantoni logró saltar del tren en Bolzano, y se salvó con una herida en una pierna. En la posguerra fue miembro honorífico del Ejecutivo Mundial Judío. Don Casini fue liberado pero tuvo que actuar con suma cautela porque sabía que estaba bajo vigilancia estricta. Matilde Cassin escapó por casualidad al arresto.

David Cassuto, uno de los hijos del rabino de Florencia, alcanzó Palestina en 1945, a la edad de siete años. Ahora es vicealcalde de Jerusalén. Él y sus tres hermanos fueron escondidos y salvados en Florencia por la red de asistencia de la Iglesia. Anna, la madre, sobrevivió al Holocausto y volvió a Palestina en 1946, donde sus hijos al principio ni siquiera la reconocieron. Desgraciadamente, la señora Anna Cassuto murió asesinada por un comando terrorista que en 1948 exterminó a los 78 ocupantes de un camión que llevaba personal sanitario al hospital del Monte Scopus.

La mayor parte de los judíos de Florencia de aquel periodo se salvaron gracias a la acción atenta y valiente de centenares de religiosas y sacerdotes. Entre ellos hay que recordar a don Giulio Facibeni, director del orfanato Madonnina del Grappa en Rifredi, a don Angelo della Torre, a don Leto Casini, a su colaborador don Giovanni Simoni, a sor Cornelia Cordini del convento de Santa Marta de Settignano, a sor Ester Busnelli del convento de las franciscanas misioneras de la piazza del Carmine, a sor Ludovica Bonatti, de las Siervas de María Dolorosa de la Via Faentina, y a tantos otros cuya historia aún no se conoce. Todos han sido honrados con el título de Justos entre las Naciones.

El testimonio de los hermanos Orefice

Una experiencia similar a la de Goldman fue la que tuvo como protagonistas a los hermanos Orefice. Vittorio y Gastone Oreñce son dos conocidos periodistas de televisión italianos. Vittorio es el decano de los periodistas parlamentarios y Gastone ha sido corresponsal de la RAI, la radiotelevisión italiana, en París, Bruselas y Nueva York. Para distinguirse de Vittorio, Gastone se hace llamar Ortona, apellido con el que se le conoce entre los telespectadores. Judíos de Livorno, los hermanos Orefice vivieron intensamente los tristes sucesos que llevaron a la persecución y al

Holocausto a millones de sus conciudadanos.

«Al menos hay dos motivos por los que en Italia se ha salvado el 75% de los judíos del Holocausto —sostiene Vittorio—. Las leyes raciales fascistas no eran menos duras que las nazis; la diferencia está en el hecho de que, por su naturaleza bondadosa, los italianos son diferentes a los alemanes, pero muchos judíos se han salvado por la postura tomada por la Iglesia».

«En Livorno, por ejemplo —añade Gastone—, había un joven sacerdote, Roberto Donangeli, que, con ocasión de la Pascua judía de 1942, llevó un saquito de harina que había recibido para hacer las hostias a cinco ancianos judíos que no tenían familia para que pudieran hacer simbólicamente un poquito de pan ázimo. Cuando Livorno fue bombardeada en 1943, este mismo sacerdote fue con un carro tirado a mano, junto a otro sacerdote, a coger a estos cinco viejecitos y llevarlos a Fauglia a un lugar más seguro».

Cuenta Gastone que «por culpa de las leyes raciales, mi padre se tuvo que marchar porque no podía trabajar, tuvo que vender la farmacia familiar y nosotros no pudimos ir a la escuela. Afortunadamente, muchos profesores judíos expulsados organizaron una pequeña escuela, donde yo y Vittorio hicimos la secundaria. Pero a la universidad sólo pudimos ir después de la guerra.

»Mi padre fue arrestado por los fascistas en Francia en noviembre de 1942 —continúa Gastone— y llevado a la cárcel en Italia. El 7 de mayo de 1943 fue enviado a un campo de concentración en Urbisaglia, cerca de Ancona. Nos alegramos con la caída de Mussolini porque mi padre volvió a ser libre pero después sufrimos la decepción del 9 de septiembre, cuando llegaron los nazis y tuvimos que escapar nuevamente. Mi padre y mi madre se refugiaron en Norcia, mientras que yo, Vittorio y otros amigos de Livorno tuvimos que huir a Suiza». Y es en este punto cuando entra en acción la red de apoyo de la Iglesia. «El abuelo, Daniele Ugo Castelli —cuenta Vittorio Orefice—, era muy amigo del obispo de Livorno, monseñor Piccioni, hermano de aquel Atilio del que tanto se hablará en la posguerra. Monseñor Piccioni nos recomendó ante el cardenal Elia della Costa, arzobispo de Florencia, quien a su vez nos puso en manos de monseñor Mario Tirapani. Así, cuando llegamos a Florencia nos escondieron en una residencia para sacerdotes ancianos que se encontraba en la Via Toscanella. Había pasado más o menos un mes cuando vino monseñor Tirapani para decirnos que los nazis y los republicanos habían entrado en un convento de Florencia, por lo que nuestra estancia allí ya no era segura. Fue entonces cuando pensamos en unirnos a nuestros padres en Norcia. Era necesario tomar un tren que, desde Florencia, llevaba a Arezzo y de allí a Norcia. Entretanto, monseñor Tirapani había contactado al obispo de la ciudad. Llegados a Arezzo, mientras esperábamos el tren para Norcia, la estación fue rodeada por las SS y por los republicanos. Uno de ellos nos paró para un control de documentos. Teníamos documentos de identidad falsos, es más, éramos jóvenes en edad de alistarse, nos sentíamos condenados». Gastone añade que «se veía claramente que estábamos

asustados. Mientras un grupo de SS alemanes y tres o cuatro fascistas asistían a la escena, un soldado examinó atentamente los documentos. Estábamos convencidos de que se había dado cuenta de la verdad, pero dijo a los nazis que todo estaba en regla y fue así como nos salvó la vida».

Sigue Orefice: «Llegados a Norcia nos hospedamos en un pequeño apartamento propiedad de Aldo Fabrizi, desde donde nos trasladamos a Castelluccio para estar seguros y donde el párroco nos tomó bajo su protección. Una vez que pasó el frente, nos enrolamos en las formaciones antifascistas del general Petroni y del teniente Cassio. Yo fui a Roma mientras Gastone se fue con el general Petroni, que fue nombrado prefecto de Ascoli Piceno».

De Génova a Florencia por toda la Italia ocupada

Cuanto ocurrió en Roma, Génova y Florencia sólo era la punta de un iceberg cuya extensión cubría toda Italia.

En Turín, el punto de referencia era monseñor Vincenzo Barale, que había colaborado con la Delasem. Prosiguió su labor de asistencia hasta que un judío que él había salvado fue hecho prisionero y torturado. Dio su nombre. Para monseñor Barale significó el arresto y la cárcel. Por pura casualidad no fue deportado y se salvó.

«Judíos en los conventos de Milán», titulaba a toda página el *Avanguardia* del 12 de agosto de 1944, órgano de las SS italianas al mando de Felice Bellotti. El 26 de febrero de 1945, cuando la guerra estaba ya en las últimas, el capitán Giovanni Brutti, comandante de la «Compañía Especial» de la «Guardia Nacional Republicana», escribía a sus superiores: «Se puede afirmar sin peligro de equivocarse que el setenta por ciento de los despreciables israelitas ha pasado por sus (del clero) largas manos para ser salvados por sus rebeldes y bandidos[67]». Brutti se refería en particular al cardenal Ildefonso Schuster de Milán, considerado el principal enemigo de los fascistas nazis. La labor de asistencia a los judíos del cardenal Schuster comenzó en noviembre de 1938, cuando después de pocos días de la publicación de las leyes raciales, durante la homilía dominical, el arzobispo de Milán condenó la doctrina racista como «una herejía antirromana y anticristiana». «El racismo —afirmó el cardenal Schuster— niega a la humanidad todo otro valor espiritual y se convierte así en un peligro internacional no menor que el del bolchevismo». Desde entonces hasta el fin de la guerra en 1945, los judíos perseguidos se dirigieron al cardenal, quien, junto al clero ambrosiano, intentó salvarlos a todos. La red subterránea de asistencia abarcaba la diócesis entera. En un interesante artículo publicado en *Avvenire* se recuerdan «el Instituto de Cesano Boscone, el edificio por donde pasaron más de doscientos judíos en fuga, la parroquia del Sacro Volta de don Eugenio Bussa, donde algunos centenares de niños encontraron un sitio seguro donde ocultarse de la furia nazi, la Casa Alpina de Motta llevada por don Luigi Re, el San Carlo y el Instituto

Gonzaga, donde estaba de capellán don Carlo Gnocchi[68]».

Para el resto de Lombardía, el cardenal Schuster dirigía las peticiones de ayuda a don Paolo Liggeri. Pero el 24 de marzo de 1944, los SS alemanes cayeron sobre la casa de don Liggeri y encontraron a once judíos. Don Liggeri fue arrestado y deportado, primero a Mauthausen y después a Dachau. Sobrevivió y volvió a Italia después de la guerra[69].

Don Piero Folli, párroco de Voldomino de Luino (Varese), medalla de oro de la Resistencia, escondía a los judíos en la casa parroquial y, con la ayuda de personas de confianza, incluso de contrabandistas que conocían la frontera, los llevaba a territorio suizo. Denunciado por un espía, fue recluido en un instituto para discapacitados en Cesano Boscone (Milán), del cual regresó al final de la guerra para morir poco después[70].

Al menos trescientos judíos fueron salvados por el obispo de Asís, Giuseppe Placido Nicolini, quien había levantado una eficiente red de asistencia junto a don Alcro Brunacci. Este último estaba en estrecha relación con don Federico Vincenti y el arzobispo Mario Vianello de Perugia. En la capital de Umbría se salvaron otro centenar de judíos.

Durante la guerra don Duilio Mengozzi dio refugio en su casa parroquial del Trebbio (una comarca de Sansepolcro, provincia de Arezzo) a muchos refugiados, entre los que estaba la señora Emma Goldshmed, judía de Trieste de setenta y cinco años de edad, de viuda Varadi. La señora permaneció con don Duilio hasta el fin de la guerra mientras que sus hijos lograron llegar a Suiza con la ayuda del mismo sacerdote[71].

También el profesor Attilio Momigliano, un personaje bastante conocido en el mundo literario, en 1944 encontró junto con su mujer refugio seguro en el hospital de Sansepolcro, pudiendo confiar en la valiente protección del director, de las monjas y del capellán don Mengozzi, que mantenía los lazos con el exterior. El matrimonio Momigliano vivió durante seis meses en una habitación del hospital, sobre cuya puerta se colgó el letrero «tifus» para descorazonar excesivas inspecciones por parte de los alemanes. Cuando el frente se acercó a Sansepolcro, don Duilio trasladó del hospital a los Momigliano y, tras alojarlos en la casa parroquial, los guió sanos y salvos más allá de las líneas alemanas[72].

Las Oblatas del Espíritu Santo de Lucca

Sor Liliana de las Oblatas del Espíritu Santo de Lucca cuenta que: «La madre general, sor Margherita Fontanarosa, aceptando la petición de una de sus religiosas judías, que tenía algunos conocidos arrestados, y obtenidas las aprobaciones y debidos estímulos del cardenal Della Costa de Florencia, acogió en las comunidades de Lucca, de Roma, de Matraia, de las Marcas a numerosas familias judías». En la

relación escrita por la madre general resulta que, «a la vez que se daba alojamiento a algunas personas en dificultades, llegaron disposiciones de la Sagrada Congregación de Religiosos para que nos prodigáramos en ayudar de todas las formas posibles a los perseguidos». «Nuestra madre —continúa sor Liliana— no dudó en afrontar cualquier peligro en nombre del Evangelio y se ocupó de poner a recaudo también a los maridos y a los hijos, con gran riesgo para la familia religiosa de la que era responsable».

De hecho, eran muchos los peligros que se corrían puesto que los nazis habían entrado ya en el convento de los cartujos de Farneta (Lucca) y, al encontrar escondidos a judíos, hicieron una masacre. Entre las víctimas de aquella irrupción estuvo también el padre Costa, que conocía a las Oblatas del Espíritu Santo porque, en varias ocasiones, había ayudado a que se encontraran parientes que se escondían en ambos institutos.

Sor Liliana, que entró en la congregación en 1943, recuerda que «había muchas monjas nuevas a las que estaba prohibido hablar o hacer preguntas».

El refugio de las oblatas era conocido por los sacerdotes, que seguían dirigiendo allí a personas provenientes de Pisa, Livorno, Roma y Lucca. Entre las muchas mujeres judías salvadas estaba la señora Forti, tía del científico Enrico Fermi.

A pesar de los muchos peligros, debidos también al hecho de que la casa de las oblatas estaba cerca del mando fascista de la ciudad, y muy cercana a un lugar de partisanos, las monjas lograron salvar a todos los perseguidos que escondieron.

Para recordar cuanto ocurrió en aquellos años, el 5 de septiembre de 1994, con ocasión del cuadragésimo noveno aniversario de la liberación de Lucca, el alcalde otorgó a las Hermanas Oblatas del Espíritu Santo un pergamino como diploma de mérito, en cuya dedicatoria se reconocen «los riesgos afrontados, pero entregadas al imperativo evangélico del amor, ofrecieron generosa acogida y asistencia a muchas víctimas de la persecución antijudía».

Los obispos franceses en defensa de los judíos

Lo que ocurrió en Italia es solamente una parte de la labor de asistencia a los judíos perseguidos por los nazis que la Iglesia desarrolló en cualquier parte donde le fue posible. En Francia, por ejemplo, la contribución prestada por la Iglesia y por los católicos a la defensa de los judíos es mucho más vasta de lo que se pueda pensar.

De los documentos recogidos por el padre Michael O’Carroll[73] se extrae que doscientos mil judíos franceses se salvaron gracias a la ayuda de los diplomáticos, los funcionarios de policía y la población, pero sobre todo por las actividades de apoyo de los sacerdotes y de los religiosos católicos. En esta obra de caridad se distinguieron, en particular, el arzobispo de Toulouse, cardenal Julies Gerard Saliège, el primado de Francia y arzobispo de Lyon, cardenal Pierre Marie Gerlier, y el obispo

Pierre Marie Théas de Montauban (que llegó a ser después obispo de Lourdes). Por causa de esta actividad, los nazis encarcelaron a monseñor Théas; el cardenal Saliège habría sufrido la misma suerte de no estar tan enfermo, de modo que no podía ser trasladado, y el primado de Francia, Gerlier, se salvó gracias al hecho de ser cardenal y gozar de un amplio apoyo popular.

Otros documentos recogidos por Philip Friedman[74] confirman que el clero francés se rebeló de manera decidida contra las deportaciones de judíos.

El 20 de agosto de 1942, monseñor Saliège, arzobispo de Toulouse, fue informado durante un retiro sacerdotal de que en la región del Alto Garona los judíos eran deportados en masa. Monseñor Saliège, que desde el principio había condenado el antisemitismo y desde el comienzo de la guerra había ordenado a las comunidades religiosas que acogieran a los numerosos judíos refugiados en la región de Toulouse, decidió protestar enérgicamente. Escribió una carta a los fieles para que se leyera en la iglesia durante la misa del domingo en la que, entre otras cosas, decía: «En nuestra diócesis han ocurrido escenas terroríficas en los campos de Noé y Récébédou. Los judíos son hombres, los judíos son mujeres, nada se puede permitir contra ellos, contra estos hombres, contra estas mujeres contra estos padres, contra estas madres de familia. Forman parte del género humano. Son, como muchos otros, nuestros hermanos. Un cristiano no puede olvidarlo[75]».

El prefecto presionó para que monseñor Saliège retirase la carta, pero el arzobispo rehusó. Entonces el prefecto, tras haber consultado al gobierno de Vichy, telegrafió a todos los ayuntamientos del departamento para prohibir la lectura del mensaje, pero sólo unos pocos se sumaron a la prohibición. El texto de la carta provocó una explosión de cólera en los nazis y el entusiasmo entre los aliados.

Saliège se convirtió en un héroe nacional, pero los nazis no podían aguantar una voz crítica tal y, el 9 de junio de 1944, se presentaron en su residencia para arrestarlo. Monseñor Saliège, anciano, enfermo y con el cuerpo paralizado, no puso pega alguna. Pero la enfermera que lo atendía hizo notar a los dos oficiales la gravedad del estado de salud del arzobispo.

Temiendo la gran popularidad de la que gozaba, los nazis renunciaron a arrestarlo.

Tras la liberación, la Resistencia judía plantó centenares de abetos en la carretera que, desde Jerusalén, lleva a Tel-Aviv, en recuerdo de los judíos que fueron salvados por el cardenal Saliège.

En septiembre de 1942 comenzaron las deportaciones de judíos también en Lyon, y el cardenal Gerlier decidió protestar públicamente. Escribió una recomendación que se leyó en todas las iglesias de la diócesis el domingo 6 de septiembre de 1942: «Las medidas de deportación promovidas contra los judíos —escribió el cardenal Gerlier — suscitan en todo el territorio de la diócesis escenas tan dolorosas que nos vemos en el imperioso y penoso deber de elevar la protesta de nuestra conciencia. Asistimos a una dispersión de las familias en la que nada se tiene en cuenta, ni la edad, ni la

debilidad, ni las enfermedades. El corazón se encoge al pensar en el trato sufrido por miles de seres humanos y más todavía si se piensa cuál será su destino. No olvidamos que existe para las autoridades francesas un problema que resolver y valoramos las dificultades que nuestro gobierno tiene que afrontar. Pero ¿quién podrá echar en cara a la Iglesia que confirme, en esta hora oscura, y ante todo cuanto se nos ha impuesto, los derechos inalienables de la persona humana, el carácter sagrado de los lazos familiares, la inviolabilidad del derecho de asilo y las imperiosas exigencias de esta caridad fraterna que Cristo ha enseñado a sus discípulos? Es el honor de la civilización cristiana, y éste debe ser también el honor de Francia, no abandonar jamás tales principios…».

La declaración levantó un escándalo, la prensa filonazi pidió la cabeza del cardenal, acusado de ser un «talmudista delirante», «traidor a su fe, a su país y a su raza», a la vez que testimonios de gratitud llegaban de la Asamblea general de rabinos franceses y de los grandes rabinos de Londres y Jerusalén.

Ante la deportación de los judíos, también el obispo de Montauban, Pierre Marie Théas, ordenó a los sacerdotes de su diócesis que leyeran el siguiente mensaje: «Mis queridos hermanos: escenas de indescriptible sufrimiento y horror están teniendo lugar en nuestra tierra… En París, decenas de miles de judíos son sometidos a bárbaros tratos. En nuestro distrito hemos visto a familias divididas, hombres y mujeres tratados como bestias y deportados. Manifiesto toda mi indignación en nombre de la conciencia cristiana y proclamo que todos los hombres son hermanos, creados por el mismo Dios. Las actuales medidas antisemitas son una violación de la dignidad humana y del sagrado derecho de los individuos y de las familias. Que Dios pueda confortar y fortalecer a quienes son perseguidos».

A causa de esta carta y de sus actividades de ayuda a los judíos, el obispo de Montauban corrió el riesgo de ser deportado, hecho que impidieron las manifestaciones de apoyo del clero y de la población.

Cartas de protesta similares fueron escritas por el obispo Delay de Marsella, por el obispo Moussaron de Albi y por el obispo Remond de Niza. Una declaración conjunta escrita por el cardenal Suhard, arzobispo de París, al mariscal Pétain decía: «Estamos profundamente afectados por los arrestos en masa y por los tratos inhumanos a los judíos prisioneros en el aeródromo de Hiver[76]».

La revuelta antinazi

La Iglesia francesa no se contentó con redactar cartas de protesta y mostrar signos de resistencia, sino que también organizó una verdadera red de salvamento. Bajo la dirección del cardenal Gerlier se creó L’Amitié Chrétienne, una organización antinazi que, gracias al liderazgo del jesuita Pierre Chaillet, se opuso al antisemitismo y salvó a muchos judíos de la deportación y de una muerte segura.

El padre Chaillet, héroe de la Resistencia francesa, organizó la publicación de una carta clandestina, *Cahiers du Témoignace Chrétien*, que alcanzó una tirada de cincuenta mil ejemplares. Al mismo tiempo, el padre Chaillet hacía giras por las ciudades, sobre todo por Lyon, para recoger a los niños judíos que habían escapado a la deportación y esconderlos en los conventos. En septiembre de 1942, el prefecto de la policía pidió al padre Chaillet que le entregara los 120 niños judíos que escondía. Chaillet se negó y fue apoyado por el cardenal Gerlier. Fue encarcelado, pero los niños se salvaron. El puesto de Chaillet fue ocupado por otros. Uno de los colaboradores de Gerlier era el abad Alexander Glasberg, que logró salvar a dos mil judíos de los campos de concentración. Además, organizó una casa en la montaña donde escondió a 65 adolescentes judíos. El abad Glasberg era judío ucraniano. Dejó Rusia durante la revolución y se trasladó a París. Se hizo católico y entró en el seminario, donde fue ordenado sacerdote. Durante la guerra fue incansable en la labor de asistencia a los perseguidos y, cuando ésta terminó, ayudó a los judíos supervivientes a llegar a Palestina. Tras la guerra, en una entrevista en el periódico judío americano *Forward*, Glasberg, que hablaba yiddish con fluidez, declaró: «Yo no soy un héroe. Los dos mil judíos a los que he ayudado son sólo una gota en el océano. Seis millones de judíos han muerto. Podríamos haber salvado a muchos más si hubiéramos tenido más dinero».

Los Hermanos de Nuestra Señora de Sión (Pères de Notre Dame de Sion) desarrollaron un importante papel en la salvación de judíos franceses. A la cabeza de este grupo estaba el padre superior Charles Devaux, que salvó a 443 niños judíos y a 500 adultos. A finales de 1942 organizó una oficina en la rue Notre Dame des Champs. Desde allí envió niños a muchas partes del país donde pudieran encontrar alojamiento en casas de obreros, campesinos, conventos y monasterios. La Gestapo amenazó duramente al padre Devaux y le apremió a que pusiera fin a sus actividades de ayuda a los judíos; en caso contrario se arriesgaba a acabar en un campo de concentración. Pero el padre Devaux se guardó bien de reducir sus actividades, sólo tomó más precauciones.

En 1945, un periodista judío preguntó al padre Devaux si no había tenido miedo y si había sido consciente del peligro que había corrido: «Es obvio que conocía el peligro que estaba corriendo —respondió Devaux—, pero esto no me podía frenar porque consideraba aquella actividad como la tarea principal de un cristiano y de un ser humano».

Escondidos en los pasadizos bajo la Nunciatura de Budapest

Monseñor Angelo Rotta, nuncio apostólico en Budapest durante la segunda guerra mundial, fue el único jefe de una misión diplomática extranjera que permaneció en la capital húngara tan afectada por la guerra. La Nunciatura desarrolló

una enorme actividad a favor de los judíos perseguidos por los alemanes. En los primeros tiempos, cuando las restricciones raciales eran todavía blandas, la Nunciatura expedía un pase a los ciudadanos judíos en el que se atestaba que «trabajaban para el Vaticano». De este pase se hicieron unos quinientos al día. Pero al acercarse el frente, las tropas nazis intensificaron los controles y los pases ya no eran garantía de salvación. Entonces, la Nunciatura se convirtió en un centro de asistencia. Muchos judíos perseguidos llamaban a la puerta para esconderse. Por lo demás, el edificio de la Nunciatura había sido bombardeado y era difícil conseguir locales para esconder a tantos judíos que pedían ayuda. La solución se encontró en una serie de estrechos e intrincados pasadizos, desde hacía tiempo en desuso y olvidados, que se encontraban bajo la Nunciatura. Los pasadizos habían sido excavados por los turcos durante los trabajos de fortificación de Budapest. ¿Qué mejor escondite que aquél? Aquellas galerías, como las catacumbas para los primeros cristianos, se convirtieron en un centro de animada comunidad. La Nunciatura proporcionaba víveres hasta donde le era posible. Cuando se acercaba alguna patrulla de la policía, se disparaba el plan para esconderse. De este modo, centenares de judíos salvaron su vida.

Recordando estos hechos, el diplomático judío Emilio Pinchas Lapide ha escrito: «El 15 de marzo de 1944, el nuncio en Hungría, monseñor Angelo Rotta, mediante una nota diplomática de protesta, se dirigió al gobierno húngaro, comunicando "el profundo dolor del Santo Padre… por el modo inhumano en que se trataba la cuestión judía… en cruel violación del derecho divino y humano…". El 25 de junio de 1944, el papa mismo telegrafió al regente Horthy pidiendo que cesaran inmediatamente las deportaciones, y amenazando en caso contrario con un interdicto. El 21 de agosto, como conclusión de una reunión en la Nunciatura, los representantes diplomáticos de la Santa Sede, de Suecia, de Portugal, de España y de Suiza se dirigieron con una nota común al gobierno de Budapest para pedir la suspensión inmediata de todas las deportaciones secretas y camufladas. Gracias a esta intervención y a otras muchas, numerosos judíos se salvaron de una muerte segura[77]».

En Hungría trabajó también Giorgio Perlasca, un comerciante italiano que se hizo pasar por diplomático español y, gracias a la utilización de sellos y documentos falsos, arrebató del genocidio a 5.200 judíos húngaros[78].

Intervenciones similares llevó a cabo la Santa Sede en Rumania, en Eslovaquia y en todos los países donde las condiciones lo permitieron.

En Rumania, el nuncio apostólico era monseñor Andrea Cassulo, y para tener una idea de cuanto hizo la Iglesia para ayudar a los judíos basta leer lo que le escribió el doctor A. Saffran, rabino jefe de Bucarest, en 1944, cuando el ejército alemán se retiró del país: «En estos tiempos duros nuestro pensamiento se dirige ahora más que nunca, con gratitud respetuosa, a cuanto ha hecho el Soberano Pontífice a favor de los judíos en general y Vuestra Excelencia a favor de los judíos de Rumania y Transnistria. En las horas difíciles que nosotros, judíos de Rumania, hemos pasado, el apoyo generoso de la Santa Sede, a través de vuestra alta personalidad, ha sido

decisivo y salvador. No nos es fácil encontrar las palabras justas para expresar la ternura y el consuelo que nos ha causado el augusto gesto del Sumo Pontífice, que ha ofrecido un amplio subsidio para evitar sufrimientos a los judíos deportados, como le había usted señalado tras su visita a Transnistria. Los judíos de Rumania no olvidaremos nunca estos hechos de una importancia histórica[79]».

En una entrevista a un periódico de la capital, Saffran dijo: «Desde hace dos años, en los duros días cuando las deportaciones de judíos rumanos fuera de Rumania estaban ya establecidas y decididas por las penas del trabajo obligatorio, la alta autoridad moral de monseñor el nuncio nos ha salvado. Con la ayuda de Dios, ha logrado que las deportaciones no tuvieran lugar. No olvidaré las entrañables conversaciones que he tenido con Su Eminencia en estos días. Sus palabras de apoyo me acompañaban siempre que me entrevistaba con él… Cerca de su buen corazón ha estado la situación de los huérfanos. Se ha ocupado activamente de la repatriación de todos los judíos de la Transnistria, pero de los huérfanos se ha interesado como un padre amoroso. Con qué satisfacción me ha comunicado que los huérfanos podían partir para Tierra Santa[80]».

Capítulo cuarto

QUIEN SALVA UNA VIDA ES COMO SI SALVARA AL MUNDO ENTERO

En 1953, el Parlamento judío creó el título de Justos entre las Naciones para recordar a aquellos que habían salvado la vida a uno o más judíos destinados a los campos de exterminio. Se trata del más alto reconocimiento otorgado a ciudadanos no judíos. Son alrededor de quince mil las personas de todo el mundo que han obtenido este título. En la avenida de Jerusalén que lleva al memorial de la *Shoah*, los nombres de los «justos» están escritos sobre el muro del honor y hay plantado un árbol por cada uno de ellos. Plantar un árbol en la alegoría judía simboliza la vida que perdura y se reproduce, como debería ocurrir con el buen ejemplo dado por los «justos». El jardín de los Justos se ha convertido ya en un bosque con miles de árboles. «Para los judíos, este reconocimiento equivale a vuestra causa de beatificación», sostiene Emanuele Pacifici, presidente italiano de la asociación Amigos del Yad Vashem[81]. «Es el judío salvado del Holocausto quien instruye la causa, pidiendo al Yad Vashem que se reconozca entre los “justos” a aquel que arriesgó su vida por salvarlo. Se recogen los documentos, los testimonios y se procede al reconocimiento».

Pacifici ha explicado que para ser reconocido entre los «justos» es necesario satisfacer al menos tres condiciones, a saber: «Haber salvado a los judíos de la persecución, haberlo hecho arriesgando la vida y no haber recibido nada a cambio».

Entre los más de doscientos «justos» italianos, veinticinco son sacerdotes y religiosas. Un tanto por ciento superior al doce, parecido al de los demás países europeos. Lucien Lazare, excombatiente de la Resistencia francesa, ha escrito en el libro *Le livre des Justes* que, «de acuerdo a mis investigaciones históricas, resulta que fueron al menos tres las categorías profesionales más comprometidas en la protección y salvación de los judíos, en este orden: los miembros del clero, los diplomáticos, y los funcionarios de las localidades y de la policía[82]».

Tras cada «justo» hay una historia, casi siempre conocida por pocos.

Una monja a la que llamar mamá

Emanuele Pacifìci no ha tenido una vida fácil. De niño sufrió el horror del Holocausto. Su padre, Riccardo, rabino de Génova, y su madre, Wanda Abenaim, murieron en Auschwitz. Él se salvó, junto a su hermano Raffaele, gracias a las monjas del Instituto de Santa Marta de Settignano, cerca de Florencia. Enfermo de tuberculosis, pasó varios años en sanatorios. Tras su curación, encontró trabajo y formó una familia, pero el 8 de octubre de 1982 estuvo a punto otra vez de morir, herido de lleno por la bomba que explotó frente a la sinagoga de Roma. Sobrevivió y es, en la actualidad, el presidente italiano de la asociación Amigos del Yad Vashem. Los recuerdos más felices de Emanuele Pacifìci están ligados a la figura de sor Cornelia Cordini, sor Ester Busnelli y don Gaetano Tantalo. Todos recordados en los Justos entre las Naciones.

Cuenta Pacifìci: «En 1943, cuando yo tenía doce años, mi padre fue capturado por los nazis. Entonces, junto a mi madre y a mi hermano Raffaele de seis años, buscamos refugio en Florencia. Fuimos ayudados por el cardenal de Génova, Pietro Boetto, y por el cardenal de Florencia, Elia della Costa, que nos proporcionaron una lista de conventos en los cuales podríamos escondernos. La búsqueda no fue fácil ya que los conventos contactados estaban todos llenos. Tras mucho peregrinar, y ya desesperados, fuimos acogidos por sor Ester Busnelli, que nos abrió la puerta del convento de las franciscanas misioneras de la Piazza del Carmine en Florencia. Pero en el convento sólo podían alojar a mujeres, por lo que mi hermano y yo fuimos trasladados al convento de Santa Marta en Settignano. Pocos días después, los nazis irrumpieron en el convento de sor Ester y se llevaron a mi madre junto a otras ochenta mujeres judías. Fueron deportadas a Auschwitz y ninguna de ellas volvió[83]».

«Como paja en la tempestad —continúa Pacifici— y ya huérfanos sin saberlo, encontramos alojamiento, comprensión y afecto en el convento de Santa Marta. Recuerdo que todas las noches, antes de irnos a la cama, cada niño debía besar la cruz que las monjas llevaban sobre el pecho. Pero cuando me tocaba a mí, sor Cornelia, sin que nadie se diese cuenta, ponía dos dedos sobre el crucifijo de manera que besase sus dedos y no la cruz. Después me susurraba al oído: “Ahora vete a la cama y reza tus oraciones bajo las mantas”. Y esto fue así durante un año. Estoy tan agradecido a sor Cornelia que siempre la he llamado “mamá Cornelia[84]”».

«En 1939, durante las vacaciones —sigue contando Emanuele Pacifìci— mis tíos y yo hicimos amistad con don Gaetano Tantalo, párroco de Tagliacozzo. Don Gaetano sabía leer y escribir muy bien hebreo. En 1943, mis tíos, perseguidos por los nazis, pidieron hospitalidad a don Gaetano, quien con la ayuda de su hermana encontró un refugio seguro a la numerosa familia de los Pacifìci y a la de los Orvieto. Permanecieron encerrados durante nueve meses sin salir nunca. Don Gaetano proveía todas las necesidades. Al acercarse la Pesach (la fiesta judía de la Pascua), el tío Enrico se dio cuenta de que no sabía la fecha exacta. Don Gaetano hizo los cálculos y

descubrió que el 14 de nisán (marzo-abril en el calendario hebreo) caía el 8 de abril de 1944. Además, les proporcionó harina para hacer pan ázimo y alguna sartén nueva para poder cocinar. Así, con los alemanes a dos pasos, el tío Enrico y su familia pudieron comenzar el Seder, la ceremonia de la Pascua judía. En la ceremonia participó también don Gaetano. Después de su muerte, los familiares encontraron entre sus cosas una pequeña caja que contenía un fragmento de pan ázimo con el que había celebrado la Pascua judía con mis tíos. Hace poco he sabido que la Iglesia católica ha comenzado el proceso de su beatificación».

Lia Levi, conocida escritora y durante muchos años directora de la revista judía *Shalom*, tenía doce años cuando comenzaron en Roma las represalias nazis.

Los padres, a través de la directora de la escuela judía, entraron en contacto con las monjas de San José, que tenían un convento en Casaletto, una zona que estaba entonces en plena campiña. Cuenta Lia que: «La disponibilidad de las religiosas fue inmediata. Se ofrecieron a darnos asilo, en cualquier momento[85]». Tres hermanas Levi llegaron al convento de Casaletto. Por poco, porque el 16 de octubre de 1943 fue la fecha de la gran redada del gueto y un millar de judíos romanos fueron enviados a los campos de concentración. Después de la redada, aumentó el número de chicas judías refugiadas entre los muros del convento. «Eramos treinta en una habitación —recuerda Lia— y había otras chicas. Luego, cuando la situación empeoró, llegó también mi madre y la alojaron en una pensión aparte». Lia Levi ha recordado aquella experiencia en el libro *Una bambina e basta*. En el convento, las chicas judías se sentían protegidas y respetadas. Las monjas vigilaban. Las religiosas repartieron a las muchachas judías documentos falsos de alumnas que estaban en el sur de Italia. «He guardado hacia las monjas una gran gratitud —confiesa Lia—. Durante muchos años hemos ido a visitarlas».

Los judíos salvados junto al cuartel de las SS

«Fue el pontífice Pío XII quien nos ordenó abrir las puertas a todos los perseguidos. Si no hubiera sido por la orden del papa, habría sido imposible salvar a tanta gente». Quien habla es sor Ferdinanda que, el 17 de marzo de 1998, recibía de la embajada israelí en Roma la medalla de Justo entre las Naciones por haber contribuido a salvar a muchos judíos durante la ocupación nazi de Roma. Sor Ferdinanda ha recibido la medalla en representación del Instituto de las Hermanas de San José de Chambéry, pero insiste en las intenciones de Pío XII y muestra, como confirmación de sus palabras, una carta del secretario de Estado, cardenal Luigi Maglione, enviada a la reverenda madre superiora el 17 de enero de 1944, en plena ocupación nazi. En la carta, el secretario de Estado escribía: «Su Santidad, paternalmente agradecida, implora sobre estos amados hijos las inefables recompensas de la divina misericordia, de manera que, reducidos los días de dolor,

les conceda el Señor un sereno, tranquilo y próspero futuro. Entretanto, en signo de particular benevolencia, Su Santidad, admirado por la obra de misericordia que estas amadas Hermanas de San José de Chambéry ejercitan con comprensión cristiana, les envía a ellas y a los queridos refugiados la bendición apostólica». Cuenta sor Ferdinanda que «todo comenzó en septiembre de 1943 cuando, con muchas dificultades, llegaron a la portería muchos señores y señoras, muchos niños y jovencitas. Eran judíos que, perseguidos y rastreados, buscaban refugio en nuestro instituto. Pío XII había pedido a todas las comunidades religiosas que abrieran sus puertas a estos hermanos perseguidos. Nuestras superioras, confiando en la Divina Providencia, con valentía y amor evangélico, acogieron a los que se presentaban. Así, poco a poco y como mejor se podía, fueron muchos los hermanos alojados y, según su número, las habitaciones, las clases, se transformaban en dormitorios y salas de estar. Recuerdo, entre otras, a Lia Levi, a la señora Ravenna, mujer de un rabino, con dos nietos, la señora Calderoni, la señora Pugliese y tantas otras de quien no se sabía el nombre porque, además de a los judíos, la casa se abrió a algunas familias de militares en peligro».

«Para evitar sospechas —cuenta sor Ferdinanda—, a los niños judíos en edad escolar se les hizo pasar por alumnos regulares. La directora les proporcionó documentos de algunos coetáneos que frecuentaban el instituto antes del estallido de la guerra. Así, las clases se desarrollaron de manera regular. Pero no podíamos estar tranquilas, estábamos siempre en peligro, porque en la cercana Villa Coen, hoy sede del Colegio Mexicano, estaba el mando de las SS. Nuestro instituto estaba en el número 260 de la Via del Casaletto, y el de Villa Coen era el 314. Nuestro jardín limita con el de Villa Coen. Hay que decir, además, que los alemanes pasaban continuamente por las cercanías de nuestro instituto, y con frecuencia venían para pedirnos usar la cocina, un salón con piano para sus tardes de diversión, o exigían platos y vasos para sus reuniones. Un capitán llamado Sigismondo venía con frecuencia para tocar el armonio de nuestra iglesia. Una vez, este capitán cogió del brazo y bromeó con Rosannina, una niña judía que teníamos con nosotros porque no estaba todavía en edad escolar». Para evitar que descubrieran la identidad de nuestros huéspedes —explica sor Ferdinanda— nos habíamos organizado. Cada vez que los alemanes se acercaban, sor Anastasia Palombi, una rápida y atenta portera, avisaba a todos con signos y palabras acordadas. Seguía un revuelo lleno de miedo.

Las mujeres se transformaban en monjas enfermas en la cama o en trabajadoras en la cocina. Muchas se vestían con un delantal y un pañuelo en la cabeza y hacían como que trabajaban en las labores del huerto. Estas escenas de terror colectivo se repetían también cuando sor Anna María nos advertía que en las cercanías daban vueltas patrullas alemanas para rastrear a judíos y perseguidos. Entonces, por el altavoz, se nos comunicaba: «Los hermanos de sor Guglielmina (que era alemana) se encuentran cerca de nosotros».

»Con la llegada de las tropas aliadas se terminó la guerra y también nuestra

aventura compartida con los judíos. Algunos de ellos han vuelto a ver el instituto, y el 15 de noviembre de 1996, Roberto Calderoni, que era uno de los niños refugiados, acudió con dos representantes de la comunidad judía de Roma y nos entregaron un bellísimo documento en recuerdo y reconocimiento de la hospitalidad de aquellos días lejanos».

En el documento está escrito: «Quien salva una vida es como si salvara al mundo entero», firmado por «La Comisión Judía de Roma a las Hermanas de San José en Casaletto, recordando a cuantos arriesgando su propia vida se prodigaron para salvar a los judíos de las atrocidades nazifascistas».

Los héroes de Asís

El 11 de septiembre de 1977, las más altas autoridades israelíes recordaron la gesta de auténtica caridad ejercida por la Iglesia de Asís durante la ocupación nazifascista de Italia plantando dos árboles y colocando dos placas escritas en hebreo y en italiano en la avenida de los Justos. Como comentario a la noticia, el *Jerusalem Post* escribió: «El difunto obispo de Asís, Giuseppe Placido Nicolini, que utilizó los conventos de la ciudad para esconder a centenares de judíos durante la segunda guerra mundial, y su principal colaborador, don Aldo Brunacci, ahora prior de la catedral de San Rufino en Asís, serán honrados en una ceremonia en el Yad Vashem en la avenida de los Justos».

Don Aldo cuenta que el tercer jueves de septiembre de 1943, «después de la acostumbrada reunión mensual del clero que tenía lugar en el Seminario Diocesano, el obispo me llamó aparte a la entrada de la capilla y mostrándome una carta de la Secretaría de Estado me dijo: “Debemos organizarnos para ofrecer ayuda a los perseguidos y sobre todo a los judíos. Éste es el deseo del Santo Padre Pío XII. Todo se hará con la máxima reserva y prudencia. Nadie, ni siquiera los sacerdotes, debe saber nada”».

En el obispado ya funcionaba un centro de asistencia a los refugiados de los países devastados por la guerra, por lo que no fue difícil añadir la obra de asistencia a los judíos. La iglesia de San Francisco era una parada obligada para quien buscaba ayuda en Asís. Los judíos fueron escondidos en el convento de San Quirico, en el Laboratorio de San Francisco, en el convento de las Hermanas Alemanas, en la catedral y en el Seminario Diocesano.

«En ocasiones, no sólo era necesario esconder a las personas —continúa don Aldo— sino también los objetos y vestidos propios del culto hebreo, los libros sagrados y todo debía encontrar un refugio lo más seguro posible. Por eso, junto al obispo benedictino, que sabía de albañilería, excavamos en los subterráneos del obispado y ocultamos los objetos sagrados».

A pesar de los peligros, riesgos y amenazas, monseñor Nicolini logró que los

conventos y las distintas comunidades religiosas alojaran a centenares de judios. Todo lo cual conllevó una actividad clandestina y una organización eficiente.

Como subraya don Brunacci, toda la obra de ayuda se desarrolló con un gran respeto a las tradiciones religiosas judías. «El 8 de octubre de 1943 —cuenta el prior de San Rufino—, se reunió un grupo de judíos de diversas nacionalidades en el monasterio de San Quirico para celebrar la solemnidad del Kippur. Las monjas tuvieron la feliz idea de decorar el comedor y las mesas de fiesta. Cuando los huéspedes se sentaron para su primera comida, después del ayuno, y miraron en torno a ellos no se sintieron extranjeros y comprendieron que en el vínculo del amor habían sido acogidos como hermanos. Fue una jornada de intensa emoción. Una vez logramos dar sepultura a la señora Kelda Feld Clara Weiss de Viena, escribiendo Bianchi sobre la tumba. E incluso los soldados alemanes saludaron al cadáver. Con tal de salvar a los Finzi, una familia judía, monseñor Nicolini hizo que se abriera el convento de clausura de las clarisas coletinas francesas, que era la clausura más rígida de Asís. Piénsese que a pesar de ser el confesor de la abadesa Mère Hélène, una mujer doctorada en la Sorbona, jamás le he visto el rostro».

Para tener una idea de cuanto se hizo en Asís, resulta relevante el testimonio que Emilio Viterbi, profesor en la Universidad de Padua, dio el 6 de enero de 1947 con ocasión del septuagésimo cumpleaños de monseñor Nicolini.

«Innumerables episodios se podrían citar para iluminar la indefensa y santamente humanitaria acción que el clero de Asís cumplió a favor de los judíos perseguidos, bajo la guía de su obispo, monseñor Placido Nicolini, que con tan gran amor y celo ha seguido la filantrópica voluntad del Santo Padre. Durante la última época de la ocupación alemana, su obispado se convirtió en asilo para una infinidad de refugiados y perseguidos. No obstante, cuando fui a verle para pedirle si en un momento extremo podría alojarme a mí y a mi familia, con su gran sencillez y con su sonrisa bondadosa me respondió: “No tengo libres más que mi dormitorio y mi estudio, pero puedo arreglármelas para dormir en este último. El dormitorio está a su disposición”».

El testimonio del profesor Viterbi se concluye con un agradecimiento: «Todos los judíos de Europa deben un reconocimiento profundo al clero católico por la, en verdad, santa obra de ayuda y protección que se les ha prestado en el triste periodo hace poco finalizado… No nos olvidaremos jamás de todo lo que se ha hecho por salvarnos y lo contaremos a los demás y a nuestros hijos; porque en una persecución que aniquiló a seis millones de judíos sobre seis millones y medio que vivían en nuestro viejo continente, en Asís ninguno de nosotros ha sido tocado. Sea ello ejemplo de la verdadera fraternidad que debe reunir a toda la humanidad».

Asilo, asistencia y familia para huérfanos, perseguidos y judíos

Los salesianos de don Francisco Antonioli y don Armando Alessandrini acogieron en el Instituto Pío XI de Roma a más de setenta chicos judíos cuyos padres habían sido deportados. De septiembre de 1943 a junio de 1944, en un periodo de la historia en el que todo invitaba a comportamientos más prudentes, el Instituto Pío XI dio un admirable ejemplo de acogida.

«Hoy han llegado algunos compañeros nuevos. Aceptadlos como hermanos y no les hagáis preguntas», dijo el director de la casa, según el testimonio de Bruno Funaro, un niño judío de trece años en aquel entonces. Quedaron grabadas aquellas palabras en la mente de un niño acostumbrado a ser odiado, insultado, discriminado. Una lista de setenta refugiados: tantos judíos salvados del Holocausto como los asesinados en las Fosas Ardeatinas.

El 6 de mayo de 1997, el embajador del Estado de Israel en Italia entregó al rector mayor de los salesianos el título, la medalla y el diploma de honor de Justo entre las Naciones en memoria de los dos sacerdotes.

En la «crónica de la casa», don Alessandrini escribió: «Se acogieron gratuitamente no pocos huérfanos y damnificados de guerra y unos setenta chicos judíos, cuyos padres habían sido deportados y ellos mismos corrían peligro». Existe todavía la lista escrita a mano de los setenta huéspedes, con fecha del 20 de agosto de 1944. Una lista que indica no solamente los verdaderos nombres de cada uno de los judíos acogidos en el Instituto Pío XI sino también su edad, las clases, el tiempo de estancia, la paternidad y origen[86].

Al final de la guerra, todos los chicos y sus familiares agradecieron el beneficio recibido y mantuvieron amigables relaciones con los superiores del instituto; algunos pidieron ser inscritos entre los ex alumnos de Don Bosco.

El 22 de junio de 1944, Andrè Zaoui, rabino y capitán del destacamento francés que seguía a los aliados, escribió a Pío XII una carta para agradecerle la labor desarrollada por él a favor de los judíos de Italia, especialmente de los niños, de las mujeres y de los ancianos. En la misma carta el rabino Zaoui citaba expresamente al Instituto Pío XI que había dado asilo a jóvenes judíos y a la obra del padre Benedetto, aclamado por los judíos reunidos en la sinagoga.

Entre otras cosas Zaoui escribió: «Soy portador ante la Cabeza de la Iglesia de los sentimientos de profundo reconocimiento y de la más grande admiración de mis hermanos israelitas del Cuerpo Expedicionario Francés, por el bien inmenso y la caridad incomparable que Vuestra Santidad ha prodigado a los judíos de Italia, especialmente a los niños, las mujeres y los ancianos de la comunidad de Roma[87]».

El 14 de diciembre de 1956, los judíos de Palestina y la diáspora celebraron una jornada de recuerdo del Holocausto en la sala de la Protomoteca del Capitolio en Roma. En aquella ocasión, Sergio Piperno, presidente de la Unión de las Comunidades Judías Italianas, recordó la disponibilidad de Pío XII a proporcionar el oro que faltaba a los cincuenta kilos impuestos por los nazis[88]: «Aunque no fue

necesario aprovechar el generoso ofrecimiento, esta manifestación no sería completa si hoy no renovásemos desde aquí nuestro agradecimiento al Sumo Pontífice[89] por su gesto de paternal solicitud. Paternal solicitud que duró todo el periodo de la ocupación alemana, sea para mitigar la dureza de las medidas raciales, sea haciendo acoger, incluso a familias enteras, en los conventos donde sacerdotes y monjas, a pesar del peligro, hicieron lo posible por asistirles[90]».

Doce niñas judías salvadas del exterminio

Hay un árbol en la avenida de los Justos de Jerusalén dedicado a las Siervas de María Dolorosa de la Via Faentina en Florencia. Fue la señora Miryam-Lea Renveni quien lo hizo plantar para recordar una página de la historia nunca escrita.

Sor Lodovica Bonatti ha contado que, en el periodo más intenso de la persecución racial, cuando los judíos llegaban a Florencia desde toda Europa para escapar a la matanza nazi «eran escondidos en varios conventos de la ciudad donde el cardenal Elia della Costa los había puesto para arrebatarlos a la violencia racista. Entre éstos, doce niñas judías que provenían de Polonia, Francia y Bélgica encontraron refugio en nuestra casa de la Via Faentina». Sor Lodovica, que había entrado hacía poco en el convento, recuerda con lucidez aquellos momentos terribles cuando «vi llegar a la puerta a aquellas criaturas destruidas de dolor por el exterminio de sus parientes, padres incluidos. Estaban delgadas, harapientas, privadas de todo. La madre Magdalena Cei, entonces madre general, compartió con ellas el poco alimento y vestido que podíamos tener, pero sobre todo se expuso y nos expuso a los riesgos de una represalia alemana. Las niñas judías fueron introducidas, mezcladas con las colegialas, vestidas como ellas, camufladas lo más posible, sumadas a su vida incluso en la oración de la capilla[91]».

Así fue cómo las doce niñas escaparon a la *Shoah*. Al final de la guerra, el rabino jefe de la comunidad judía de Florencia, Fernando Belgrado, pensó en entregarlas a sus tutores y fueron enviadas a Palestina y a Estados Unidos.

Después de cincuenta años, tres de aquellas niñas, ahora madres y abuelas —Miryam-Lea Renveni, Sara Galostein y Paulette Dresdner—, han querido volver a ver a quienes las salvaron. Han besado los muros de la casa y de la capilla de la Via Faentina, un nombre y un lugar que nunca han olvidado. Por eso, un árbol en Jerusalén se llamará como el instituto. «Es una página de nuestra historia de auténtico heroísmo que nos ha parecido necesario que conocieran nuestras jóvenes hermanas», ha declarado sor Lodovica.

El 10 de marzo de 1998, las Siervas de María Dolorosa en la Via Faentina de Florencia recibían el diploma de Justos entre las Naciones en el que está escrito: «Con gran valentía y humanidad, en los años de las persecuciones raciales, acogieron en su instituto a doce niñas judías salvándolas de la deportación a los campos de

exterminio».

Mártires cristianos por salvar a los judíos

Pero no todos estos sucesos tuvieron un final feliz. Es larga la lista de sacerdotes que perdieron la vida en la labor de salvar a los judíos. El obispo emérito de Crema, Cario Manziana, fue internado en el campo nazi de Dachau. Entonces era asistente de los licenciados y universitarios de Brescia, y fue arrestado por estar de acuerdo con los jóvenes en la libre afirmación de los principios de la ley cristiana. Llegó a Dachau en 1944 y allí encontró a mil cuatrocientos eclesiásticos, la mayor parte católicos, de todas partes de Europa. Ya habían muerto mil, incluido el obispo polaco Kozal.

Monseñor Manziana cuenta que: «Al confrontar espontáneamente nuestras experiencias nos sorprendimos, no sin satisfacción, de encontrar motivos comunes y análogos episodios, que directa o indirectamente nos habían merecido el castigo nazi: la defensa de los jóvenes y de los débiles, la libertad de conciencia y de palabra, la protección de los judíos». A propósito de la defensa de los judíos, el obispo de Crema ha escrito: «¿Por qué no recordar la figura de nuestro padre Giuseppe Girotti, el valeroso biblista dominico, junto al alma de niño del padre Jean Himmelrrecih, el culto franciscano holandés, ambos encarcelados y asesinados por los nazis por haber escondido a judíos?»[92].

Entre las muchas víctimas estuvo también el joven don Aldo Mei, párroco de Fiano, que por haber ocultado a un judío fue fusilado el 4 de agosto de 1944 en Lucca. En febrero de 1944, las persecuciones racistas se intensificaron, y aun sabiendo los riesgos que afrontaba no dudó en esconder a un joven judío en su casa parroquial. La mañana del 2 de agosto los nazis irrumpieron en la iglesia y arrestaron a don Aldo. Tres fueron los motivos de imputación: haber dado refugio a un judío, haber asistido espiritualmente a los partisanos de la zona y haber escuchado Radio Londres. Fuera de la prisión, el obispo de Lucca, monseñor Torrini, estuvo tres horas ante el mando alemán sin ser recibido. Don Aldo Mei murió sin el consuelo de un hermano.

Un héroe desconocido que salvó a cinco mil judíos

No fueron sólo sacerdotes, monjas o religiosos los que escondieron, alimentaron y salvaron a los judíos sino también simples ciudadanos, responsables de asociaciones católicas y padres de familia.

Entre los héroes olvidados destaca el nombre de Giovanni Palatucci, el último cuestor italiano de Fiume. Ferviente católico, dio su propia vida por salvar a más de cinco mil judíos, liberados de la deportación a los campos de exterminio[93].

Giovanni Palatucci había nacido en Montella, provincia de Avellino, en 1909, dentro de una familia de sólidas raíces católicas. Después de doctorarse en leyes, comenzó la carrera de funcionario de seguridad pública y fue nombrado juez de primera instancia de Fiume. Cuando en 1938 el régimen fascista dictó las leyes raciales, su ocupación principal fue la de ayudar a judíos y antifascistas, llegando a salvar a unos cinco mil, enviándoles a un campo de trabajo que llevaba un tío suyo, monseñor Giuseppe Palatucci, obispo de Campagna (Salerno), que los fue colocando en los lugares más inverosímiles. En realidad no era un campo de trabajo sino un pueblo de colonos, donde las familias perseguidas se pudieron refugiar evitando las redadas de los republicanos y los nazis. Permaneció en su puesto hasta el final, a pesar de haber sido advertido de que su arresto era inminente. Fue deportado a Dachau, donde fue torturado y asesinado el 10 de febrero de 1945 a pocos días de la liberación.

En 1990, Palatucci fue honrado como Justo entre las Naciones y en 1995 la Asociación Nacional Istriana Miriam Novitch, desde hace tiempo comprometida en la lucha contra el racismo y el antisemitismo, quiso recordar a este Schindler italiano rindiéndole homenaje y presionando a las autoridades italianas para que haya un reconocimiento oficial de su obra, de su valor moral y de su sacrificio extremo. «Hay que sacar del olvido y de la indiferencia su dramática y heroica historia —ha explicado el presidente de la organización Adolfo Perugia—, lo que significa tener un punto de referencia histórico positivo, especialmente en la situación actual, al que mirar con la confianza y la esperanza de que una enseñanza como ésta sea acogida por las jóvenes generaciones».

«En la época en que actuó Palatucci —ha declarado Toaff—, yo iba con frecuencia a Fiume. Y me sorprendía de cuánta solidaridad demostraba en relación con tantos judíos que pasaban la frontera de Yugoslavia. Los niños eran auxiliados por los policías fronterizos, las familias, escondidas y ayudadas a llegar a sus destinos. Esto no ha ocurrido en otros países de Europa. La población italiana, por el contrario y salvo alguna excepción, ha visto en el pueblo judío una de las imágenes de Dios[94]».

Tapiados en la cúpula de la iglesia

En marzo de 1996, Giuliana Lestini recibió la medalla de los Justos entre las Naciones. El reconocimiento se dirige también a su padre Pietro Lestini y al padre Antonio Dressino, párroco de la iglesia de San Joaquín en el barrio de Prati.

Cuando en 1943 el nazi Herbert Kappler y el fascista Pietro Koch rastreaban Roma a la caza de judíos, partisanos y escapados de la leva, el ingeniero Pietro Lestini, que presidía la Acción Católica de la parroquia, junto a su hija Giuliana y al párroco padre Dressino escondieron a un grupo de unos treinta y cinco perseguidos,

entre los que había siete judíos.

Para evitar riesgos de represalias, los perseguidos fueron puestos entre la cubierta del ábside y el techo de la iglesia. La entrada fue tapada. Comida, mensajes y comunicaciones llegaban a los refugiados a través del rosetón de la iglesia[95].

Entre los judíos salvados estaba el profesor Gilberto Finzi, médico de urgencias en el hospital del Santo Espíritu, y su hermano Arrigo, hoy profesor de Física en Jaffa, Israel.

Cuenta la profesora Lestini que «el primer acogido fue Poldo Moscati, un chico judío de quince años. La madre nos lo había confiado con el encargo de salvarle la vida. Después llegaron los demás. Mi padre conocía muy bien cada rincón de la iglesia porque se encargaba de los trabajos de restauración interiores. Al principio hizo que se escondieran en el sótano, pero era un lugar poco seguro, fácil de descubrir. Entonces pidió al párroco padre Dressino la posibilidad de utilizar la estancia que estaba entre la cúpula y el techo de la iglesia. El padre Dressino lo habló con sus hermanos redentoristas. Alguno temía represalias y dudaba, pero la decisión fue puesta a votación y el padre Dressino tuvo la mayoría. De noche, los refugiados subieron a aquella estancia y se levantó un tabique en la entrada con argamasa y ladrillos. Para mantener contacto con el exterior, comunicarse y recibir la comida y vaciar los desechos, se utilizaba el rosetón de la iglesia. Durante la noche, teniendo en cuenta las noches de luna llena, la ventana del rosetón se abría y desde allí con la ayuda de una polea tenían lugar los intercambios. Sor Margherita se ocupaba de los víveres».

El profesor Gilberto Finzi recuerda que después de haber escapado a una redada, se enteró de que su madre y su hermana estaban escondidas en una pensión que se encontraba cerca de la iglesia de San Joaquín. Todo lo había organizado sor Margherita, la cual había encontrado un refugio para su hermano Arrigo. El profesor Finzi se dirigió al ingeniero Lestini, que llevaba la operación de salvamento. Hacia finales de enero de 1944 se decidió esconder también al profesor Finzi en el techo de la iglesia. Para no abrir un agujero en el muro subió por una escalera de cuerda tirada desde el rosetón.

«En mi recuerdo —cuenta Gilberto Finzi— puedo decir que había un cierto aire de conspiración, hacía mucho calor y teníamos una gran confianza en Pietro Lestini. Estábamos convencidos de que en sus manos llegaríamos sin daños al fin de nuestra aventura… Todos superamos indemnes aquellos trágicos momentos y volvimos a la vida».

El heroísmo de un hombre normal

Treinta y siete años, padre de siete hijos, director de la Acción Católica y administrador del periódico *Avvenire d’Italia*, comenzó a ocuparse de los judíos antes

del 8 de septiembre, cuando ayudó a un grupo de refugiados llegados de Varsovia. Salvó a 105 judíos de la deportación nazi. Fue hecho prisionero mientras visitaba a un judío enfermo e internado en el campo de Hersbruck, donde murió el 27 de diciembre de 1944.

Es la historia de la vida breve e intensa de Odoardo Focherini, Justo entre las Naciones y futuro «beato». El 17 de mayo se concluyó en la catedral de Carpi el proceso diocesano de beatificación y, ante el obispo y las autoridades ciudadanas, la documentación fue entregada a manos del postulador, el padre Luca de Rosa.

Odoardo Focherini es un «mártir» cuyo testimonio es tan intenso que llega hasta nuestros días y todavía hoy es un «ejemplo» a imitar. Vivió en un periodo histórico tormentoso pero no se dejó atenazar por el pesimismo, ya que siempre fue confiado y optimista.

Activísimo en el mundo católico, a los veintisiete años era ya presidente de la Acción Católica. Durante la persecución fascista de 1933, Focherini fue de una sede a otra de la Acción Católica para esconder las banderas, ocultar las cartas y poner en lugar seguro las listas y actas de las reuniones.

En 1939, en la vigilia de la guerra, Focherini se convirtió en el director administrativo de *Avvenire d'Italia*. El periódico estaba dirigido entonces por Raimondo Manzini, autor de encendidas polémicas contra el fascismo, y Focherini lo apoyó decididamente[96].

El día de la invasión alemana de Bélgica y Holanda, los fascistas de Bolonia quemaron y cerraron el *Avvenire d'Italia*, culpable de publicar los telegramas de Pío XII a los gobiernos y a los pueblos afectados por esta desgracia. El jefe fascista Farinacci había definido al *Avvenire* como una «cueva de víboras curil» porque había rechazado la política racial.

Cuando los nazis ocuparon Italia, el *Avvenire* se cerró y, frente a los alemanes que pedían la reapertura, Focherini sostuvo que las reservas de papel se habían agotado. No era cierto, pero de esta manera el *Avvenire* no se puso nunca al servicio del ocupante nazi. El 26 de septiembre de 1943 Bolonia sufrió el primer bombardeo y la sede del *Avvenire* fue destruida. Desde entonces Focherini se puso al frente de la organización para salvar a los judíos y a los perseguidos.

Focherini había contratado en el *Avvenire d'Italia* al periodista judío Giacomo Lampronti, despedido por culpa de las leyes raciales. Ya en 1942, a petición de Raimondo Manzini, a quien el cardenal de Génova, Pietro Boetto, había enviado algunos judíos que llegaban de Polonia, se esforzó por ponerlos a recaudo de la persecución en un tren de la Cruz Roja Internacional.

Lo que había sido una actividad esporádica se convirtió desde octubre de 1943 en la principal ocupación de Focherini.

Con el recrudecimiento de las leyes antijudías y el inicio de las deportaciones raciales, Odoardo Focherini, con don Dante Sala, la señora Ferrarini delle Concerie Donati di Modena y algunos otros, organizó una eficaz red para expatriar hacia Suiza

a más de un centenar de judíos. Odoardo era el alma de la organización. Contactaba con las familias, procuraba los documentos de las sinagogas, buscaba la financiación y proporcionaba documentación falsa. Un amigo le había facilitado documentos de identidad que él hábilmente rellenaba con los nombres de ayuntamientos del sur, ya en manos de los aliados (Carpi se volvía así Capri). Una vez que organizaba a un pequeño grupo se lo confiaba a don Dante Sala, que los acompañaba hasta Cernobbio, donde gracias a la complicidad de dos valientes católicos que paraban junto a la frontera los hacían pasar a Suiza.

A pesar del absoluto secreto con que se desenvolvían las operaciones, los nazis recibieron algunas cartas anónimas y arrestaron a don Dante Sala, que escapó de la pena por insuficiencia de pruebas[97].

El 11 de marzo de 1944 Focherini fue apresado en el hospital mientras atendía a un judío enfermo. Fue trasladado al mando de las SS en Bolonia y de allí a la cárcel de San Giovanni in Monte. Durante una visita, su cuñado Bruno Marchesi le dijo: «Despabila, quizá te estás exponiendo mucho, ¿no piensas en tus hijos?». Y Odoardo respondió: «Si tú hubieras visto, como yo he visto en esta cárcel, lo que hacen padecer a los judíos, no llorarías otra cosa sino el no haber hecho bastante por ellos, el no haber salvado a más».

Trasladado al campo de concentración de Gries (Bolzano), permaneció allí hasta el 5 de septiembre de 1944. Seleccionado en el campo de Flossenburg, Focherini fue trasladado al campo de trabajo de Hersbruck, un lugar horrible que parecía la antecámara del infierno. Se trabajaba desde las tres y media de la mañana hasta la noche y quien no aguantaba era marcado con una K en la frente y enviado a los hornos crematorios. Herido en una pierna y sin recibir cura, Focherini contrajo la septicemia y murió el 27 de diciembre de 1944. Antes de morir dictó a su amigo Olivelli las dos últimas cartas a los familiares. Olivelli las escribió en alemán para no tener problemas con la censura del campo y Odoardo las selló con su firma. Son el último testimonio directo de que Odoardo estaba todavía vivo.

He aquí las palabras confiadas al compañero de prisión: «Mis siete hijos… querría verlos antes de morir… Sin embargo, acepta, oh Señor, también este sacrificio y guárdalos tú, junto a mi mujer, a mis padres, a todos mis seres queridos. Declaro que muero en la más pura fe católica, apostólica y romana y en plena sumisión a la voluntad de Dios, ofreciendo mi vida en holocausto por mi diócesis, por la Acción Católica, por el papa y por que vuelva la paz al mundo. Os pido que digáis a mi mujer que le he sido siempre fiel, he pensado siempre en ella, y la he amado profundamente».

La noticia de la muerte llegó a Carpi en junio de 1945 y desde aquel momento Odoardo Focherini fue recordado como una figura excepcional. Don Claudio Pontiroli, arcipreste de Quarantoli y Gavello, cuenta que: «Encontramos más de trescientas cartas de condolencia, en 62 de las cuales se habla de Odoardo como de un “mártir de la caridad”. Por ninguna otra víctima de la guerra se han hecho

celebraciones como por él».

Olga Focherini, una de las hijas de Odoardo, recuerda así a su padre: «Durante treinta años he sufrido la imagen del padre importante, del héroe inimitable, un padre grande y lejano, hasta que mi madre me ha entregado sus cartas y es entonces cuando he accedido a un padre normal. Dotado de una gran inteligencia, valiente pero normal. Su grandeza está en el hecho de que frente al mal que estaba destruyendo la sociedad, él no miró hacia otro lado como hicieron tantos. Contempló el sufrimiento de los perseguidos y creyó que valía la pena arriesgar la propia vida por ayudarles, como hubiera ayudado a sus hijos y familiares».

El heroísmo de un hombre normal, confirmado también por el testimonio de una señora judía de Ferrara que dijo a la viuda de Odoardo: «He perdido a catorce de los míos, sólo me ha quedado este hijo, pero he encontrado la fuerza para salvarme y sobrevivir por lo que me dijo su marido: “Habría ya cumplido con mi deber si pensara sólo en mis siete hijos, pero siento que no puedo abandonaros, que Dios no me lo permite[98]”».

Capítulo quinto

LA «LEYENDA NEGRA» QUE OSCURECE EL PONTIFICADO DE PÍO XII

Hoy se habla de Pío XII como de un papa débil, dubitativo, que no hizo todo lo posible por evitar el exterminio de los judíos durante el Tercer Reich y, sin embargo, cuando el 9 de octubre de 1958 el papa Pacelli murió, llegaron al Vaticano demostraciones de afecto y admiración procedentes de todo el mundo.

El presidente de Estados Unidos, Dwight David Eisenhower, al saber la noticia declaró: «Tras la muerte de Pío XII el mundo es más pobre. Su vida ha estado enteramente dedicada a Dios y a servir a la humanidad. Consciente y hábil enemigo de la tiranía, ha sido un generoso amigo y bienhechor de los oprimidos y su mano caritativa ha estado siempre pronta a ayudar a las desventuradas víctimas de la guerra. Sin temores ni complacencia, ha sostenido la causa de una justa paz entre las naciones… Sufro por su partida al igual que los hombres de buena voluntad de todo el mundo».

En Viena, el canciller Raab afirmó: «La historia recordará a Pío XII como uno de los más grandes papas que hayan subido al solio de san Pedro».

Entre las numerosas manifestaciones de condolencia especialmente significativas, estuvieron las expresadas por el mundo judío.

La ministra de Asuntos Exteriores de Israel, señora Golda Meir, declaró: «Compartimos el dolor de la humanidad por la muerte de Su Santidad Pío XII. En una generación afligida por guerras y discordias, él ha afirmado los altísimos ideales de la paz y de la piedad. Durante el decenio del terror nazi, cuando nuestro pueblo sufría un terrible martirio, la voz del papa se elevó para condenar a los perseguidores y apiadarse de sus víctimas. La vida de nuestro tiempo se ha visto enriquecida por una voz que expresaba las grandes verdades morales más allá del tumulto de los conflictos cotidianos. Lloramos a un gran servidor de la paz[99]».

El rabino Jacob Philip Rudin, presidente de la Central Conference of American Rabbies, dijo: «La Conferencia Central de los Rabinos Americanos se une con profunda conmoción a los millones de miembros de la Iglesia católica romana por la muerte del papa Pío XII. Su amplia simpatía por todos, su sabia visión social y su comprensión lo hicieron una voz profética para la justicia en todas partes. Que su

recuerdo sea una bendición para la Iglesia católica romana y para el mundo».

El rabino jefe de Londres, doctor Brodie, en un mensaje enviado al arzobispo de Westminster, escribió: «Nosotros, miembros de la comunidad judía, tenemos razones particulares para dolernos de la muerte de una personalidad que, en cualquier circunstancia, ha demostrado valiente y concreta preocupación por las víctimas de los sufrimientos y de la persecución[100]».

El ex primer ministro francés Mendés-France, de origen judío, declaró: «Quienquiera que se ha acercado al papa se ha asombrado por su valor como estadista, cuya acción se extiende sobre uno de los periodos más dramáticos de la historia. No se puede olvidar que en el ardor de su fe, la adhesión a la paz fue uno de los constantes valores de su pontificado, y es por su oposición a la violencia, como por su respeto por el ser humano, por lo que Pío XII asumió una postura sobre los problemas de la evolución de los pueblos coloniales, que no puede no tener una saludable y considerable influencia sea en el ámbito cristiano como fuera de él[101]».

Incluso el influyente gobernador del Estado de Nueva York y representante de los liberales americanos, Haverell Harriman, afirmó: «Como ningún otro hombre de nuestro tiempo y como pocos hombres en la historia, ha sabido asumir en la santidad los principios de la humanidad».

El mariscal de campo Bernard Law Montgomery, protestante convencido, declaró al *Sunday Times*: «Siento un inmenso respeto y admiración por Pío XII. Era un hombre sencillo y amigable que irradiaba amor y caridad. No he escuchado que diga ni una palabra poco amable a alguien, ni siquiera a aquellos que perseguían a su Iglesia tras el Telón de Acero. Estoy profundamente afectado por su desaparición. Era un hombre grande y bueno[102]».

Del mito a la infamia: cómo cambian las opiniones

Nadie habría imaginado que, a la vuelta de cuarenta años, la valoración de lo llevado a cabo por Pío XII habría cambiado tanto. El papa Pacelli se ha convertido en objetivo de una «leyenda negra» según la cual, durante la guerra, habría sido un pusilánime que, por mero cálculo político, habría asistido en silencio a los crímenes contra la humanidad que perpetraron los nazis.

La cuestión es controvertida y se presta a muchas interpretaciones opuestas.

Tras la publicación del documento vaticano sobre la *Shoah* el 16 de marzo de 1998, el caso Pío XII ha estallado en toda la prensa mundial. En Israel, el periódico *Maariv* ha escrito que «el documento ha sido una ocasión perdida para condenar el silencio de Pío XII[103]». Micheal Zagor, historiador de la Universidad de Tel-Aviv, ha sostenido que Pío XII «era un filoalemán que amaba Alemania sin hacer distinción entre la Alemania clásica y la nazi». Para Efraim Zuroff, del Centro Wiesenthal de Jerusalén, «el antijudaísmo de la Iglesia preparó el terreno al Holocausto». El

Jerusalem Post ha escrito que el documento «es más bien desilusionante porque no trata la responsabilidad de la Iglesia como institución y la de Pío XII, el papa que calló sobre las persecuciones de judíos durante la segunda guerra mundial[104]». Y Giancarlo Zizola, en *Sole 24 Ore*, el periódico económico italiano más acreditados: «en una relectura esencialmente revisionista y en clave apologética del comportamiento de la Iglesia ante el Tercer Reich, se ha preferido dejar de lado la cuestión de los silencios de Pío XII[105]». Arrigo Levi, en el periódico italiano más difundido: «el silencio sobre los "silencios del papa" vuelve desilusionante este documento[106]». El rabino jefe asquenazi de Israel, Meir Lau, ha definido el texto de «inaceptable» porque no se habla del «silencio del papa Pacelli, que no movió un dedo para salvar lo que se podía[107]». El historiador George Mosse, profesor en la Universidad de Madison en Wisconsin, ha dicho: «No tengo intención de absolver a Pío XII. Su culpa fue el silencio. El papa Pacelli se comportó como un jefe de Estado y no como un papa[108]».

Abraham Foxman, director nacional de la Anti Defamation League, ha declarado: «El documento está vacío. Una apología, llena de racionalizaciones, de Pío XII y de la Iglesia. Se asume poca responsabilidad moral e histórica por las enseñanzas antijudías de la Iglesia católica[109]». Elan Steinberg, director ejecutivo del World Jewish Congress, sostiene que «hay elementos positivos en el documento pero hay una defensa gratuita del silencio de Pío XII y de la equivocación y la responsabilidad de la Iglesia como institución[110]». El premio Nobel de la paz, Elie Wiesel, superviviente de Auschwitz, ha dicho: «Sostener que nosotros los judíos deberíamos estar agradecidos a Pío XII me suena un poco a herejía[111]».

Para entender cómo la valoración de lo hecho por Pío XII se ha tergiversado totalmente en unos cuantos decenios, basta con leer dos editoriales aparecidos en el *New York Times* en 1941 y en 1998. Ambos hablan de Pío XII. El 25 de diciembre de 1941 el *New York Times* escribió: «La voz de Pío XII es una voz solitaria en el silencio y en la oscuridad en la que ha caído Europa en esta Navidad. Él es el único soberano del continente que tiene la valentía de levantar su voz… Sólo el papa ha pedido el respeto por los tratados, el fin de las agresiones, un trato igual para las minorías y el cese de la persecución religiosa. Nadie más que el papa es capaz de hablar a favor de la paz[112]».

El mismo *New York Times* ha escrito el 18 de marzo de 1998: «Es necesario un serio análisis sobre la actuación de Pío XII… Será misión de Juan Pablo II y sus sucesores dar los pasos necesarios para reconocer el fallo de la Iglesia frente a la maldad que dominó Europa[113]».

Un método para descubrir la verdad: remontarse a las fuentes originales

¿Cuál de los dos puntos de vista es el más cercano a la realidad? ¿Pío XII fue un héroe o un pusilánime? Uno de los métodos para distinguir la calumnia de la verdad es ir a las fuentes originales, es decir, reconstruir a través de los documentos auténticos y los testimonios directos la acción del papa. De ahí la decisión tomada en 1964 por Pablo VI que, como sustituto de la Secretaría de Estado, había sido uno de los más estrechos colaboradores de Pío XII, de autorizar la publicación de los documentos de la Santa Sede relativos a la segunda guerra mundial. Los archivos de la Secretaría de Estado conservan, de hecho, los dossiers gracias a los cuales es posible recorrer hora a hora las actividades del papa y de la Santa Sede durante los años a examen. Están todos los discursos y mensajes del papa; las cartas intercambiadas entre los nuncios y los dignatarios civiles y eclesiásticos, muchas de las cuales se conservan también en forma de minutas con las correcciones a mano del mismo pontífice; las notas de la Secretaría de Estado; la correspondencia diplomática entre la Secretaría de Estado, los embajadores o ministros acreditados ante la Santa Sede, los representantes del Vaticano en el extranjero y los delegados apostólicos.

Todo este material fue recogido en 12 volúmenes y publicado en los años 1965-1982, con el título de *Actes et Documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale*. Cuatro padres jesuitas se encargaron de la publicación, de ordenar los documentos y escribir las introducciones a los diferentes volúmenes: Burkhart Schneider, Angelo Martini, Robert A. Graham y Pierre Blet. El contenido de la investigación entera es de unas doce mil páginas y es desconocida para la mayoría. Por este motivo, el padre Pierre Blet ha publicado un ágil volumen, *Pie XII et la Seconde Guerre Mondiale d'après les archives du Vatican*, para ofrecer al gran público una exposición documentada de la realidad histórica de aquel periodo[114].

El padre Blet obtuvo el doctorado en Letras por la Sorbona en 1958. Entró en la Compañía de Jesús en 1937, y fue llamado a Roma como profesor de Historia Moderna en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Pontificia Universidad Gregoriana. Ha enseñado durante diecisiete años historia diplomática en la Pontificia Academia Eclesiástica. Es especialista en las relaciones entre la Iglesia y el Estado en el siglo XVII, profesor emérito de Historia Moderna en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Pontificia Universidad Gregoriana.

La prensa no se ha percatado de él hasta que Juan Pablo II, en un viaje a Nigeria, lo mencionó como uno de los mayores expertos en los hechos de Pío XII. Durante una rueda de prensa organizada en el avión que llevaba al Santo Padre al continente africano, los periodistas le preguntaron qué pensaba de Pío XII, y Juan Pablo II respondió: «Era un gran papa[115]». «Hay gente que ha acusado a Pío XII de haber callado…», insistieron los periodistas, y el pontífice replicó: «Ya se ha dado una respuesta satisfactoria, basta leer al padre Blet…».

Responde el experto padre Pierre Blet

En el curso de la investigación sobre la actividad de asistencia a los judíos desarrollada por la Iglesia, tuve la suerte de encontrarme con el padre Blet, y desde el principio me impresionó su competencia, su inteligencia y su cortesía.

Su familiaridad con el periodo histórico del Tercer Reich me ha dado la oportunidad de profundizar en los temas más controvertidos.

Los historiadores modernos pasan en silencio sobre el tema del papel del papado en las relaciones internacionales, sobre todo en el periodo precedente y durante la segunda guerra mundial. Esta postura favorece la difusión de muchas fábulas, seguramente interesantes, pero alejadas de la realidad. Sobre todo si se tiene en cuenta todo lo que la Santa Sede hizo por impedir que se desencadenase la guerra en 1939, y el papel jugado por Pío XII en la ayuda a las víctimas de la guerra.

«Cuando en marzo de 1939 Pío XII se convirtió en papa —cuenta Blet—, el mundo estaba en paz. E indudablemente, a través de discursos solemnes, llamadas a los gobiernos, a los dirigentes políticos y la diplomacia secreta, él intentó como nadie en el mundo impedir la guerra y restablecer la paz.

»Pocos recuerdan que él propuso, en mayo de 1939, una conferencia entre Italia, Francia, Gran Bretaña, Alemania y Polonia para impedir el conflicto. Las respuestas negativas de algunos gobiernos no desanimaron al papa que, incluso al precipitarse la situación con el pacto germano-soviético, intentó intervenir. El 23 de agosto a las 19.00 horas, el papa habló por Radio Vaticana a los gobernantes del mundo insistiendo en que “Nada se pierde con la paz. Todo se pierde con la guerra”. Sin embargo, pocos días después las tropas de la Wehrmacht cruzaron las fronteras polacas.

»Pío XII intentó entonces mantener a Italia fuera de la guerra. El 21 de diciembre se encontró con el rey Víctor Manuel y la reina Elena. Y no obstante, aunque no se contemplara en el protocolo, él mismo intercambió la visita, con la intención de convencer a los soberanos a permanecer fuera del conflicto. Cuando Joachim von Ribbentrop vino a Roma en 1940, Pío XII quiso recibirlo en audiencia para exponerle las razones de la paz. Concertó además una doble intervención, una carta suya y otra del presidente americano Franklin Delano Roosevelt al jefe del gobierno italiano para persuadirlo de que no entrara en la guerra. Pero todo fue en vano.

»Algunos sostienen que Pío XII tenía simpatías filogermánicas…

»No es verdad. Por un documento del Foreign Office resulta que Pío XII estaba en contacto con los generales alemanes que querían derrocar a Hitler. Pío XII transmitió a Londres la propuesta de los generales alemanes que querían derrocar al dictador y pedían garantías para una paz honorable. Pero los ingleses no se fiaron y dejaron caer en saco roto la propuesta.

»Resulta, además, por un documento que he encontrado en el archivo de la embajada de Francia en Roma, que, en mayo de 1940, Pío XII hizo llegar secretamente a los embajadores de Francia e Inglaterra la fecha exacta en la que comenzaría la ofensiva alemana. Una información de importancia vital que Pío XII no tuvo dudas en comunicar.

»Se echa en cara a Pío XII el no haber hecho una denuncia pública del nazismo.

»Pío XII consideró varias veces la posibilidad de hacer una denuncia pública del nazismo. Pero sabía también que ponía en riesgo la vida de muchas personas. Ya había ocurrido después de la publicación de la *Mit brennender Sorge*[116], y había tenido la oportunidad de ver que no había producido beneficio alguno, al contrario, la situación se había agravado. Pío XII sabía que una declaración pública "debe ser considerada y sopesada con seriedad y profundidad, en el interés de aquellos que más sufren".

»Incluso la Cruz Roja llegó a las mismas conclusiones: "Las protestas no sirven y, es más, podrían producir daño a las personas que se intenta ayudar".

»A este propósito, el americano Robert M. W. Kempner, fiscal en el Tribunal de Nuremberg contra los crímenes de guerra, ha escrito: "Todos los argumentos y los escritos de propaganda utilizados por la Iglesia católica contra Hitler habrían conducido sólo a un suicidio. A la ejecución de los judíos se habría unido la de los sacerdotes católicos".

»De hecho, una posible declaración pública de Pío XII habría dado pie a presentar al Santo Padre como enemigo de Alemania. Pío XII, como pastor que era, no podía desentenderse de los católicos alemanes. Al mismo tiempo, el papa no se hacía ilusiones sobre las intenciones del Tercer Reich. Mientras el papa permanecía en silencio, la Secretaría de Estado, las delegaciones apostólicas y toda la Iglesia llevaban a cabo una extensa acción de ayuda a los judíos y a las víctimas de la guerra.

»Una de las acusaciones contra Pío XII es la de no haber hecho lo suficiente por los fugitivos judíos.

»Se trata de una calumnia. Los volúmenes 8, 9 y 10 de las *Actes et Douments du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale* están llenos de documentos en los que las comunidades judías, los rabinos de medio mundo y otros fugitivos agradecen a Pío XII y a la Iglesia católica las ayudas y todo lo hecho en su favor. Además, el padre Robert Leiber, secretario particular de Pío XII, me ha confirmado que el papa Pacelli usó su fortuna personal para ayudar a los judíos perseguidos por los nazis.

»En Croacia, Hungría y Rumania, los nuncios papales bajo solicitud directa de Pío XII lograron suspender varias veces las deportaciones.

»En su mensaje navideño de 1942, Pío XII denunció todas las crueldades de la guerra, la violación del derecho internacional que permitió crímenes al límite del horror y evocó a "los centenares de personas que, sin ninguna culpa, sólo por su nacionalidad o su raza, son destinadas a la muerte". El 2 de junio de 1943, en su alocución consistorial, Pío XII volvió otra vez sobre el tema hablando de aquellos

“que a causa de su nacionalidad o de su raza están destinados al exterminio, y advirtió que nadie puede seguir violando las leyes de Dios impunemente”.

»Pío XII no se preocupó sólo de los judíos, extendió la acción caritativa de la Iglesia a todas las víctimas de la guerra, sin distinciones de nacionalidad, de raza, de religión o de partido. Pío XII procedió silenciosa y discretamente a riesgo de parecer pasivo e indiferente, pero llevó ayuda segura a las víctimas de la guerra».

La encíclica jamás publicada, los archivos secretos y la correspondencia con Hitler

En junio de 1938, mientras en Alemania y en los países filonazis arreciaba el odio racial, el jesuita americano John LaFarge, de paso por Roma, fue llamado de improviso por Pío XI[117]. El papa tenía en mente preparar una encíclica contra el racismo. John LaFarge no lo sabía, pero Pío XI había leído con atención su *Interracial Justice*[118], un libro donde el joven jesuita había explicado que la división del género humano en «razas» no tiene fundamento científico alguno, ninguna base biológica, es sólo un mito que sirve para mantener los privilegios de las clases sociales más favorecidas.

Los historiadores que han reconstruido la historia sostienen que la audiencia tuvo lugar el 15 de junio y que Pío XI encargó a LaFarge la labor de trabajar para la encíclica *Humani generis unitas* («La unidad del género humano»).

También este suceso, que confirma la determinación con la que la Santa Sede condenaba el racismo, se ha convertido en fuente de calumnias contra Pío XII, quien, según sus detractores, habría renunciado a la publicación de la encíclica.

«Esto es hipocresía por parte de quien ataca a Pío XII —afirma el padre Blet—. Es verdad que Pío XI había mandado preparar una encíclica que iba dirigida contra el racismo en general. No se hacía referencia explícita al antisemitismo. Pío XI pidió al padre jesuita John LaFarge, un especialista en la cuestión racial que entonces se encontraba en Roma, que preparara el borrador de la encíclica. LaFarge trabajó todo el verano y luego entregó el texto al general de la Compañía, que lo envió para su lectura a la *Civiltà Cattolica*. Yo he tenido oportunidad de leer el texto y es evidente que la encíclica no estaba a punto. Se trataba sólo de un primer borrador. Había varios argumentos interesantes pero no era ni mucho menos publicable. En un punto, LaFarge escribió que “Es justo rechazar el sentimiento antisemita, pero esto no significa que no se deba tener cuidado con los judíos”.

»No puedo imaginar qué habría ocurrido si Pío XII hubiera autorizado la publicación de aquel texto».

El rabino David Rosen, presidente de la sección israelí de la Anti Defamation League, ha sugerido la cuestión del conocimiento previo de los campos de la muerte. Según Rosen, Pío XII conocía la existencia porque Gerhart Riegner, actual

vicepresidente del World Jewish Congress, envió una carta a un nuncio en 1942 describiendo cuanto ocurría en los campos de exterminio. Pero en los doce volúmenes publicados después por la Santa Sede sólo se recoge una breve nota con la que Riegner acusa recibo de la respuesta del Vaticano, en la que se promete valorar cuanto él escribiera. He preguntado al padre Blet cómo se desarrollaron exactamente los hechos. «Circulaban muchas voces relativas a los campos de exterminio en aquella época. El mismo embajador polaco, refugiado en el Vaticano, sostenía que los nazis estaban masacrando a los judíos. Pero era muy difícil verificar la realidad de los hechos. En todo caso, Pío XII ya en el mensaje de Navidad de 1942 habla expresamente contra aquellos que "por razón de su nacionalidad o raza persiguen, condenan a muerte o a la esclavitud" y repitió esta denuncia en el discurso del 2 de junio de 1943. En aquel momento, nadie denunció los crímenes alemanes contra los judíos. Sólo en 1943, una declaración conjunta de los aliados denunció de un modo genérico los abusos de los alemanes, pero todavía no se hablaba ni de judíos ni de campos de concentración».

En cuanto a la carta de que habla Rosen, el padre Blet precisa:

«Gerhart Riegner envió al cardenal Bernardini, nuncio en Berna, una memoria en la que habla de la situación de los judíos en Europa central y oriental, con una mención particular a los judíos eslovacos. En la memoria se pedía al Santo Padre que interviniera. Esta memoria fue transmitida al cardenal Maglione el 19 de marzo de 1942. Poco después, y como ya había ocurrido antes, el Santo Padre encargó al nuncio de Bratislava que interviniera a favor de los judíos eslovacos. Todo está escrito en el volumen VIII, página 466, de las *Actes et Documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale*. Es evidente que no hemos ocultado nada.

»Con motivo de este y otros sucesos, el rabino Leo Klenicki de la Anti Defamation League ha pedido la reapertura de los archivos vaticanos…

»La postura de desconfianza en relación con el trabajo ya desarrollado me parece absurda. Si no se cree en la honestidad de nuestra publicación, se podría dudar también del archivero que habría podido destruir cualquier documento.

»Entiendo que es muy sugerente hablar sobre quién sabe qué historias sobre la actuación de Pío XII, pero la realidad es muy diversa. Para escribir los doce volúmenes hemos trabajado con intensidad, siguiendo los mismos criterios utilizados para la publicación de los volúmenes relativos a los años cuarenta del *Foreign Relations of the United States*, es decir: no publicar documentos que tengan relación con personas todavía vivas o que obstaculizasen asuntos en curso.

»Además hay que considerar que, tratándose de un archivo no abierto al público, no existían inventarios sistemáticos orientados al estudio; los documentos no estaban clasificados, ni en orden estrictamente cronológico, ni en orden geográfico. Los de carácter político, con relación a la guerra, se encontraban junto a documentos de carácter religioso, canónico y también personal, encerrados en cajas bastante manejables pero quizá de un contenido distinto. Informaciones relativas a Gran

Bretaña se podían encontrar con dossiers sobre Francia, si la información había sido enviada a través del nuncio en Francia, y, naturalmente, intervenciones a favor de prisioneros belgas en las cajas del nuncio en Berlín. Era necesario, por ello, examinar cada caja y recorrer todo el contenido para identificar los documentos relativos a la guerra. La investigación se hizo más simple gracias a una antigua regla de la Secretaría de Estado en vigor desde tiempos de Urbano VIII, la cual obligaba a los nuncios a tratar un único asunto por cada carta[119]. Quedan todavía por hacer el inventario y la clasificación para que se pueda abrir a los investigadores.

»Querría además hacer una precisión. Se habla de archivo secreto del Vaticano, pero el término "secreto" tiene hoy un significado distinto del original de archivo "privado" de la Santa Sede. Por razones de conciencia, la Santa Sede tiene interés en que los investigadores puedan acceder a estos archivos para establecer la verdad histórica. Me parece difícil que puedan aparecer elementos que contradigan cuanto se ha mostrado ya ampliamente en los documentos publicados.

»En el mundo periodístico circulan sugestivas hipótesis, como la de un mensaje del papa a Hitler.

»Conozco la fuente de estas noticias. *Le Monde* del 3 de diciembre pasado menciona como ausente en nuestra publicación la correspondencia entre Pío XII y Hitler[120]. Como ya escribí en *La Civiltà Cattolica*, si no hemos publicado la correspondencia entre Pío XII y Hitler es porque sólo existe en la fantasía del periodista de *Le Monde*. Éste sostiene que hubo contactos de Pacelli, nuncio en Alemania, con Hitler, pero no tiene en cuenta las fechas. Hitler llegó al poder en 1933, monseñor Pacelli había vuelto a Roma en 1929, y Pío XI lo había hecho cardenal y secretario de Estado el 16 de enero de 1930. Además, si tal correspondencia hubiera existido, las cartas del papa se hubieran conservado en los archivos alemanes y habría habido menciones en los archivos del Ministerio de Exteriores del Reich. Las cartas de Hitler habrían acabado en el Vaticano, pero habría mención en las instrucciones de los embajadores de Alemania encargados de entregarlas. Visto que no existe ninguna prueba de todo ello, se debe afirmar que la seriedad de nuestra publicación ha sido puesta en duda sin ninguna prueba.

»El rabino David Rosen sostiene que las declaraciones del episcopado francés, con relación a la responsabilidad de la Iglesia, son más explícitas que el documento vaticano sobre la Shoah.

»En el documento de los obispos franceses[121] se acusa a personas por haber rechazado las leyes de Vichy sobre los judíos, pero la responsabilidad del Holocausto es otra cosa.

»Es necesario estar atentos y no confundir el error con la culpa. Mientras el error se deplora, la culpa en el mundo de hoy asume inmediatamente el valor de condena. Hay que añadir también que en Francia ha habido innumerables casos de auténtica caridad y heroísmo por parte del clero y de las comunidades católicas al esconder y salvar a miles de judíos.

»Por este motivo, el Estado de Israel ha honrado a muchos sacerdotes, religiosos y activistas católicos con el título de Justos entre las Naciones.

»¿Qué valoración le merece el documento vaticano sobre la *Shoah*?

»Aunque no me toca a mí expresar tales juicios, creo que se trata de un documento muy claro en el que se distingue justamente entre antijudaísmo, que tiene diversas raíces en el mundo cristiano, y antisemitismo, condenado desde el principio por la Iglesia. Pocos conocen su existencia, pero existe una declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe en marzo de 1928, en la que ya se condena el antisemitismo[122]. Después están las condenas de los obispos alemanes contra el racismo. Los obispos decidieron no dar los sacramentos a quien se adhiriera al partido nazi.

»Es cierto que muchos cristianos se han adherido al partido nazi y al antisemitismo pero, en ese caso, traicionaron su fe, como ocurrió con algunos judíos que colaboraron en el exterminio de sus hermanos, traicionando a su fe y a su pueblo.

»La Iglesia no se puede hacer responsable de uno que reniega de su bautismo, aunque lo deplore».

Testigos oculares

Entre los muchos testimonios sobre la acción de Pío XII, despunta el del cardenal Angelo dell'Acqua, sustituto de la Secretaría de Estado durante el pontificado de Juan XXIII. En 1968, al cumplirse el décimo aniversario. De la muerte del papa Pacelli, el cardenal Dell'Acqua, refiriéndose a Pío XII, afirmó: «Él protegió con firmeza a los débiles y a los oprimidos. Cuando todo se haga público, asombrará la decidida y constante labor desarrollada por el papa Pacelli en la defensa de los perseguidos, judíos sobre todo, y para devolver la paz al mundo. Alguien se atrevió a afirmar que Pío XII no tuvo la valentía de hablar claro. Los documentos hasta ahora publicados son suficientes para demostrar lo contrario. Fue él mismo quien preparó, pasó a máquina y corrigió los tres telegramas de protesta que siguieron a la invasión de Holanda, Bélgica y Luxemburgo: y no olvidemos que, en aquel momento, fue el único jefe de Estado que protestó. Quizá se habría esperado de él una excomunión, pero en seguida se le habría echado en cara su imprudencia si la hubiera lanzado, porque eso habría tenido como consecuencia la muerte de miles de personas, especialmente judíos[123]».

Tras las críticas aparecidas en la prensa internacional, el cardenal Ersilio Tonini, que conoció personalmente al papa Pacelli, recordó algunas experiencias personales[124]. «Lo acusan de pasividad. Pero allí donde la propia persona estaba en juego directamente para la salvación de muchas criaturas, estaba listo a dejarse destrozar como un buen pastor. Como estudiante, en la Universidad Lateranense de Roma, recuerdo que el papa ordenó que todos los edificios extraterritoriales alojaran

a cuantos perseguidos y judíos se pudiera». Acerca de la acusación de filogermanismo de Pío XII, el cardenal Tonini ha afirmado: «En 1937 aparecieron a la vez tres encíclicas de Pío XI, entre ellas *Mit brennender Sorge*, contra el nazismo. Hay que saber que su preparación estuvo bajo el cuidado minucioso de Pacelli, secretario de Estado. No sólo daba el estilo del idioma alemán, sino que en las copias originales del texto se ve algún añadido de su propia mano». Además, continúa el cardenal: «Se olvida que, como nuncio en Baviera y Alemania, fue el inspirador de la reacción de la Iglesia alemana contra el nazismo y, cuando aparecieron las leyes raciales, no fue extraño a esta reacción. Es necesario ser tremendamente serenos en los juicios históricos». En cuanto a los silencios sobre el Holocausto, el cardenal Tonini ha recordado una experiencia propia: «Sobre esto guardo un testimonio directo. Tuve un compañero de estudios, de Piacenza como yo, monseñor Quirino Paganuzzi, agregado a la Secretaría de Estado y después a la Prefectura Apostólica. Durante los últimos años de la guerra, Pío XII lo nombró capellán de la Orden Militar de Malta (Smom). Acompañó los trenes del Smom con ayuda sanitaria a Polonia. Monseñor Paganuzzi me contaba que recibió la orden del papa de entregar un mensaje a monseñor Sapieha, cardenal de Cracovia y primado de Polonia. La cuestión era: el papa tenía intención de hacer una severa denuncia de los crímenes que se estaban cometiendo. Antes, sin embargo, quería saber el parecer del episcopado polaco. Monseñor Paganuzzi me contó que el cardenal Sapieha respondió: “Refiera al Santo Padre que le suplicamos que no haga nada; el pueblo polaco, judíos y católicos, pagarían el precio de la denuncia”. Por este motivo —concluyó el cardenal— es necesario guardar cierta reserva, al menos. A nadie le gustaría tener que hacer una elección de este tipo. Sería condenable si hubiera actuado así por miedo de la propia persona, pero no ha sido así. Si hubiera actuado de otra manera, alguien habría podido echarle en cara simular valentía poniendo en juego la vida de los demás. No quiero ser polémico con los judíos, pero la cultura italiana debe hacerle justicia a este hombre[125]».

El oro de los judíos croatas y el Vaticano

Los primeros avisos se tenían ya el 23 de julio de 1997. En el contexto de las investigaciones que se están llevando a cabo para descubrir dónde ha acabado el oro que los nazis sustrajeron a los judíos se intentó involucrar a la Santa Sede. La acusación es tremenda: se dice que el Banco Vaticano habría guardado una enorme cantidad de oro sustraído por los Ustasa a los judíos croatas[126].

Según los investigadores, por una comunicación interna del Departamento del Tesoro norteamericano, resultaría que 350 millones de francos suizos, fruto de las redadas sufridas por los judíos, habrían acabado en manos de Ante Pavelic, dirigente del movimiento nazifascista de los Ustasa. Al huir a Italia, Ante Pavelic habría

escondido su tesoro en el Vaticano[127]. Joaquín Navarro-Valls, portavoz de la Oficina de Prensa Vaticana, liquidó el asunto comentando que: «la noticia no tiene ninguna base real. Y la fuente, si ha existido de verdad, permanece no identificada y es de dudosa autoridad».

La cuestión parecía resuelta hasta que el 2 de junio de 1998 el subsecretario de Estado norteamericano, Stuart Eizenstat, con ocasión de la presentación de un informe sobre el asunto del oro nazi, lanzó duras acusaciones contra el Vaticano.

Según Eizenstat, «con los tesoros arrebatados a los judíos, al final de la segunda guerra mundial los Ustasa financiaron su propia fuga a América Latina, con la ayuda del Colegio Pontificio de San Girolamo en Roma[128]».

«El Colegio San Girolamo —ha añadido el subsecretario— se Transformó en un centro clandestino de asistencia a los criminales de guerra. Su secretario, don Krunoslav Draganovic, un croata, utilizó algunos contactos con la Cruz Roja Internacional para hacerles emigrar ilegalmente a Sudamérica con documentos falsos». Eizenstat sostiene que el jefe de los Ustasa, Ante Pavelic, que se refugió con los ingleses al final de la guerra, habría llevado consigo 35 millones de dólares. En cuanto a las responsabilidades vaticanas, el subsecretario de Estado ha admitido que «no tenemos pruebas de que el papa y sus consejeros estuvieran implicados en la así llamada *rat line*, la ruta de las ratas, pero quedan interrogantes inquietantes y es difícil que ellos ignoraran su existencia».

El oro croata lo cogió Tito

«La inexactitud y superficialidad de las informaciones de que dispone Washington son tan evidentes que uno se maravilla de que el gobierno de Estados Unidos pueda haber dado crédito a una historia tan inconsistente». Éste ha sido el comentario en caliente de monseñor Milan Simcic sobre el informe publicado en Estados Unidos.

Monseñor Simcic, en otro tiempo subsecretario de la Congregación del Clero, conoce muy bien los hechos, puesto que fue durante años colaborador de Draganovic en la labor de asistencia y cuidado pastoral de los refugiados que huían de Croacia.

«El Colegio de San Girolamo era dirigido por monseñor Giorgio Magjerec —precisa monseñor Simcic—. Draganovic no tuvo jamás función alguna en el colegio. Él era secretario del Comité Nacional Croata, un organismo que formaba parte de la Pontificia Obra de Asistencia (POA), creada por Pío XII para ayudar a los refugiados. No existían preferencias, se ayudaba a todos. Por esta obra de caridad, Draganovic tuvo a su disposición dos cajas de lingotes y monedas de oro que había sacado el ejército croata en retirada ante el avance de los partisanos de Tito. Eran cajas del Banco Nacional Croata, mientras que los bienes arrebatados a los judíos los administraba la División del Ministerio de la Seguridad Pública. Se trataba de

administraciones muy distintas. Para comprar vestidos, comida y medicinas para los refugiados que estaban en los campos de Fermo y de Roma, Draganovic utilizó un diez por ciento del valor de este oro, el resto lo cogió por la fuerza el general Vilko Pecnikar para financiar la resistencia contra Tito y varias publicaciones en contra de la propaganda comunista».

Según monseñor Simcic: «De esta historia nace la leyenda negra del oro de los judíos que habría sido depositado en el Vaticano. Pero la realidad es bastante distinta». Y añade: «El documento americano sostiene que las propiedades robadas a los judíos croatas podrían llegar a ser unos ochenta millones de dólares. El mismo documento admite que "ninguna de estas informaciones ha sido verificada". El profesor Jere Jareb ha hecho un estudio muy detallado sobre los documentos recogidos en Zagreb y ha publicado en 1997 un libro con el título *El oro y el dinero del Estado independiente croata llevado al extranjero (1944-1945)*, pero también en este caso no es posible determinar cuánto dinero se robó a los judíos croatas. Lo que sí se da por cierto es que el grueso del dinero del gobierno croata fue transportado a Suiza en 1944, y que sumaba más de una tonelada y tres quintales de oro, además de 2.700.000 francos suizos. El oro y el dinero fueron devueltos al Banco Nacional Yugoslavo en julio de 1945. Los partisanos de Tito llegaron también a echar mano a 32 cajas llenas de oro que habían sido depositadas en el convento de los franciscanos en Zagreb. Es probable que una parte de este dinero perteneciera a los judíos, pero los comunistas se guardaron bien de preguntarse de dónde provenía una fortuna así».

He pedido a monseñor Simcic que me explicara qué relaciones hubo con el jefe de los Ustasa, Ante Pavelic, y él me ha respondido: «La historia de que Pavelic se refugió en el Colegio de San Girolamo es completamente falsa. Como viejo conspirador que era, Pavelic se escondía en las afueras de Roma y cambiaba continuamente de domicilio». Monseñor Simcic sostiene que «Pavelic estaba enfadado con el Vaticano porque no había reconocido al Estado Independiente Croata y desconfiaba de todos los sacerdotes. Pavelic ya estaba enfrentado con Draganovic en 1942, cuando este último le reprochó lo que los Ustasa estaban haciendo en Bosnia. Pavelic jamás se habría fiado de Draganovic, tenía sus amigos italianos, sobre todo en Fiésole, en Toscana. En 1948 huyó primero a España y después a Argentina. Tanto los americanos como la policía secreta yugoslava tenían conocimiento de sus desplazamientos, y si hubieran querido lo habrían podido prender. Por qué no lo hicieron, no lo sé. Es cierto que la idea de los Ustasa que roban oro a los judíos es muy sugestiva y pega con el prejuicio según el cual los croatas son todos un poco fascistas y antisemitas. Según la leyenda negra difundida hasta hoy, el cardenal Alojzije Stepinac[129] habría sido un colaborador de los Ustasa, mientras, en realidad, Hitler en persona había pedido a Pavelic la cabeza de Stepinac, precisamente por su defensa de los judíos. Los Ustasa, y los nazis sabían que Stepinac ayudaba a los judíos, los protegía y les ayudaba a huir.

Pavelic habría sido feliz liquidando a Stepinac, pero no lo hizo porque era muy

popular. Esto contradice definitivamente la leyenda según la cual todos los católicos croatas serían Ustasa».

El linchamiento del cardenal Stepinac

La decisión de la Iglesia católica de beatificar al arzobispo de Zagreb, el cardenal Alojzije Stepinac, desencadenó la protesta de los simpatizantes del gobierno de Tito. Según sus detractores, Stepinac, quitando alguna tímida iniciativa de protesta, habría colaborado con el régimen de los Ustasa[130].

La posición del arzobispo de Zagreb es, desde hace ya mucho tiempo, objeto de opiniones diferentes. De hecho, su mismo cargo le colocaba en una posición en la que tenía contactos con el régimen; pero esto no es suficiente para convertirse en un colaboracionista, como sostienen sus críticos. Stepinac constituyó, por el contrario, un punto de referencia para aquella parte del clero y de los croatas que desaprobaban decididamente las violencias de los Ustasa.

Por lo demás, la acusación de colaboracionismo fue formulada hace ya medio siglo por el régimen de Tito, cuando Stepinac fue procesado y condenado a trabajos forzados. El verdadero motivo de la condena no era, sin embargo, el que se declaró. A los ojos de Tito, la verdadera culpa de Stepinac fue el no haber querido colaborar con el nuevo régimen comunista[131].

A pesar de la existencia de una vasta documentación histórica, la beatificación del cardenal Alojzije Stepinac suscitó las reacciones más enfrentadas. Mientras que algunos judíos salvados por la intervención del arzobispo de Zagreb pidieron al Yad Vashem que honrase a Stepinac como Justo entre las Naciones, aparecieron artículos en los que se acusaba al cardenal de haber sido un «amigo de los Ustasa», que llevó a cabo una política de conversión forzada de los ortodoxos serbios y que salvó a los judíos con el único objetivo de convertirlos al catolicismo.

«Nos reímos. La acostumbrada forma incorrecta e interesada de tratar la verdad histórica», comentaba monseñor Milan Simcic, profundo conocedor de la historia de su tierra.

«Quien acusa a Stepinac de colaboracionismo no conoce la historia —explica monseñor Simcic—. Ya a mitad de los años treinta, el joven arzobispo de Zagreb había denunciado la aberrante doctrina racista de Hitler y organizó la ayuda a los judíos que venían de Austria, Alemania, Checoslovaquia y Polonia. En abril de 1941 se derrumba la Yugoslavia monárquica y el pueblo croata proclama mediante plebiscito la propia independencia en contra de la voluntad de Hitler y Mussolini, quienes imponen al recién nacido Estado el régimen fascista de Ante Pavelic, jefe del movimiento Ustasa. Es bueno que recordemos que Pavelic había fundado el movimiento de los Ustasa en 1929, como alternativa al líder católico antifascista Stjefan Radie. Se trata, por lo tanto, de dos realidades distintas: el Estado croata que

todo el pueblo quería y defendía y el régimen Ustasa cuyos seguidores no superaron el tres por ciento de la población.

»La acusación de colaboracionismo con el régimen fascista de Pavelic se desmiente con la abundancia de datos. Durante la guerra, los partisanos de Tito citaban con frecuencia amplios textos de las homilías y de las cartas pastorales de Stepinac, sobre todo las que denunciaban las atrocidades de las tropas alemanas, italianas y de los Ustasa. El hecho de que, como arzobispo en tiempos de guerra, haya tenido contactos con el poder constituido no significa que fuera un colaboracionista. Cuando al final de la guerra los comunistas comenzaron sus grandes procesos estalinistas y procesaron a Stepinac, él respondió a las acusaciones diciendo: "¿Con quién debía tratar? ¿Con vosotros que estabais en los bosques, o con las autoridades de Zagreb de las cuales dependía la salvación de las personas por las que intercedía?". Y entre estas personas había muchos comunistas, judíos croatas y antifascistas.

»La inconsistencia de la acusación se prueba por el hecho de que Hitler en persona quería la cabeza de Stepinac, pero Pavelic sabía bien que habría sido un boomerang para su régimen si se hubiera atrevido a tocar a Stepinac, quien gozaba de una enorme popularidad y prestigio.

»El cardenal Stepinac fue acusado de haber llevado una política de conversión forzada de los ortodoxos serbios.

»Tampoco esta acusación aguanta un serio y documentado examen histórico. La Iglesia católica reconoce el bautismo impartido por la Iglesia ortodoxa, por lo que no se trata de un nuevo bautismo sino de pasar de la Iglesia ortodoxa a la católica. Frente a la inhumana y aberrante política practicada por la facción más extremista de los Ustasa, que obligaban a los serbios a abjurar de la ortodoxia, la jerarquía católica croata guiada por Stepinac se encontró frente a un grave dilema. Por un lado, la ley canónica prevé que el paso de un ortodoxo al catolicismo ha de cumplirse con plena conciencia y libertad; por otro lado, el peligro de muerte para miles de serbios, que aceptaban ser acogidos en la Iglesia católica con tal de salvarse de la muerte. Stepinac se dirigió a Roma y decidió acoger a los ortodoxos serbios con el objeto de salvarles la vida, dejándoles, sin embargo, libertad de volver a la ortodoxia una vez que hubiera cesado el peligro. Gracias a esta política se salvaron miles de vidas humanas.

»En cuanto al encuentro entre Pavelic y Pío XII…

»También en este caso se confunden los hechos. Ante Pavelic fue recibido en audiencia privada por Pío XII en 1941, cuando los Ustasa todavía no habían enseñado su verdadero rostro. No es cierto que el papa Pacelli bendijera la política de conversión de los ortodoxos ni mucho menos apoyó al régimen, porque la Santa Sede jamás reconoció al gobierno de los Ustasa. No había relaciones diplomáticas con el Estado croata de Pavelic. En Zagreb no había un nuncio de la Santa Sede, estaba sólo el abad Marcone, en calidad de visitador apostólico ante el episcopado croata. La propaganda de los Ustasa, intentó instrumentalizar aquel encuentro privado como un

acto de colaboración.

»¿Cuál ha sido la relación entre el cardenal Stepinac y los judíos?

»Son innumerables las notas y mensajes de agradecimiento al cardenal Stepinac por parte de las asociaciones judías, por todo cuanto hizo por su defensa durante la persecución. Hace poco se publicó un libro escrito por Ljugbica Stefan que documenta de manera detallada la obra de ayuda a los judíos del arzobispo de Zagreb. Algunos de los judíos salvados han enviado la petición al Yad Vashem de que el cardenal Stepinac sea honrado con el honor de Justo entre las Naciones.

»A excepción de los extremistas Ustasa, el pueblo croata no abriga sentimientos antisemitas, tanto es así que Josip Frank, uno de los padres de la independencia croata, es judío. Fue fundador del Partido del Derecho y jugó un papel importante en la difusión de las ideas de independencia y soberanía.

»¿Por qué entonces tanto rencor contra el cardenal Stepinac?

»El régimen de Tito y sus simpatizantes no pueden perdonar a Stepinac y a la Iglesia católica que hayan tenido la valentía y la honestidad de denunciar públicamente la opresión de la libertad y la virulenta persecución contra la religión. En 1946, ya habían muerto más de seiscientos sacerdotes y religiosos y miles eran perseguidos. Tito había propuesto a Stepinac separar de Roma a la Iglesia croata, y había recibido un tajante no. Tito no estaba acostumbrado a tolerar a las personas que se oponían a sus deseos. Algo sabía de eso Milovan Djilas que, a pesar de ser el número dos del partido, fue borrado y encarcelado. El gran escultor croata Ivan Mestrovic recordaba en sus memorias una conversación tenida con Djilas, en la que reconocía la inocencia de Stepinac y justificaba el proceso comenzado contra él con este argumento: era necesario dar una satisfacción a los serbios que habían sido perseguidos por el régimen de los Ustasa y a los partisanos croatas combatidos por el mismo régimen. No habiendo podido echar mano a Pavelic, se decidió coger como chivo expiatorio a Stepinac, como la más alta autoridad moral del pueblo croata.

Al mismo tiempo se quería decapitar a la Iglesia católica encarcelando a su guía autorizado. El mismo procurador general, Jakov Blazevic, que condujo la acusación contra Stepinac, en el curso de diversas entrevistas ha contado que el proceso había sido planeado en Belgrado hasta en los más mínimos detalles y, cada tarde, él hablaba directamente con Tito y recibía sus instrucciones. Toda la izquierda europea estaba extasiada por la Yugoslavia de Tito como modelo de socialismo autogestionado y de rostro humano. Encontraban una opción contra el monstruoso comunismo de Stalin y Brézhnev. El ataque a Stepinac es una forma de defensa del comunismo de Tito y de su Yugoslavia[132]».

Capítulo sexto

JUSTICIA PARA PÍO XII

Aunque las relaciones entre la Santa Sede, el Estado de Israel y la comunidad judía no han sido nunca tan amigables como en la actualidad, algunos historiadores y representantes judíos no pierden la ocasión de echar en cara a la Iglesia católica acusaciones sobre sus presuntas ambigüedades y silencios en relación con los crímenes nazis.

Después de las notas polémicas sobre el Carmelo de Auschwitz[133] y sobre la beatificación de Edith Stein[134], también el proceso contra el capitán de las SS, Erich Priebke, que se ha desarrollado en Roma, se ha convertido en una ocasión para criticar a la Santa Sede.

Shimon Samuels, director de la sección en París del Centro Wiesenthal, ha declarado que «hay mucho que esclarecer sobre la cobertura dada por algunos hombres de la Iglesia católica a criminales nazis. El Vaticano haría bien en abrir sus archivos en relación con el nazismo[135]». Son palabras duras que han aparecido en los principales diarios de información italianos.

El principal blanco de las críticas es el papa Pío XII, acusado de no haber hecho nada para denunciar el exterminio de los judíos, de haber ocultado los crímenes nazis, de haber impedido la publicación de una encíclica que mandó preparar Pío XI contra el antisemitismo, de haber sido un cobarde que sólo se preocupaba de sus presuntas inversiones en Alemania.

Acusaciones graves que no tienen base histórica alguna. Es más, parece que la verdad es todo lo contrario. Sobre la base de ingentes testimonios, se puede afirmar que nadie entre los hombres de Estado y las autoridades religiosas de su tiempo se ha prodigado tanto como el papa Pacelli para salvar a los judíos perseguidos por los nazis.

El odio nazi contra Pío XII

Muchos sostienen que Pío XII abrigó simpatías por el nazismo porque había sido nuncio en Alemania. Sin embargo, el día siguiente a la elección del papa Pacelli, el

Berliner Morgenpost, órgano del partido nazi, escribió que «la elección del cardenal Pacelli no es aceptada con gusto por Alemania porque siempre se ha opuesto al nazismo[136]».

En la Navidad de 1942, justo después del mensaje de radio pronunciado por Pío XII sobre la humanidad doliente, la Gestapo escribió un informe: «De una manera jamás conocida antes, el papa ha repudiado el Nuevo Orden Europeo Nacionalsocialista. Es cierto que el papa no ha hecho referencia por su nombre al nacionalsocialismo germano, pero su discurso ha sido un largo ataque a todo cuanto nosotros sostenemos y creemos… Además, ha hablado claramente a favor de los judíos[137]».

El semanario oficial de la Internacional comunista *La Correspondance Internationale* dedicó un artículo al nuevo pontífice, subrayando que el elegido era una persona no grata a los nazifascistas. Según el periódico de la Internacional comunista: «Llamado a suceder a quien había opuesto una enérgica resistencia a las concepciones totalitarias fascistas, que tienden a eliminar a la Iglesia católica, el más directo colaborador de Pío XI, los cardenales han hecho un "gesto significativo" poniendo al frente de la Iglesia a "un representante del movimiento católico de resistencia[138]"».

Basta leer la prensa de la época para descubrir, más allá de los intentos de instrumentalizar a la Iglesia para fines políticos, que el nazismo aborrecía los principios del cristianismo. En una conferencia del partido nacionalsocialista que tuvo lugar en 1938, Joseph Goebbels[139] dijo: «Nuestro punto de partida no es el individuo y no aceptamos el principio de que se deba dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos o vestir a los desnudos. No son éstos nuestros objetivos. Nuestros objetivos son del todo distintos y se pueden resumir así: debemos tener un pueblo sano para prevalecer en el mundo[140]».

Albert Einstein: «Lo que antes despreciaba ahora lo alabo incondicionalmente».

También Albert Einstein expresó su reconocimiento a la Santa Sede. En una entrevista aparecida en el *Time Magazine* afirmó: «Siendo un amante de la libertad, cuando llegó la revolución a Alemania miré con confianza a las universidades sabiendo que siempre se habían vanagloriado de su devoción por la causa de la verdad. Pero las universidades fueron acalladas. Entonces miré a los grandes editores de periódicos que en ardientes editoriales proclamaban su amor por la libertad. Pero también ellos, como las universidades, fueron reducidos al silencio, ahogados a la vuelta de pocas semanas.

»Sólo la Iglesia permaneció de pie y firme para hacer frente a las campañas de Hitler para suprimir la verdad.

»Antes no había sentido ningún interés personal en la Iglesia, pero ahora siento

por ella un gran afecto y admiración, porque sólo la Iglesia ha tenido la valentía y la obstinación de sostener la verdad intelectual y la libertad moral.

»Debo confesar que lo que antes despreciaba ahora lo alabo incondicionalmente[141]».

Acabada la guerra, los judíos quisieron manifestar públicamente al papa su reconocimiento, y solicitaron «el sumo honor de poder agradecer personalmente al Santo Padre su generosidad hacia ellos, perseguidos durante el terrible periodo del nazi-fascismo». La audiencia fue concedida el 29 de noviembre de 1945. Ochenta delegados de los judíos refugiados, provenientes de los campos de concentración, fueron recibidos en una sala del apartamento pontificio. El papa habló, recordando que por la ley del Sinaí y por el Sermón de la Montaña, la Sede Apostólica jamás había admitido en lo más mínimo que se pudieran aceptar las concepciones raciales «reconocidas entre las más deshonrosas desviaciones del sentimiento humano[142]».

Basándose en la documentación recogida, se puede afirmar tranquilamente que ningún pontífice en la historia de la Iglesia ha recibido tantas manifestaciones de afecto por parte de la comunidad judía como Pío XII. Los méritos del papa Pacelli son tan conocidos que está en curso su causa de beatificación.

Para conocer mejor a un personaje que suscita tanta polémica me he dirigido al padre Peter Gumpel, relator para la beatificación de Pío XII en la Congregación para las Causas de los Santos.

El padre Gumpel es una autoridad en el campo de los procesos de beatificación. Hace 37 años que trabaja en ello. Durante diez años ha sido juez de la Congregación para las Causas de los Santos y durante once relator de la misma congregación. Ha sido profesor en la Pontificia Universidad Gregoriana y en el Pontificio Instituto Oriental, donde, entre otros, ha dado cursos de especialización para preparar a quienes en el futuro deberán trabajar para las Causas de los Santos. Por sus manos han pasado centenares de causas de beatificación y canonización.

Al tener que afrontar la relación entre la Santa Sede y los judíos durante el régimen nazi, a su excelente preparación y competencia, el padre Gumpel añade una experiencia personal. Heredero de una de las familias más importantes de Alemania, Gumpel sufrió lo indecible durante el régimen hitleriano por motivos políticos. Muchos de sus familiares fueron asesinados, su madre encarcelada, y por dos veces él mismo tuvo que huir al extranjero para no caer víctima de los nazis.

El padre Gumpel sostiene que quien «acusa a Pío XII, nunca lo hizo mientras él estaba vivo. Muchos de los que hoy atacan a Pío XII, o eran muy jóvenes o ni siquiera habían nacido cuando el nazismo cometía sus crímenes».

La calumnia llevada a escena

Cuenta el padre Gumpel: «Todo comenzó con la obra teatral escrita por Rolf

Hochhuth, representada por primera vez en Alemania con el título *Der Stellvertreter El Vicario*[143]». Cuando se publicó el drama en forma de libro, Hochhuth añadió un largo apéndice donde intentó justificar el valor de su drama como fruto de largas investigaciones históricas. Quien lea atentamente este apéndice se dará cuenta fácilmente de que Hochhuth, por el contrario, había dado rienda suelta a su fantasía. Sus afirmaciones, según las cuales Pío XII era un cobarde, un pronazi que se interesaba en sus presuntas inversiones en Alemania, no son otra cosa que gravísimas calumnias. Es bueno notar que, casi tras la publicación de *El Vicario*, Emilio Pinchas Lapide, que en el libro *Roma y los judíos* no se muestra precisamente a favor de la Iglesia católica, manifiesta que sobre la cuestión de la persecución judía, es un deber de conciencia y de reconocimiento contradecir las falsedades escritas por Hochhuth. También Jenö Levay, invitado como experto en el proceso contra el nazi Eichmann que tuvo lugar en Jerusalén, defendió públicamente lo hecho por Pío XII. En 1967 Levay publicó en Londres un libro titulado *Hungarian Jewry and the Papacy* en el que toma sus distancias con respecto a Hochhuth. El prólogo y el epílogo del libro fueron escritos por Robert M. W. Kempner, fiscal en el proceso de Nuremberg. También Kempner se distancia totalmente de las afirmaciones de Hochhuth.

El gran rabino de Dinamarca, doctor Marcus Melchior, comentó así *El Vicario* que había llegado a Copenhague: «Mi opinión es que pensar que Pío XII pudiera ejercitar un influjo sobre un disminuido psíquico como era Hitler se basa en un malentendido. Si el papa sólo hubiera abierto la boca, probablemente Hitler habría asesinado a muchos más de los seis millones de judíos a los que eliminó, y quizá hubiera asesinado a centenares de millones de católicos, sólo si se hubiera convencido de que tenía necesidad de tal cantidad de víctimas. Estamos cerca del 9 de noviembre, el día en que se cumple el vigesimoquinto aniversario de la Noche de los Cristales Rotos; ese día recordaremos la dura protesta que Pío XII elevó en su momento. Él se convirtió en intercesor contra los errores que en aquella época conmovieron al mundo entero[144]».

Cuando el drama de Hochhuth se representó en Gran Bretaña, sir Godolphin Francis Osborne d’Arcy, ministro británico ante el Vaticano durante la segunda guerra mundial, intervino públicamente contra las afirmaciones hechas por Hochhuth.

El señor Kolfschooten, burgomaestre de La Haya, ex secretario del partido católico holandés, ministro de Justicia en el primer gobierno de posguerra de los Países Bajos, en relación al trabajo de Hochhuth declaró: «No es fácil hablar de Pío XII. Para mí es un santo. El ataque de Hochhuth contra este pontífice ha herido mi corazón de católico. Aquí, en la capital de Holanda, sólo se ha representado una vez. Yo no he asistido pero me han dicho que nadie ha aplaudido. Ha sido una protesta muda, impresionante. Creo que ha pasado lo mismo en Rotterdam. El pueblo holandés no quiere tener nada que ver con este método de hacer la historia. En mi país esta obra teatral ha caído en el vacío. Quizá porque los holandeses tienen un sentimiento innato de justicia y dicen: “No se puede acusar después de veinte años

sin conocer bien las circunstancias, la situación y la realidad completa". En cuanto a mí, no hay que olvidar que un papa es un ser humano con responsabilidades sobrehumanas. Pío XII ha tenido que actuar en circunstancias especiales, únicas en la historia… Se podría escribir un ensayo para demostrar cuánto más habría agravado la situación si hubiera actuado de otra manera a como lo hizo. Es necesario respetar la autoridad de un papa, es necesario, sobre todo, distanciarse de una visión política de la cuestión[145]».

Wladimir d'Ormesson, embajador de Francia ante la Santa Sede del gobierno precedente al gobierno de Vichy, ha contado que: «Pío XII era un hombre que poseía una conciencia sin escrúpulos y tenía de sus responsabilidades supremas una noción que se puede definir como sagrada. La postura que él tomó durante aquellos años infernales, la acción que él condujo abierta y discretamente, lo que dijo, lo que hizo, estoy seguro, se lo dictó la certeza, después de las más tormentosas luchas interiores, de que eso representaba su deber como papa. Deplorar que no haya hecho ciertos gestos o pronunciado ciertos anatemas es confundir el teatro con la realidad. Pero el teatro no es sino una ficción, y nosotros vivimos en la realidad».

El testimonio del papa Pablo VI

El 29 de junio de 1963, poco antes de ser elegido papa, el arzobispo de Milán, Giovanni Battista Montini, envió una carta al director de *The Tablet* de Londres, en la que defendió a Pío XII de las injustas acusaciones de Hochhuth[146]. Montini escribió: «Me parece un deber contribuir al claro y honesto juicio de la realidad histórica, tan deformada por la seudorrealidad, propia del drama, haciendo notar que la figura de Pío XII que aparece en las escenas del *Stellvertreter* no muestra exactamente, es más, traiciona su verdadero aspecto moral. Puedo decir esto porque he tenido la suerte de estar cerca de él y de servirle cada día durante su pontificado, comenzando desde 1937, cuando él era todavía secretario de Estado, hasta 1954, por lo tanto, durante todo el periodo de la guerra mundial. La figura de Pío XII dada por Hochhuth es falsa. No es verdad que él fuera miedoso… Bajo un aspecto débil y gentil, bajo un lenguaje siempre elegante y moderado, escondía un temple noble y viril, capaz de asumir posiciones de gran fortaleza y riesgo. No es verdad que él fuera insensible o aislado. Era, por el contrario, de ánimo fino y sensible… Tampoco responde a la verdad sostener que Pío XII se guiara por cálculos oportunistas de política temporal. Como sería una calumnia atribuir a su pontificado cualquier móvil de utilidad económica. Que Pío XII no haya asumido una posición de conflicto violento contra Hitler, para evitar a millones de judíos la matanza nazi, no es difícil de comprender a quien no cometa el error de Hochhuth de juzgar la posibilidad de una acción eficaz y responsable durante aquel tremendo periodo de guerra y de prepotencia nazi, del mismo modo que se hubiera hecho en circunstancias normales,

o en las gratuitas e hipotéticas condiciones inventadas por la fantasía de un joven comediógrafo. Si, como hipótesis, Pío XII hubiera hecho lo que Hochhuth le echa en cara, habría habido tales represalias y tal ruina que, terminada la guerra, el mismo Hochhuth podría haber escrito otro drama, mucho más realista e interesante que el *Stellvertreter*, puesto que por exhibicionismo político o por falta de clarividencia psicológica, habría tenido la culpa de haber desencadenado sobre el mundo, ya tan atormentado, una ruina y un daño más vastos, no tanto propio sino de innumerables víctimas inocentes. No se juega con estos temas y con los personajes históricos que conocemos con la fantasía creadora de artistas de teatro, no bastante dotados de discernimiento histórico y, Dios no lo quiera, de honestidad humana. Porque de otra manera, en el caso presente, el drama verdadero sería otro: el de aquel que intenta descargar sobre un papa los horribles crímenes del nazismo alemán[147]».

En cuanto a la credibilidad de las investigaciones históricas de Hochhuth, existen algunos hechos interesantes de los que hoy no se quiere hablar. El padre Gumpel ha recordado que: «Hochhuth escribió otro drama, *Die Soldaten*, traducido al inglés como *The soldiers*. En este drama Hochhuth acusó a Winston Churchill de haber mandado matar al general polaco Sikorski. De hecho, el general murió en un accidente aéreo en Gibraltar. Hochhuth estaba convencido de que no había habido supervivientes, pero el piloto del avión, que estaba todavía vivo, lo desmintió. La BBC y los periódicos ingleses atacaron a Hochhuth por haber difundido alarmantes noticias sin tener prueba alguna. Desde entonces Hochhuth no fue tomado en serio por nadie y, sin embargo, sus calumnias sobre Pío XII se utilizan todavía».

Pío XII y los militares alemanes contra Hitler

Recientemente, el profesor John Weiss ha publicado en la revista *America*[148] un artículo que terminaba con la acusación de que Pío XII era filonazi. Weiss defiende que Pío XII no ha intervenido nunca a favor de los mártires católicos y no hay evidencia alguna de que el papa Pacelli haya proporcionado ayuda a los conspiradores alemanes contra Hitler.

«Se trata de afirmaciones falsas —afirma Gumpel—. Tanto por nuestras investigaciones como por el archivo del Foreign Office, hemos recogido un montón de documentos donde se demuestra lo contrario. Antes de la invasión de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, desencadenada por los nazis el 10 de mayo de 1940, un grupo de generales alemanes, hostiles a Hitler y a la guerra, intentó ponerse en contacto con el gobierno inglés a través del Vaticano. A cambio de la eliminación de Hitler y del restablecimiento de la libertad en todos los países ocupados, los conspiradores pedían una paz honrosa. Siempre he sabido que a la cabeza de este grupo estaba el general Ludwig Beck. Cuando Hitler quiso invadir Checoslovaquia, Beck, que era jefe de Estado Mayor del ejército alemán, entregó su dimisión como

protesta. Beck conocía a Pío XII de la época en que era nuncio en Berlín. Pío XII sabía que era una persona de absoluta fiabilidad. Antes de aceptar el trato, los ingleses querían saber los nombres de los conspiradores contra Hitler. Pío XII garantizó que se trataba de personas serias pero no quiso revelar los nombres porque si hubieran llegado a manos de Hitler habrían muerto como traidores. Así, el intento de acuerdo no tuvo éxito. La desconfianza de los ingleses era comprensible puesto que poco antes habían intentado capturar a mister Best, el jefe del contraespionaje inglés en Holanda. Este intento es conocido en los archivos históricos como el "incidente de Venlo". De todas maneras, las pruebas de la correspondencia entre el Vaticano y Gran Bretaña en relación con esta cuestión son evidentes.

»¿Cómo se le ocurre decir al profesor Weiss que no hay evidencia alguna? Basta con mirar los documentos del Foreign Office. Además, el artículo fue escrito en 1996 y la cuestión ya era conocida en 1958-1959».

El gran dilema: ¿gritar o callar?

Algunos sectores de la comunidad judía acusan a Pío XII de no haber hecho todo lo posible para evitar la catástrofe de los campos de exterminio.

«El problema —responde el padre Gumpel— es qué debía hacer Pío XII. ¿Una protesta pública contra Hitler habría salvado a los judíos de la persecución? Hay que considerar también que la protesta habría podido empeorar la situación de los judíos y de la Iglesia católica en Alemania y en todos los países ocupados por los nazis. La protesta pública habría impedido a la Iglesia desarrollar su labor secreta de asistencia a los judíos.

»Fueron varios y dolorosos factores los que convencieron a la Santa Sede de que no interviniera públicamente. En 1937, Pío XI publicó la única encíclica escrita en alemán, *Mit brennender Sorge*, una denuncia enérgica del nacionalsocialismo y del racismo. Se puede decir que es el documento más duro que haya publicado la Santa Sede contra un poder político en toda su historia. Con gran secreto, el texto de esta encíclica fue introducido en Alemania, impreso en doce imprentas, distribuido con gran secreto a todos los sacerdotes responsables de iglesias y parroquias, hasta ser leído el 21 de marzo de 1937 desde todos los púlpitos en Alemania. ¿Cuál fue el resultado? ¿Se frenaron las persecuciones contra los judíos? No, en absoluto. Hitler montó en cólera y se recrudecieron las medidas contra los judíos. Las doce imprentas fueron confiscadas por la Gestapo y muchas personas acabaron en prisión».

Otro ejemplo trágico, que muestra cómo actuaban los alemanes ante las protestas de la Iglesia, tuvo lugar en los Países Bajos. La ocupación nazi de Holanda en 1940 marcó automáticamente la suerte de los judíos. En todos los edificios resaltaba el cartel: «*Voor Joden Verboten*» («Entrada prohibida a los judíos»). Las deportaciones se hicieron masivas y sistemáticas desde 1942. Los jefes de las Iglesias calvinista,

católica y luterana se pusieron de acuerdo para leer desde los púlpitos una protesta pública contra la deportación de los judíos. El proyecto fue conocido por el comisario del Reich para Holanda, Seys-Inquart, y por el comisario general Schmidt, quienes pusieron en conocimiento de los responsables religiosos que, si la protesta seguía adelante, los alemanes deportarían no sólo a los judíos de sangre y de religión sino también a los bautizados[149]. Ante esto, todos dieron marcha atrás menos la Iglesia católica. El domingo 26 de julio de 1942 se leyó en las iglesias católicas la carta de protesta en la que se decía: «Vivimos en una época de gran miseria, tanto en el campo espiritual como en eL material, pero dos hechos muy dolorosos llaman nuestra atención: el triste destino de los judíos y la suerte de quienes han sido destinados a trabajos forzados en el extranjero. Todos deben ser profundamente conscientes de las penosísimas condiciones de unos y otros; por eso, llamamos la atención de todos por medio de esta pastoral común.

»Estas tristísimas condiciones deben ser puestas en conocimiento de aquellos que ejercitan un poder de mando sobre aquellas personas: a este objeto, el reverendísimo episcopado, en unión con casi todas las comunidades de las Iglesias de los Países Bajos, ya profundamente afectadas por las medidas tomadas contra los judíos holandeses para excluirlos de la participación en la vida civil normal, han tomado con verdadero horror la noticia de las nuevas disposiciones que imponen a hombres, mujeres, niños y familias enteras la deportación a territorio del Reich alemán. Los inauditos sufrimientos infligidos así a más de diez mil personas, la conciencia de que una manera de proceder tal repugna al sentimiento moral del pueblo holandés, y sobre todo, el que esté en contraste absoluto con el mandamiento divino de la justicia y la caridad, obligan a las mencionadas comunidades de las Iglesias a dirigir la petición de que no se pongan en ejecución los procedimientos mencionados».

Como consecuencia de esta toma de posición del clero holandés, se aceleró la deportación de los judíos de sangre y religión[150], se deportó también a los judíos bautizados, entre ellos a Edith Stein y a su hermana.

Sor Pascalina Lehnert, asistente de Pío XII, contó que «los periódicos de la mañana fueron puestos en el estudio del Santo Padre, mientras él estaba a punto de ir a la audiencia. Leyó los títulos y se puso pálido como un muerto. Una vez de vuelta de la audiencia, antes de ir al comedor vino a la cocina con dos grandes hojas con mucho texto y dijo: “Quiero quemar estas hojas. Es mi protesta contra la terrible persecución antijudía. Esta tarde debía haber aparecido en *L’Osservatore Romano*. Pero si la carta de los obispos holandeses ha costado la vida a cuarenta mil personas, mi protesta costaría quizá doscientas mil. Por eso es mejor no hablar de forma oficial y guardar silencio, como he hecho hasta ahora, y hacer todo lo humanamente posible por esta gente[151]”».

Muchos judíos convencieron también al papa de que actuara en silencio.

El obispo de Münster, Clemens August von Galen, conocido por su valentía y su aversión al régimen nazi, antes de predicar contra la persecución antisemita tuvo

contacto con la comunidad judía, que lo convenció de que no hiciera nada, porque un discurso no habría servido para nada y los hubiera llevado a la muerte.

Centenares de judíos, huidos de Berlín y de otras ciudades alemanas, llegaron al Vaticano para convencer a Pío XII de que no hiciera protesta alguna. El mismo consejo llegó de los obispos alemanes.

A este propósito, Georges Dreyfus, profesor en la Sorbona, ha referido en las páginas de la revista *Nef* un hecho interesante. Cuando el padre Pierre Chaillet y el abad Alexander Glasberg pidieron al primado de Francia, el cardenal Pierre Marie Gerlier, que protestara públicamente contra el internamiento en los campos de concentración de los judíos inmigrados a Francia, intervino el presidente del Consejo Central de los Judíos en Francia (el máximo representante de los judíos franceses) para decir que: «Estáis equivocados, no comprendéis que si levantamos estas cuestiones las autoridades tomarán medidas análogas contra los "israelitas franceses". No es oportuno que el cardenal intervenga[152]».

Cuenta el padre Gumpel: «He conocido personalmente el régimen de Hitler. Como quedó claro en el proceso de Nuremberg, era un fanático y la persecución de los judíos era una fijación. No era posible tocar esa tecla sin consecuencias peores. El barón Von Weizsäcker, embajador alemán ante la Santa Sede, y su asistente, Von Hassel, desaconsejaron al papa que hiciera una intervención pública. Así lo afirmaron en el proceso de Nuremberg. El Vaticano se habría arriesgado a ser ocupado por los nazis».

«¡Gracias, Santidad!»

Al final de la guerra, centenares de documentos de estima, reconocimiento y gratitud de los judíos llegaron al Vaticano.

En la sala número diez del museo de la liberación de Roma, en la Via Tasso, hay una placa puesta en una pared en la que está escrito: «El congreso de los delegados de las comunidades israelitas italianas, celebrado en Roma por primera vez después de la liberación, siente el imperioso deber de dirigir un homenaje reverente a Vuestra Santidad, y expresar un profundo sentimiento de gratitud que anima a todos los judíos, por las pruebas de fraternidad humana suministradas por la Iglesia durante los años de las persecuciones y cuando su vida fue puesta en peligro por la barbarie nazi. En muchas ocasiones hubo sacerdotes que acabaron en la cárcel o en los campos de concentración, inmolaron su vida por asistir a los judíos en todo lo posible».

En el volumen número 10 de las *Actes et Documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale* se recogen muchos de los mensajes de afectuoso reconocimiento que las diversas organizaciones mundiales judías enviaron al papa Pacelli[153].

El delegado apostólico Cicognani refiere que el American Jewish Commitee y el

Commitee to save the jews of Europe hicieron llegar al Santo Padre y al cardenal Maglione «la expresión de los sentimientos de profundo reconocimiento por las decisivas mejoras obtenidas en Hungría, donde la deportación cesó gracias a la intervención del Santo Padre[154]». Las organizaciones judías y las de refugiados de guerra, que habían solicitado la intervención del Santo Padre, «expresaron su gratitud por la ayuda aportada por Su Santidad a favor de los judíos húngaros». Joseph M. Proskauer, presidente del American Jewish Commitee, escribió en una carta que «la intervención de Su Santidad, de las nunciaturas apostólicas y de los prelados católicos en el mundo entero han sido, sin duda alguna, prueba de una gran responsabilidad. Estas actividades benéficas avalan, en tiempos de barbarie moderna, la noble tradición humanitaria de la Iglesia católica. Todo ello ha inspirado al pueblo judío un profundo y duradero sentimiento de gratitud».

El señor Perlzweig, representante del World Jewish Congress de Estados Unidos, en un mensaje enviado al delegado apostólico escribió: «Las repetidas intervenciones del Santo Padre a favor de las comunidades judías de Europa suscitan un profundo sentimiento de aprecio y gratitud en los judíos de todo el mundo. Estos actos de coraje por parte de Su Santidad quedarán en la memoria y en la vida del pueblo judío[155]».

El gran rabino Isaak Herzog de Jerusalén se dirigió al delegado apostólico en Estambul, monseñor Roncalli, para expresar su gratitud por los pasos dados por la Santa Sede y por Pío XII a favor de los judíos. «El pueblo de Israel —escribió Herzog— no olvidará jamás el apoyo dado por Su Santidad a sus desafortunados hermanos y hermanas en el momento más triste de nuestra historia[156]». «El representante de los rabinos ortodoxos norteamericanos —escribió monseñor Cicognani— está agradecido a la Santa Sede por la buena acción a su favor, y suplica a la Santa Sede que comprometa a los obispos en los países bálticos para salvar a cuantos judíos sea posible». En una nota de la Secretaría de Estado del 10 de junio de 1944, a cargo de monseñor Tardini, se lee: «He sabido que un grupo de judíos romanos promueve una manifestación de gratitud al Santo Padre. Se trata de ofrecer a Su Santidad un rico pergamino. Hay también una propuesta de poner sobre los muros de la sinagoga una placa en honor del Santo Padre, siempre que esto sea compatible con las normas litúrgicas judías». En otra nota de la Secretaría de Estado, monseñor Igino Quadraroli escribe: «Cedo ante las instancias de no pocos señores israelitas que anhelan ver al Santo Padre y agradecerle su altísima obra de bondad hecha con ellos[157]».

En una minuta de la Secretaría de Estado del 7 de julio de 1944 se contiene la respuesta que monseñor Montini envió a Dante Almansi, presidente de la Unión de las Comunidades Judías Italianas, y a Ugo Foà, presidente de la Comunidad Judía de Roma. Monseñor Montini escribió: «La conmoción con la que los representantes de las comunidades judías de Italia han expresado a Su Santidad el reconocido afecto de sus compañeros por la protección de la que han sido, y son todavía, objeto por parte

de la Iglesia católica en el curso de los deplorables hechos todavía no acabados, ha tenido un eco grato en el corazón de Su Santidad, que a su vez agradece el deferente homenaje.

»El Santo Padre es feliz de renovar en esta ocasión todos sus votos para que todo injusto trato, inspirado por criterios de raza, haya cesado finalmente, y la inocencia pueda sentirse siempre y en todas partes segura[158]».

El doctor Israele Zolli, gran rabino de Roma, pidió audiencia a Pío XII para «expresar de forma oficial al Santo Padre el agradecimiento de los judíos de Roma por cuanto se ha hecho en su favor». El National Jewish Welfare Board escribió al papa Pío XII: «Puesto que la libertad ha vuelto a Europa, nuestros soldados nos han contado la ayuda y protección que el Vaticano, los sacerdotes y las instituciones de la Iglesia han dado a los judíos italianos durante la ocupación nazi del país. Estamos profundamente conmovidos por estas escalofriantes historias de amor cristiano. Sabemos bien que por esta actividad de ayuda a los judíos muchos han arriesgado la vida y otros han muerto a manos de la Gestapo. Desde lo profundo del corazón enviamos al Santo Padre nuestra gratitud infinita por esta noble expresión de hermandad religiosa y de amor[159]».

Aún más numerosos son los mensajes de agradecimiento y gratitud enviados por las asociaciones judías a los nuncios de Hungría, Rumania, Eslovaquia, Suiza, Bulgaria y Turquía.

Agradecimientos y reconocimientos especiales dirigieron las comunidades judías a monseñor Roncalli, futuro Juan XXIII.

Cuenta el padre Gumpel que monseñor Rohcalli, ante la gratitud del diplomático judío Lapide, afirmó: «Yo sólo he hecho lo que Pío XII había ordenado».

En la avenida de los Justos en Jerusalén se ha plantado un árbol en honor del cardenal Palazzini, que salvó a muchos judíos escondiéndolos en el Seminario Romano durante la guerra. El cardenal Palazzini aceptó con placer pero añadió que «el mérito es todo de Pío XII, que había ordenado hacer todo lo posible por salvar a los judíos de la persecución».

Un papa beato

Más allá de las críticas de carácter «político», habría que preguntarse cuáles son las cualidades espirituales y las «virtudes heroicas» que podrían permitir la beatificación de Pío XII.

«Después de haber estudiado todos los textos —observa el padre Gumpel— puedo decir que pocas veces he encontrado testimonios tan confluyentes sobre las virtudes de Pío XII. Sobre todo, las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Pío XII era un hombre de una grandísima fe, rezaba mucho. Ha sido un hombre de gran caridad, se ha entregado no sólo por los judíos sino por todos los perseguidos, ha

intentado ayudar a la gente víctima del nazismo y del fascismo, incluso después del fin de la guerra. Cuántos trenes cargados de comida, ropa, zapatos y medicinas han partido para ayudar a las víctimas de la guerra. En coherencia con las virtudes que practicaba, Pío XII era un hombre en extremo sobrio, comía poquísimo, dormía sólo algunas horas, con frecuencia trabajaba hasta las dos de la noche y se levantaba a las seis de la mañana. Era un hombre incansable, basta ver los veinte volúmenes de sus escritos que él elaboraba personalmente. En solidaridad con las míseras condiciones de la población, rehusó beber durante la guerra una sola taza de café, sabiendo que la gente no lo tenía. Hizo lo mismo con la calefacción, de la que se privó incluso en los inviernos más extremos. Durante la guerra renunció a las vacaciones y no fue a Castelgandolfo. Sor Pascalina ha contado que la ropa blanca del Santo Padre estaba toda remendada. El papa Pacelli disponía, al comienzo de su pontificado, de un significativo patrimonio familiar. Lo gastó todo en obras de caridad. A su muerte, su patrimonio ya no existía. La única riqueza que mantuvo fueron los muebles que le regalaron cuando dejó la Nunciatura en Alemania y sus libros, por lo demás no tenía ni una lira. No dejaba de infundir esperanza, incluso en los peores momentos, e invitaba a tener confianza en la obra del Espíritu Santo. Pío XII era un hombre fuerte y también muy afable».

A pesar de las muchas virtudes, algunos representantes de los grupos judíos más radicales han pedido a la Santa Sede que suspendiera la causa de beatificación de Pío XII. El padre Gumpel responde que «la causa de beatificación de Pío XII avanza con regularidad y de manera buena. Hemos tenido ya el proceso principal en Roma, y procesos complementarios en Génova, Munich, Berlín, Varsovia, Madrid, Lisboa y Montevideo. Se han recogido más de cien exposiciones de personas que han conocido personalmente al papa Pío XII y que representan a todos los tipos de fieles: hay muchos ex embajadores ante el Vaticano durante la segunda guerra mundial, algunos de los cuales fueron después ministros de Asuntos Exteriores; hay cardenales, estrechos colaboradores de Pío XII en la Secretaría de Estado y en otros puestos, y gente sencilla que lo ha conocido en varios países. Todo el material se ha transcrito y está preparado para la imprenta. Las ponencias que debemos presentar a la Congregación para las Causas de los Santos es necesario que recojan todos los documentos que de alguna manera se refieren a la vida, a la actividad y a la fama de santidad del siervo de Dios. Se trata de una labor enorme, teniendo en cuenta que Pío XII, antes de ser durante veinte años papa, ha sido nuncio y secretario de Estado en un periodo histórico especialmente borrascoso. Por estas razones, hemos tenido que esperar a que se abrieran los archivos de los diversos Estados para encontrar documentos relativos a la obra y actividad de Pío XII. Hemos visitado los archivos del Foreign Office en Londres. Están en curso investigaciones en los archivos del Departamento de Estado estadounidense, y lo que es más complicado, en los archivos de Rusia y de los países del antiguo Telón de Acero. Estos archivos se han abierto hace poco, lo que explica que no hayamos terminado aún todas nuestras

investigaciones para recoger el material necesario con el fin de presentar la *positio* en la congregación. No obstante, puedo decir que los trabajos proceden con diligencia, y cuantos más documentos se encuentran, más se refuerza nuestra convicción de que Pío XII era un hombre extraordinario, que ha afrontado las graves situaciones con valentía y gran prudencia. En su vida personal ha sido un cristiano, un sacerdote, un obispo, un cardenal y un papa ejemplar».

Capítulo séptimo

LA IGLESIA ENTRE ANTIJUDAÍSMO, «*MEA CULPA*» Y MARTIRIO

En la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, Juan Pablo II, en referencia al *mea culpa* de la Iglesia con motivo de la preparación del Jubileo, ha escrito: «Es justo, por lo tanto, que mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos, recordando todas las circunstancias en las que a lo largo de la historia se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio».

Como ocurre con frecuencia, junto a personas que han acogido con seriedad el desafío de la reflexión lanzada por el papa, ha habido quienes se han equivocado. Se han elevado, por ello, muchas críticas acerca de la implicación o incluso de la responsabilidad de la Iglesia en la difusión de las teorías antisemitas que, después, han favorecido la *Shoah*. Los críticos afirman que fue la postura antijudía de los cristianos la que favoreció el antisemitismo alemán. El tema de cómo y cuánto una determinada mentalidad antijudía cristiana puede haber influido en el nacimiento del antisemitismo se ha convertido en gran actualidad.

Algunos periódicos, a nivel internacional, se han encaprichado en publicar la foto de los obispos alemanes fotografiados junto a Goebbels, levantando el brazo con el saludo nazi, con el trasfondo de enormes esvásticas. Los mismos periódicos han recogido un manifiesto de propaganda del NSDAP (partido nacionalsocialista)[160], en el que el nuncio apostólico Baiazzo di Torregrossa da la mano a Hitler con ocasión de la firma del Concordato.

Pero mientras que frente al judaísmo la Iglesia no duda en reconocer los errores de algunos de sus hijos, frente al racismo antisemita del régimen hitleriano rechaza todo tipo de implicación.

Al respecto, el padre Remi Hoeckman, secretario de la Comisión de la Santa Sede para las Relaciones Religiosas con los Judíos, ha dicho: «La Iglesia no tiene miedo de la verdad. Con frecuencia se confunde antisemitismo y antijudaísmo. Un malentendido que no ayuda al diálogo. El antisemitismo es un término muy ambiguo, que sólo en tiempos modernos ha adquirido una connotación racial, mientras que antijudaísmo tiene más bien una connotación religiosa.

»Ciertos sentimientos negativos hacia los judíos han encontrado espacio en la Iglesia desde los primeros tiempos, cuando cristianismo y judaísmo se dividieron. Con la escisión inicial se creó una situación histórica en la que ambas formas de fe no han encontrado un espacio común y la incomprensión ha sido recíproca.

»Aunque ha habido muchos ejemplos de buenas relaciones, cristianos y judíos se han enfrentado durante milenios. El contexto religioso desfavorable a los judíos contribuyó a crear una mentalidad en la que el antisemitismo no encontró la oposición que habría debido encontrar entre los cristianos.

»Pero es reduccionista afirmar que exista un lazo directo entre el antijudaísmo cristiano y la *Shoah*. Es verdad que la Iglesia católica ha tenido problemas con un sentimiento y una postura antijudía, pero no se puede afirmar que éste haya sido el elemento que ha determinado las condiciones en las que los nazis han perpetrado el Holocausto.

»En cuanto a la *Shoah*, no pocos cristianos se han opuesto a la barbarie nazi y han protegido y salvado a sus hermanos judíos de la persecución[161]».

Reflexionando sobre el mismo tema, monseñor Rino Fisichella, vicepresidente de la Comisión Teológico-Histórica para el Jubileo, ha afirmado que: «Para el contenido de la fe cristiana, los judíos son el pueblo que Dios ha elegido para cumplir la primera alianza, por lo que es impensable, para nosotros católicos, una postura antijudía.

»La *Shoah* se debe valorar en un horizonte más amplio que no tenga relación sólo con el antijudaísmo. La historia no vive de generalizaciones, porque esto significaría olvidar las intervenciones de Pío XI y las igualmente significativas acciones de Pío XII contra el régimen nazi. Significaría dejar de lado lo hecho por muchos obispos que, en sus mismas iglesias locales, han sufrido por las declaraciones que hicieron. Sería borrar el nombre de tantos sacerdotes y católicos que acabaron en los campos de concentración nazis. Las responsabilidades se deben aclarar pero una generalización no es justa[162]».

El racismo antisemita y anticristiano

Para comprender cuál fue la postura de la Iglesia con relación al nazismo, es necesario volver a aquellos años y analizar qué ocurrió.

Desde el momento en que Hitler llegó al poder el 30 de enero de 1933, la interpretación del fenómeno nazi ha sido objeto de violentas disputas. La literatura al respecto es inmensa y a pesar de los estudios pormenorizados dedicados a este periodo histórico, las conclusiones siguen siendo extremadamente controvertidas. Sobre algo hay acuerdo, el Tercer Reich fue el primer Estado en la historia universal que adoptó el racismo como política de Estado[163]. Las ideologías y las teorías raciales no son una creación exclusivamente alemana. Sin embargo, estas tesis tuvieron en Alemania una mayor difusión y el más alto valor político, hasta el punto

de que las distintas utopías raciales adquirieron valor normativo. El fin principal de la política social del régimen hitleriano fue la creación de un nuevo orden jerárquico, basado en la raza. Todo lo demás se subordinaba a esto, política exterior y guerras inclusive.

De manera bárbara y violenta, Hitler fusionó las teorías del darwinismo social, la higiene racial y el antisemitismo en un movimiento político que se convertiría después en una feroz dictadura. Las teorías de las que nace su pensamiento no son originales, estaban ya muy extendidas en Alemania, pero también en Gran Bretaña, en Noruega, Dinamarca, Suecia y en Estados Unidos.

En 1896 ya existía en Estados Unidos una asociación antisemita americana, a la que pertenecían autorizados y prestigiosos personajes. Se trataba de fanáticos que creían en la superioridad de la raza teutónica y que luchaban contra la inmigración de los judíos. Esta asociación difundía folletos y cartas en los que estaba escrito que «la inmigración de los judíos era un peligro social y moral para la comunidad americana […]. La historia de más de dos mil años ha demostrado que los judíos no han sido un ejemplo de asimilación como otras naciones, y la presencia de estas personas está creando serios disturbios en todas partes[164]».

Prejuicios aberrantes y discriminación de los judíos, como también de los italianos, de los eslavos y de los negros, encontraban en aquel periodo pleno apoyo de las autorizadas sociedades eugenésicas que intentaban proporcionar al burdo sentimiento racista una base científica.

Hitler no hizo otra cosa que utilizar estas teorías para organizar un movimiento político y hacer que toda una nación, con sus estructuras legislativas, jurídicas y policíacas, practicara la política de la raza. Según su pensamiento, el pueblo alemán era superior a todos los demás. Tal superioridad estaba amenazada por otra raza: la judía. Para Hitler, los judíos eran la encarnación del mal, eran los campeones del marxismo y de la «dictadura del proletariado», pero también los ricos banqueros de Londres y Wall Street que controlaban las finanzas mundiales.

Hitler defendía que los judíos eran todos corruptores de la moral, que gestionaban la pornografía y la prostitución y que eran la mayor amenaza para las mujeres alemanas y para la pureza de la raza aria. Durante el nazismo se difundieron opúsculos y se proyectaron películas en las que el mero cruce de miradas entre un judío y una mujer alemana llevaba a esta última a la corrupción.

Los judíos fueron acusados no sólo de querer subyugar política y económicamente a la nación alemana, sino también de atacar sistemáticamente la «pureza racial». Las directrices de higiene racial se revelarían eficaces sólo después de haber resuelto la «cuestión judía» a través de la «solución final».

La concepción pagana y bestial del nazismo se enfrentó inmediatamente con la religión cristiana, a la que la oponían dos motivos fundamentales: el primero era que el nazismo había creado una religión pagana que veía en el Führer al mismo Dios y, el segundo, que la concepción racista, sobre cuyas bases se organizó el Estado, se

contraponía de manera radical a la moral cristiana.

La naturaleza pagana del régimen de Hitler

Comentando la *Mit brennender Sorge*, la encíclica publicada por Pío XI en 1937 para condenar el nazismo, la autorizada revista de los jesuitas *La Civiltà Cattolica* escribió: «En Alemania se enfrentan dos concepciones de la vida diametralmente opuestas, una fuerte por su origen divino, la otra armada con todos los medios ilegales de la coerción de la violencia. Se enfrentan una religión verdadera, trascendente, revelada, y una seudorreligión, materialista, pagana, brutal; una moral elevadamente pura, fundada en Dios y sobre la ley natural y divina, y una moral esencialmente baja, derivada de la oscura ley hereditaria de la sangre nórdica, del así llamado mito de la raza. El nacionalsocialismo se presenta e impone al pueblo alemán no solamente como una revolución política, sino sobre todo como una concepción totalitaria de la vida y del mundo, cuyo fundamento está en el principio racista, que la reviste e informa enteramente y determina sus posturas e ideales y sus actuaciones prácticas. Es una concepción intransigente que pretende invadir, además del terreno político, el terreno religioso, y que tiende a concretarse por todos los medios en la forma del Estado totalitario racista, como un Moloch devorador de todos los derechos del ser humano, y a afirmarse como religión única, obligatoria para todo portador de la sangre aria[165]».

Esta religión, de tipo puramente alemán, no se contiene en ninguna de las confesiones religiosas existentes en Alemania; se trata, por lo tanto, de una nueva concepción del mundo, a la que todas ellas deberían ceder paso.

Alfred Rosenberg, consejero de Hitler para las cuestiones doctrinales y teórico del partido nazi, afirmó: «Catolicismo, protestantismo y judaísmo deberán dejar campo libre a una nueva concepción del mundo, de forma que de éstos no quede ni el recuerdo[166]». Los elementos constitutivos de esta nueva religión son la sangre, la raza y el Führer.

Aunque en el número 24 del programa del partido nazi se declara explícitamente que «el movimiento se propone respetar la libertad de todas las confesiones religiosas del Estado, siempre que no se opongan a la costumbre y al sentido moral de la raza germánica[167]», en una versión precedente del mismo programa estaba escrito: «En espera de que el pueblo alemán encuentre un día una forma para su confesión religiosa, para su vida divina, como pide su sangre nórdica, y se cumpla la trinidad de la sangre, la fe y el Estado[168]».

Los valores supremos de esta nueva concepción son la sangre y el Estado, dentro del cual encuentran sitio todas las ideologías paganas: desde el racismo blasfemo y rabioso, al movimiento de la fe nórdica, a la pretensión de iglesia nacional. Diferentes en su denominación, todas estas ideologías convergen en su odio contra la Iglesia, y

tienen como fin el aniquilamiento de la religión católica y del cristianismo en toda su doctrina, forma o confesión.

Según Robert Ley, jefe del frente de trabajo, «la fe que puede salvar al pueblo alemán es sólo el nacionalsocialismo, y ésta no tolera ninguna otra al lado[169]».

Para el teórico del nazismo, Elmut Bergmann: «El camino para llegar a lo divino es la razón, y no existe para el alemán una fe, en el sentido de que tenga verdades indemostrables[170]», y además: «Todos los pueblos indogermánicos creen en un mundo eterno: sus dioses han nacido y crecido en el mundo y desaparecen con él. Por lo tanto, la doctrina mosaica de un Dios ultraterreno y de la creación es heterodoxa e idolátrica para la ciencia del Dios nórdico-alemán[171]».

De ello se sigue que la realidad central, el valor absoluto de la concepción nacionalsocialista no es Dios sino el hombre, no es el ser trascendente sino lo divino inmanente en la sangre y en la raza. A este valor absoluto, medida y regla de todo, se subordina el individuo como fenómeno pasajero, en el que se expresa la raza en su perenne movimiento de renovación. Y puesto que lo divino se identifica con la raza y la raza no actúa por sí, sino por medio del tipo del hombre alemán, portador de los elementos genuinos de la sangre aria, la divinidad visible, que todo alemán debe honrar y servir con absoluta dedicación, es el jefe de la nación, su Führer[172]. Se llega así a la idolatría de lo humano en la forma que asumió en el más bajo paganismo, con la apoteosis del hombre viviente.

«Nosotros no queremos tener otro Dios que Alemania[173]», afirmó el Führer. «El alma nacional, íntimamente unida a la raza y a la sangre, es la medida de todo pensamiento, valor y acción[174]», ha sostenido Rosenberg. «Nuestra fe está en la nación y en el Reich y su profesión ante la nación y la bandera es un acto sagrado e inviolable que durará miles de años. Quien sirve a Hitler sirve a Alemania, quien sirve a Alemania sirve a Dios[175]», confirma Badur von Schirach, jefe de las organizaciones juveniles del Reich.

Los términos exactos de la relación entre la Iglesia y el Estado nazi los explica Robert Ley, jefe del frente de trabajo: «Por primera vez en la historia de Alemania, un movimiento político ha tomado la misión de dar a un pueblo una concepción totalitaria del universo, una formación doctrinal; misión que hasta ahora quedaba reservada exclusivamente a la Iglesia. De ahora en adelante, sólo una organización tendrá derecho de impartir al pueblo esta formación doctrinal: el partido nacionalsocialista. La victoria racista no es otra cosa sino la victoria de la razón sobre la demencia. Repitámoslo, como fundamento de nuestro trabajo está la concepción de vida nacionalsocialista. Nosotros dominaremos la miseria de los cuerpos cuando nos hayamos asegurado el dominio sobre las almas[176]».

Ejemplos más concretos de cómo el nazismo quería eliminar la religión cristiana son la reforma de la enseñanza y la creación de una «región modelo» en Warthegau, una zona de Polonia occidental.

La escuela según la raza

En 1933, la mayor parte de las escuelas de Alemania eran católicas y protestantes, muy pocas las interconfesionales y laicas sin enseñanza religiosa. El gobierno nazi suprimió la normativa que reconocía el derecho de los padres a exigir escuelas que correspondieran con sus respectivas confesiones o concepciones de vida. Al mismo tiempo, surgieron nuevos programas escolares centrados en la teoría de la raza. De esta manera, la eugenesia se convirtió en la materia fundamental de los cursos de estudio. Las más insulsas teorías racistas se convirtieron en materia de estudio. También se adaptaron los programas de historia. De acuerdo con este proyecto, la alternancia de los imperios y de las civilizaciones se encuadró dentro de la lucha por la supremacía étnica, por la pureza biológica e ideológica contra el «declive de las razas».

Los padres que intentaban oponerse eran denigrados, amenazados con campañas intimidatorias y considerados traidores a la patria. La obsesión racista era tan fuerte que se confió a los médicos la vigilancia eugenésica de las escuelas, hasta llegar a la absurda idea de dividir a las alumnas (desde la edad de trece años) en secciones, no de acuerdo al alfabeto o a la fecha de inscripción, sino de acuerdo al tipo de hijos que podían tener en el matrimonio según correspondía a su grupo sanguíneo[177]. La influencia de la Iglesia sobre las escuelas fue eliminada. Las órdenes religiosas fueron excluidas de las instituciones educativas y de enseñanza. Sólo en Baviera, 367 monjas de 126 ayuntamientos fueron apartadas de la enseñanza en las escuelas populares. No podía haber monjas ni siquiera en las guarderías y en los jardines de infancia. Desde el 1 de enero de 1937, 1.200 fueron apartadas de la enseñanza en las escuelas públicas. En la Pascua de 1938, con una orden ministerial, se cerraron 84 escuelas religiosas[178].

Fuera de la escuela, la juventud fue alejada de la Iglesia y de la familia y sometida al influjo irreligioso de las organizaciones juveniles nazis. A la vez que se iban gradualmente suprimiendo las asociaciones católicas, crecían la *Hitlerjugend* y la *Jungvolk*. Describiendo las actividades de estas organizaciones juveniles, *La Civiltà Cattolica* escribía: «En las organizaciones e instituciones hitlerianas se empuja a la juventud prácticamente a la apostasia, haciendo imposible el cumplimiento de los deberes religiosos y frecuentar la iglesia[179], al mismo tiempo que los jóvenes son formados de modo neopagano “bajo la continua influencia de discursos y lecturas de periódicos y revistas que vilipendian a la Iglesia y al papa, al clero, a la doctrina y a toda institución católica”. La *Landjahrgesetz* (ley de campaña del año) dispone que los niños y niñas, tras realizar la escuela primaria, puedan ser enviados, incluso contra la voluntad de sus padres, a centros rurales para ser educados y formados durante nueve meses en contacto con la naturaleza, lejos de la familia y de la Iglesia. Así, cada año de treinta mil a cincuenta mil niños católicos, de doce a catorce años,

son alejados de la casa paterna y de la localidad de nacimiento y trasladados a localidades totalmente distintas para trabajar en las granjas y recibir una instrucción anticatólica. Los muchachos vuelven cambiados, llenos de desconfianza hacia los sacerdotes, la Iglesia y sus mismos padres.

»Los jóvenes de las diversas organizaciones juveniles oyen decir con frecuencia que no tienen necesidad de ir a misa los domingos. Se llega incluso, en algunos campos de niños de diez años, a rezar oraciones al antiguo dios germánico Wotan y a decirles que la confesión es el camino hacia la inmoralidad[180]».

A partir de 1940, en una zona de Polonia occidental anexionada al Reich, denominada Warthegau, Hitler puso en acción un plan agresivo de germanización que preveía la eliminación de la Iglesia católica. Warthegau contaba entonces con 4.500.000 habitantes, la mayoría polacos católicos. Estando bajo la total dependencia de Hitler, debía convertirse en un «ejemplo» de la sociedad del futuro preconizada por los nazis[181]. Para comenzar, los sacerdotes polacos fueron arrestados, internados en los campos de concentración o asesinados en un porcentaje muy superior respecto del resto de Polonia. A los católicos polacos y alemanes se les prohibió reunirse en la Iglesia, se les prohibió confesarse en polaco, y los sacerdotes polacos no podían ejercer su ministerio ni siquiera junto a los enfermos en los hospitales. Se llegó al punto de que los polacos no podían casarse antes de haber alcanzado los veintiocho años los hombres y los veinticinco las mujeres. Retrasar la edad del matrimonio significaba para los nazis una medida que limitaba el crecimiento demográfico polaco. Todas las fundaciones y conventos se cerraron. Los movimientos confesionales y los grupos juveniles fueron abolidos y prohibidos. Las Iglesias dejaron de ser reconocidas como tales, sólo se permitió la constitución de asociaciones religiosas rígidamente controladas. Los sacerdotes no podían vivir de su ministerio sino que tenían que ejercer otra profesión. Las manifestaciones ordinarias de la vida de la Iglesia fueron abolidas. Se prohibió recoger colectas para la Iglesia. Los católicos no podían tener ninguna relación con el papa de Roma. El plan de germanización de Warthegau preveía también la «recuperación y purificación de la sangre», un proyecto inhumano que involucró a las tropas alemanas en el rapto de niños. Para regenerar la «sangre alemana», Hitler mandó seguir una selección racial de los niños polacos, y los que mejor respondían a las características arias eran arrebatados a los padres y llevados a los centros de germanización en territorio del Reich. Según estimaciones creíbles, en Warthegau se eligieron y raptaron seiscientos niños[182]. En ningún otro territorio ocupado por los alemanes se tomaron medidas tan duras. De nada valieron las protestas de la Santa Sede, sólo la derrota nazi puso fin a este plan de erradicación del cristianismo.

La ética nazi: esterilización, eutanasia, cámaras de gas…

La concepción pagana, racista y materialista del Tercer Reich se comprende mejor al analizar las medidas de política social aplicadas por el partido nazi apenas subió al poder. En orden a la higiene de la raza, Hitler pronto sacó leyes que prescribían la esterilización de los deficientes, de los anormales, de los alcohólicos, de los ciegos, de los sordomudos, de los pobres y de todas las personas «racialmente inferiores». Se instituyó «el tribunal para la salud de la estirpe», que tenía poderes absolutos. Sobre la base de la pertenencia a la raza aria, se decidía si se dejaba nacer o se abortaba un niño hasta el sexto mes de embarazo. Para el matrimonio era necesario un certificado de «arianidad» que impedía las uniones con las razas inferiores. También las relaciones sexuales con personas de otras razas se convirtieron en delito que se perseguía penalmente. La discriminación racial no se detenía en la mutilación del cuerpo con la esterilización sino que llegaba incluso a la eliminación física, primero con medidas como la eutanasia y después con los hornos crematorios de los campos de la muerte.

Frente a este horror, la Iglesia opuso una fuerte resistencia.

En 1933, apenas llegó al poder, Hitler promulgó la ley de esterilización genética. En tres años, el régimen nazi esterilizó a 225 000 personas entre discapacitados, esquizofrénicos, epilépticos, ciegos, sordos, alcohólicos y disminuidos[183]. A partir de 1939, Hitler no se contentó con esterilizar a aquellos que «envenenan la pureza de la sangre aria» y comenzó el programa de eutanasia forzada.

La ley alemana sobre la esterilización no encontró mucha oposición entre los países occidentales. Por el contrario, las sociedades eugenésicas de Estados Unidos y Gran Bretaña la saludaron con satisfacción, puesto que los autores alemanes de la ley admitieron que habían reproducido el programa de esterilización en boga en California.

A su vez, las autoridades académicas alemanas dieron doctorados *honoris causa* a los americanos Leon Whitney, Madison Grant y Harry Laughlin, conocidos por su racismo y por ser dirigentes y miembros conocidos del movimiento eugenésico. Los doctorados se acompañaron de cartas de felicitación escritas directamente por Hitler. Tales manifestaciones de simpatía no suscitaron escándalo en aquella época, porque las teorías raciales estaban muy difundidas, tanto que en 1935 Suecia, Dinamarca, Finlandia, un cantón suizo y varios Estados americanos habían legalizado la esterilización como medida eugenésica.

Mientras tanto, la Iglesia, arriesgándose a una feroz represión, se opuso enérgicamente. La Conferencia Episcopal alemana, reunida en Fulda, respondió rápidamente a la propuesta de ley de esterilización. Para evitar un conflicto abierto, Hitler presentó la ley el 25 de julio de 1933, veinte días después de firmar el concordato con la Iglesia. La ley entró en vigor en enero de 1934. Los nazis buscaron debilitar la oposición católica dando voz a profesores universitarios favorables a la esterilización y, al mismo tiempo, ofreciendo a la Iglesia exenciones para los

católicos.

El cardenal de Breslau, Adolf Bertram, pensó escribir una carta pastoral contra la esterilización pero se le aconsejó que no lo hiciera para no sufrir una violenta represión. Entonces se pasó la voz a cada católico para que rechazara radicalmente tal práctica. El cardenal Clemens August von Galen, que por su valentía es recordado como el «León de Münster», el 29 de enero de 1934 expresó públicamente su amargura y sus protestas por la ley sobre la esterilización. La doctrina de la Iglesia estaba expresada claramente en la encíclica de Pío XI *Casti connubi*, publicada el 30 de diciembre de 1930, en la que se condenaba la esterilización y el control de nacimientos.

Los nazis se enfurecieron y los sacerdotes que se oponían o que hablaban contra la ley fueron castigados y perdieron el derecho de enseñar en las escuelas públicas. Las enfermeras católicas que rehusaron asistir a pacientes a los que se practicaba la esterilización fueron despedidas.

L'Osservatore Romano, entretanto, apoyaba a todos los sacerdotes que se oponían a la ley sobre la esterilización, pero la situación era muy dura para los católicos en Alemania.

El enfrentamiento entre la Iglesia y el nazismo se agudizó cuando el 1 de septiembre de 1939 Hitler anunció el programa de eutanasia con la eliminación de todos los enfermos incurables. El régimen nazi se aprovechó del inicio de la guerra para acelerar los programas de «selección de la raza». El programa seguía directrices eugenésicas, según las cuales, no sólo se eliminaba a los enfermos, sino a todos aquellos que el nazismo consideraba como elementos que podían corromper la raza aria, es decir: incapacitados, enfermos mentales, judíos, gitanos, asociales, opositores al régimen, prostitutas, mendigos, delincuentes, sordos, ciegos, etcétera.

Los pacientes «seleccionados» eran trasladados a manicomios especiales donde eran sometidos a una rápida visita médica, fotografiados y después enviados a las cámaras de gas, disimuladas como duchas, o en furgones donde se introducía el monóxido de carbono del tubo de escape. Los cadáveres eran quemados en hornos crematorios, de cuyas chimeneas, mal proyectadas, se elevaban llamas de hasta cinco metros de altura y que envolvían en una nube de humo tóxico los campos de los alrededores[184]. Los padres recibían la noticia del traslado del paciente, llegado en buenas condiciones, seguida una semana después de una carta sumaria de condolencia que anunciaba su desaparición. La causa de la muerte se imputaba a una de aquellas enfermedades caracterizadas por ausencia de síntomas. Los centros de exterminio tomaban todo tipo de precauciones para ocultar el alto número de muertos: cada uno de ellos tenía una oficina ocupada en falsificar los certificados de defunción, y cada uno empleaba correos para distribuir las urnas de cenizas a las diversas ciudades de la zona. No obstante, el programa de eutanasia se convirtió en un secreto a voces, por culpa de una serie de equivocaciones y errores del personal. El personal de los centros se dejaba llevar por macabros juegos de palabras sobre los

fertilizantes de los terrenos circundantes. La gente percibía olor a muerte. Padres tenaces hicieron presión sobre las autoridades para descubrir la verdad, y creció rápidamente la rebelión en toda Alemania.

La protesta comenzó justo después de que el 19 de julio de 1940, Theofil Wurm, obispo luterano de Württemberg, enviara una carta al ministro del Interior, Wilhelm Frick, en la que protestaba por la muerte de algunos enfermos mentales y epilépticos, trasladados de los hospitales a una zona escasamente poblada y, allí, incinerados por razones de salud pública[185]. Quince días después de la carta de Wurm, los obispos católicos presentaron una protesta al secretario de la Reichskanzlei y, a través de él, a Hitler. Siguió otra carta del cardenal Adolf Bertram quien, en calidad de presidente de la Conferencia Episcopal alemana, escribió: «La eutanasia es irreconciliable con las leyes morales cristianas». Habló de «ilicitud incondicional de tales acciones» que estaban «prohibidas del modo más absoluto», lo que «no es sólo doctrina de fe y de moral de la Iglesia católica, sino convicción de fe y de moral de todos los cristianos». En la carta, el cardenal Bertram utilizó expresiones como «prohibición incondicional», «insuperable falta de excepciones de la conservación y de la protección de la vida de la persona inocente». El 6 de noviembre de 1940, el cardenal Michael Faulhaber añadió que «los fundamentos inalienables del orden moral y los derechos fundamentales de cada hombre no pueden ser abolidos ni siquiera en tiempo de guerra[186]».

El cardenal Clemens August von Galen, obispo de Münster, pronunció tres homilías contra la eutanasia que se hicieron famosas a nivel internacional. En la más dura de las tres, pronunciada el 3 de agosto de 1941, afirmó sin tapujos: «Jamás, por ninguna razón, un hombre puede matar a un inocente, si no es en guerra y por legítima defensa». Y prosiguió: «Si se afirma y se acepta el principio según el cual podemos matar a nuestros hermanos “improductivos”, la calamidad y la desventura se abatirán sobre nosotros cuando nos convirtamos en viejos y débiles. Si permitimos que uno de nosotros mate a quien no es productivo, la desventura se abatirá sobre los inválidos que han agotado, sacrificado y perdido salud y fuerza en el proceso productivo. […] Es imposible imaginar qué abismos de depravación moral y de desconfianza general, incluso en el ámbito familiar, llegaremos a tocar si tal horrible doctrina fuera tolerada, aceptada, puesta en práctica. Caerá la desventura para el género humano, y para nuestra nación alemana, si se infringe el santo mandamiento de Dios “No matarás”, que Dios nuestro Creador imprimió en la conciencia del género humano desde los inicios de los tiempos[187]».

La homilía fue reproducida en octavillas, que fueron lanzadas por la RAF (Royal Air Force), sensible al problema desde que la propaganda nazi la acusó de haber bombardeado el manicomio de Bethel. Galen fue pronto imitado por otros sacerdotes. El 2 de noviembre de 1941, monseñor Konrad von Preysing, obispo de Berlín, protestó por las muertes de ancianos e inválidos, recordando que sólo en tres casos es lícito matar, en una guerra justa, en defensa de la patria, cuando el poder civil cree

que un malhechor sea nocivo para el bien público, o cuando se es injustamente atacado y por legítima o personal defensa: «Toda otra muerte es un pecado grave, culpa grave, sea que se trate de un niño en el seno de su madre, o de un viejo inválido insano de mente, o de las así llamadas existencias improductivas…

Los mandamientos de la ley de Dios dicen claramente: no debes matar[188]».

Aunque en los ambientes nazis se acariciara la idea de matar al obispo de Münster[189], el internamiento en los campos de concentración para quien había denunciado el programa de eutanasia se limitó a representantes del bajo clero. La protesta fue tan fuerte que, el 24 de agosto de 1941, Hitler declaró que se había puesto fin al programa de eutanasia. En realidad, el programa continuó en secreto bajo la sigla T-4. Según una estimación interna del T-4, hasta el 10 de septiembre de 1941, habían sido «desinfectadas» 70.273 personas. Sucesivas estadísticas, que consideraban también las personas muertas por otros medios distintos del gas, daban la cifra de 193.251 camas dejadas libres entre las 282.696 reservadas a los enfermos mentales[190].

Pío XII no dejó de apoyar a los obispos alemanes, asegurando su respaldo y el de la Santa Sede a su valiente denuncia. Al obispo de Berlín, Pío XII escribió: «Te estamos agradecidos, venerable hermano, por las claras y abiertas palabras que has dirigido a tus fieles y a la opinión pública en diversas ocasiones. Pensamos, entre otras, en tus declaraciones sobre la concepción cristiana del Estado, y aquellas sobre el derecho a la vida y a la caridad de todo hombre y, en modo especial, a tu carta pastoral de Adviento sobre los derechos de Dios, sobre los derechos de los individuos y de las familias…»[191].

En la carta pastoral a la que aludía el papa, el obispo de Berlín, monseñor Konrad von Preysing, respondía a las persecuciones contra los judíos afirmando que «los derechos que el hombre posee a la vida, a la propiedad, a la libertad, al matrimonio no deben su existencia al arbitrio del Estado, no pueden ni deben ser quitados ni siquiera a quien no es de nuestra sangre y no habla nuestra lengua[192]».

Junto al respaldo dado a los obispos, Pío XII intentó dar una respuesta doctrinal al programa de la eutanasia. Hacia finales de 1940 ordenó a la Congregación para la Doctrina de la Fe (entonces del Santo Oficio) que emitiera una condena formal y explícita de los homicidios en masa que se estaban llevando a cabo en Alemania en nombre de la pureza de raza. El 6 de diciembre de 1940, *L’Osservatore Romano* publicó un decreto de la congregación, en el que se condenaba la eutanasia como «contraria al derecho natural y al divino positivo[193]».

La resistencia católica

En el análisis de los hechos históricos que llevaron al nazismo al poder se tiene poco en cuenta la resistencia que millares de alemanes opusieron a los «camisas

pardas». Según estadísticas oficiales, la resistencia interna alemana durante los años de guerra (1939-1945) sufrió 130.000 víctimas. Sólo la masacre que siguió al atentado de Hitler, el 20 de julio de 1944, costó la vida a 4.980 personas[194].

Muchísimos de estos hombres que intentaron oponerse al régimen nazi eran católicos. Los dirigentes nazis no ocultaban sus intenciones con respecto de la Iglesia. En 1935, Reinhard Heydrich, jefe del servicio de seguridad de las SS, declaró: «Nuestros enemigos son los judíos y los eclesiásticos… para los párrocos y los obispos están los campos de concentración y no los púlpitos de las iglesias alemanas[195]».

Ya en agosto de 1932, los obispos católicos denunciaron al partido nacionalsocialista como anticristiano y antihumano. Con una declaración común sancionaron como ilícita la pertenencia de los católicos al nazismo. Esta condena fue revalidada el 28 de marzo de 1933 y recordada en las cartas pastorales de los años 1934, 1935, 1936 y 1938. A estas declaraciones colegiadas siguieron también intervenciones particulares de los arzobispos de Colonia, Friburgo, Breslau, y los obispos de Osnabruck y Berlín.

Uno de los obispos más comprometidos en la resistencia al nazismo fue Michael Faulhaber. Elegido arzobispo de Munich en el Adviento de 1933, pocos meses después de que Hitler subiera al poder, pronunció cinco famosas homilías, donde denunció la «gran ilusión» transmitida por la propaganda nazi de hacer creer a los cristianos que el Antiguo Testamento no formaba parte de la Biblia y que cristianismo y judaísmo no podían coexistir uno al lado del otro. El cardenal Faulhaber explicó que «golpear a los judíos es como golpear a los cristianos[196]».

Cuando en 1934 se arrestó al padre jesuita Rupert Mayer, en un discurso a los militantes de la Acción Católica dijo: «Es el momento de hablar, ya veo las llamas…».

El obispo, que fue definido como «la conciencia de Alemania», afirmó en 1937: «Aunque nuestra suerte fuera la de sufrir persecución por amor a Cristo crucificado, no pensamos ser cobardes sino valientes. Existen en suelo germánico tumbas recientes, donde reposan las cenizas de aquellos que el mundo católico considera mártires de la fe». Sus predicaciones y cartas pastorales suscitaron manifestaciones de odio entre los nazis. Los libreros que exponían sus escritos fueron castigados, encarcelados los sacerdotes, los laicos y los jóvenes que intentaban difundirlo en público. Alfred Rosenberg escribió un libro en 1936 con el título *A los hombres oscuros de nuestro tiempo*, en el que dedicaba un capítulo de críticas al cardenal Faulhaber. Durante un sermón, el cardenal Faulhaber le respondió:

«El autor del mito del siglo XX ha escrito que no estima al arzobispo de Munich, pero el arzobispo se debería avergonzar hasta desaparecer si hombres de tal calaña le estimaran».

El cardenal fue objeto de manifestaciones violentas por parte de los nazis. Hubo demostraciones públicas contra el purpurado que acabaron con el asalto al palacio

arzobispal. Ante el desencadenamiento de la violencia, Faulhaber dijo: «Vendrá el tiempo, es más, ya ha llegado, en que los obispos deberán ponerse la mitra como quien se pone un yelmo y no se la deberán quitar como los soldados en el frente, siempre atentos a quién va por allí. Puesto que se trata de la verdad del Evangelio, del orden moral entre nuestro pueblo, los obispos estarán siempre en primera línea, bajo el fuego».

A la resistencia contra el nazismo se sumó también la confesión protestante. En junio de 1937, las SS arrestaron a cuarenta de los más influyentes pastores por «desobediencia a las leyes del Estado», entre ellos a Dietrich Bornhoeffer, que declaró en aquellos días: «Hitler es el anticristo. Debemos combatirlo hasta lograr al menos alejarlo». El 9 de abril de 1945 Bornhoeffer fue asesinado por miembros de la Gestapo.

Arrestos, deportaciones a los campos, confiscación de bienes eclesiásticos, ocupación de casas religiosas se siguieron a ritmo cada vez más creciente en el territorio del Reich. Los sacerdotes eran castigados por los motivos más fútiles. El párroco Niessen de Riehterich fue condenado por el tribunal especial de Colonia porque «había ridiculizado el saludo hitleriano[197]».

La gran mayoría de los sacerdotes y los religiosos fueron deportados al campo de Dachau, conocido como «el más grande cementerio de curas del mundo[198]». Según los datos recogidos por los investigadores, en Dachau murieron más de dos mil setecientos miembros del clero, de los cuales 2.579 eran católicos, 109 evangélicos, 22 greco-ortodoxos, 22 entre viejos católicos y maronitas, y 2 musulmanes[199].

Fueron muchísimos los hechos heroicos de sacerdotes, religiosos y monjas. En 1943, la asociación de resistencia al nazismo de jóvenes católicos, la «Rosa blanca», fue aniquilada. El sacerdote Max Josef Metzger, fundador en 1917 de la «Cruz blanca», una alianza mundial pacifista muy comprometida en actividades ecuménicas, fue condenado a la pena de muerte y ejecutado en la prisión de Brandeburgo-Goerden el 17 de abril de 1944. San Maximiliano Kolbe, internado en el campo de Auschwitz, ofreció su vida para salvar la de un padre de familia. El beato obispo Michele Kozal fue asesinado en Dachau el 26 de enero de 1943. Rupert Mayer, sacerdote jesuita ya beato, murió justo después de la liberación del campo a causa de los sufrimientos padecidos. Era conocido como el «apóstol de Munich». El padre Alfred Delph formaba parte de un grupo de jesuitas que se oponía al régimen nazi. Después del atentado fallido contra Hitler del 2 de julio de 1944, fue arrestado y trasladado a Berlín. El 2 de febrero de 1945 fue asesinado[200]. Don Theodor Hartz, un salesiano que se distinguió por su actividad caritativa y apostólica, fue internado en Dachau y asesinado el 23 de agosto de 1942[201].

Sor Edith Stein, beatificada el 1 de enero de 1987 y canonizada el 11 de octubre de 1998, fue internada y asesinada junto a su hermana Rosa.

Fue enorme el precio pagado por la Iglesia polaca. Según una nota de 1941 enviada al Vaticano por el cardenal Sapieha, 2.500 sacerdotes habían sido deportados,

700 de ellos al campo de Dachau, y 400 encerrados en campos de concentración de la diócesis de Metz.

Pío XI y Pío XII: la Iglesia contra el racismo

Algunos historiadores modernos tienden a apoyar la tesis según la cual no hubo entre Pío XI y Pío XII una continuidad de oposición a los regímenes nazifascistas. Como prueba de ello se cita la encíclica contra el racismo preparada por John LaFarge bajo encargo de Pío XI y nunca publicada por Pío XII[202].

En realidad, ambos pontífices, a pesar de tener un temperamento distinto, siguieron una línea de acción coherente con el papel que se espera de la Santa Sede y las condiciones que encontraron. Basta una rápida consulta a la historia de aquella época para descubrir que Achille Ratti y Eugenio Pacelli actuaron de común acuerdo durante un largo periodo de tiempo. Al final de los años treinta, el gobierno de la Santa Sede se movía entre la impetuosidad de Pío XI y la prudencia del secretario de Estado Pacelli. La única diferencia significativa, que ayuda a entender las diferentes posturas, tiene que ver con el conflicto bélico. El papa Pío XI pudo manifestar de forma más abierta ciertas denuncias porque su pontificado se desarrolló en un periodo histórico tumultuoso pero todavía no devastado por la guerra, mientras el reinado del papa Pío XII estuvo condicionado precisamente por el estallido de las actividades bélicas.

Ratti y Pacelli se conocían desde hacía más de veinte años. Eugenio Pacelli, un oficial en la Secretaría de Estado, solía verificar los precedentes históricos de sus análisis en textos de la Biblioteca Vaticana, dirigida por monseñor Achille Ratti[203]. Nació así una respetuosa amistad entre ambos que se mantuvo durante tiempo. En 1930, Ratti, pontífice desde hacía ocho años, nombró cardenal y secretario de Estado a Eugenio Pacelli. Juntos afrontaron los graves problemas que se estaban agolpando sobre el mundo.

Ambos estaban convencidos de la doble amenaza bolchevique y nazi, aunque hacia el final de los años treinta debieron afrontar con valentía la creciente amenaza hitleriana. Mucho antes que los nazis lanzaran la campaña de discriminación contra los judíos, la Santa Sede había denunciado el antisemitismo.

El 25 de marzo de 1928, después de obtener la aprobación de Pío XI, el Santo Oficio decretaba la supresión de la Obra Sacerdotal Amigos de Israel, una asociación que tenía como fin convertir a los judíos, con una declaración que decía: «La Iglesia católica ha tenido siempre la costumbre de rezar por el pueblo judío, que fue el depositario de las promesas divinas hasta Jesucristo… ¡Con qué espíritu de caridad la Sede Apostólica ha protegido siempre a este pueblo contra injustas vejaciones! Puesto que es contraria a todo odio y animosidad entre los pueblos, la Sede Apostólica condena de la manera más decidida el odio contra el pueblo, un tiempo

bendecido por Dios, un odio que hoy se acostumbra a llamar con el nombre de “antisemitismo[204]”».

El 13 de abril de 1938, Pío XI hizo que la Sagrada Congregación para los Seminarios y Universidades dirigiera una carta a los rectores y a los decanos de facultad en la que se inducía a todos los profesores de teología a refutar, con el método propio de cada disciplina, las seudoverdades científicas con las que el nazismo justificaba su ideología racista[205]. El 28 de julio de 1938, en un discurso a los miembros del colegio de Propaganda Fide, Pío XI añadió: «Católico quiere decir universal, no racista, no nacionalista, en la acepción separatista de estos dos atributos…

No queremos llevar separación alguna a la familia humana… La expresión “género humano” denota, precisamente, la raza humana. Se debe decir que los hombres son sobre todo un gran y único género, una gran y única familia de vivientes… Existe una única raza humana universal… y con ella y en ella, algunas variaciones… He aquí la respuesta de la Iglesia[206]».

El 6 de septiembre de 1938, Pío XI afirmó: «El antisemitismo no es admisible. Espiritualmente, nosotros somos semitas[207]».

En condiciones en las que era más difícil elevar ciertas denuncias, Pío XII tomó muchas ideas que formaban parte del patrimonio cultural del papa Ratti. En el mensaje de radio de la Navidad de 1942, el papa Pacelli afirmó que, entre los postulados erróneos del positivismo jurídico, «hay que reconocer una concepción que reivindica para naciones particulares o estirpes o clases el instinto jurídico como último imperativo y norma inapelable». El papa hizo un vibrante llamamiento a un nuevo y mejor orden social: «La humanidad le debe este voto a los centenares de miles de personas que, sin culpa alguna propia, por razones de nacionalidad o de estirpe, están destinadas a la muerte o a la progresiva desaparición[208]».

Para comprender mejor la unidad de intenciones y de visión que había entre Pío XI y el cardenal Pacelli, es necesario recorrer los momentos de preparación, redacción y publicación de la encíclica *Mit brennender Sorge* sobre la situación de la Iglesia católica en Alemania. Cuando se leyó y difundió desde todos los púlpitos de las iglesias de Alemania el 21 de marzo de 1937, el mundo quedó atónito por la enérgica denuncia de la persecución y, no menos, por la cuidada organización que consiguió eludir a la Gestapo.

Cierta historiografía crítica sostiene que Pío XI estaba aislado en su juicio sobre la situación alemana y en la condena del nacionalsocialismo. En realidad, la encíclica fue decidida con el mismo parecer por representantes del episcopado alemán reunidos en torno al papa Ratti y a su secretario de Estado Eugenio Pacelli[209].

Entre 1933 y 1937, la Santa Sede envió más de cincuenta notas diplomáticas de protesta al gobierno nazi sin tener respuesta. A pesar de haber firmado un concordato con la Iglesia católica, el régimen de Hitler estaba desmantelando las florecientes organizaciones eclesiásticas. En enero de 1937, los cardenales Adolf Bertram, Karl

Schulte, Michael Faulhaber y los obispos Von Galen y Von Preysing fueron a Roma para discutir con el papa y el secretario de Estado cómo comportarse frente al régimen de Hitler. Los prelados alemanes pidieron al papa una encíclica. El cardenal Faulhaber fue el encargado de desarrollar los puntos principales en lo referente a la parte doctrinal y pastoral. Desarrolló una cuidadosa labor y la entregó al cardenal Pacelli y al papa. Las primeras palabras de la encíclica eran «*Mit grosser Sorge*[210]», cambiadas luego en «*Mit brennender Sorge*[211]». El encuadre histórico de la encíclica se confió a Pacelli, que en su calidad de ex nuncio era un testigo directo de cuanto había ocurrido en Alemania. A principios de marzo, la tercera redacción de la encíclica fue sometida a la atención del papa, que la aprobó. Algunas páginas del borrador de la encíclica conservadas en el Vaticano muestran todavía las correcciones al margen de Pacelli.

De esta manera, un documento memorable de la historia de la Iglesia alemana llevaba el nombre de Pío XI y era fruto de una total colaboración con su secretario de Estado y el episcopado germano.

Si el cardenal Pacelli estuvo íntimamente ligado a la redacción de la encíclica, le tocó también la tarea de defenderla. El 12 de abril de 1937, Von Bergen, embajador alemán ante la Santa Sede, presentó al secretario de Estado una violenta nota de protesta del gobierno del Reich. En la nota se acusaba a la Santa Sede de una acción política internacional en perjuicio de la nueva Alemania, y se la hacía responsable de la imposibilidad para el gobierno del Reich de observar el concordato. Al mismo tiempo, los nazis lanzaron una violenta campaña de prensa contra la Santa Sede, denunciando la encíclica como un acto criminal contra el Estado nacionalsocialista y el pueblo alemán.

La inquietud fue tal que, con ocasión de la visita de Hitler a Roma el 8 de mayo de 1938, Pío XI se retiró a Castelgandolfo y mandó cerrar los museos vaticanos para impedir que los nazis pusieran el pie en el Vaticano. El papa Ratti hizo saber que «estaba entristecido al ver ondear en Roma una cruz que no era la de Cristo[212]».

Una política antirracista como base del diálogo judeocristiano

El rabino Mordecai Waxman, en su discurso de bienvenida al papa en Miami[213], definió la *Shoah* como el «triunfo del mal. El triunfo de una ideología de nacionalismo y racismo, la supresión de la conciencia humana y la deificación del Estado, conceptos que son profundamente anticristianos y antijudíos».

En aquella misma ocasión, Juan Pablo II afirmó claramente que «el antisemitismo es un pecado contra Dios y contra la humanidad, la terrible consecuencia que nace del rechazo de Dios y del desprecio del hombre. Una horrible manifestación del odio racial y del genocidio, la creación de una cultura de la muerte, la violación, el rechazo y la negación de los derechos humanos y de la santidad de la vida, la construcción de

una insana ideología que mueve al desprecio recíproco y al odio a los seres humanos, del hombre contra el hombre… un nuevo paganismo, la deificación de una nación».

Sobre la posibilidad de colaboración activa entre judíos y cristianos, el padre Remi Hoeckman ha explicado: «Creo que el estado actual de las relaciones entre judíos y católicos ha sido bien descrito por el rabino Rudin, que ha dicho "todos, judíos y católicos, somos hijos del Concilio Vaticano II". Esta frase expresa muy bien donde estamos.

»Nos encontramos en un camino que comenzó con *Nostra Aetate*, cuando la Iglesia, reflexionando sobre nuestro propio misterio, descubrió de alguna manera los lazos con la tradición judía de Jesús y los apóstoles.

»Cuando el Santo Padre habló de "hermanos mayores", no hizo un mero ejercicio académico sino un programa. Nos llamamos hijos del mismo Padre pero debemos descubrir también al hermano. Haciendo referencia al Génesis, no podemos dejar de responder a la pregunta que Dios le hizo a Adán: "¿Dónde estás?", sin responder a la pregunta que Dios le hizo a Caín: "¿Dónde está tu hermano?". Quizá durante demasiado tiempo hemos intentado responder a la primera pregunta sin responder a la segunda.

»El mayor obstáculo del diálogo es la ignorancia, que favorece los prejuicios y que alimenta los estereotipos. Es necesario superar la ignorancia a través de la escucha, del conocimiento y del saber compartir la historia antigua y moderna.

»Que se consolidase y se llevase a cabo la colaboración entre judíos y cristianos sería una bendición para la humanidad y un signo de paz para el mundo.

»Éste es el programa para el próximo milenio, dar ejemplo de algo que es posible y debería ser igual para la humanidad».

Epílogo

UN DOCUMENTO DECISIVO PARA EL DESARROLLO DEL DIÁLOGO JUDEOCRISTIANO

Para comprender mejor la naturaleza e importancia del documento vaticano sobre el Holocausto, me he dirigido al padre dominico Remi Hoeckman, secretario de la Comisión para las Relaciones con el Judaísmo. El padre Hoeckman ha contribuido de manera decisiva en la elaboración del documento sobre la *Shoah*. Es uno de los principales expertos de que dispone la Santa Sede en el campo del diálogo judeocristiano. Confiado en la seriedad del trabajo realizado, el padre Hoeckman ha subrayado las muchas reacciones positivas al documento, en particular se ha congratulado con la señora Tullia Zevi, que «como presidente de la Unión de las Comunidades Judías en Italia ha entendido y acogido el sentido de nuestra reflexión. Como hemos pedido en el documento, el proceso de amistad se desarrolla en los corazones que están abiertos. Una postura similar favorece la difusión de semillas que antes o después producirán fruto. También ha habido declaraciones favorables en Francia. El rabino Mordecai Waxmal, anterior presidente del Comité Judío Internacional para las consultas interreligiosas, y James Rudin, responsable de asuntos interreligiosos del Comité Judío Americano, con quienes me he encontrado personalmente, estaban contentos con el texto, seguros de que podrá ser estudiado con provecho en las universidades».

Pero ¿qué se puede responder a las numerosas críticas? «Todo juicio está unido al modo como se percibe la realidad y, en este caso, se han difundido expectativas que respondían más a los intereses de organizaciones particulares que a una verdadera y profunda reflexión sobre las causas de la *Shoah*. Durante años, ciertas organizaciones han difundido teorías y cultivado expectativas que respondían sólo a sus propios intereses y no tenían en cuenta la reflexión de la Iglesia católica. Han difundido estas expectativas a través de los medios de comunicación y cuando han visto el documento han quedado desilusionados. Este modo de proceder es equivocado porque no ayuda al diálogo y al proceso de amistad. Al contrario, se corre el riesgo de envenenar la atmósfera necesaria para que madure una auténtica reconciliación entre nuestras dos comunidades».

Se han levantado sospechas sobre lo hecho por Pío XII… «En lo que respecta al

papa Pacelli, desde que Rolf Hochhuth publicó en 1963 *El Vicario* se ha creado una "leyenda negra" que ha hecho de Pío XII el chivo expiatorio de todos los males de la *Shoah*. Como si antes de esta obra teatral no hubiera habido ni conciencia histórica ni sinceridad intelectual. Por este motivo, hemos querido añadir al documento los elementos históricos y los testimonios de judíos que vivieron en propia persona la *Shoah*, y que agradecían al pontífice Pío XII cuanto había hecho en su favor. De esta manera, hemos querido dar más espacio a los testimonios que a los últimos escritos teatrales. Porque es fácil crear una leyenda, pero muy difícil restablecer la verdad. Sobre los presuntos silencios de Pío XII, debemos respetar la voluntad y las acciones de aquel hombre que ante Dios y con toda la responsabilidad que tenía sobre sus espaldas, creyó que debía realizar determinadas acciones para salvar a los judíos. Debemos respetar las decisiones que tomó ante Dios y en las particulares condiciones históricas en las que vivió. Es muy fácil, a cincuenta años de distancia, decir lo que Pío XII debía o no debía hacer. Debemos dar lugar a la honestidad y a la conciencia de aquel hombre».

Cada vez es más insistente la petición de que se abran los archivos vaticanos… «Me duele descubrir que, precisamente aquellos que piden la apertura de los archivos vaticanos, no conocen la existencia ni han leído nunca los once tomos que recogen las actuaciones y los documentos del archivo secreto del Vaticano durante la segunda guerra mundial. Esta obra, publicada hace ya diez años, es el fruto del trabajo de un grupo de historiadores reconocidos internacionalmente, los padres jesuitas Angelo Martini, Burkhart Schneider, Robert Graham y Pierre Blet. Creo, por ello, en la necesidad de que investigadores e historiadores de ambas fes religiosas estudien juntos la historia de aquel periodo, partiendo del conocimiento profundo de cuanto ya se ha publicado en estos once volúmenes. Terminada esta tarea se podrá ver qué se tiene y qué falta a la documentación histórica. Y por lo demás, no hay que tener miedo a las críticas. Ha ocurrido lo mismo con cada documento que la Santa Sede ha publicado sobre la cuestión judía. La dinámica es la misma. Cuando en 1966 se hizo pública *Nostra Aetate*, fueron muchos los que dijeron: "es demasiado poco", "no basta". Lo mismo ocurrió cuando hicimos públicos los dos documentos siguientes, las Orientaciones y las Notas para la correcta presentación de los judíos en la predicación y en la catequesis.

Ahora, después de pasar años, los representantes judíos y católicos siguen haciendo referencia a *Nostra Aetate* y a los documentos sucesivos como pasos fundamentales en el diálogo judeocristiano. Creo que lo mismo ocurrirá con el documento sobre la *Shoah*. En unos años se hablará de él como de un signo importante en el largo camino del diálogo».

DOCUMENTO DE LA COMISIÓN PARA LAS RELACIONES RELIGIOSAS CON EL JUDAÍSMO

«NOSOTROS RECORDAMOS: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA “SHOAH”»

I. La tragedia de la «Shoah» y el deber de la memoria

Se está concluyendo rápidamente el siglo XX y ya despunta la aurora de un nuevo milenio cristiano. El bimilenario del nacimiento de Jesucristo impulsa a todos los cristianos, e invita en realidad a todo hombre y a toda mujer a tratar de descubrir en el devenir de la historia los signos de la divina Providencia que actúan en ella, así como los modos en los que la imagen del Creador en el hombre ha sido ofendida y desfigurada.

Esta reflexión atañe a uno de los sectores principales en que los católicos pueden tomar seriamente en consideración la exhortación que dirigió Juan Pablo II en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: «Es justo, por lo tanto, que mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos, recordando todas las circunstancias en las que a lo largo de la historia se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo[214]».

Este siglo ha sido testigo de una tragedia inefable que nunca se podrá olvidar: el intento del régimen nazi de exterminar al pueblo judío, con el consiguiente asesinato de millones de judíos. Hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, niños e infantes, sólo por su origen judío, fueron perseguidos y deportados. Algunos fueron asesinados inmediatamente; otros fueron humillados, maltratados, torturados y privados completamente de su dignidad humana y, finalmente, asesinados. Poquísimos de los que fueron internados en los campos de concentración pudieron sobrevivir, y los que lo lograron han quedado aterrorizados para el resto de su vida. Ésa fue la *Shoah*: uno de los principales dramas de la historia de este siglo, un drama que nos afecta todavía

hoy.

Frente a ese terrible genocidio, que los responsables de las naciones y las mismas comunidades judías encontraron difícil de creer cuando era cruelmente perpetrado, nadie puede quedar indiferente, y mucho menos la Iglesia, por sus vínculos tan estrechos de parentesco espiritual con el pueblo judío y por su recuerdo de las injusticias del pasado. La relación de la Iglesia con el pueblo judío es diferente de la que mantiene con cualquier otra religión[215]. Sin embargo, no se trata de volver al pasado. El futuro común de judíos y cristianos exige que recordemos, porque «no hay futuro sin memoria[216]». La historia misma es *memoria futuri*.

Al dirigir esta reflexión a nuestros hermanos y hermanas de la Iglesia católica esparcidos por el mundo, pedimos a todos los cristianos que se unan a nosotros para reflexionar en la catástrofe que se abatió sobre el pueblo judío, y en el imperativo moral de asegurar que nunca más el egoísmo y el odio puedan crecer hasta el punto de sembrar tal sufrimiento y muerte[217]. Especialmente, pedimos a nuestros amigos judíos, «cuyo terrible destino se ha convertido en símbolo de las aberraciones adonde puede llegar el hombre cuando se vuelve contra Dios[218]», que dispongan su corazón para escucharnos.

II. Lo que debemos recordar

El pueblo judío, al dar su singular testimonio del Santo de Israel y de la Torá, ha tenido que sufrir mucho en diversos tiempos y en numerosos lugares. Pero la *Shoah* fue, ciertamente, el peor sufrimiento de todos. La crueldad con que los judíos han sido perseguidos y asesinados en este siglo supera la capacidad de expresión de las palabras. Y todo ello se les hizo por el mero hecho de que eran judíos.

La misma magnitud del crimen suscita muchas preguntas. Historiadores, sociólogos, filósofos, políticos, psicólogos y teólogos tratan de conocer más sobre la realidad y las causas de la *Shoah*. Quedan aún por hacer muchos estudios especializados. Pero ese acontecimiento no puede valorarse plenamente sólo con los criterios ordinarios de la investigación histórica, pues exige una «memoria moral y religiosa» y, especialmente entre los cristianos, una reflexión muy seria sobre las causas que lo provocaron.

El hecho de que la *Shoah* se haya producido en Europa, es decir, en países de una civilización cristiana de largo tiempo, plantea la cuestión de la relación entre la persecución nazi y las actitudes de los cristianos, a lo largo de los siglos, con respecto a los judíos.

III. Las relaciones entre judíos y cristianos

La historia de las relaciones entre judíos y cristianos es una historia tormentosa. Lo ha reconocido el Santo Padre Juan Pablo II en sus repetidos llamamientos a los católicos a examinar nuestra actitud en lo que atañe a nuestras relaciones con el pueblo judío[219]. En efecto, el balance de estas relaciones durante dos milenios ha sido, más bien, negativo[220].

En los albores del cristianismo, después de la crucifixión de Jesús, siguieron disputas entre la Iglesia primitiva y los judíos, jefes y pueblo, los cuales, por su adhesión a la ley, a veces se opusieron violentamente a los predicadores del Evangelio y a los primeros cristianos. En el Imperio romano, que era pagano, los judíos estaban legalmente protegidos por los privilegios otorgados por el emperador, y las autoridades al principio no hicieron distinción entre comunidades judías y cristianas. Sin embargo, pronto los cristianos fueron perseguidos por el Estado. Cuando más tarde incluso los emperadores se convirtieron al cristianismo, siguieron garantizando primero los privilegios de los judíos. Pero grupos de cristianos exaltados que asaltaban los templos paganos, hicieron en algunos casos lo mismo con las sinagogas, por influjo de ciertas interpretaciones erróneas del Nuevo Testamento relativas al pueblo judío en su conjunto.

«En el mundo cristiano —no digo de parte de la Iglesia en cuanto tal—, algunas interpretaciones erróneas e injustas del Nuevo Testamento con respecto al pueblo judío y a su supuesta culpabilidad han circulado durante demasiado tiempo, dando lugar a sentimientos de hostilidad en relación con ese pueblo[221]». Esas interpretaciones del Nuevo Testamento fueron rechazadas, de forma total y definitiva, por el Concilio Vaticano II[222].

No obstante la predicación cristiana del amor hacia todos, incluidos los enemigos, la mentalidad dominante a lo largo de los siglos perjudicó a las minorías y a los que, de algún modo, eran «diferentes». Sentimientos de antijudaísmo en algunos ambientes cristianos y la brecha existente entre la Iglesia y el pueblo judío llevaron a una discriminación generalizada, que desembocó a veces en expulsiones o en intentos de conversiones forzadas. En gran parte del mundo «cristiano», hasta finales del siglo XVIII, los no cristianos no siempre gozaron de un estatus jurídico plenamente reconocido. A pesar de ello, los judíos, extendidos por todo el mundo cristiano, conservaron sus tradiciones religiosas y sus costumbres propias. Por eso, fueron objeto de sospecha y desconfianza. En tiempos de crisis, como carestías, guerras, epidemias o tensiones sociales, la minoría judía fue a veces tomada como chivo expiatorio, y se convirtió así en víctima de violencia, saqueos e incluso matanzas.

Entre el final del siglo XVIII y el inicio del XIX, los judíos habían logrado, por lo general, una posición de igualdad con respecto a los demás ciudadanos en la mayoría de los estados, y un buen número de ellos llegó a desempeñar funciones importantes en la sociedad. Pero en este mismo contexto histórico, especialmente en el siglo XIX, se desarrolló un nacionalismo exasperado y falso. En un clima de rápidos cambios

sociales, los judíos fueron a menudo acusados de ejercer un influjo excesivo en relación con su número. Entonces comenzó a difundirse, con grados diversos, en la mayor parte de Europa, un antijudaísmo esencialmente más sociopolítico que religioso.

Durante el mismo periodo, comenzaron a surgir teorías que negaban la unidad de la raza humana, afirmando la diferencia originaria de las razas. En el siglo XX, el nacionalsocialismo en Alemania usó esas ideas como base seudocientífica para una distinción entre las así llamadas razas nórdico-arias y supuestas razas inferiores. Además, la derrota de Alemania en 1918 y las condiciones humillantes que le impusieron los vencedores, impulsaron en ella una forma extremista de nacionalismo, con la consecuencia de que muchos vieron en el nacionalsocialismo una solución a los problemas del país y por ello colaboraron políticamente con ese movimiento.

La Iglesia en Alemania respondió condenando el racismo. Dicha condena se realizó por primera vez en la predicación de algunos miembros del clero, en la enseñanza pública de los obispos católicos y en los escritos de periodistas católicos. Y en febrero y marzo de 1931, el cardenal Bertram de Breslavia, el cardenal Faulhaber y los obispos de Baviera, los obispos de la provincia de Colonia y los de la provincia de Friburgo publicaron sendas pastorales que condenaban el nacionalsocialismo, con su idolatría de la raza y del Estado[223]. El mismo año 1933, en que el nacionalsocialismo alcanzó el poder, los famosos sermones de Adviento del cardenal Faulhaber, a los que no sólo asistieron católicos, sino también protestantes y judíos, tuvieron expresiones de claro rechazo de la propaganda nazi antisemita[224]. A raíz de la Noche de los Cristales Rotos, Bernhard Lichtenberg, preboste de la catedral de Berlín, elevó oraciones públicas por los judíos; él mismo murió luego en Dachau y fue declarado beato.

También el papa Pío XI condenó de modo solemne el racismo nazi en la encíclica *Mit brennender Sorge*[225], que se leyó en las iglesias de Alemania el Domingo de Pasión del año 1937, iniciativa que provocó ataques y sanciones contra miembros del clero. El 6 de septiembre de 1938, dirigiéndose a un grupo de peregrinos belgas, Pío XI afirmó: «El antisemitismo es inaceptable. Espiritualmente todos somos semitas[226]». Pío XII, desde su primera encíclica, *Summi pontificatus*[227], del 20 de octubre de 1939, puso en guardia contra las teorías que negaban la unidad de la raza humana y contra la divinización del Estado, que, según su previsión, llevarían a una verdadera «hora de las tinieblas[228]».

IV. Antisemitismo nazi y la «Shoah»

No se puede ignorar la diferencia que existe entre el *antisemitismo*, basado en teorías contrarias a la enseñanza constante de la Iglesia sobre la unidad del género humano y la igual dignidad de todas las razas y de todos los pueblos, y los

sentimientos de sospecha y de hostilidad existentes desde siglos, que llamamos *antijudaísmo*, de los cuales, por desgracia, también son culpables los cristianos.

La ideología nacionalsocialista fue mucho más allá, en el sentido de que se negó a reconocer cualquier realidad trascendente como fuente de la vida y criterio del bien moral. En consecuencia, un grupo humano, y el Estado con el que se había identificado, se arrogó un valor absoluto y decidió borrar la existencia misma del pueblo judío, llamado a dar testimonio del único Dios y de la Ley de la Alianza. Desde el punto de vista teológico no podemos ignorar el hecho de que no pocos afiliados al partido nazi no sólo mostraron aversión a la idea de una divina Providencia que actúa en la historia humana, sino que dieron prueba de un odio específico hacia Dios mismo. Lógicamente, esa actitud llevó también al rechazo del cristianismo y al deseo de ver destruida la Iglesia o, por lo menos, sometida a los intereses del Estado nazi.

Fue esa ideología extrema la que se convirtió en fundamento de las medidas tomadas, primero para expulsar a los judíos de sus casas y, luego, para exterminarlos. La *Shoah* fue obra de un típico régimen neopagano moderno. Su antisemitismo hundía sus raíces fuera del cristianismo y, al tratar de conseguir sus propios fines, no dudó en oponerse a la Iglesia, incluso persiguiendo a sus miembros.

Pero conviene preguntarse si la persecución del nazismo con respecto a los judíos no fue facilitada por los prejuicios antijudíos presentes en la mente y en el corazón de algunos cristianos. El sentimiento antijudío ¿hizo a los cristianos menos sensibles, o incluso indiferentes, ante las persecuciones desencadenadas contra los judíos por el nacionalsocialismo cuando alcanzó el poder?

Cualquier respuesta a esta pregunta debe tener en cuenta que estamos tratando de la historia de actitudes y modos de pensar de gente sujeta a múltiples influjos. Más aún, muchos desconocían totalmente la «solución final» que estaba a punto de aplicarse contra todo un pueblo; otros tuvieron miedo por sí mismos y por sus seres queridos; algunos se aprovecharon de la situación; otros, por último, actuaron por envidia. La respuesta se ha de dar caso por caso y, para hacerlo, es necesario conocer cuáles fueron las motivaciones precisas de las personas en su situación específica.

Al principio, los jefes del Tercer Reich querían expulsar a los judíos. Por desgracia, los gobiernos de varios países occidentales de tradición cristiana, incluidos algunos de América del Norte y del Sur, dudaron mucho en abrir sus fronteras a los judíos perseguidos. Aunque no podían prever cuán lejos iban a llegar los líderes nazis en sus intenciones criminales, las autoridades de esas naciones conocían bien las dificultades y los peligros a que se hallaban expuestos los judíos que vivían en los territorios del Tercer Reich. En esas circunstancias, el cierre de las fronteras a la inmigración judía, sea que se debiera a la hostilidad o sospecha antijudía, o a cobardía y falta de clarividencia política, o a egoísmo nacional, constituye un grave peso de conciencia para dichas autoridades.

En los territorios donde el nazismo practicó la deportación de masas, la brutalidad

que acompañó esos movimientos forzados de gente inerme debería haber llevado a sospechar lo peor. ¿Ofrecieron los cristianos toda asistencia posible a los perseguidos, y en particular a los judíos?

Muchos lo hicieron, pero otros no. No se debe olvidar a los que ayudaron a salvar al mayor número de judíos que les fue posible, hasta el punto de poner en peligro su vida. Durante la guerra, y también después, comunidades y personalidades judías expresaron su gratitud por lo que habían hecho a favor de ellos, incluso por lo que había hecho el papa Pío XII, personalmente o a través de sus representantes, para salvar la vida a cientos de miles de judíos[229]. Por esa razón, muchos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos fueron condecorados por el Estado de Israel.

A pesar de ello, como ha reconocido el papa Juan Pablo II, al lado de esos valerosos hombres y mujeres, la resistencia espiritual y la acción concreta de otros cristianos no fueron las que se podían esperar de unos discípulos de Cristo. No podemos saber cuántos cristianos en países ocupados o gobernados por potencias nazis o por sus aliados constataron con horror la desaparición de sus vecinos judíos, pero no tuvieron la fuerza suficiente para elevar su voz de protesta. Para los cristianos, este grave peso de conciencia de sus hermanos y hermanas durante la segunda guerra mundial debe ser una llamada al arrepentimiento[230].

Deploramos profundamente los errores y las culpas de esos hijos e hijas de la Iglesia. Hacemos nuestro lo que dijo el Concilio Vaticano II en la declaración *Nostra Aetate*, que afirma inequívocamente: «La Iglesia […] recordando el patrimonio común con los judíos e impulsada no por razones políticas sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de que han sido objeto los judíos de cualquier tiempo y por parte de cualquier persona[231]».

Recordamos y hacemos nuestro lo que afirmó el papa Juan Pablo II al dirigirse a los jefes de la comunidad judía de Estrasburgo en 1998: «Repito de nuevo, junto con vosotros, la más firme condena de todo antisemitismo y de todo racismo, opuestos a los principios del cristianismo[232]». La Iglesia católica repudia, por consiguiente, toda persecución, en cualquier lugar y tiempo, perpetrada contra un pueblo o un grupo humano. Condena del modo más firme todas las formas de genocidio, así como las ideologías racistas que los han hecho posibles. Dirigiendo la mirada a este siglo, nos entristece profundamente la violencia que ha afectado a grupos enteros de pueblos y naciones. Recordamos, en particular, la matanza de los armenios, las innumerables víctimas en Ucrania durante la década de 1930, el genocidio de los gitanos, también fruto de ideas racistas, y tragedias semejantes ocurridas en América, enÁfrica y en los Balcanes. No olvidamos los millones de víctimas de la ideología totalitaria en la Unión Soviética, en China, en Camboya y en otros lugares. Y tampoco podemos olvidar el drama de Oriente Medio, cuyos aspectos son muy conocidos. Incluso mientras hacemos esta reflexión, «demasiados hombres son todavía víctimas de sus hermanos[233]».

V. Mirando juntos hacia un futuro común

Mirando hacia el futuro de las relaciones entre judíos y cristianos, en primer lugar pedimos a nuestros hermanos y hermanas católicos que tomen mayor conciencia de las raíces judías de su fe. Les pedimos que recuerden que Jesús era un descendiente de David; que del pueblo judío nacieron la Virgen María y los Apóstoles; que la Iglesia se alimenta de las raíces de aquel buen olivo en el que se injertaron luego las ramas del olivo silvestre de los gentiles (cfr. Rom. 11, 17-24); que los judíos son nuestros hermanos queridos y amados; y que, en cierto sentido, son realmente «nuestros hermanos mayores[234]». Al final de este milenio, la Iglesia católica desea expresar su profundo pesar por las faltas de sus hijos e hijas en las diversas épocas. Se trata de un acto de arrepentimiento (*teshuva*), pues, como miembros de la Iglesia, compartimos tanto los pecados como los méritos de todos sus hijos. La Iglesia se acerca con profundo respeto y gran compasión a la experiencia del exterminio, la *Shoah*, que sufrió el pueblo judío durante la segunda guerra mundial. No se trata de meras palabras, sino de un compromiso vinculante. «Nos arriesgaríamos a hacer morir nuevamente a las víctimas de muertes atroces si no sintiéramos pasión por la justicia y no nos comprometiéramos, cada uno según sus propias posibilidades, a lograr que el mal no prevalezca sobre el bien, como sucedió a millones de hijos del pueblo judío… La humanidad no puede permitir que todo esto suceda nuevamente[235]».

Pedimos a Dios que nuestro dolor por la tragedia que el pueblo judío ha sufrido en nuestro siglo lleve a nuevas relaciones. Deseamos transformar la conciencia de los pecados del pasado en un firme compromiso de construir un nuevo futuro, en el que no existan ya sentimientos antijudíos entre los cristianos o sentimientos anticristianos entre los judíos, sino más bien un respeto recíproco, como conviene a quienes adoran al único Creador y Señor, y tienen un padre común en la fe, Abraham.

Invitamos, por último, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a reflexionar profundamente en el significado de la *Shoah*. Las víctimas, desde sus tumbas, y los supervivientes mediante su emotivo testimonio de lo que sufrieron, se han convertido en un fuerte clamor que llama la atención de la humanidad entera. Recordar ese terrible drama significa tomar plena conciencia de la saludable advertencia que implica: a las semillas podridas del antijudaísmo y del antisemitismo jamás se les debe permitir echar raíces en ningún corazón humano.

16 de marzo de 1998.

Cardenal EDWARD IDRIS CASSIDY
Presidente

PIERRE DUPREY, m. Afr.
Obispo titular de Thibaris
Vicepresidente

REMI HOECKMAN,
O. p. Secretario

BIBLIOGRAFÍA

Documentos de la Santa Sede

AAS 29 (1937), pp. 145-167, *Mit brennender Sorge* («Con grandísima preocupación»). Toma de posición de Pío XI contra el nacionalsocialismo alemán, con fecha del 14 de marzo de 1937. Para el texto íntegro véase también: *Enchiridion delle Encicliche. Pio XI (1922-1939),* Edizioni Dehoniane, Bolonia, 1995.

Acta Apostolicae Sedis, Commentarium Officiate, annus XX, vol. XX. *Acta SS. Congregationum, Suprema Sacra Congregatio S. Officii*, Roma, 25 de marzo de 1928.

Actes et Documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale, vol. 9, Ciudad del Vaticano, 1975.

Textos varios

Bendiscoli, Mario, *Germania religiosa nel terzo Reich*, Morcelliana, Brescia, 1977.

Bergmann, Elmut, *Die Thesen der Deutsch-religion*, Ein Katechismus, Breslau, 1934.

Blet, Pierre, *Pie XII et la Seconde Guerre Mondiale d'après les archives du Vatican*, Librairie Académique Perrin, Francia, 1997.

Burleigh, Michael, y Wolfgang Wippermann, *Lo stato razziale*, Rizzoli Libri, Milán, 1992.

Chase, Allan, *The legacy of Malthus. The social costs of the new scientific racism*, University of Illinois Press, Illini Book Edition, Chicago, 1980.

De Felice, Renzo, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Giulio Einaudi Editori, Turín, 1972.

Deaglio, Enrico, *La banalità del bene*, Universale Economica Feltrinelli, Milán, 1991.

Esposito, Rosario, *Processo al Vicario*, SAIE, Turín, 1964. — *Graf von Galen Clemens August. Un Vescovo indesiderabile*, Edizioni Messaggero, Padua, 1985.

Faresin, G., *Da Maragnole a Guiratinga. Nelle nozze d'oro di S. E. Mons. Camillo Faresin della società salesiana di Don Bosco vescovo di Guiratinga nel*

Mato Grosso in Brasile, Vicenza, 1990.

Faulhaber, Michael, *Giudaismo - Cristianesimo - Germanesimo*, Morcelliana, Brescia, 1934.

Feder, Gottfried, *Das Programma der N. S. D. A. P. und seine weltanschaudlichen Grundgedanken*, Munich, 1931.

Friedlander, Henry, *Le origini del genocidio nazista*, Editori Riuniti, Roma, 1997.

Friedman, Philip, *Their Brothers Keepers*, Holocaust Library, Nueva York, 1978.

Gerdmann, Wilhelm y Heinrich Winfried, *Cristen-Kreuz oder Hakenkreuz?*, Colonia, 1931.

Goldman, Louis, *Amici per la vita*, SP 44 Editore, Florencia, 1993.

Hochhuth, Rolf, *Der Stellvertreter*, Hamburgo, 1963.

Israel, Giorgio, «Politica della razza e persecuzione antiebraica nella comunità scientifica italiana», en *La legislazione antiebraica in Italia e in Europa*.

Jemolo, Carlo Arturo, *Chiesa e Stato negli ultimi cento anni*, Einaudi, Turín, 1963.

Kevles, Daniel J., *In the name of eugenics*, Harvard University Press, Cambridge (Masachusetts), 1995.

LaFarge, John, *Interracial Justice*, American Press, 1937. La segunda edición del libro se publicó con el título: *The Race Question and The Negro. A study of the Catholic Doctrine on Interracial Justice*, Longmans, Green and Co., Nueva York, 1943.

Lanfranchi, Mauro, *Il diplomatico che sorrideva*, Cooperativa «Il Ponte», Arti Grafiche Varesine di Casciago (VA), julio de 1997.

Lapide, Emilio Pinchas, *Roma e gli ebrei. L'azione del Vaticano a favore delle vittime del Nazismo*, Milán, 1967. — *Three Popes and the jews*, Souvenir Press, Londres, 1967.

Lazare, Lucien, *Le livre des Justes*, Lattès, París, 1993.

Leboucher, Fernande, *Incredible Mission - The amazing story of père Bendit, rescuer of the jews from the nazis*, Doubleday & Company, Inc., Garden City, Nueva York, 1969.

Lehnert, Pascalina, *Pio XII, il privilegio di servirlo*, Rusconi Editore, Milán, 1984.

Lestini, Giuliana, *S.A.S.G. (Sezione Aerea di San Gioacchino)*, Cooperativa Editrice Il Ventaglio, Roma, 1993.

Lorenzi, sor Eugenia, *Suore di carità*, Tipografia Palazzotti, Roma, 1996.

Lucini, Giuseppe, *Biografia di mons. Barbieri*, Società Editoriale IDEA, Roma.

Marchione, Margherita, *Yours is a precious Witness — memoirs of Jews and Catholics in wartime Italy*, Paulist Press, Nueva York, 1997.

Mattioli, Vitaliano, *Gli ebrei e la Chiesa*, Ugo Mursia Editore, Milán, 1997.

Morpurgo, Luciano, *Caccia ll'uomo! Vita, sofferenze e beffe. Pagine di diario 1938-1944*, Casa Editrice Dalmatia S. A. de L. Morpurgo, Roma, 1946.

Neuhäusler, J., *Kreuz und Hakenkreuz*, Munich, 1946, 2 volúmenes.

Nötges, Jakob, *National-sozialismus und Katolizismus*, Colonia, 1931.

O'Carroll, Michael, *Pius XII Greatness Dishonoured — a documented study*, Laetare Press, Blackrock, Co., Dublín, 1980.

Pacifici, Emanuele, *Non ti voltare — autobiografia di un ebreo*, Editrice La Giuntina, Florencia, 1993.

Palazzini, Pietro; *Il clero e l'occupazione tedesca di Roma*, Editrice Apes, Roma, 1995.

Passelecq, George y Bernard Suchecky, *L'Enciclica nascosta di Pio XI*, Casa Editrice Corbaccio, Milán, 1997.

Perlasca, Giorgio, *L'impostore*, Il Mulino, Bolonia, 1997.

Pontiroli, Claudio, O. *Focherini, lettere dal carcere e dai campi di concentramento*, Editoria Baraldini, Finale Emilia, marzo de 1998.

Sala, Dante, *Oltre l'olocausto*, Edizioni del Movimento per la Vita, Milán, 1979.

Sarfatti, Michele, «Il volume 1938, Le leggi contro gli ebrei e alcune considerazioni sulla normativa persecutoria», en *La legislazione antiebraica in Italia e in Europa*, Actas del Convenio en el cincuentenario de las leyes raciales (Roma, 17-18 de octubre de 1988), publicado por la Cámara de los Diputados, Servicio de Información Parlamentaria y Relaciones Externas, Roma, 1989.

Tas, Luciano, *Storia degli ebrei italiani*, Newton Compton Editori, Roma, 1987.

Tharcisius, Père, *Un capucin «Père des Juif» La Père Marie-Benoit*, París, 1990.

Trevelyan, R., *Roma 1944*, Rizzoli, Milán, 1983.

Venier, Elio, «Il Clero Romano durante la Resistenza», extraído de la *Rivista Diocesana di Roma*, Tipografía Colombo, Roma, 1972.

—*A ritroso una vita una poesia*, Belardetti Editore, Roma, 1990.

Zizola, Giancarlo, *I Papi del XX secolo*, Newton Compton Editori, Roma, 1995.

Zuccotti, Susan, *Olocausto in Italia*, Arnoldo Mondadori Editore, Milán, 1988.

Artículos, entrevistas y ensayos varios

«A great and good Man», *The Sunday Times*, 12 de octubre de 1958.

Andreini, Luigi (Arezzo), «Schindler cattolici», carta publicada *en Avvenire* el 19 de febrero de 1998, p. 26.

Artesi, M. Antonietta, «Un albero a Gerusalemme per ricordare dopo 50 anni le suore eroine di guerra», *La Nazione*, 18 de octubre de 1996.

Augstein, Rudolf, «Das ist eine Schande», *Der Spiegel*, núm. 43, 1997.

Benini, Nicoletta, «Una suora in sinagoga per ricordare gli anni del dolore e della carità», *L'Osservatore Toscano*, 3 de mayo de 1998.

Bohlen, Celestine, «On Holocaust, Pope urges Repentance», *International Herald Tribune*, 17 de marzo de 1998, p. 1.

Bonatti, Lodovica, «Una pagina di storia della nostra Congregazione forse mai scritta», *Nella Luce di Maria*, agosto de 1996.

Braccini, Annamaria, y Davide Parrozzi, «Schuster e l'eresia ariana», *Avvenire*, 26 de febrero de 1998, p. 23.

Cambi, Mariella, «In visita al convento che le salvò da Hitler», *L'Osservatore Toscano*, 13 de abril de 1997.

Capecchi, Giancarlo, «Nazisti nel Convento, drammatico diario di una suora», *La Nazione*, 5 de diciembre de 1984.

Caretto, Ennio, «Ustascia, fuga con l'oro degli ebrei», *Il Corriere della Sera*, 3 de junio de 1998, p. 10.

Condò, Fabrizio, «Ebrei e sfollati nascosti nella cripta», *Roma Sette*, 31 de mayo de 1998, p. 4.

«Cornelia, una suora da chiamare mamma», *Shalom*, núm. 2, febrero de 1997.

D'Harcourt, Robert, «La guerre religieuse en Allemagne», *Revue des deux mondes*, 15, 3 (1934), p. 315.

Dreyfus, Georges, «L'Église, Vichy e les Juif», *Nef*, noviembre de 1997.

«É morta suor Ester, angelo degli ebrei. Commosso ricordo di un soprawissuto», *La Nazione*, 22 de septiembre de 1997.

Farkas, Alessandra, «L'ira di Wiesel: "Il genocidio è nato nel cuore delia cristianità"», *Corriere della Sera*, 17 de marzo de 1998.

Fiocchi, Maria Cristina, «La Chiesa non ha mai fomentato l'odio contro gli ebrei», *SIR* (Servicio de Información Religiosa), núm. 77, 5 de noviembre de 1997, p. 9.

Gasbarri, Carlo, «Chiesa Nuova 1944», publicado por la *Strenna dei Romanisti*, 21 de abril de 1969, pp. 184-193.

Gaspari, Antonio, *1943*, «La lista del Laterano», *Avvenire*, 11 de febrero de 1998, p. 21.

—«Quell'odissea tra i chiostri», *Avvenire*, 19 de febrero de 1998, p. 20.

—«They will be judged by God», *Inside the Vatican*, noviembre de 1997, p. 17.

—«Nei conventi dei Giusti», *Avvenire*, 19 de febrero de 1998, p. 20.

Geninazzi, Luigi, «Il Carmelo dello scandalo», *Avvenire*, 23 de julio de 1989.

Giorgio, Michele, «Occasione sprecata, la Chiesa ha parlato troppo poco e tardi», *Il Mattino*, 18 de marzo de 1998, p. 9. Informe de la Gestapo recogido en el reportaje «Judging Pope Pius XII», *Inside the Vatican*, junio de 1997, p. 12.

Jona, Salvatore, «Memorie del cardinale Boetto», *Il nuovo cittadino*, 1 de febrero de 1946.

K. O., «L'election du Pape», *La Correspondance Internationale*, núm. 10, 11 de marzo de 1939, París.

KNA (Agencia de Prensa danesa), despacho núm. 214, 5 de noviembre de 1963. «La delusione di Israele», *L'Unità*, 17 de marzo de 1998, p. 9.

La Rocca, Orazio, «In Vaticano il tesoro dei nazisti croati?», *La Repubblica*, 23 de julio de 1997, p. 15.

Lampronti, Giacomo, «Ringraziamenti da ebrei salvati», *L'Avvenire d'Italia*, 19 de abril de 1955.

Marciano, Francesco, «Schindler e i suoi fratelli», *Vita Pastorale*, núm. 6, 1997, p. 107.

Molinari, Maurizio, «Fu il silenzio la sua colpa», *La Stampa*, 17 de marzo de 1998.

Motto, Francesco, «Gli sfollati e i rifugiati nelle catacombe di S. Callisto durante l'occupazione nazifascista di Roma. I salesiani e la scoperta delle Fosse Ardeatine», *Ricerche Storiche Salesiane*, núm. 1, enero-junio de 1994, Roma.

—«L'Istituto Salesiano Pio XI durante l'occupazione nazifascista di

Roma: Asilo, appoggio, famiglia, tutto per orfani, sfollati, ebrei», *Ricerche Storiche Salesiane*, núm. 25, julio-diciembre de 1994.

Nassi, Enrico, «Pio XII e la Shoah: Il papa del silenzio assordante», *Storia e Dossier*, núm. 129, julio-agosto de 1998, Giunti Editore, Florencia, pp. 12-23.

«Olocausto, ingiusta la polemica su Pio XII», *Il Tempo*, 18 de marzo de 1998, p. 7.

P. P. (Roma), «Schindler cattolici/2», carta enviada al *Avvenire* el 20 de febrero de 1998, p. 26.

Panella, P. Davide Fernando (Benevento), «Schindler cattolici», carta publicada en el *Avvenire* el 14 de marzo de 1998.

Pantarelli, Franco, «Oro ebraico anche in Vaticano», *La Stampa*, 23 de julio de 1997.

Politi, Marco, «Pio XII ci salvó delle mani di Kappler», *La Repubblica*, 18 de marzo de 1998, p. 9.

—«Wojtyla difende Pio XII, "È stato un grande papa"», *La Repubblica*, 22 de marzo de 1998, p. 15.

«Segnalazioni», publicado por *La Nostra Bandiera*, 16 de julio de 1937.

Steinberg, sor Gertrude (Florencia), «Nazifascismo, la Chiesa a difesa degli ebrei», carta publicada en el *Avvenire* el 13 de febrero de 1998, p. 24.

Tarquini, Andrea, «Beata ignoranza», *Il Venerdì Della Repubblica*, núm. 505, 7 de noviembre de 1997.

Tincq, Henri, «Les archives complètes sur Pie XII demeurent inaccessibles au Vatican», publicado por *Le Monde*, 3 de diciembre de 1997, p. 3.

Tossatti, Marco, «Restituite giustizia a Pio XII», *La Stampa*, 18 de marzo de 1998.

«Uniti contro l'oblio —così la stampa italiana e straniera ha reagito al documento vaticano», *Avvenire*, 18 de marzo de 1998, p. 20.

Vanna, U. de, «La nostra Schindler's list», *Il Bollettino salesiano*, octubre de 1994, pp. 10-12.

Weiss, John, *America*, 26 de octubre de 1996. Woodward, Kenneth L., «In defense of Pius XII», *Newsweek*, 30 de marzo de 1998, p. 47.

Zanin, Domenica (Benevento), «Schindler cattolici», carta publicada en *Avvenire* el 20 de febrero de 1998, p. 26.

Zema, Angelo, «La carità sotto le bombe», *Roma Sette*, 31 de mayo de 1998, p. 1.

Zurlo, Stefano, «Il rabino che difese papa Pacelli dalle accuse ebraiche», *Il Giornale*, 31 de marzo de 1998, p. 9.

De *L'Osservatore Romano*

Bellizi, Marco, «Un eroe dimenticato: salvò cinquemila ebrei», 11 de febrero de 1995, p. 1.

«Confortatrici ed illuminate parole del Sommo Pontefice in risposta all'omaggio riconoscente di ebrei profughi», 30 de noviembre de 1945, p. 1.

Della Riccia, Ettore, «I soppravissuti non dimenticano», en *Il Papa ieri ed Oggi, L'Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, p. 74.

«I funerali di Suor Ester Busnelli celebrati dal Vescovo mons. Gianni Danzi», 14 de septiembre de 1997.

«Il mondo intero piange la dipartita di Pio XII», 10 de octubre de 1958, p. 2.

Manziana, Carlo, «Il mite padre della Pace», *L'Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, p. 30.

«Nel Mondo in lutto continuano le manifestazioni di suffragio, di sincero cordoglio e di devozione», 11 de octubre de 1958, p. 1.

Suardo, Pia Secco, «I Vescovi contro le crudeltà», y Cederle Antonio, «Come colpi di maglio le loro vive proteste», ambos artículos en *L'Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, pp. 36-38.

Toulat, Jean, «Due cardinali di Francia, Due protettori degli ebrei», en *Il Papa ieri ed Oggi, L'Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, pp. 28-29.

«Un'Opera Pontificia per l'emigrazione degli ebrei», *L'Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, pp. 69-70.

De *La Civiltà Cattolica*

Blet, Pierre, «La leggenda alla prova degli archivi», núm. 3546, 21 de marzo de 1998, p. 533.

Dezza, Paolo, «Eugenio Zolli: Da Gran Rabbino a testimone di Cristo (1881-1956)», 21 de febrero de 1981, p. 342.

Gilardi, Lorenzo, «I religiosi italiani nei lager nazisti: una memoria ritrovata»,

núm. 3531/3532, Roma, 2-16 de agosto de 1997, p. 264.

Martini, Angelo, «La Santa Sede e gli ebrei della Romania durante la Seconda Guerra Mondiale», cuaderno 2669, 2 de septiembre de 1961, p. 462.

Messineo, Antonio, «La via dolorosa della Chiesa in Germania», cuaderno 2085, 1 de mayo de 1937, p. 222.

Montini, Giovanni Battista, «Pio XII e gli ebrei», carta del cardenal G. B. Montini al *Tablet*, cuaderno 2714, 20 de julio de 1963.



Antonio Gaspari es un acreditado periodista que estuvo en los comienzos de la fundación de la agencia Zenit y ha seguido trabajando durante estos años, escribiendo reportajes de gran calidad periodística.

Acreditado desde hace más de veinte años en la Sala de Prensa Vaticana, también ha sido corresponsal en Roma de la revista Inside the Vatican, y ha colaborado en Avvenire, L'Osservatore Romano, Mondo e Missione, Sacerdos, Si alla Vita, Catholic World Report y National Catholic Register.

Una de sus líneas de investigación ha sido la defensa del Papa Pío XII y de la Iglesia durante la II Guerra Mundial. Gran parte de los reportajes que se ha publicado en Zenit sobre esa temática estaban escritos por Gaspari.

En España publicó con gran éxito de difusión y crítica el libro *Los judíos, Pío XII y la leyenda negra*. También ha escrito *Profeti di Sventura? No, Grazie!* sobre el mito del cambio climático y *ONU e Santa Sede, le ragioni del confronto*.

Notas



[1] Eric Salerno, «Israele divisa: per molti il Vaticano è reticente», *Il Messaggero*, 17 de marzo de 1998, p. 19. <<



[2] Alessandra Farkas, «L’ira di Wiesel: “Il genocidio è nato nel cuore della cristianità”», *Corriere della Sera*, 17 de marzo de 1998. <<



[3] Enrico Franceschini, «La Chiesa insegnò a disprezzarci — il rabbino Rosen chiede l'apertura degli archivi», *La Repubblica*, 18 de marzo de 1998. <<

[4] Maurizio Molinari, «Fu il silenzio la sua colpa», *La Stampa*, 17 de marzo de 1998.
<<

[5] «Delusione in Israele e negli USA», *Il Manifesto*, 17 de marzo de 1998. <<



[6] Giorgio Ballabio, «Ha un giorno ed è già storia», *Avvenire*, 17 de marzo de 1998, p. 22. <<

[7] Ibídem. <<

[8] Pietro M. Trivelli, «Toaff e la Zevi: “È solo l’inizio”», *Il Messaggero*, 17 de marzo de 1998, p. 19. <<

[9] «Pio XII difeso da Caviglia di “Shalom”», *Avvenire*, 24 de marzo de 1998, p. 21. <<

[10] Emilio Pinchas Lapide, *Three Popes and the jews*, Souvenir Press, Londres, 1967. <<

[11] Luciano Tas, *Storia degli ebrei italiani*, Newton Compton Editori, Roma, 1987. <<



[12] Lorenzo Gilardi, «I religiosi italiani nei lager nazisti: una memoria ritrovata», *La Civiltà Cattolica*, núm. 3531/3532, Roma, 2-16 de agosto de 1997, p. 264. <<



[13] *Martirologio del clero italiano*, 1940-1946, editado por la Acción Católica italiana, Roma, 1963. <<

[14] Angelo Zema, «La carita sotto le bombe», *Roma Sette*, 31 de mayo de 1998, p. 1.
<<



[15] Renzo de Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Giulio Einaudi Editori, 1972, p. 466. <<



[16] Nombre con que se conoce en Italia a los miembros de la Sociedad para las Misionesde África. <<

[17] «Un’Opera Pontificia per l’emigrazione degli ebrei», *L’Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, pp. 69-70. <<



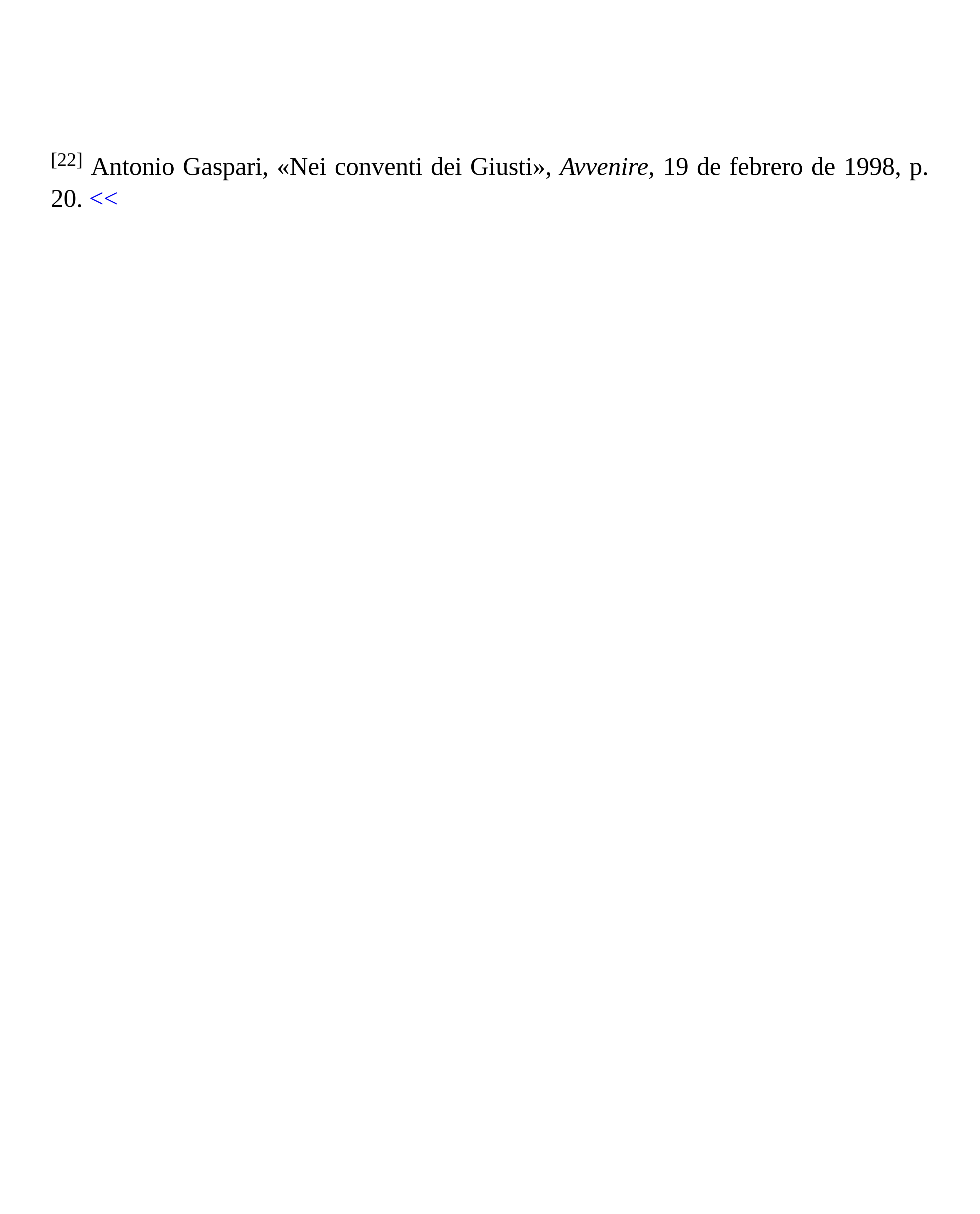
[18] Emilio Pinchas Lapide, Roma e gli ebrei. L’azione del Vaticano a favore delle vittime del Nazismo, Milán, 1967, p. 191. <<

[19] Pietro Palazzini, *Il clero e l’occupazione tedesca di Roma*, Editrice Apes, Roma, 1995. Bruno Buozzi, antiguo diputado parlamentario, era entonces el secretario del CGIL, el principal sindicato antifascista. <<



[20] Elio Venier, «Il Clero romano durante la Resistenza», extraído de la *Rivista Diocesana di Roma*, Colombo, Roma, 1972. <<

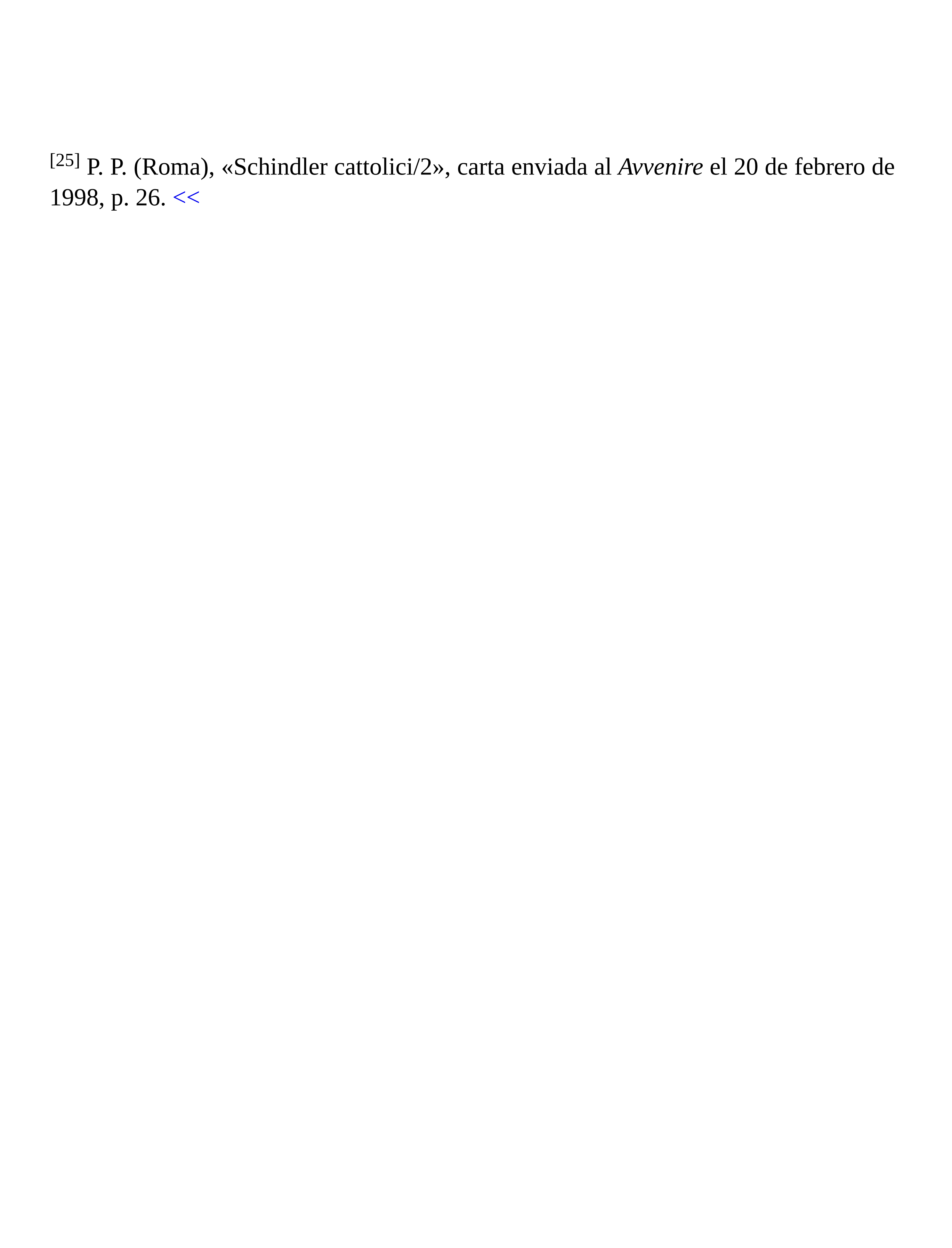
[21] Antonio Gaspari, «1943, La lista del Laterano», *Avvenire*, 11 de febrero de 1998, p. 21. <<



[22] Antonio Gaspari, «Nei conventi dei Giusti», *Avvenire*, 19 de febrero de 1998, p. 20. <<

[23] Angelo Zema, «La carità sotto le bombe», *Roma Sette*, 31 de mayo de 1998, p. 1. <<

[24] Elio Venier, *A ritroso una vita una poesia*, Belardetti Editore, Roma, 1990, p. 111.
<<



[25] P. P. (Roma), «Schindler cattolici/2», carta enviada al *Avvenire* el 20 de febrero de 1998, p. 26. <<



[26] Carlo Gasbarri, «Chiesa Nuova 1944», publicado por la *Strenna dei Romanisti*, 21 de abril de 1969, pp. 184-193. <<



[27] P. Davide Fernando Panella (Benevento), «Schindler cattolici», carta publicada en el *Avvenire* el 14 de marzo de 1998, p. 24. <<



[28] Fabrizio Condo, «Ebrei e sfollati nascosti nella cripta», *Roma Sette*, 31 de mayo de 1998, p. 4. <<

[29] El 23 de marzo de 1944, los partisanos mataron a 33 jóvenes reclutas de las SS en la Via Rasella de Roma. Como represalia, los nazis apresaron a 335 hombres y muchachos y los mataron de un tiro en la nuca en las Fosas Ardeatinas el 24 de marzo. <<



[30] Stefano Zurlo, «Il rabbino che difese papa Pacelli dalle accuse ebraiche», *Il Giornale, 31* de marzo de 1998, p. 9. <<



[31] *Actes et Documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale,* vol. 9, Ciudad del Vaticano, 1975, p. 494. <<

[32] Paolo Dezza, «Eugenio Zolli: Da Gran Rabbino a testimone di Cristo (1881-1956)», *La Civiltà Cattolica*, 21 de febrero de 1981, p. 342. <<

[33] Ibídem, p. 343. <<



[34] En la celebración del Viernes Santo se decía entonces: «*Oremus et pro perfidis Iudaeis*». <<

[35] Actas del Capítulo Superior B 468, *Ricordi di un salesiano*, P. 235. Declaración contenida en un espléndido artículo de don Francesco Motto, «Gli sfollati e i rifugiati nelle catacombe di S. Callista durante l'occupazione nazifascista di Roma. I salesiani e la scoperta delle Fosse Ardeatine», *Ricerche Storiche Salesiane*, núm. 1, enero-junio de 1994, Roma. <<

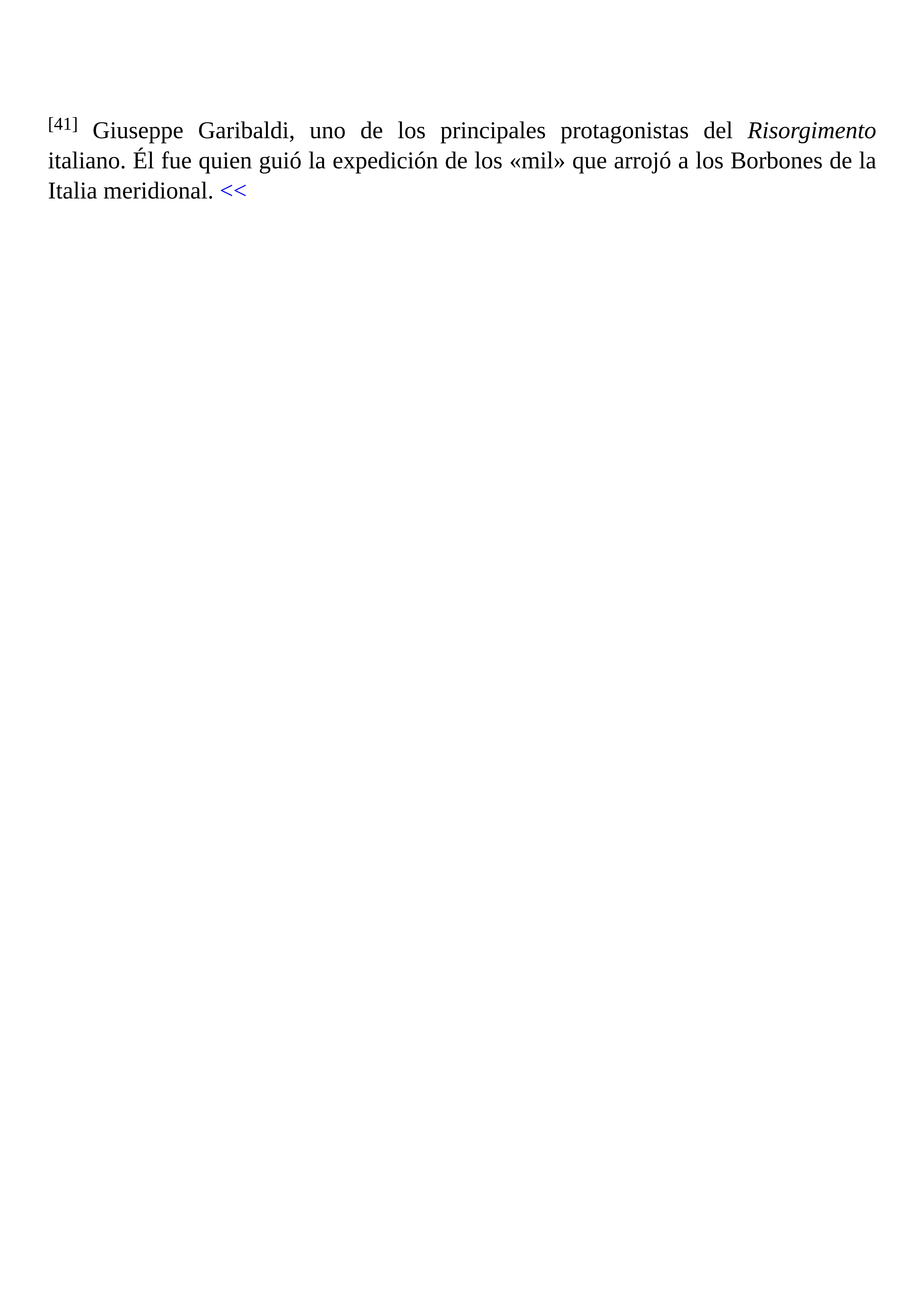
[36] Francesco Motto, «Gli sfollati e i rifugiati nelle catacombe di S. Callista durante l’occupazione nazifascista di Roma. I salesiani e la scoperta delle Fosse Ardeatine», *Ricerche Storiche Salesiane*, núm. 1, enero-junio de 1994, Roma. <<

[37] La República Social Italiana, más conocida como República de Saló, se constituyó durante la segunda guerra mundial en las regiones de la Italia centro-septentrional ocupadas por los nazis. La constitución de esta república siguió a la firma del armisticio de Italia con los aliados. Benito Mussolini, liberado por los nazis, ejerció las funciones de jefe de Estado y de gobierno. La RSI se distinguió sobre todo en la lucha contra los partisanos. Se disolvió con la insurrección general de 1945. <<

[38] La carta de monseñor Camillo Faresin a su hermano don Santo Cornelio di Faresin se encuentra en el volumen de G. Faresin, *Dα Maragnole a Guiratinga. Nelle nozze d'oro di S. E. Mons. Camillo Faresin della società salesiana di Don Bosco vescovo di Guiratinga nel Mato Grosso in Brasile*, Vicenza, 1990, p. 161. <<

[39] Luciano Morpurgo, *Caccia ll'uomo! Vita, sofferenze e beffe. Pagine di diario 19381944*, Casa Editrice Dalmatia S. A. de L. Morpurgo, Roma, 1946. <<

[40] Francesco Motto, «Gli sfollati e i rifugiati nelle catacombe di S. Callista durante l’occupazione nazifascista di Roma. I salesiani e la scoperta delle Fosse Ardeatine», *Ricerche Storiche Salesiane*, núm. 1, enero-junio de 1994, Roma. Apéndice núm. 2, «Nelle catacombe di San Callista», pp. 137-138. <<



[41] Giuseppe Garibaldi, uno de los principales protagonistas del *Risorgimento* italiano. Él fue quien guió la expedición de los «mil» que arrojó a los Borbones de la Italia meridional. <<

[42] Cfr. «Segnalazioni», publicado por *La Nostra Bandiera*, 16 de julio de 1937. <<

[43] Cfr. Carlo Arturo Jemolo, *Chiesa e Stato negli ultimi cento anni*, Einaudi, Turin, 1963. Véase también E. Lapide Pinchas, *Roma e gli ebrei. L’azione del Vaticano a favore delle vittime del Nazismo*, Mondadori, Milán, 1967. <<

[44] Cfr. R. Trevelyan, *Roma 1944*, Rizzoli, Milán, 1983. <<



[45] Elio Venier, «Il Clero romano durante la Resistenza», extraído de la *Rivista Diocesana di Roma*, Tipografía Colombo, Roma, 1972. <<

[46] Giuseppe Lucini, *Biografia di mons. Barbieri*, Società Editoriale IDEA, Roma. <<

[47] Ibídem. <<



[48] Elio Venier, «Il Clero romano durante la Resistenza», extraído de la *Rivista Diocesana di Roma*, Tipografia Colombo, Roma 1972 p. 108. <<

[49] Sor Eugenia Lorenzi, *Suore di carità*, Tipografia Palazzotti, Roma, 1996. <<



[50] Isaia Levi es el mismo personaje que donó a Pío XII la Villa Giorgina, actual sede de la Nunciatura ante el Estado italiano. <<



[51] Margherita Marchione, *Yours is a precious Witness — memoirs of Jews and Catholics in wartime Italy*, Paulist Press, Nueva York, 1997. <<



[52] Sor Gertrude Steinberg (Florencia), «Nazifascismo, la Chiesa a difesa degli ebrei», carta publicada en *Avvenire* el 13 de febrero de 1998, p. 24. <<



[53] Susan Zuccotti, *Olocausto in Italia*, Arnoldo Mondadori Editore, Milán, 1988, p. 221. <<

[54] Ettore della Riccia, «I soppravvissuti non dimenticano», en *Il Papa ieri ed Oggi, L'Osservatore Romano della Domenica* (número especial monográfico), 28 de junio de 1964, p. 74. <<

[55] Delasem, Delegación de Asistencia a Emigrantes Judíos. <<

[56] Cfr. Michele Sarfatti, «Il volume 1938, Le leggi contro gli ebrei e alcune considerazioni sulla normativa persecutoria», en *La legislazione antiebraica in Italia e in Europa*, Actas del Convenio en el cincuentenario de las leyes raciales (Roma, 17-18 de octubre de 1988), publicado por la Cámara de los Diputados, Servicio de Información Parlamentaria y relaciones externas, Roma, 1989, p. 50. <<

[57] Premio Nobel de Medicina en 1987. <<

[58] Premio Nobel de Física en 1938. <<

[59] Giorgio Israel, «Política della razza e persecuzione antiebraica nella comunità scientifica italiana», en *La legislazione antiebraica in Italia e in Europa*, Actas del Convenio en el cincuentenario de las leyes raciales (Roma, 17-18 de octubre de 1988), publicado por la Cámara de los Diputados, Servicio de Información Parlamentario y relaciones externas, Roma, 1989, p. 124. <<

[60] Ibidem, nota 6, pp. 155-156. En una carta a Levi-Civita, Einstein escribió: «Cuando he visto que usted atacaba la demostración más importante de mi teoría, que me ha costado ríos de sudor, me ha dado un poco de miedo, tanto más cuanto que usted conoce estos argumentos matemáticos mucho mejor que yo», carta del 5 de marzo de 1915, conservada en el archivo del profesor P. V. Ceccherini, Roma. <<



[61] Susan Zuccotti, *Olocausto in Italia*, Arnoldo Mondadori Editore, Milán, 1988, p. 88. <<

[62] Para todas las informaciones sobre los hechos vividos por el padre Maria Benedetto du Borg d'Irè, cfr. Fernande Leboucher, *Incredible Mission - The amazing story of père Bendit, rescuer of the jews from the nazis*, Doubleday & Company, Inc., Garden City, Nueva York, 1969; cfr. Père Tharcisius, *Un capucin «Père des Juif» La Père Marie Benoit*, Paris, 1990; véase también el número de noviembre-diciembre de 1962 de la revista *Capucines Missionaires*, rue Boissonade, 2, París. <<

[63] Père Tharcisius, *Un capucin «Père des Juif» La Père Marie Benoit*, París, 1990, p. 11; véase también Elio Venier, «Il Clero romano durante la Resistenza», extraído de la *Rivista Diocesana di Roma*, Tipografia Colombo, Roma, 1972, p. 91. <<



[64] Elio Venier, «Il Clero romano durante la Resistenza», extraído de la *Rivista Diocesana di Roma*, Tipografía Colombo, Roma, 1972, p. 88. <<



[65] Père Tharcisius, *Un capucin «Père des Juif» La Père Marie Benoit*, París, 1990, p. 52. <<

[66] Louis Goldman, *Amici per la vita*, SP 44 Editore, Florencia, 1993. <<



[67] Annamaria Braccini y Davide Parrozzi, «Schuster e l’eresia ariana», *Avvenire*, 26 de febrero de 1998, p. 23. <<

[68] Ibídem. <<



[69] Susan Zuccotti, *Olocausto in Italia*, Arnoldo Mondadori Editare, Milán, 1988, p. 224. <<



[70] Domenica Zanin, Benevento, «Schindler cattolici/1», carta publicada en *Avvenire* el 20 de febrero de 1998, p. 26. <<



[71] Luigi Andreini (Arezzo), «Schindler cattolici», carta publicada en *Avvenire* el 19 de febrero de 1998, p. 26. <<

[72] Ibidem. <<

[73] Michael O’Carroll, *Pius XII Greatness Dishonoured — a documented study*, Laetare Press, Blackrock, Co., Dublin, 1980. <<

[74] Philip Friedman, *Their Brothers Keepers*, Holocaust Library, Nueva York, 1978.
<<

[75] Jean Toulat, «Due cardinali di Francia, Due protettori degli ebrei», en *Il Papa ieri ed oggi*, *L'Osservatore Romano della Domenica* (número especial monográfico), 28 de junio de 1964, pp. 28-29. <<

[76] El aeródromo de Hiver se encuentra en París. <<

[77] «Rimanete in Ungheria per far opera di carità», en *Il Papa ieri ed oggi, L’Osservatore Romano della Domenica* (número especial monográfico), 28 de junio de 1964, p. 47. <<

[78] La historia de Giorgio Perlasca es conocida. Entre los libros publicados sobre el tema: Enrico Deaglio, *La banalità del bene*, Universale Economica Feltrinelli, Milán, 1991; Giorgio Perlasca, *L'impostore*, Il Mulino, Bolonia, 1997. <<

[79] Carta escrita al nuncio por A. Saffran el 7 de abril de 1944, en Angelo Martini, «La Santa Sede e gli ebrei della Romania durante la Seconda Guerra Mondiale», *La Civiltà Cattolica*, cuaderno 2669, 2 de septiembre de 1961, p. 462. <<

[80] Entrevista publicada en *Mantuirea* el 27 de septiembre de 1944. <<

[81] Museo del Holocausto en Jerusalén. <<

[82] Lucien Lazare, *Le livre des Justes*, Lattès, París, 1993. <<

[83] Para conocer más detalles sobre los hechos de la vida de Emanuele Pacifici, véase: Emanuele Pacifici, *Non ti voltare — autobiografia di un ebreo*, Editrice La Giuntina, Florencia, 1993, y los artículos: Giancarlo Capecchi, «Nazisti nel Convento, drammatico diario di una suora», *La Nazione*, 5 de diciembre de 1984; «Cornelia, una suora da chiamare mamma», *Shalom*, núm. 2, febrero de 1997; «É morta suor Ester, angelo degli ebrei. Commosso ricordo di un sopravvissuto», *La Nazione*, 22 de septiembre de 1997; «I funerali di Suor Ester Busnelli celebrati dal Vescovo mons. Gianni Danzi», *L'Osservatore Romano*, 14 de septiembre de 1997. <<



[84] Antonio Gaspari, «Quell’odissea trá i chiostri», *Avvenire*, 19 de febrero de 1998, p. 20. <<

[85] Marco Politi, «Pio XII ci salvó delle mani di Kappler», *La Repubblica*, 18 de marzo de 1998, p. 9. <<

[86] Francesco Motto, «L'Istituto Salesiano Pio XI durante l'occupazione nazifascista di Roma: Asilo, appoggio, famiglia, tutto per orfani, sfollati, ebrei», *Ricerche Storiche Salesiane*, num. 25, julio-diciembre de 1994. <<

[87] Ibídem, p. 354. <<

[88] El 26 de septiembre de 1943 las tropas nazis pidieron a los judíos de Roma cincuenta kilos de oro con la amenaza de deportar a doscientos cabezas de familia. <<



[89] La prensa del momento contó que «En este punto las autoridades y el público se pusieron en pie para dirigir una prolongada ovación en dirección a Pío XII». <<

[90] Discurso del presidente de la Unión de las Comunidades Judías Italianas, doctor Sergio Piperno, apéndice en Francesco Motto, «L'Istituto Salesiano Pio XI durante l'occupazione nazifascista di Roma: Asilo, appoggio, famiglia, tutto per orfani, sfollati, ebrei», *Ricerche Storiche Salesiane*, núm. 25, julio-diciembre de 1994, p. 358. <<

[91] Para mayores detalles sobre el suceso cfr. Lodovica Bonatti, «Una pagina di storia della nostra Congregazione forse mai scritta», *Helia Luce di Maria*, agosto de 1996. Mariella Cambi, «In visita al convento che le salvò da Hitler», *L'Osservatore Toscano*, 13 de abril de 1997. M. Antonietta Artesi, «Un albero a Gerusalemme per ricordare dopo 50 anni le suore eroine di guerra», *La Nazione*, 18 de octubre de 1996. Nicoletta Benini, «Una suora in sinagoga per ricordare gli anni del dolore e della carità», *L'Osservatore Toscano*, 3 de mayo de 1998. <<

[92] Carlo Manziana, «Il mite padre della pace», L’Osservatore Romano della Domenica, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, p. 30. <<

[93] Marco Bellizi, «Un eroe dimentìcato: salvò cinquemila ebrei», *L’Osservatore Romano*, 11 de febrero de 1995, p. 1. Véase también: Francesco Marciano, «Schindler e i suoi fratelli», *Vita Pastorale*, núm. 6, 1997, p. 107. <<

[94] Ibídem. <<

[95] Giuliana Lestini, *S.A.S.G. (Sezione Aerea di San Gioacchino)*, Cooperativa Editrice Il Ventaglio, Roma, 1993. <<

[96] Claudio Pontiroli, *O. Focherini, lettere dal carcere e dai campi di concentramento*, Editoria Baraldini, Finale Emilia, marzo de 1988. <<

[97] Dante Sala, *Oltre l’olocausto*, Edizioni del Movimento per la Vita, Milán, 1979. <<



[98] Giacomo Lampronti, «Ringraziamenti da ebrei salvati», *L’Avvenire d’Italia*, 19 de abril de 1955. <<



[99] «Il mondo intero piange la dipartita di Pio XII», *L'Osservatore Romano*, 10 de octubre de 1958, p. 2. <<



[100] «Nel Mondo in lutto continuano le manifestazioni di suffragio, di sincero cordoglio e di devozione», *L’Osservatore Romano*, 11 de octubre de 1958, p. 1. <<

[101] Ibídem. <<

[102] «A great and good Man», *The Sunday Times*, 12 de octubre de 1958. <<



[103] Michele Giorgio, «Occasione sprecata, la Chiesa ha parlato troppo poco e tardi», *Il Mattino*, 18 de marzo de 1998, p. 9. <<



[104] «Uniti contro l’oblio — così la stampa italiana e straniera ha reagito al documento vaticano», *Avvenire*, 18 de marzo de 1998, p. 20. <<

[105] Ibídem. <<

[106] Ibídem. <<

[107] «La delusione di Israele», *L’Unità*, 17 de marzo de 1998, p. 9. <<



[108] Maurizio Molinari, «Fu il silenzio la sua colpa», *La Stampa*, 17 de marzo de 1998, p. 5. <<

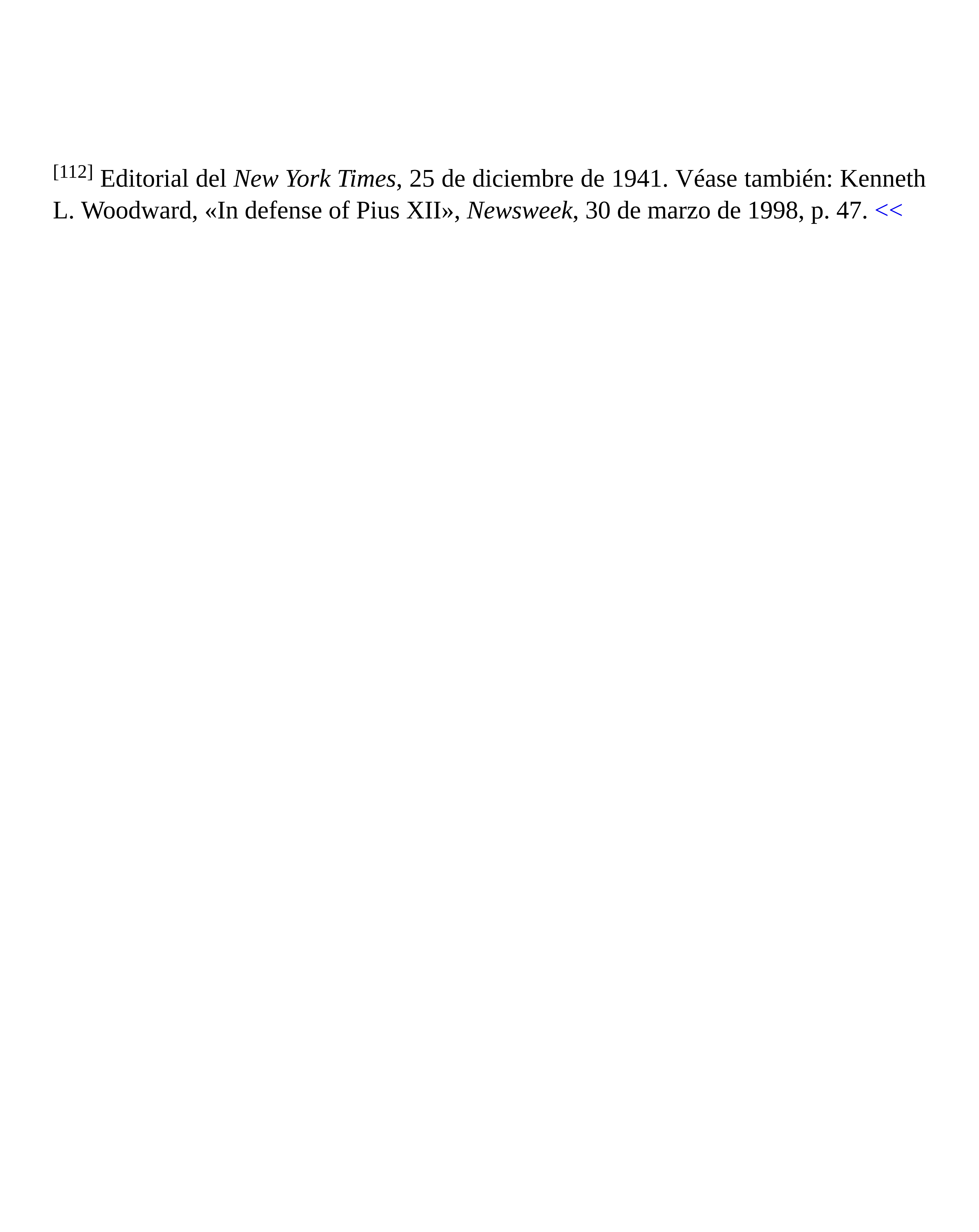
[109] «La delusione di Israele», *L'Unità*, 17 de marzo de 1998, p. 9. <<



[110] Celestine Bohlen, «On Holocaust, Pope urges Repentance», *International Herald Tribune*, 17 de marzo de 1998, p. 1. <<



[111] Alessandra Farkas, «L’ira di Wiesel: “Il genocidio è nato nel cuore della cristianità”», *Corriere della Sera*, 17 de marzo de 1998. <<



[112] Editorial del *New York Times*, 25 de diciembre de 1941. Véase también: Kenneth L. Woodward, «In defense of Pius XII», *Newsweek*, 30 de marzo de 1998, p. 47. <<

[113] Editorial del *New York Times*, 18 de marzo de 1998. Véase también: Kenneth L. Woodward, «In defense of Pius XII», *Newsweek*, 30 de marzo de 1998, p. 47. <<



[114] Pierre Blet, *Pie XII et la Seconde Guerre Mondiale d’après les archives du Vatican*, Librairie Académique Perrin, Francia, 1997. <<

[115] Marco Politi, «Wojtyla difende Pio XII, “È stato un grande papa”», *La Repubblica*, 22 de marzo de 1998, p. 15. <<

[116] AAS 29 (1937), pp. 145-167, *Mit brennender Sorge* (Con grandísima preocupación). Toma de posición de Pío XI contra el nacionalsocialismo, con fecha del 14 de marzo de 1937. Para el texto íntegro véase también: *Enchiridion delle Encicliche. Pio XI (19221939)*, Edizioni Dehoniane, Bolonia, 1995. <<

[117] George Passelecq, Bernard Suchecky, *L'Enciclica nascosta di Pio XI*, Casa Editrice Corbaccio, Milán, 1997. <<

[118] John LaFarge, *Interracial Justice*, American Press, 1937. La segunda edición del libro ha sido publicada con el título *The Race Question and The Negro. A study of the Catholic Doctrine on Interracial Justice*, Longmans, Green and Co., Nueva York, 1943. <<



[119] Pierre Blet, «La leggenda alla prova degli archivi», *La Civiltà Cattolica*, núm. 3546, 21 de marzo de 1998, p. 533. <<



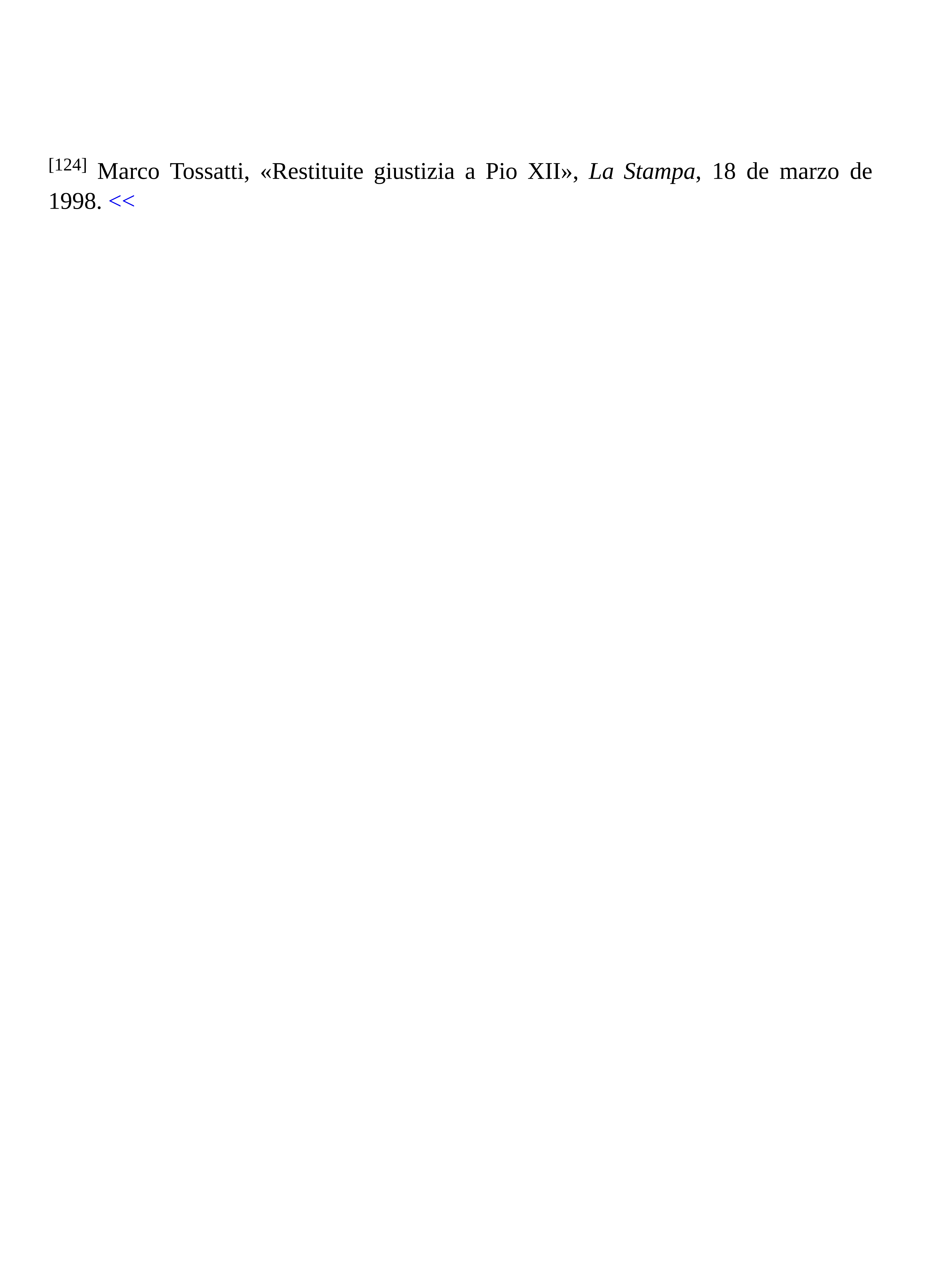
[120] Henri Tincq, «Les archives complètes sur Pie XII demeurent inaccessibles au Vatican», publicado por *Le Monde*, 3 de diciembre de 1997, p. 3. <<



[121] El 1 de octubre de 1997, el obispo Olivier de Berranger leyó en Drancy la carta de *mea culpa* en relación a los judíos, escrita por el episcopado francés. <<

[122] AAS, «Commentarium Officiale», Annus XX, Volumen XX, Acta SS. Congregationum, *Suprema Sacra Congregatio S. Officii*, Roma, 25 de marzo de 1928. <<

[123] De un discurso del cardenal Dell’Acqua en 1968, en el décimo aniversario de la muerte del papa Pacelli. Aparecido en el libro de Mauro Lanfranchi, *Il diplomatico che sorrideva*, Cooperativa «Il Ponte», Arti Grafiche Varesine di Casciago (VA), julio de 1997, p. 69. <<



[124] Marco Tossatti, «Restituite giustizia a Pio XII», *La Stampa*, 18 de marzo de 1998. <<

[125] Ibídem. <<

[126] Orazio La Rocca, «In Vaticano il tesoro dei nazisti croati?», *La Repubblica*, 23 de julio de 1997, p. 15. <<



[127] Franco Pantarelli, «Oro ebraico anche in Vaticano», *La Stampa*, 23 de julio de 1997. <<



[128] Ennio Caretto, «Ustascia, fuga con l’oro degli ebrei», *Il Corriere della Sera*, 3 de junio de 1998, p. 10. <<

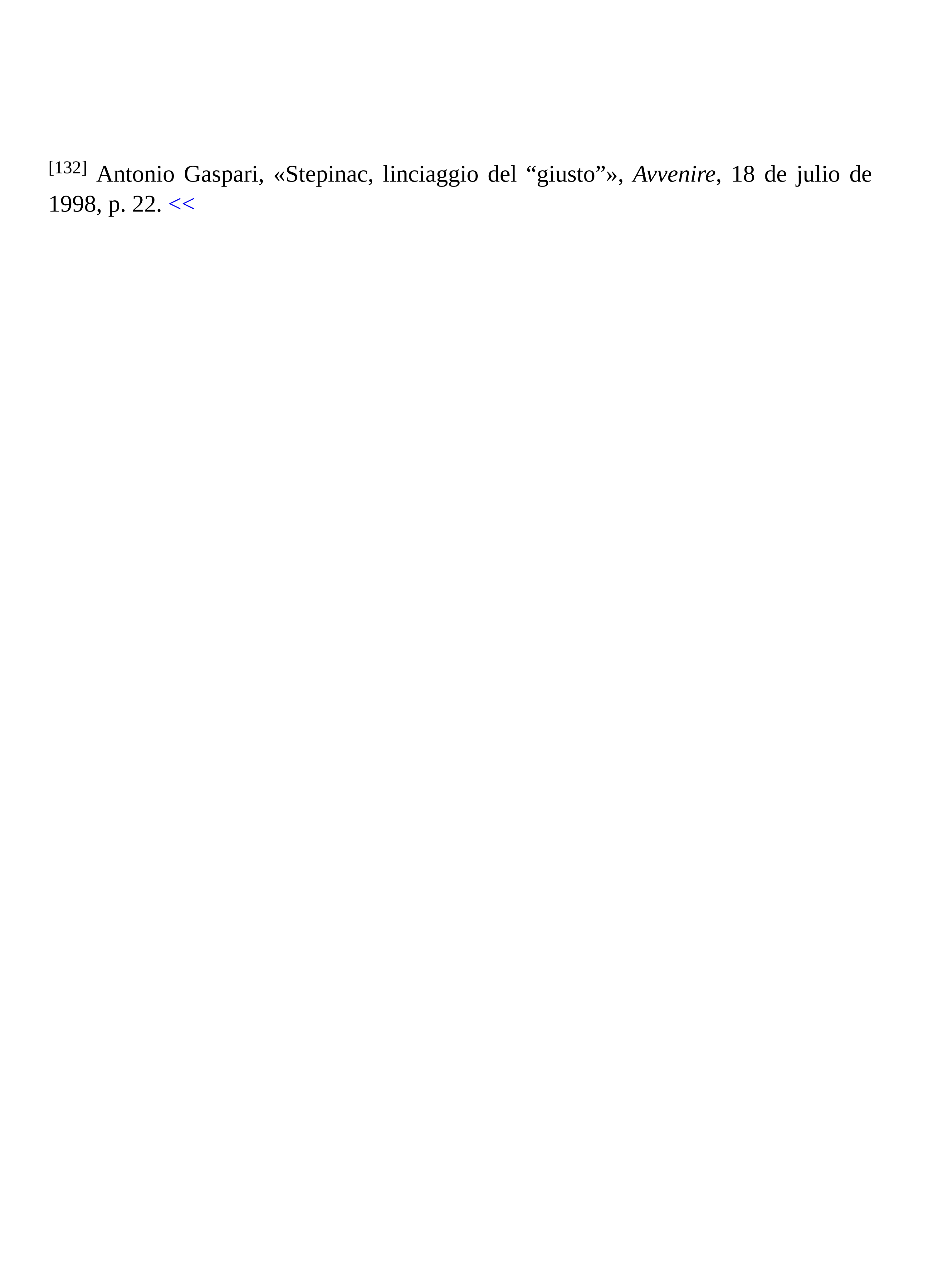
[129] Cardenal Alojzije Stepinac, arzobispo de Zagreb, perseguido primero por los nazis y después por los comunistas. En 1946 fue condenado por un tribunal comunista y encarcelado en Legoplava hasta 1951. Quedó bajo arresto domiciliario hasta su muerte. En 1953 fue creado cardenal por Pío XII; murió el 10 de febrero de 1960. El 3 de octubre de 1998 fue beatificado por Juan Pablo II. <<



[130] Giacomo Scotti, «Il beato delle Croci uncinate», *Il Manifesto*, 17 de julio de 1998, p. 8. <<



[131] Giovanni Belardinelli, «Stepinac, il vescovo che divide gli storici», *Corriere della Sera*, 19 de julio de 1998, p. 29. <<



[132] Antonio Gaspari, «Stepinac, linciaggio del “giusto”», *Avvenire*, 18 de julio de 1998, p. 22. <<

[133] La comunidad judía criticó la presencia del Carmelo en Auschwitz. El caso fue llevado ante la sede de la ONU en Ginebra. El Carmelo se trasladó fuera del campo de Auschwitz; para mayor información, léase: Luigi Geninazzi, «Il Carmelo dello scandalo», *Avvenire*, 23 de julio de 1989. <<

[134] La polémica estalló porque Edith Stein era una judía conversa. <<



[135] Las declaraciones de Shimon Samuels se han publicado en *La Stampa* de Turin el 14 de abril de 1997. <<

[136] *Berliner Morgenpost*, 3 de marzo de 1939. <<



[137] Informe de la Gestapo recogido en «Judging Pope Pius XII», *Inside the Vatican*, junio de 1997, p. 12. <<

[138] K. O., «L’élection du Pape», *La Correspondance Internationale,* núm. 10, 11 de marzo de 1939, París. <<



[139] Jefe del partido nacionalsocialista en Berlín y ministro de Propaganda y de Información del régimen hitleriano. <<

[140] Michael Burleigh, Wolfgang Wippermann, *Lo stato razziale*, Rizzoli Libri, Milán, 1992, p. 73. <<



[141] Declaración de Albert Einstein publicada por *Time Magazine*, 23 de diciembre de 1940, p. 40. <<

[142] «Confortatrici ed illuminate parole del Sommo Pontefice in risposta all’omaggio riconoscente di ebrei profughi», *L’Osservatore Romano*, 30 de noviembre de 1945, primera página. <<

[143] Rolf Hochhuth, *Der Stellvertreter*, Hamburgo, 1963. <<



[144] Kna (agencia de noticias danesa), despacho núm. 214, 5 de noviembre de 1963. Recogido también por Rosario Esposito, *Processo al Vicario*, SAIE, Turín, 1964. <<

[145] «Dichiarazione del Borgomastro de l’Aia», *L’Osservatore Romano*, p. 36. <<



[146] Giovanni Battista Montini, «Pio XII e gli ebrei», carta del cardenal Montini al *Tablet*, *La Civiltà Cattolìca*, cuaderno 2714, 20 de julio de 1963. <<

[147] Ibídem, p. 162. <<

[148] Cfr. John Weiss, *America*, 26 de octubre de 1996. <<

[149] Cfr. Pia Secco Suardo, «I Vescovi contro le crudeltà», y Antonio Cederle, «Come colpi di maglio le loro vive proteste», ambos artículos en *L'Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, pp. 36-38. <<

[150] Cfr. El diario católico *De Tiyd*, 3 de agosto de 1942. <<



[151] Pascalina Lehnert, *Pio XII, il privilegio di servirlo*, Rusconi Editore, Milán, 1984, pp. 148-149. <<

[152] La historia entera tiene como fuente el libro escrito por Asher Cohen, Persécutions et sauvages, y está recogida en el artículo titulado «L'Église, Vichy e les Juif», publicado por la revista católica Nef, noviembre de 1997. <<

[153] *Actes et Documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale, Le Saint-Siège et les victimes de la guerre - Janvier 1944-Juillet 1945*, volumen núm. 10, Librería Editrice Vaticana, Roma, 1980. <<

[154] Ibídem, p. 34. <<

[155] Ibídem, p. 140. <<

[156] Ibídem, p. 161. <<

[157] Ibídem, p. 319. <<

[158] Ibídem, p. 345. <<

[159] Ibídem, pp, 358-359. <<

[160] Cfr. Rudolf Augstein, «Das ist eine Schande», *Der Spiegel*, núm. 43, 1997. Las mismas fotos con un texto distinto han sido publicadas por Andrea Tarquini, «Beata ignoranza», *Il Venerdì della Repubblica*, núm. 505, 7 de noviembre de 1997. <<



[161] Antonio Gaspari, «They will be judged by God», *Inside the Vatican*, noviembre de 1997, p. 17. <<

[162] Maria Cristina Fiocchi, «La Chiesa non ha mai fomentato l’odio contro gli ebrei», *SIR* (Servicio de Información Religiosa), núm. 77, 5 de noviembre de 1997, p. 9. <<

[163] Michael Burleigh, Wolfgang Wippermann, *Lo stato razziale - Germania 1933/1945*, Rizzoli Libri, Milán, 1992, p. 33. <<

[164] *Protest against the Jewish immigration*, resolución votada en el encuentro mensual de la American Antisemitic Association, el 16 de abril de 1896, en su sede de Brooklyn, Nueva York. La resolución la recoge el libro de Allan Chase, The legacy of Malthus. The social costs of the new scientific racism, University of Illinois Press, Illini Book Edition, Chicago, 1980, p. 141. <<

[165] Antonio Messineo, «La via dolorosa della Chiesa in Germania», *La Civiltà Cattolica*, cuaderno 2085, 1 de mayo de 1937, p. 222. <<

[166] Wilhelm Gerdmann y Heinrich Winfried, *Cristen-Kreuz oder Hakenkreuz?*, Colonia, 1931, p. 31. <<

[167] Gottfried Feder, *Das Programma der N. S. D. A. P. und seine weltanschaudlichen Grundgedanken*, Munich, 1931, p. 22. <<

[168] Jakob Nötges, *National-sozialismus und Katolizismus*, Colonia, 1931, p. 48. <<

[169] Cfr. *La documentation catholique*, 27, 2, 1937, col. 561. <<



[170] Elmut Bergmann, *Die Thesen der Deutsch-religion*, Ein Katechismus, Breslau, 1934, p. 6. <<

[171] Ibídem, p. 27. <<

[172] Antonio Messineo, «La via dolorosa della Chiesa in Germania», *La Civiltà Cattolica*, cuaderno 2085, 1 de mayo de 1937, p. 228. <<

[173] Cfr. *Bayerische Kurier*, 1929, núm. 142. <<



[174] La cita de Rosenberg se encuentra en el libro de Wilhelm Gerdmann y Heinrich Winfried, *Cristen-Kreuz oder Hakenkreuz?*, Colonia, 1931, p. 36. <<

[175] Cfr. *Volkischer Beobachter*, 6, 7, 1936. <<

[176] Robert d’Harcourt, «La guerre religieuse en Allemagne», *Revue des deux mondes*, 15, 3, 1934, p. 315. <<

[177] Cfr. Vitaliano Mattioli, *Gli ebrei e la Chiesa*, Ugo Mursia Editore, Milán, 1997, p. 51. <<

[178] Cfr. *La Civiltà Cattolica*, vol. II, 1938, pp. 170-173. <<



[179] M. Barbera, «La gioventù nella Germania razzista e totalitaria», *La Civiltà Cattolica*, cuaderno 2107, 2 de abril de 1938, p. 13. <<

[180] Ibídem, p. 14. <<

[181] Robert A. Graham, «Il piano straordinario di Hitler per distruggere la Chiesa», *La Civiltà Cattolica*, 3474, 18 de marzo de 1995, p. 545. <<

[182] Michael Burleigh, Wolfgang Wippermann, *Lo stato razziale - Germania 1933/1945*, Rizzoli Libri, Milán, 1992, p. 75. <<

[183] Daniel J. Kevles, *In the name of eugenics*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1995, p. 117. <<

[184] Michael Burleigh, Wolfgang Wippermann, *Lo stato razziale - Germania 1933/1945*, Rizzoli Libri, Milán, 1992, p. 138. <<

[185] Robert A. Graham, «Il diritto di uccidere nel terzo Reich, preludio al genocidio», *La Civiltà Cattolica*, cuaderno 2994, 15 de marzo de 1975, p. 561. <<



[186] Los textos de las intervenciones están publicados en J. Neuhäusler, *Kreuz und Hakenkreuz*, Munich, 1946, 2 volúmenes. <<

[187] Robert A. Graham, «Il diritto di uccidere nel terzo Reich, preludio al genocidio», *La Civiltà Cattolica*, cuaderno 2994, 15 de marzo de 1975, p. 569. <<



[188] «La resistenza dei Vescovi», *L'Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, p. 33. <<

[189] El libro de Rosario Esposito, *Graf von Galen Clemens August. Un Vescovo indesiderabile*, Edizioni Messaggero, Padua, 1985, pp. 80-82. Recoge algunos pasajes del diario de Rosenberg descubierto en 1948, en el que está escrito: «Tras la victoriosa conclusión de la guerra, el obispo Von Galen debe ser fusilado». <<



[190] Henry Friedlander, *Le origini del genocidio nazista*, Editori Riuniti, Roma, 1997, pp. 40-45. <<



[191] «La resistenza dei Vescovi», *L’Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, p. 33. <<

[192] Ibídem, p. 34. <<

[193] Robert A. Graham, «Il diritto di uccidere nel terzo Reich, preludio al genocidio», *La Civiltà Cattolica*, cuaderno 2994, 15 de marzo de 1975, p. 565. <<

[194] Paolo Vicentin, «La Chiesa non si arrese di fronte al nazismo», *L'Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, p. 31. <<

[195] Cfr. El periódico *Westdeutche Beobachter*, 24 de mayo de 1935. <<

[196] Cfr. Michael Faulhaber, *Giudaismo - Cristianesimo - Germanesimo*, Morcelliana, Brescia, 1934. <<

[197] Cfr. *Le Pays Wallon di Charleroi*, 15 de junio de 1937. <<



[198] Paolo Vicentin, «Preti morti a Dachau», *Palestra del Clero*, 15 de noviembre de 1983, pp. 1345-1350. <<

[199] Estas cifras se recogen en varias publicaciones, como en Mario Bendiscoli, *Germania religiosa nel terzo Reich*, Morcelliana, Brescia, 1977; J. Neuhäusler, *Kreuz und Hakenkreuz. Der Kampf des Nationalsozialismus gegen die kath. Kirche und der Kirchliche*, Widerstand, Munich, 1946, vol. I, p. 349. <<

[200] Roman Bleinstein, «Il gesuita Alfred Delph», *La Civiltà Cattolica*, cuaderno 3480, 17 de junio de 1995, pp. 559-570. <<



[201] U. de Vanna, «La nostra Schindler’s list», *Il Bollettino Salesiano*, octubre de 1994, pp. 10-12. <<

[202] Cfr. George Passelecq, Bernard Suchecky, *L’Enciclica nascosta di Pio XI*, Editrice Corbaccio, Milán, 1997. <<

[203] Cfr. Enrico Nassi, «Pio XII e la Shoah: Il papa del silenzio assordante», *Storia e Dossier*, núm. 129, julio-agosto de 1998, Giunti Editore, Florencia, pp. 12-23. <<

[204] Cfr. George Passelecq, Bernard Suchecky, *L'Enciclica nascosta di Pio XI*, Editrice Corbaccio, Milán, 1997, p. 100. <<

[205] Cfr. *Documentation Catholique 1938*, 579-580. La indicación de este texto se recoge también en el documento de la Pontificia Comisión Iustitia et Pax, «La Iglesia frente al racismo, por una sociedad más fraterna», Ciudad del Vaticano, 1988, p. 14. <<

[206] Intervención publicada por *L’Osservatore Romano*, 30 de julio de 1938. <<

[207] Cfr. George Passelecq, Bernard Suchecky, *L'Enciclica nascosta di Pio XI*, Editrice Corbaccio, Milán, 1997, p. 155. <<

[208] Radiomensaje de Navidad de 1942, AAS XXV (1943), 14, 23. <<

[209] «Il cardinale Pacelli e l'enciclica contro il nazionalsocialismo», *L'Osservatore Romano della Domenica*, número especial monográfico, 28 de junio de 1964, p. 12. <<

[210] Con gran preocupación. <<

[211] Con apremiante preocupación. <<

[212] Cft. Giancarlo Zizola, *I Papi del XX secolo*, Newton Compton Editori, Roma, 1995, p. 42. <<



[213] Antonio Gaspari, «They will be judged by God», *Inside the Vatican*, noviembre de 1997, p. 17. <<

[214] *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), 33: AAS 87(1995), p. 25. <<

[215] Cfr. Juan Pablo II, «Discurso a la comunidad judía en la sinagoga de Roma» (13 de abril de 1986), núm. 4: AAS 78 (1986), p. 1120; *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de abril de 1986, p. 12. <<

[216] Juan Pablo II, «Ángelus» del 11 de junio de 1995, núm. 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de junio de 1995, p. 1. <<

[217] Cfr. Juan Pablo II, «Discurso a la comunidad judía de Budapest» (18 de agosto de 1991), núm. 4: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 30 de agosto de 1991, p. 10. <<

[218] Juan Pablo II, *Centesimus annus* (1 de mayo de 1991), 17: AAS 83 (1991), pp. 814-815. <<

[219] Cfr. Juan Pablo II, «Discurso a los delegados de las Conferencias Episcopales para las relaciones con el judaísmo» (5 de marzo de 1982): *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de septiembre de 1985, p. 18. <<

[220] Cfr. Comisión de la Santa Sede para las Relaciones Religiosas con el Judaísmo, «Notas para una correcta presentación de judíos y judaísmo en la predicación y en la catequesís de la Iglesia católica» (24 de junio de 1985), VI: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de septiembre de 1985, p. 18. <<

[221] Juan Pablo II, «Discurso a los participantes en el encuentro de estudio sobre “Raíces del antijudaísmo en ambiente cristiano”» (31 de octubre de 1997): *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 7 de noviembre de 1997, p. 5. <<

[222] Cfr. *Nostra Aaetate*, 4. <<

[223] Cfr. B. Statiewski (ed.), *Akten deutscher Bischöfe über die Lage der Kirche, 19331945*, vol. I, 1933-1934 (Mainz, 1968), apéndice. <<

[224] Cfr. L. Volk, *Der Bayerìsche Episkopat und der Nationalsozialismus 1930-1934* (Mainz, 1966), pp. 170-174. <<

[225] La encíclica está fechada el 14 de marzo de 1937: AAS 29 (1937), pp. 145-167.
<<

[226] *La Documentation Catholique*, 29 (1938), col. 1460. <<

[227] AAS 31 (1939), pp. 413-453. <<

[228] Ibídem, p. 449. <<

[229] Organizaciones y personalidades judías representativas reconocieron varias veces oficialmente la sabiduría de la diplomacia del papa Pío XII. Por ejemplo, el jueves 7 de septiembre de 1945 Giuseppe Nathan, comisario de la Unión de las Comunidades Judías Italianas, declaró: «Ante todo, dirigimos un reverente homenaje de gratitud al Sumo Pontífice y a los religiosos y religiosas que, siguiendo las directrices del Santo Padre, vieron en los perseguidos a hermanos, y con valentía y abnegación nos prestaron su ayuda inteligente y concreta, sin preocuparse por los gravísimos peligros a los que se exponían» (*L'Osservatore Romano*, 8 de septiembre de 1945, p. 2). El 21 de septiembre del mismo año, Pío XII recibió en audiencia al doctor A. Leo Kubowitzki, secretario general del Congreso Judío Internacional, que acudió para presentar «al Santo Padre, en nombre de la Unión de las Comunidades Judías, su más viva gratitud por los esfuerzos de la Iglesia católica a favor de la población judía en toda Europa durante la guerra» (*L'Osservatore Romano*, 23 de septiembre de 1945, p. 1). El jueves 29 de noviembre de 1945, el papa recibió a cerca de ochenta delegados de prófugos judíos, procedentes de varios campos de concentración de Alemania, que acudieron a manifestarle «el sumo honor de poder agradecer personalmente al Santo Padre la generosidad demostrada hacia los perseguidos durante el terrible periodo del nazi-fascismo» (*L'Osservatore Romano*, 30 de noviembre de 1945, p. 1). En 1958, al morir el papa Pío XII, Golda Meir envió un elocuente mensaje: «Compartimos el dolor de la humanidad […]. Cuando el terrible martirio se abatió sobre nuestro pueblo, la voz del papa se elevó a favor de sus víctimas. La vida de nuestro tiempo se enriqueció con una voz que habló claramente sobre las grandes verdades morales por encima del tumulto del conflicto diario. Lloramos la muerte de un gran servidor de la paz». <<

[230] Cfr. Juan Pablo II, «Discurso al nuevo embajador de la República Federal de Alemania» (8 de noviembre de 1990), núm. 2: AAS 83 (1991), 587-588: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 7 de diciembre de 1990, p. 20. <<

[231] *Nostra Aetate*, 4. <<

[232] Juan Pablo II, «Discurso a los representantes de la comunidad judía de Alsacia» (9 de octubre de 1998), núm. 8: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de noviembre de 1998, p. 19. <<

[233] Juan Pablo II, «Discurso a los miembros del cuerpo diplomático» (15 de enero de 1994), núm. 9: AAS 86 (1994), p. 816: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 21 de enero de 1994, p. 19. <<

[234] Cfr. Juan Pablo II, «Discurso a la comunidad judía en la sinagoga de Roma» (13 de abril de 1986), núm. 4: AAS 78 (1986), p. 1120: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de abril de 1986, p. 12. <<

[235] Juan Pablo II, «Discurso con motivo de la conmemoración del Holocausto» (7 de abril de 1994), núm. 3, *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de abril de 1994, p. 15. <<